

Jean d'Aillon

El misterio de la cámara azul



Lectulandia

Junio de 1642, en el París de Luis XIII y del cardenal Richelieu, Louis Fronsac, un joven notario del reino, junto a sus amigos el poeta Vincent Voiture y el policía local Gaston de Tilly, investigan la muerte de un criado. Algo inusual tratándose de un plebeyo, pero éste es un caso también poco usual.

Ha sido misteriosamente asesinado con un arma desconocida, en plena vía pública atestada de gente, a plena luz del día, y sin que nadie se percate. Además, se trata de alguien al servicio de la marquesa de Rambouillet, una de las figuras más célebres de la corte. Las pesquisas van a enredar a Fronsac y a sus amigos en una sórdida trama de conspiraciones que afectan a la seguridad del país y a sus poco amistosas relaciones con España, poniendo en peligro sus propias vidas.

El misterio de la cámara azul es una novela policíaca con trasfondo histórico en la que Jean d'Aillon aborda, con una gran agilidad narrativa, un episodio real de la convulsa corte de Luis XIII y su esposa, la española Ana de Austria. Una corte aterrorizada por el maquiavélico cardenal Richelieu y trufada de conspiraciones nobiliarias de la que es protagonista la enigmática cámara azul de la marquesa de Rambouillet.

Lectulandia

Jean d' Aillon

El misterio de la cámara azul

Louis de Fronsac - 2

ePub r1.0

Mangeloso 15.11.14

Título original: *Le mystère de la chambre bleue*
Jean d' Aillon, 1999
Traducción: M^a Dolores Torres París & Carmen Torres París
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«En Jodie mente y ojos al mirar
más brillaban y relucían
que el astro rey al mediodía;
para tal alma y cuerpo modelar
sus tesoros el cielo hubo de agotar».

Según Voiture^[1]

Capítulo 1

Mañana del jueves 2 de mayo de 1641

La lluvia azotaba el ligero carruaje y la tormenta lo sacudía como una cáscara de nuez.

Aun yendo al abrigo y protegido, Louis Fronsac se estremeció. Iba transido de frío y tenía prisa por llegar a la calle Quatre-Fils, al despacho notarial de su padre, donde lo esperaba un buen fuego y comida caliente servida por sus solícitos criados.

Louis volvía de Anet o, más exactamente, del castillo del duque de Vendôme, en Anet.

Se removió en el asiento de crin, demasiado duro, intentando encontrar una postura confortable. Estaba cansado, sin pizca de energía después de tres largos días de viaje agotador y dos noches hospedado en posadas llenas de siniestros viajeros e infestadas de parásitos.

La víspera, incluso, había tenido que compartir un cuarto glacial y minúsculo con un desconocido, mientras su criado Nicolás dormía en el suelo en un incómodo jergón de cañas.

Pese al cansancio, sabía que no tenía derecho a quejarse, puesto que podía desplazarse en condiciones bastante más agradables que muchos otros, que iban a pie o a lomos de una mula. Para aquel viaje, su padre incluso le había prestado el nuevo carruaje que acababa de comprar: un coche tirado por dos caballos, no muy rápidos, es cierto, pero completamente cerrado, con portezuelas provistas de cristales y cuyos cojines, recubiertos de cuero rojo, amortiguaban parcialmente los duros baches del camino real.

De repente, la lluvia azotó el coche con tal fuerza que Louis creyó por un momento que iba a volcar.

Se agarró a la correa de la portezuela, pero Nicolás, su cochero, logró enderezar la carroza y salir airoso del trance.

Las sacudidas del vehículo se volvieron menos fuertes. Tranquilizado, Louis retomó el hilo de sus pensamientos. Meditaba desde la mañana sobre los resultados de su visita al antiguo castillo de Diana de Poitiers, que había encontrado casi desierto, ocupado solamente por unos cuantos criados.

En efecto, el duque de Vendôme acababa de huir vergonzosamente al extranjero después de las diligencias incoadas contra él por el rey.

¡Extraña huida!, pensaba Louis.

Todo había comenzado unos meses antes, en que un ermitaño, encausado por algún crimen depravado, había confesado —aunque ni siquiera se le había

preguntado— que el duque de Vendôme, hermanastro del rey, le había propuesto asesinar al cardenal Richelieu.

El sujeto había nombrado entonces a todos los cómplices y, tras sufrir atroces suplicios, había dado detalles de una precisión alucinante sobre el proyecto criminal.

¿Detalles verdaderos? ¿O simplemente confesión imaginaria obtenida bajo tortura? El asunto apenas había interesado a Richelieu, habituado a tales tentativas, pero por el contrario había afectado profundamente al rey, que había exigido explicaciones al duque de Vendôme.

Hay que precisar que Luis XIII no había querido nunca a su hermanastro, fruto de los amores ilegítimos de su padre con una favorita a la que ya de pequeño él llamaba públicamente «la puta».

Preocupado por haber sido acusado injustamente, o realmente culpable y temiendo ser desenmascarado, César de Vendôme se había reunido precipitadamente con la reina madre, María de Médicis, en su exilio de Inglaterra.

Desde luego, el duque tenía serios motivos para temer al rey. Como hijo de Enrique IV y Gabrielle d'Estrées —a la cual el Vert-Galant^[2] había prometido matrimonio—, César siempre había afirmado sus derechos al trono.

Dicha afirmación pesaba mucho en la Corte, pues él y su hermano Alexandre eran los mayores de la familia real. Fue después de la muerte de su madre Gabrielle cuando Enrique se casó con María de Médicis. Así pues, el rey actual, Luis XIII, era sólo su hermano pequeño y, desde niños, los dos bastardos se habían enfrentado y con frecuencia batido contra quien trataba a su madre de «puta» y a ellos de «¡perros sarnosos!».

Alexandre, gran prior del Temple, incluso se había implicado en la conspiración de Chalais, y el cardenal lo había hecho encerrar en Vincennes, donde había muerto en 1629.

Con la desaparición de su hermano, la inquina de César hacia el rey, su hermanastro, se había extendido al ministro. Sin embargo, aunque Richelieu fuese universalmente detestado, Vendôme no había encontrado amigos, ni siquiera aliados, en la Corte, tanto era el desprecio que inspiraba. Decían de él: «Es un villano, de conducta y gustos vergonzosos, y un cobarde, tanto en la guerra como en la Corte».

Después de la huida de César de Vendôme a Londres, el rey, secretamente satisfecho, había declarado sentenciosamente: «El proceder de nuestro hermano no nos ha sorprendido. Su ausencia hará ver a todo el mundo que la acusación que se le imputa es verdadera».

Inmediatamente, la familia de Vendôme, es decir, su esposa y sus dos hijos, los jóvenes duques de Beaufort y de Mercoeur^[3], fue exiliada en Chenonceaux mientras una sala de lo criminal, presidida por el rey, se encargaba de juzgar al fugitivo.

El 22 de marzo, el tribunal, reunido en el gabinete real de Saint-Germain, ordenó la incautación de todos los bienes del duque. El arresto definitivo, sin embargo, no se efectuaría hasta dos meses más tarde, entre otras razones para disponer del tiempo

necesario para la realización de un inventario notarial.

El encargo de dicho trabajo de inventario recayó en el despacho del padre de Louis, lo que explica su estancia en Anet, donde los Vendôme tenían su residencia habitual.

Louis Fronsac era notario jurado en el Grand-Châtelet e hijo de notario. De veintiocho años de edad —había nacido el 1 de julio de 1613—, era delgado y de estatura superior a la media. Llevaba sus cabellos castaños largos hasta los hombros y un fino bigote, que le llegaba hasta la barbilla, encuadraba una sonrisa frecuentemente irónica, acompañada de una penetrante mirada. Sobre la barbilla, una minúscula mosca de pelo ocultaba un coqueto hoyuelo.

Como todos los hombres de ley, vestía una simple camisa y un jubón de tela negra, acuchillado en las mangas. Su único lujo —y su única coquetería— lo constituían unas cintas de seda negra que llevaba anudadas en los puños. Dichas cintas, frecuentemente de colores, que se llamaban «lacayos», estaban de moda entre los que frecuentaban por entonces los salones literarios.

Louis dirigió negligentemente una mirada tras las cortinillas: la circulación era difícil, como siempre a esta hora, y la lluvia no hacía más que empeorarla. Acababan de pasar la puerta del Temple después de haber rodeado las antiguas murallas de París, para no tener que atravesar la ciudad.

Nicolás, su cochero, optó por tomar la larga calle de Sainte-Avoye^[4] para volver al despacho, pero, a causa de la lluvia, la calle sin pavimentar —como la mayor parte de las arterias parisinas— era ahora un auténtico barrizal.

El lodo en el que se hundían las ruedas de su coche, una abominable mezcla de tierra, de basuras, de estiércol de caballo y de detritus, se adhería a los ejes y, frenando el vehículo, extenuaba a los dos caballos, que befaban y cocebaban.

Por si esto fuera poco, la mezcla regular de ese fango desprendía un infecto olor que invadía la carroza.

Y avanzaban todavía más lentamente debido a las pesadas carretillas de materiales destinados a las nuevas construcciones del barrio del Marais, que, atascadas en las carriladas, bloqueaban el paso.

En efecto, treinta y cinco años antes, un promotor, Claude Charlot, había comprado al Temple —un enclave de la orden de los hospitalarios de la cual precisamente el hermano de Vendôme había sido gran prior— las huertas circundantes, a las que llamaban *les marais*, las marismas, los pantanos. Más de la mitad de los lotes puestos en venta habían sido ya edificadas. Elegantes residencias, de fachadas ornadas y luminosas, alternaban ahora con las viejas casas de pisos de adobe y madera; y los palacetes particulares de piedra clara y ladrillo sustituían a los almacenes, a los viejos comercios o a las antiguas fortificaciones almenadas de la Edad Media. Incluso los conventos y las iglesias estaban siendo renovados y ampliados.

En esta mitad de siglo, la vieja ciudad de París desbordaba sus antiguos límites,

demasiado estrechos. Por todas partes se demolía para construir y embellecer. Sin embargo, a través de la ventanilla del coche, dando tumbos en las rodadas llenas de inmundicias, Louis seguía viendo las sórdidas callejuelas transversales donde el sol no penetraba jamás. En aquellos lúgubres pasadizos, en aquellos callejones sin salida, sin aire ni luz, flanqueados de sucios y miserables cuchitriles, vivía la hez del pueblo que él prefería ignorar. Conocía por experiencia los peligros que entrañaba adentrarse en el callejón del Pet-au-Diable, atravesar la callejuela Tire-Boudin o pasar por la calleja Fosse-aux-Chiens.

Pensó un momento en el agradable panorama del que había podido disfrutar una hora antes, durante su viaje fuera de París. ¡El campo era tan bello, y los olores de la hierba húmeda tan entrañables y dulces! Por todas partes se sucedían fértiles llanuras, campos cultivados, huertas y viñedos. Y tan pronto como atravesó las viejas fortificaciones parisinas, aquel panorama había dado paso al sórdido espectáculo que tenía ante sus ojos.

Si algún día llegase a ser rico —¿por qué no?—, se juró comprar una residencia en la bella campiña de París. ¡Y dejar por fin aquella ciudad infernal!

Louis fue arrancado de sus sueños y de sus proyectos por un brutal frenazo del coche.

Sorprendido, abrió la puerta para constatar que toda la calle estaba bloqueada por pesadas carretas de materiales. A unos pasos, un carretero interpelaba a un cantero que le impedía avanzar. Más lejos, los aguadores sorteaban coches y caballos con grave riesgo de atropello y, por todas partes en torno a él, mozos de cuerda, lisiados y falsos mendigos intentaban distraer la bolsa o las joyas al incauto despistado o a la burguesa demasiado coqueta. En cuanto a la caterva de desvergonzados lacayos, no dudaban en propinar bastonazos a diestro y siniestro para despejar el camino a su amo.

Y todas aquellas gentes gritaban, vociferaban y se insultaban a base de bien.

—¡Salgamos de este infierno! —gritó Louis a su cochero.

Nicolás fustigó a los animales, pero el coche no se movió. Parecía atascado en una rodada. Louis se giró y percibió, a través del cristal trasero, a unos cuantos arrapiezos subidos en los soportes de los ejes de las enormes ruedas para hacerse transportar a pie enjuto. Louis les mostró un puño amenazador y los chiquillos saltaron al suelo dispersándose. El coche se puso de nuevo en movimiento.

Con mucha destreza, prestando atención a aquella muchedumbre que en un abrir y cerrar de ojos podía despedazar a un cochero imprudente, Nicolás logró deslizar la carroza entre dos vehículos detenidos, para al fin girar en la calle Quatre-Fils, donde se encontraba el despacho y la vivienda de Pierre Fronsac, el padre de Louis.

Pierre Fronsac era uno de los ciento cuarenta y cuatro notarios de París. Él y su familia vivían, si no con lujo, al menos muy confortablemente: la notaría era entonces

una floreciente actividad e indispensable tanto en la vida privada como pública, aunque no siempre fuese tenida en gran estima.

Y en aquel siglo XVII se podía levantar acta notarial de todo, ya se tratase de escrituras habituales como de escrituras infrecuentes. Las primeras se parecían bastante a las que nosotros conocemos hoy, como arrendamientos, contratos de matrimonio, donaciones e incluso testamentos. Por el contrario, las no habituales eran más sorprendentes: se encontraban entre éstas los acuerdos editoriales que mencionaban los derechos de los autores, las promesas de matrimonio, o incluso de noviazgo, compromisos y contratos menores, como los de dar clases de danza, de música o de comportarse en buena vecindad, o incluso las promesas de indemnización, como consecuencia de crímenes, delitos o simples perjuicios.

Y por supuesto, los inventarios, fuesen o no judiciales.

El despacho de los Fronsac se había especializado en las escrituras poco habituales y había registrado más de mil quinientas el año pasado. Varios tenedores trabajaban allí de la mañana a la noche, porque los notarios debían no sólo conservar las escrituras, títulos, contratos o testamentos que manejaban, sino también las copias de todos aquellos documentos procedentes de otros notarios.

Ello explica el tamaño de la residencia de los Fronsac, que ocupaba una gran parte de la calle Quatre-Fils. La casa, totalmente de piedra, se distinguía, por su evidente solidez, de la mayor parte de las viviendas situadas en la misma acera. Estas últimas estaban construidas con una mezcla de arcilla y paja reforzada con madera para el entramado. Con sus pisos en voladizo, irregulares y estrafalarios, daban la impresión de que iban a desplomarse en cualquier momento (¡cosa que sucedía mucho más frecuentemente de lo que podáis imaginar!).

Del otro lado de la calle, por el contrario, no había más que construcción reciente, al levantarse allí el nuevo palacete de Guisa, que contrastaba extraordinariamente con la casa de los Fronsac.

En efecto, la fachada del despacho estaba constituida por un antiguo muro de recinto que ocultaba por completo el gran patio interior. Éste daba a la residencia el aspecto austero de una alquería fortificada, precisamente lo que había sido en la época en que se hallaba extramuros de la capital. En el propio patio se podía comprobar que la vieja fortificación tenía muy pocas ventanas y que las pocas que había eran estrechas y estaban protegidas con gruesos y sólidos barrotes de hierro o con postigos de roble.

Aquella arquitectura defensiva tenía una ventaja y un inconveniente. La ventaja estribaba en la seguridad de sus habitantes. Mientras cada noche en París muchas casas eran asaltadas y desvalijadas por bandas de ladrones de una audacia infernal, que aterrorizaban, torturaban y violentaban sin piedad a sus habitantes, los Fronsac podían dormir tranquilos.

El precio pagado por su seguridad era evidentemente la falta de luz. A pesar del formidable consumo de aceite de naveta en las lámparas, así como las candelas de

sebo, o incluso, más raramente, las bujías de cera, el interior de la casa estaba perpetuamente sumido en una penosa oscuridad, agravada por el infecto olor del aceite o del sebo.

Pese a la presencia de sus ricos y poderosos vecinos de enfrente —la familia de los Guisa era una de las más acaudaladas de Francia—, el señor Fronsac no se avergonzaba en absoluto de su vivienda. Su casa era sólida y, sobre todo, le pertenecía, lo que era muy raro en una época en que muy poca gente era propietaria.

Así pues, el coche costó un momento el palacio de Guisa para entrar luego en el patio de los Fronsac por la ancha puerta cochera, abierta durante el día pero cerrada a cal y canto a partir de la tarde por un portal de roble macizo claveteado.

El carruaje se detuvo delante del cuerpo de la vivienda principal, que comprendía tres pisos: abajo y a la izquierda se hallaban la gran cocina, la antecocina, el maduradero (el lugar en donde se conservaba la fruta), el lavadero, así como una sala común; a la derecha, se entraba en la cochera para la carroza, las caballerizas y el granero de heno; bajo el conjunto, se situaban las bodegas donde se guardaban las barricas de vino.

En el primer piso se alineaban las salas de recepción y la notaría propiamente dicha: un largo vestíbulo sin luz donde trabajaban cuatro calígrafos bajo la dirección de Jean Bailleul, el primer pasante. Un amplio gabinete, que lindaba con esa especie de galería, constituía el despacho personal del señor Fronsac. Al fondo de éste, una estrecha escalera de husillo llevaba hacia varios cofres y armarios de hierro para la protección de documentos. Allí, en un reducido espacio contiguo, se hallaban los dominios de Louis.

En el segundo piso había tres aposentos reservados para el notario y su esposa. Uno era su alcoba, otro la antecámara y el tercero un saloncito. Louis no vivía con ellos desde hacía varios años, y su hermano Denis estaba interno en el colegio de Clermont. El resto del piso, o sea, otras dos grandes piezas, albergaban respectivamente los apartamentos del administrador y del primer pasante, que vivían allí estrechamente con sus familias.

Por último, en los desvanes, en una especie de tercer piso, amontonados en zahúrdas sin luz, vivían el portero y el guardián, así como dos doncellas que compartían el mismo jergón.

Al igual que todas las viviendas burguesas de la época, o incluso los palacetes particulares, la casa parecía inmensa, pero como estaba ocupada por una población numerosa, una sola pieza constituía a menudo un apartamento completo para toda una familia, que dormía apretujada en el mismo lecho.

En los desvanes, precisamente, se alojaban, ya lo hemos dicho, el portero y el guardián. Antoine Mallet era el portero titular, aunque en realidad, como todos los hombres de la casa, hacía un poco de todo. Su esposa se ocupaba de los servicios de

la mesa y dirigía a las dos doncellas. Jacques Bouvier era el principal guardián y se ocupaba también de las caballerizas y del abundante avituallamiento. Era él quien acompañaba, todos los miércoles y los sábados, a su esposa Jeannette —la cocinera— al mercado de las Grandes Halles o al del cementerio de Saint-Jean, detrás del Ayuntamiento, para hacer la compra. Un hombre era imprescindible en esta tarea, y a veces incluso dos, tanto para transportar los cestos, que eran pesados y numerosos —había que alimentar a una veintena de personas—, como para ahuyentar a los picaros y ladronzuelos habituales de esos lugares.

El hermano de Jacques Bouvier, Guillaume —que era además el padre de Nicolás, cochero y criado de Louis—, ocupaba con su esposa dos minúsculas piezas en otra vivienda de la calle, una de esas casas de adobe que amenazaban ruina. La madre de Nicolás ayudaba en trabajos de mantenimiento del despacho y en la limpieza del patio, del que había que retirar continuamente las deyecciones de los caballos de los visitantes, estiércol que a continuación era llevado por Guillaume y vendido fuera de la ciudad.

En fin, puesto que ya hemos presentado a todos los habitantes de la casa, ha llegado el momento de decir unas palabras sobre Claude Richepin. Era a la vez maestresala y administrador, el encargado de dirigir a todos los criados y el que ayudaba a la señora Fronsac en el gobierno cotidiano de la casa.

La posición de Louis en este vasto despacho era un tanto especial. Por supuesto, trabajaba allí como notario asociado, pues, tras sólidos estudios en el colegio de Clermont, su padre había adquirido para él una notaría. Sin embargo, Louis no ejercía la actividad habitual de los notarios, es decir, recibir a los clientes y preparar las escrituras, un trabajo pesado y monótono que a él, por otra parte, nunca le había gustado.

Louis tenía en realidad un trabajo más interesante y también más difícil.

Un notario debía dedicarse a menudo a largas y penosas investigaciones para los que acudían a consultarle. Para llevarlas a cabo se solía utilizar agentes o delegados que cobraban a destajo. Pero generalmente carecían de competencia y honradez. Un día, harto de los errores y torpezas cometidas por su agente habitual, Louis propuso a su padre dedicarse él mismo a dichas investigaciones. El primer pasante, Jean Bailleul, podía reemplazarlo perfectamente como notario. Y como investigador, él era desde luego mucho más eficaz que los oscuros individuos que contrataban.

En un primer momento, Pierre Fronsac se había opuesto frontalmente a tan escandalosa proposición. Pero Louis no dio su brazo a torcer y, finalmente, su padre había cedido.

Los resultados de tal elección habían sido inesperados.

Con Louis Fronsac como agente, la notaría se había granjeado una extraordinaria reputación de eficacia para tratar y desarrollar los asuntos más complejos y delicados del reino. Numerosos eran, por otra parte, los grandes de Francia que le confiaban sus asuntos molestos, difíciles o embarazosos. Louis era discreto y no emitía ningún

juicio de valor. Se le podía contar todo. Ya fuesen problemas financieros, adúlterinos u otros más graves, Louis Fronsac hallaba siempre una solución y se encargaba de redactar las actas jurídicas adecuadas.

La reputación del despacho se había extendido rápidamente al Parlamento de París y a las instituciones de justicia, ya fuesen civiles, financieras o incluso criminales. Ésa era la razón por la cual Louis había sido encargado del inventario de bienes de Vendôme. Y por ello, volvía de Anet con los elementos necesarios para realizar dicho inventario.

Cuando bajó del coche, los dos hermanos Bouvier estaban limpiando el patio del lodo y los excrementos dejados por los numerosos visitantes que llegaban tanto en coche como en mula o a caballo.

Jacques Bouvier lucía un largo mostacho y Guillaume una poblada barba. Era el único medio de diferenciarlos, pues, de espaldas, sus siluetas eran totalmente idénticas. A ambos exsoldados —habían participado en el sitio de Casal unos años antes— no les gustaba mucho trabajar, y Richepin se quejaba de ellos continuamente ante la señora Fronsac. Sin embargo, ésta no les hacía ningún reproche, pues la presencia de los dos hermanos se explicaba sobre todo por su pasado de hombres de armas. Eran los únicos capaces de asegurar la protección de la gente de la casa, una protección muy necesaria en aquellos rudos tiempos.

Louis los saludó con todo el afecto que les profesaba. Eran ellos quienes de niño le habían enseñado a defenderse. No con una espada —Louis había sido siempre mediocre en la esgrima—, sino con pistolas, mosquetes y arcabuces.

Gracias a ellos, ninguno de aquellos ingenios tenía secretos para él. De pequeño, los Bouvier le habían enseñado el arte del tiro y la mecánica de las armas de fuego; había aprendido a desmontar una rueda de arcabuz, una cazoleta, un gatillo, una contracazoleta o un martillo. Louis conocía todas las diferencias de los mecanismos de percusión: la «llave española de miguelete o de patilla», el «miguelete alemán» y la «llave a la francesa».

Pero, sobre todo, jamás había olvidado la principal recomendación de los dos hermanos: «Louis, si un día te ves obligado a pelear, no olvides nunca que en las batallas no hay honor. Cualquier medio es bueno. Procura matar tú primero; si no, te matarán a ti».

Alejó tan funestos pensamientos de su mente. En sus investigaciones notariales jamás había tenido que combatir sino contra la mentira, la malevolencia, la trapacería o el engaño. Y eran enemigos a los que él era capaz de vencer.

Vio a su madre examinando el aljibe situado en el extremo del patio en compañía de Claude Richepin, el administrador. La señora Fronsac había visto llegar el coche y lo esperaba brazos en jarras. Louis fue corriendo junto a ella.

—Hijo mío, me parece que no nos va a faltar el agua —le anunció ella

abrazándolo con cariño.

Louis bajó los ojos: en efecto, ¡el aljibe desbordaba! El depósito, colocado en las bodegas, aflorando al nivel del patio, recogía el agua de los tejados por canales de desagüe y de canalones mañosamente dispuestos. Aseguraba así cuanta agua sana y limpia necesitaban y, gracias a eso, los Fronsac estaban considerablemente mejor aseados que sus vecinos y amigos.

Por aquel entonces la falta de agua era la mayor complicación en la vida de los parisinos, pues menos de trescientas viviendas recibían agua corriente. Es verdad que algunas casas tenían un pozo, pero solía estar sucio por las infiltraciones de purín. En la ciudad, desde luego, había bastantes fuentes, pero había que hacer cola y la espera era terriblemente larga.

La mayor parte de los habitantes de París se abastecían con alguno de los veinte mil aguadores que distribuían a domicilio el agua corrompida del Sena.

En esas condiciones poca gente podía permitirse el lujo de ser limpia. ¡El agua costaba demasiado para ser utilizada en el aseo personal!

Después de haber cambiado unas palabras con su madre acerca del viaje, Louis se dirigió a la escalera para subir al despacho mientras Nicolás desenganchaba el coche e iba a cepillar y almohazar los caballos.

Al entrar en el despacho de su padre —una vasta pieza adornada con cuatro tapices de Flandes que representaban plantas y figuras humanas—, Louis descubrió con alegría la presencia de su amigo Gaston de Tilly. Este último interrumpió la conversación con el señor Fronsac para arrojarle en brazos de su amigo, al que casi ahoga con sus efusiones.

—¡Louis! ¡Tu padre me aseguró que regresarías esta mañana, pero empezaba a dudar!

Gaston y Louis eran viejos amigos. Habían hecho juntos sus estudios en el colegio de Clermont, el famoso establecimiento regentado por los jesuitas. Clermont estaba reservado a la aristocracia y a la alta burguesía, pues la enseñanza y la pensión eran harto costosas pese a las condiciones de estudio, terriblemente duras. Los alumnos, en pie desde las cuatro de la mañana, trabajaban hasta las ocho de la tarde el latín, el griego, las lenguas extranjeras, la filosofía, el derecho y las matemáticas, con una misa como única distracción. La falta de calefacción y la parca cantidad de alimento se completaban con feroces maestros armados de látigos.

Aunque Louis había trabajado el derecho por obligación, se había aficionado a las matemáticas por inclinación natural. Había tenido de maestro a un alumno de Philippe Lansbergius, el matemático alemán defensor de Copérnico y de Galileo. Dicho maestro, que no utilizaba el látigo, le había hecho amar la lógica y le había revelado que poseía ese espíritu de geometría que permite hallar las soluciones exactas a un problema de cuyas premisas correctas no se dispone.

Ese talento, poco frecuente, le era particularmente útil en su trabajo actual de investigación.

En el colegio de Clermont, Gaston y Louis, preteridos por los alumnos más ricos o más nobles que ellos, habían simpatizado entre sí. Louis, que amaba las matemáticas, no hacía buenas migas con los hijos de los hombres de ley, y a Gaston, el benjamín de una familia venida a menos, sus compañeros aristócratas le habían hecho el vacío.

Mientras que el futuro de Louis Fronsac estaba perfectamente trazado —sería notario—, no era éste el caso de su compañero. Gaston había sido enviado a Clermont para hacerse clérigo. Era una decisión asombrosa de su tutor, teniendo en cuenta que el joven detestaba la comunidad de los futuros eclesiásticos presentes en el colegio, el más brillante de los cuales era el abad de Buzay, que tenía incluso la misma edad que ellos^[5].

A nadie le sorprendió, pues, que al término de sus estudios Gaston rechazase la tonsura y el traje talar que le esperaban. Por otra parte, habría hecho un mal servicio a la Iglesia, dado su carácter agresivo y su brutal franqueza. Independientemente de ello, tampoco tenía las maneras ni el físico de un cura.

En efecto, el exfuturo abad, aunque de estatura media, tenía el cuerpo achaparrado, una anchura de espaldas vigorosa y un robusto cuello de toro coronado por una cabeza cuadrada, poblada de abundante cabellera rojiza que crecía derecha como la mala hierba.

A primera vista podía tomársele por un patán. Sin embargo, un observador atento se habría fijado rápidamente en los ojos, vivos y penetrantes —aunque demasiado saltones para su rostro—, y, tras intercambiar unas cuantas palabras con él, habría descubierto también que aquel tosco gañán leía a Virgilio en latín y conocía todas las sentencias del Parlamento de cien años atrás.

Pero el amigo de Louis no sólo tenía el físico de un toro, sino también su carácter corajudo, belicoso, tenaz y coriáceo. Gaston bajaba la testuz y embestía contra todas las dificultades que encontraba, sin abandonar jamás.

Ya lo hemos dicho: al finalizar sus estudios había rehusado —¡con violencia!— el sacerdocio. En consecuencia, sólo le quedaba la posibilidad de incorporarse al ejército, en el que, por razón de su nacimiento, podía llegar a suboficial pero seguir siéndolo toda su vida.

Sea como fuere, Louis y Gaston se habrían separado.

Louis explicó a su padre la situación de su amigo y éste le propuso una solución que permitiría al joven sin fortuna quedarse en París. Le sugirió hacer carrera como agente municipal en la policía.

Digamos unas palabras acerca de la organización policial de la época en París, de la cual se puede asegurar, sin exageración alguna, que era particularmente confusa.

Durante mucho tiempo el responsable de la seguridad en París había sido el preboste —el llamado vizconde de París—, el cual estaba asistido por el lugarteniente

civil, encargado de la policía general, y por el lugarteniente criminal, garante de los asuntos judiciales. Estos dos magistrados residían en el Grand-Châtelet.

El preboste y el lugarteniente civil disponían, para garantizar la seguridad de la ciudad, de la patrulla real, una tropa de arqueros a pie y a caballo dirigida por el caballero de la patrulla, así como de un regimiento de soldados que más tarde se convertirían en la guardia francesa.

Pero el preboste también debía compartir su autoridad con gran número de jurisdicciones o de prebostazgos secundarios salidos de señoríos diversos, como el del Temple, o eclesiásticos, como los que dependían de abadías o del arzobispado. Además, cada barrio —había dieciséis correspondientes a sendas parroquias— estaba dirigido por un comisario que en algunos casos dependía del Grand-Châtelet pero que en otras ocasiones recurría a una milicia —la patrulla burguesa— que dependía de los magistrados del Ayuntamiento.

Tan confusa organización favorecía evidentemente a los criminales. Desde la Liga la ciudad se había convertido en una inmensa guarida de truhanes: salteadores, descuideros, rameras, desertores, mendigos y busconas pululaban por calles estrechas y sombrías en las que los paseantes eran asaltados, cuando no algo peor. La frase que más se oía en estos casos era: «Un paseante distraído es un paseante muerto». Mucho más grave era el hecho de que auténticas bandas organizadas allanasen durante la noche las casas burguesas e incluso los palacetes nobles, sometiéndolos a pillaje, degollando a hombres y niños, forzando a sus mujeres e hijas.

La milicia burguesa y la patrulla real casi nunca se arriesgaban a atacar a tan temibles bandas armadas, en tanto que ellas mismas no estaban exentas de todo reproche: ¡los propios arqueros de la patrulla real no dudaban a veces en asaltar a los burgueses!

En 1637, harto de estos desórdenes, el rey había nombrado preboste y lugarteniente civil de la capital a Isaac de Laffemas. Laffemas, exactor, exconsejero del Parlamento, exintendente de justicia en Picardía, era un hombre de probada integridad pero de una severidad y —hay que decirlo— una crueldad despiadadas.

Era también el brazo armado de Richelieu, del cual había recibido la orden de restablecer la seguridad en París a cualquier precio. Bajo su dirección actuaba Jehan Guillaume, el verdugo del prebostazgo y vizconde de París. Tan siniestro personaje se había enriquecido mucho merced a cada ejecución capital, que, fuese en la rueda o en la horca, le reportaba veinticinco libras. Eso sin contar los latigazos, las marcas al rojo vivo, la picota y los arrancamientos de lenguas, que se convirtieron en el pan nuestro de cada día para los bribones.

Los suplicios de timadores y rufianes, después de una justicia expeditiva, duraban a veces tres días consecutivos delante del Ayuntamiento, bajo los aplausos, pitos, abucheos y gritos de cólera o de admiración de los espectadores.

El propio Laffemas elegía a sus oficiales, sus comisarios, sus sargentos y sus agentes en el Grand-Châtelet, atendiendo ante todo a su integridad moral, su

honorabilidad, sus cualidades y su competencia. Pierre Fronsac lo sabía y, en su calidad de notable respetado y escuchado por los magistrados municipales, había pedido a la municipalidad que Gaston fuese propuesto como comisario-investigador encargado de la policía junto a uno de los comisarios de barrio. Dichos comisarios, llamados también comisarios del Châtelet, no tenían puesto fijo y ayudaban a los comisarios de barrio, así como al lugarteniente civil.

Agregado a Laffemas, Gaston llevaba a cabo su trabajo con indudable eficacia e inmejorables resultados.

Cuando hubo liberado de su abrazo a Louis, el joven oficial de policía que con tanta impaciencia lo esperaba exclamó:

—¡Amigo mío! Esta vez necesito más que nunca tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —protestó bonachonamente Louis—. ¡Cómo podría yo ayudarte a capturar truhanes y criminales si ni siquiera sé sostener una espada!

Naturalmente era una broma, puesto que Louis sabía disparar perfectamente una pistola, pero es cierto que no veía cómo podría asistir a su amigo en sus tareas de policía, tareas que, por otra parte, no le interesaban lo más mínimo...

Gaston meneó la cabeza e hizo una mueca de disgusto. Louis no insistió, sabiendo que ese gesto significaba que estaba realmente preocupado.

—En realidad, te necesito para una investigación. Pero déjame que te cuente antes el curioso asunto que acaba de producirse...

Se sentaron los tres. El señor Fronsac a su mesa de trabajo, y los dos amigos en sendos sillones de alto respaldo tapizado. Gaston empezó su relato:

—Ayer, a primera hora de la tarde, vinieron a buscarme por un crimen que acababa de cometerse en plena calle, entre el Louvre y el Palacio del Cardenal. El hombre abatido —pues era un hombre— vestía de librea y ahora sabemos que se llamaba François Collet.

Gaston, como quien desea producir algún efecto retórico, hizo una breve pausa que Louis aprovechó para meter baza:

—¿Desde cuándo un comisario-investigador se interesa por la muerte de un criado? —Apartó las manos en señal de impotencia y aventuró—: Sin duda es el crimen de cualquier truhán, de los que por lo visto hay más de veinticinco mil en París. A no ser que se trate de una pelea de borrachos. De todas formas, los lacayos son unos pendencieros que se divierten provocando a la gente pacífica; se lían a puñetazos por un quítame allá esas pajas y se divierten provocando a la patrulla...

Con un gesto de impotencia, se dirigió especialmente a su padre:

—Salen frecuentemente armados, aunque les esté prohibido, so pretexto de defender a su amo, y se aprovechan de ello para asaltar a los paseantes. Éste no sería distinto de los otros. Simplemente habrá recibido un mal golpe de un comparsa.

Se volvió luego hacia Gaston y concluyó con filosofía:

—Creo que pierdes el tiempo interesándote por una historia semejante.

—¡Quia, quia! Ya sé todo eso —le respondió Gaston, molesto por ver arruinado su golpe de efecto—. Me sé de memoria la ordenanza de Laffemas sobre la prohibición de llevar armas, en particular los criados. En circunstancias normales, no habría habido investigación, pero el caso es que las condiciones de ese crimen son muy extrañas...

—¿Ah, sí? ¿Tu relato va a volverse interesante? Explícate entonces...

—A eso voy, ¡si me dejas hablar de una vez! —exclamó el pelirrojo algo irritado.

Unió las yemas de los dedos y adoptó un aire serio.

—Como te decía, François Collet era un lacayo y llevaba la librea del palacio de Rambouillet. Y habida cuenta de la importancia del marqués, debemos al menos fingir que nos ocupamos de este crimen. Pero ésa no es la razón principal de mi investigación. Permitidme que os narre los hechos exactos tal como se han desarrollado: el hombre atravesaba la plazoleta que separa el Palacio del Cardenal de la calle Saint-Thomas-du-Louvre, sin duda para llegar al palacete de Rambouillet, ubicado, como sabes, en esta calle. Eran las once de la mañana y la plazuela estaba muy concurrida, como siempre a esa hora. Y de repente se desplomó. Según los testigos presenciales, no se oyó ningún ruido de arma de fuego.

Se detuvo, una vez más, para recalcar las palabras siguientes con un efecto teatral:

—¿Lo habéis oído? ¡Ningún ruido!

Dejó transcurrir unos segundos de silencio y prosiguió muy despacio:

—Sin embargo, una herida clara y precisa se apreció de inmediato en su espalda...

Esta vez, Louis lo interrumpió encogiéndose de hombros:

—Un navajazo dado por un viandante que desapareció entre la multitud... O, ¿por qué no?, un cuadrillo de ballesta.

En el rostro de Gaston se dibujó la típica mueca desdeñosa del maestro frente a la ignorancia.

—Entonces habríamos encontrado el cuadrillo, y no es el caso. ¡Fue una bala lo que lo mató!

—Hay ballestas de balas. Catalina de Médicis tenía una —afirmó Louis, en absoluto desalentado por los aires de superioridad de su amigo.

—Lo sé, lo sé. Las conozco, pero son armas de caza menor —explicó Gaston con forzada mansedumbre—, y sólo sirven para aturdir. En nuestro caso, ¡la bala atravesó el corazón! Y luego... —reflexionó un segundo— una ballesta es visible y voluminosa, abulta mucho; alguien forzosamente tenía que haberla visto —concluyó encogiéndose de hombros a su vez.

Parecía como si Louis hubiese decidido contrariar a su amigo, porque replicó, levantándose para ocultar su nerviosismo, ya que el asunto empezaba a interesarle:

—No necesariamente. Hay ballestas de cranequín cuyo arco es minúsculo...

Meditó un instante y añadió, más complaciente:

—... Sin embargo, en lo de la bala tienes razón, no habría podido penetrar profundamente.

—Convendrías conmigo en que, ya sólo por esas circunstancias, esta muerte sería bastante sospechosa, porque ¿cuál puede ser la razón de un asesinato tan extraño? Pero, además, el cuerpo fue transportado de inmediato al domicilio de un médico, a unas cuantas casas del crimen, y al examinar la herida el galeno encontró esto...

Gaston tenía en su mano una curiosa y minúscula bolita medio hueca que le pasó a su amigo. Louis la examinó con atención, y luego se la tendió a su padre, quien miró inmediatamente a Gaston con interés.

—Estoy de acuerdo contigo: esto no es una bala de ballesta. Se parece mucho más a una bala de pistola. ¡Qué raro! Conozco muy bien las armas de fuego y sin embargo no veo pistola o mosquetón que pudiese utilizar un proyectil como éste. ¿Quieres que llame a los hermanos Bouvier? Nos darán su opinión...

—No. Ya lo han hecho mis expertos en el Châtelet. Nadie ha visto jamás una bala de este tamaño. Y además, no olvidéis la ausencia de ruido: ¡no se oyó ningún disparo! Lo verifiqué in situ, nadie vio ni oyó nada.

»A continuación volví al Grand-Châtelet, donde tengo mi despacho, como sabes. El comisario de barrio me estaba esperando. Ya lo conoces: Philippe de Boyé es un hombre honrado, pero no está para historias, y mucho menos para molestias. Acababa de recibir un despacho relativo a esta agresión: la investigación sobre el asesinato no correría a cargo de la policía municipal, sino del lugarteniente civil, el propio Isaac de Laffemas. Y todas las piezas concernientes a la investigación debían ser remitidas a continuación a Su Eminencia. En otras palabras, esto significa lisa y llanamente que me apartan de la investigación, y me da la impresión de que tratan incluso de cerrar el expediente.

Se hizo un momento de silencio, esta vez mucho más penoso. Louis se atusaba pensativo el bigote, un gesto maquinal que lo ayudaba a reflexionar, mientras que Pierre Fronsac abría unos grandes ojos de asombro que iban de su hijo a Gaston.

Si había alguien capaz de causar ese efecto, era el cardenal Richelieu. A menudo se piensa que el cardenal era temido sólo por sus famosas ejecuciones públicas de opositores o de conspiradores: Chalais, Montmorency, Bouteville, Marillac y muchos otros. Era verdad para los grandes del reino, pero no para el pueblo llano o para la burguesía. Éstos eran simplemente esquilados por medio de impuestos y tasas. Sabían, por otra parte, que la menor protesta significaba la prisión, el azote público, las galeras y, con frecuencia, la muerte.

En efecto, los gastos del Estado casi cuadruplicaban los ingresos. Para compensar el déficit, los impuestos eran cada vez más gravosos, lo que provocaba miseria extrema en un país donde la guerra, que causaba estragos en Europa desde hacía más de veinte años^[6], resultaba terriblemente costosa.

La burguesía tampoco se libraba de aquel furor de impuestos y así, algunos años antes, le había sido infligida una nueva contribución obligatoria: el impuesto sobre la

clase acomodada.

Para evitar toda oposición a sus actos, Richelieu había organizado una feroz política de terror. Incluso conminó al Parlamento a dejar de quejarse. Pese a todo, desde hacía un tiempo las revueltas campesinas estallaban por doquier. Tan terribles insurrecciones eran inevitablemente seguidas de atroces represiones.

En 1639, por ejemplo, nuevas tasas habían sido recusadas en Normandía, donde incluso los oficiales reales se habían puesto en huelga. El Parlamento de Rouen rechazó entonces los nuevos impuestos y los campesinos masacraron a los representantes del rey. La revuelta derivó rápidamente en una sedición general con un mítico cabecilla: Jean Pied-Nu. El contraataque de Richelieu fue fulminante y despiadado. Cuatro mil dragones, a las órdenes de Jean de Gassion, ocuparon Normandía y no perdonaron nada ni a nadie, quemando los lugares de culto y violando y matando a un número incalculable de pobres gentes. Los cabecillas de la revuelta, una vez presos, fueron despedazados vivos, y durante semanas colgaron de los árboles los cadáveres de cientos de ahorcados.

El cardenal había quedado muy satisfecho con ello. La ciudad de Rouen, desposeída de todos sus derechos, había tenido que pagar una multa exorbitante. Fue entonces, ante tanto desamparo, cuando Corneille escribió *Cinna*, en un intento vano de obtener la clemencia del rey. Richelieu se mostró inflexible, como de costumbre, y el rey aprobó la despiadada acción de su ministro.

La intervención del «Gran Sátrapa» —como se llamaba entonces irónicamente a Armand du Plessis— en el asunto de Gaston era, pues, más que extraña: era inquietante, sobre todo conociendo a Isaac de Laffemas, al que los parisinos apodaban «el verdugo de Richelieu».

—Pero ¿qué interés puede tener Su Eminencia en un crimen ordinario, tal vez depravado? —preguntó Louis, más para sí mismo que para los demás.

—Pues verás, tengo una pequeña idea —explicó Gaston—. No olvides que el asesinato tuvo lugar entre el Palacio del Cardenal y el de Rambouillet...

—Es poco probable que el asesino proceda del palacete de Rambouillet —afirmó Louis—. Conozco perfectamente a la marquesa de Rambouillet y a su familia. Esa gente es incapaz de semejante villanía. Por otra parte, el marqués tiene tanto miedo a verse comprometido en cualquier asunto, que cuando se le pregunta la hora no responde y enseña su reloj. En cuanto a su esposa, es la virtud personificada.

»Cosa que no se puede decir precisamente del cardenal...

—Ni una palabra más, Louis —le cortó secamente el señor de Fronsac, quien, sin ser tan prudente como el marqués de Rambouillet, no quería oír nada contra el hombre que dirigía el país con sangrienta mano de hierro—. Ya sabes que las paredes oyen...

—Es cierto, padre —murmuró su hijo, lanzando una mirada maquinal alrededor

de la estancia. Luego, girándose hacia Gaston, lo interrogó de nuevo—: Entonces, ¿para qué necesitas mi ayuda? Tú mismo acabas de decirlo: la investigación está cerrada... para ti, al menos.

—¡No soporto que las investigaciones finalicen así, de manera que he decidido seguir para llegar al fondo de la cuestión! —exclamó Gaston con indisimulada cólera—. Y si eso molesta a Laffemas, tanto peor para él.

Cuando se hubo calmado un poco, prosiguió:

—Y ahora viene mi pregunta. Acabas de recordarnos que conoces a la marquesa de Rambouillet, ¿aceptarías presentármela para que le haga unas cuantas preguntas sobre Collet? Preguntas oficiosas, por supuesto.

Louis reflexionó un instante. Sin embargo, no lo dudó mucho; le gustaba resolver enigmas, y puesto que le proponían uno...

—Desde luego... ¿por qué no iba a aceptar? ¿Cuándo quieres ir?

Louis habría debido figurarse la respuesta.

—Me habría gustado ir esta mañana, pero se ha hecho tarde, de manera que... ¿por qué no después de comer? Ya sabes que no me gusta perder el tiempo, y la marquesa tal vez ignore que su criado ha muerto. Me gustaría comunicárselo y observar su reacción.

—Bueno, pero como es mediodía, te quedarás a comer con nosotros. Así nos amenizarás el almuerzo hablándonos de alguna de tus más recientes investigaciones. Avisaré a mi madre.

Louis se levantó y salió.

Aprovechemos para presentar rápidamente a la familia de los Rambouillet, de la que Louis y Gaston han hablado.

Acabamos de explicar que en esta mitad de siglo la miseria y la indigencia golpeaban atrocemente la campiña y las ciudades de Francia; paradójicamente, el país asistía a una verdadera explosión cultural, artística y científica que constituía el preludio del Gran Siglo. Pintura, escultura, teatro, novela, poesía, arquitectura, matemáticas: todas las artes veían nacer nuevos talentos.

El propio Richelieu favorecía esta evolución, pero no era el impulsor: durante el reinado de Luis XIII el centro de la vida intelectual y artística de Francia no fue ni el Louvre ni el Palacio del Cardenal, sino el palacio de Rambouillet; «la Corte de la Corte», como se le llamaba.

El palacio de Rambouillet era un círculo social, un salón donde las personas más distinguidas se encontraban a diario. Este salón no era el único de París; también estaba el de la señora des Loges o el de la señora d'Auchy; y, más tarde, el de la señora de Lafayette. Pero el salón de la marquesa de Rambouillet fue único y excepcional: entre 1613 y 1664 —¡durante más de cincuenta años!— todo el que era alguien en el reino de Francia, por su nacimiento, belleza, talento, inteligencia o

virtud, iba a encontrarse en el palacete de la calle Saint-Thomas-du-Louvre.

Citemos sólo a algunos de los asiduos del palacete para ilustrar nuestras palabras: Richelieu, por supuesto; el duque de Enghien, el futuro Gran Condé; La Rochefoucauld; Mazarino, que no era todavía más que el pequeño *Mazarini*; La Valette, hijo del duque de Èpernon, valido de Enrique III; la señora de Combalet, sobrina del cardenal; el duque de Nevers y su hija, Marie de Gonzague; Anne-Geneviève de Borbón, hermana de Enghien, así como su futuro marido, el duque de Longueville; el mariscal de Bassompierre... sin olvidar a la señora de Chevreuse. Y entre los hombres de letras o de ciencia, podemos citar nada menos que a: Malherbe, Racan, Vaugelas, Honoré d'Urfé, Chapelain, Voiture, Corneille, Madeleine de Scudéry, Ménage, Scarron, Malleville, Tallemant des Réaux, la señora de Sévigné, la señora de Lafayette, Molière, Bossuet... ¡Uf! ¡La lista es interminable!

Sí, el palacio de Rambouillet fue durante cincuenta años el lugar más divertido, agradable, inteligente y cultivado de París. La marquesa, hija de un embajador de Francia en Roma y de una princesa italiana, y a la que sus íntimos se referían con el sobrenombre de Arthénice^[7], recibía todos los días en veladas de tarde y noche.

Organizaba también en su palacio fiestas, banquetes, concursos, ballets y juegos. Su salón era el centro del buen gusto y de la inteligencia, y de entonces data este dístico:

*Si la gran Arthénice da su parecer,
los sabios no tendrán nada que hacer.*

Con la marquesa, y por primera vez en el Antiguo Régimen, dos mundos hasta entonces totalmente extraños —el de la Alcurnia y el del Talento— iban a encontrarse, codearse, compararse y, a veces, mezclarse.

Es a ese lugar excepcional al que Louis había aceptado guiar a su amigo policía.

El almuerzo fue servido en el gran comedor de los Fronsac, una oscura pieza mal iluminada por cuatro candelabros de plata y amueblada únicamente con una gran mesa de nogal, así como un macizo aparador con celosía donde la señora Fronsac apretujaba vasijas, fuentes, cubiletes, aguamaniles y platos de estaño. De las paredes colgaban algunos tapices, en un intento vano de calentar más que de alegrar la pieza. Afortunadamente, una hermosa chimenea revestida de madera, en la que crepitaba un buen fuego, era más eficaz. Algunos oscuros cuadros y espejos completaban la decoración de la sala.

La mesa rectangular, que ocupaba la mayor parte de la pieza, estaba rodeada de diez escabeles y seis sillas tapizadas.

Contrariamente a lo que había sugerido Louis, los convidados no hablaron de asuntos policiales. A la señora Fronsac le interesaba sobre todo lo que pasaba en la

Corte, y aunque Gaston conocía mejor a los bribones que a los grandes del reino, estaba también al corriente de gran cantidad de anécdotas y rumores. Contó, pues, a la señora Fronsac los últimos acontecimientos divertidos o picantes ocurridos en el Louvre.

Eran cinco a la mesa, pues el primer oficial de la notaría comía con ellos. Las bandejas eran subidas de la cocina y servidas por la señora Mallet, una mujer de rostro seco, rodeado de cabellos de un rubio pajizo que le daban aspecto arisco.

La señora Mallet no ocultó su malhumor por el aumento de comensales. Ese día, en honor de Gaston, al que adoraba como a un hijo, la señora Fronsac había sacado la vajilla de loza. Era sobre todo ese despliegue, en su opinión excesivo, lo que contrariaba a la señora Mallet.

Haciendo caso omiso del silencioso reproche, Gaston se dirigió a su anfitriona:

—Señora, no estoy seguro de que deseéis que os hable de Su Eminencia. Os propondré, si os parece, un tema más ligero: el complot de la señorita de Angennes contra Don Mayor.

Louis, sorprendido, levantó la cabeza del plato.

—¿Julie d'Angennes? —preguntó—. ¿La hija de la marquesa de Rambouillet? ¿Pero qué interés tiene por el marqués de Effiat?

Henry de Ruzé d'Effiat, marqués de Cinq-Mars —el nuevo favorito del rey—, era en efecto llamado «Don Mayor» desde que había obtenido el cargo —¡y vaya con el cargo!— de caballerizo mayor.

El rey Luis XIII, de cuarenta años, tuberculoso, atrabiliario, neurasténico, cruel, hipócrita, holgazán, avaro, celoso y desconfiado, apodado «Luis el Tartamudo» por sus dificultades de elocución, no podía en efecto vivir sin favoritos o favoritas.

Desde el duque de Luynes, habían sido varios los agraciados con dicho privilegio. La afección del rey había acabado matándolos o arruinando sus vidas. El año anterior la favorita titular era Marie de Hautefort, una amiga de la reina. Semejante elección no convenía a Richelieu, de modo que el retorcido cardenal había colocado al lado del rey a un joven inconsecuente de dieciocho años, hijo de uno de sus amigos: el marqués de Effiat.

Primero observado, y después amado por el rey, el marqués había recibido rápidamente altos y sorprendentes cargos. Y así, de capitán de la guardia se había convertido en caballerizo mayor. Sin embargo, todos en la Corte lo consideraban fatuo, presuntuoso y sinvergüenza.

Era también de una ambición sin límites, y se le había metido en la cabeza convertirse en duque, par, condestable y, ¿por qué no?, ¡primer ministro!

Cuando el cardenal se dio cuenta de aquella disparatada ambición, era demasiado tarde, porque el favorito se había vuelto indispensable para el rey.

En cuanto a Julie d'Angennes, Louis la conocía poco y la apreciaba todavía menos. Mientras que su madre, la marquesa de Rambouillet, suprimía fácilmente las barreras del nacimiento para valorar sólo las del talento, su hija era despectiva y

arrogante con los que no eran nobles. Recordaba siempre sus ilustres orígenes principescos y no dudaba en humillar públicamente a los que no eran de rancio abolengo.

Su víctima preferida y blanco de sus burlas era Vincent Voiture, un amigo de Louis de origen modesto —su padre era comerciante de vinos— pero convertido, merced a su talento de poeta, en maestresala de la duquesa de Orleans. Voiture estaba enamorado de Julie, a la que él llamaba con admiración «princesa Julie». Un día, para burlarse de él, su princesa había hecho que le cayese encima, desde lo alto de una puerta, un aguamanil lleno de agua. Comoquiera que él se quejase de ello, Julie le recordó su condición asegurando que su inteligencia y su talento jamás podrían compensar la bajeza de su nacimiento.

—¡Espera, Louis! —lo interrumpió la señora Fronsac, ávida de detalles y anécdotas que su vida de esposa de notario no podía darle—. Entonces, ¿esa señorita de Angennes es la hija de la señora de Rambouillet a la que tú has visitado en alguna ocasión?

—Exactamente —respondió su hijo—. La marquesa es una de las mujeres más bellas que he conocido. Pero es también inteligente, espiritual, modesta, exquisita. En verdad, posee todos los talentos imaginables, que se completan con un estricto rigor moral trufado de humor, de prudencia y serenidad.

—Sin embargo, últimamente no frecuentas su casa observó la señora Fronsac.

Louis asintió algo apenado.

—Es verdad. Sólo acudo allí con Vincent Voiture, y como él está ahora mismo disgustado con la marquesa y su hija, no me atrevo a presentarme allí solo, cosa que lamento. De todas formas, haré una excepción esta tarde por Gaston.

—Voiture es un ilustre poeta —aseguró el señor Fronsac—. ¿Cuál es el origen de su desavenencia con los Rambouillet?

—La desavenencia obedece a dos motivos —aseguró Louis—. En primer lugar, hace algún tiempo mi amigo Voiture se enamoró locamente de la «princesa Julie» y se atrevió a pedir su mano. A cambio, recibió de ella dos sonoras bofetadas.

La señora Fronsac se mordió la lengua para no reír mientras Gaston se reía a carcajadas haciendo además un ruido ensordecedor al golpear la mesa con ambas manos. Louis tuvo que esperar pacientemente a que se calmase para continuar.

—Después de esto, Vincent —para vengarse— escribió un poema muy ligero que no ha gustado a la marquesa. El caso es que ella tiene cinco hijas muy castas, tres de las cuales están en sendos conventos: Claude-Diane es abadesa de Yerres, Louise-Isabelle es coadjutora y Catherine-Charlotte está también en Yerres. En cuanto a Julie d'Angennes, nadie duda de su virtud, y su prometido, el señor de Montausier, espera desde hace diez años poder desposarla.

—¿Cuál es ese poema, Louis? —preguntó su madre en un tono de indiferencia desmentida por unos ojillos brillantes de curiosidad.

—¡Hum! No me acuerdo de todo el poema, pero creo que podré recitar la primera

estrofa:

*Las señoritas de estos instantes
han desde ha poco muchos amantes;
dicen que a nadie falta de nada,
¡qué buena añada!*

La señora Fronsac se ruborizó ligeramente, y Gaston dejó el trozo de carne que se disponía a engullir y se puso a aplaudir, salpicando a sus vecinos con la salsa pardusca del asado. En cuanto al señor Fronsac y a su primer oficial, mostraron su desaprobación adoptando un gesto ceñudo.

—Volvamos a vuestro complot, amigo mío —pidió Louis a Gaston, dando un hábil giro a la conversación al ver la severa actitud de su padre.

—¡A eso voy! ¿Sabéis que al señor de Effiat se le ha metido en la cabeza desposar a Marie de Gonzague?

La noticia, que la señora de Sévigné habría calificado si hubiese empezado a escribir sus cartas, lo que no era el caso, pues entonces sólo tenía quince años, como la más sorprendente, asombrosa, inaudita, singular, extraordinaria, increíble e inesperada, era ahora vox pópuli: desde el pasado otoño, Cinq-Mars había abandonado a Marion de Lorme, la célebre cortesana de la que era amante titular pese a los celos de Richelieu, que había obtenido los mismos favores, pero al precio de cien doblones, la había abandonado, digo, por Marie de Gonzague.

Pero aunque el marqués de Effiat se hubiese declarado enamorado de una de las más ricas herederas del reino —y, dicho sea de paso, mucho mayor que él—, nadie ignoraba que había una distancia infinita entre una princesa de Gonzague y un marqués de Effiat. Y precisamente para reducir ese abismo, Cinq-Mars ambicionaba convertirse en duque, par y condestable de Francia.

Sin embargo, Richelieu, que ahora desconfiaba de él, cuando había sido el artífice de su fortuna, se había opuesto en estos términos: «No creo que la princesa Marie haya olvidado su origen hasta el punto de querer rebajarse con tan pequeño compañero».

Marie de Gonzague no sólo era la nieta de la célebre duquesa de Nevers, que había embalsamado la cabeza de su amante Coconas después de la noche de San Bartolomé, sino también la heredera del rico ducado de Mantua: un bastión formidable de Francia contra la casa de Austria.

En efecto, su padre, el duque de Nevers, había heredado este ducado italiano unos años antes. En aquel entonces los derechos del duque habían sido impugnados por España. Francia había respondido ocupando la ciudad de Casal, así como el Piamonte.

Luego, Marie de Nevers se había convertido —con el nombre de Marie de Gonzague— en el más bello partido de Francia. Ese encumbramiento se le había

subido a la cabeza y Richelieu la había hecho apresar en 1629, para recordarle que, por muy duquesa que fuese, le debía obediencia.

A continuación, la joven había intentado casarse con Gaston, el hermano del rey, lo que habría podido convertirla en reina de Francia, pero este último finalmente la había rechazado.

En el momento de nuestra historia, con veintinueve años cumplidos, todavía no se había casado y execraba del Gran Sátrapa, el único responsable, según ella, de su soltería.

Se rumoreaba, además, que para contrariar a Richelieu no rechazaría a Cinq-Mars

Sin embargo, si Richelieu se resistía al matrimonio de la princesa con Effiat, no era por razones de casamiento desigual; él mismo había casado a su sobrina, Claire-Clémence, nieta de un oscuro abogado, con el duque de Enghien, ¡un príncipe de sangre real!^[8] No, la verdadera razón era que temía una coalición entre la princesa, que lo odiaba —y que era también la favorita de una reina que lo detestaba—, con un marqués de Effiat, favorito del rey. Un favorito que publicaba a los cuatro vientos que, una vez duque, no le importaría ocupar el lugar del actual primer ministro.

—Tengo entendido que el cardenal se opone a esa unión —observó prudentemente el señor Fronsac.

En realidad, estaba muy bien informado de lo que se decía en la Corte sobre ese particular.

—Y no es el único. Julie d'Angennes, que es asimismo la mejor amiga de Marie de Gonzague y que se considera también ella princesa italiana por su madre, se ha declarado humillada y despreciada al saber que un Effiat picaba tan alto. Y parece ser que dijo: «No podemos aceptar un casamiento tan desigual».

»Y que hasta osó amenazar: «Impediré ese matrimonio. Pediré ayuda al diablo, si hace falta, ¡e incluso a Su Eminencia si es necesario!».

Estas últimas palabras atrajeron bruscamente la atención de Louis, que, conociendo la historia, escuchaba sólo a medias.

«¡Vaya! ¡Esta sí que es buena! ¡Qué extraña alianza entre el palacio de Rambouillet y el Palacio del Cardenal!», se dijo para sí mismo.

La conversación, algo ociosa, continuó por los mismos derroteros durante el resto del almuerzo, con la señora Fronsac reclamando continuamente precisiones para poder repetir las luego a sus amigas, que se morirían de envidia.

Louis no se interesaba ya en ella, sino que reflexionaba ahora en la muerte de François Collet: lo cierto es que había muchos lazos que vinculaban esta muerte al cardenal. La cuestión era: ¿debía mezclarse él en ese asunto? Desde luego, el extraño enigma lo atraía, pero ¿no eran los riesgos demasiado grandes y, sobre todo, inútiles? Miró un momento a su padre, que charlaba con el primer oficial en voz baja. ¿No se

arriesgaba él a arrastrar a su familia a una desagradable historia? Finalmente, mientras llegaba la fruta y el pastelón —un pastel de hojaldre relleno de crema—, tomó su decisión.

El almuerzo terminó con una discusión sobre la reciente inauguración del teatro del Palacio del Cardenal; Louis ya no participó en ella, impaciente por quedarse a solas con Gaston.

La señora Fronsac se levantó al fin para dar algunas instrucciones a la señora Mallet. En cuanto a Pierre Fronsac y su primer oficial, volvieron a sus respectivos despachos de la notaría y Louis y Gaston se quedaron por fin a solas.

—¿Sigues pensando en presentarme en casa de la marquesa, Louis? —preguntó Gaston, enarcando las cejas y un poco inquieto por que su amigo hubiese podido cambiar de parecer.

—¡No lo dudes! Sobre todo después de lo que nos has contado durante la comida —afirmó Louis—. De todas formas, me gustaría hacerte una pregunta. Has dicho que a François Collet lo habían matado cuando se dirigía hacia el palacio de Rambouillet. ¿Por qué no yendo hacia el Palacio del Cardenal? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—En realidad, no lo sé —reconoció Gaston—. Sin embargo, se encontró la bala en el corazón de Collet y le habían disparado por la espalda. En la plaza situada a la entrada del palacio hay dos edificios con ventanas desde donde habría podido partir el tiro: el cuerpo de guardia, enfrente del porche, y el propio palacio. Me parece inverosímil que le hayan disparado desde el cuerpo de guardia, pues ¿cómo iban a saber que Collet pasaría por allí? Por el contrario, si Collet había ido al palacio —llevando un documentó o un objeto, por ejemplo—, podían matarlo perfectamente cuando salía de él, una vez entregado. En este supuesto, habría sido muerto camino del palacete de Rambouillet.

—Bien razonado —aprobó Louis pensativo—. La historia me intriga realmente. Y, desde luego, me gustaría descubrir la solución.

Capítulo 2

Tarde del jueves 2 de mayo de 1641

El palacete de Rambouillet estaba situado en la calle Saint-Thomas-du-Louvre. El camino, hoy desaparecido, partía de la fachada del actual Palacio Real (entonces no era más que el Palacio del Cardenal) y se dirigía hacia el Sena adentrándose por un dédalo de casas construidas contra el Louvre; se hallaba, pues, aproximadamente en el emplazamiento de nuestra actual plaza del Carrousel.

En el lado situado hacia las Tullerías, la calle estaba constituida principalmente por dos grandes palacios particulares: el de Chevreuse y el de Rambouillet. Ambos edificios lindaban con el Hospicio de Ciegos y se contaban entre los más bellos de París. En la época de nuestra historia, el palacete de Chevreuse se hallaba vacío, pues la duquesa estaba en el exilio desde hacía algunos años.

La propia marquesa de Rambouillet había dibujado los planos de su residencia. El origen del edificio era muy curioso: Catherine de Vivonne-Savelli había llegado a Francia muy joven, con su esposo, el marqués de Rambouillet. Procedía, ya lo hemos dicho, de una familia principesca italiana, los Savelli, que la habían educado en un ambiente en que la belleza y la armonía eran valores esenciales.

Al llegar al Louvre, Catherine de Vivonne se había sorprendido, y luego ofendido, al descubrir que una de las bromas más refinadas e ingeniosas del círculo de allegados del *Vert-Galant* era vaciar aguamaniles de vino en el escote de las damas.

Juró entonces no volver jamás a la Corte, con estas palabras:

*Porque en el Louvre está escrito
que más vale un dracma de desvergüenza
que los talentos de cien libros de ciencia.*

Una vez tomada su decisión, había optado por disponer de su propia corte, a imagen de lo que había conocido en Italia. Para ello necesitaba un lugar de recepción excepcional.

Primero dibujó, y luego mandó construir, en un terreno que le pertenecía, un extraordinario edificio que pronto se conoció como «el palacio de la Maga». Era un magnífico palacete de vastas y luminosas piezas en crujía, con anchas puertas y ventanas que llegaban hasta el suelo: una innovación arquitectónica hasta entonces desconocida en Francia.

Y era allí, en la «Corte de la Corte», como se dio en llamar a este lugar mágico, donde la marquesa recibía a diario, desde hacía treinta años, a todos cuantos eran alguien en Francia.

Louis y Gaston, que venían del Marais, se dirigieron al palacete a caballo,

pasando por la Cristalería, los Lombardos y finalmente por la calle Saint-Honoré. Eran las dos de la tarde. La lluvia había cesado, dando paso a un tiempo tormentoso y sobre todo a una espesa niebla negruzca, sutil mezcla de estiércol de caballo, de excrementos y de desperdicios diversos.

Los dos caballeros no lo padecían demasiado, y sólo sus altas botas de montar estaban manchadas de salpicaduras. Sin embargo, el olor cadavérico, fétido y a veces sulfuroso de aquella cochambre era casi irrespirable.

Al llegar a la ancha calle Saint-Honoré, totalmente adoquinada, nuestros amigos pudieron cabalgar el uno junto al otro y hablar con más comodidad.

—¿Conoces bien a la señora de Rambouillet? —preguntó Gaston tratando de no respirar por la nariz, lo que imprimía a su rostro una curiosa expresión y una extraña voz gutural.

Louis reflexionó un instante.

—Pues no... no mucho. En realidad, no he ido al palacio más que tres o cuatro veces... Pero me han recibido siempre con los brazos abiertos, pese a mi origen plebeyo. La marquesa es tan bondadosa, tan bella, inteligente y sensible, que cuando la hayas conocido no podrás olvidarla. Descubrirás, por cierto, el más bello palacio de París y el más confortable. ¿Sabes que disponen de agua corriente, llevada por canalizaciones subterráneas, con dos bañeras para lavarse enteramente?

—¿Bañeras? ¿Para lavarse?

Gaston miró a su amigo, un poco incrédulo.

—Sí. Deberías intentarlo, ¿sabes?

Gaston se quedó un rato pensativo. ¡Tomar un baño! ¡Qué ocurrencia! Alejando de sí tan espantosa pesadilla, continuó:

—Háblame más de su hija...

—¿De cuál de ellas? ¡Porque tiene cinco! Aunque supongo que te refieres a Julie d'Angennes.

—Por supuesto. De la que hemos hablado en la mesa. ¡La princesa!

—Pues... digamos que es... ¡diferente! Cuando la conozcas, tampoco podrás olvidarla. Pero prefiero no adelantarte nada y dejar que lo descubras por ti mismo.

No dijo más y, con una sonrisa en los labios, hizo trotar su caballo delante de la montura de Gaston, tratando de evitar el embotellamiento causado por una carreta de barricas bloqueada contra una de esas gruesas piedras que servían de guardacantones en las encrucijadas.

Viendo que no obtendría más información de su amigo, Gaston no insistió. De todas formas, prefería formarse una opinión directamente, y bastantes problemas tenía para guiar su montura en medio de aquellas calles, siempre obstruidas y atestadas de gente.

Una vez llegados ante el Palacio del Cardenal, torcieron a la izquierda y, casi inmediatamente, se hallaron delante del porche del palacete de Rambouillet. Era una inmensa construcción de piedra y ladrillo con tejados de pizarra. La mezcla

armoniosa de los tres colores, rojo, blanco y gris oscuro, hacía de él un edificio de rara elegancia. Entraron por la puerta cochera y se detuvieron en el patio de honor, donde dejaron sus monturas a un palafrenero mientras un lacayo se acercaba acompañado de uno de los mayordomos del palacio.

Teniendo en cuenta sus botas hediondas y embarradas, el mayordomo les propuso pasar al jardín, situado a la izquierda del patio. Este espacio, plantado de árboles y parterres de flores, lindaba con el Hospicio de Ciegos. En el centro se encontraba la famosa fuente edificada por Mansard y sobre la cual Malherbe, el poeta de Aix, había escrito este breve poema:

*¿Ves, al pasar, cómo el agua fluye
y desaparece incontinente?
Así la gloria de este mundo huye,
y nada sino Dios es permanente.*

Dirigiéndose allí, dieron su nombre y explicaron al mayordomo que deseaban ver a la marquesa. El fámulo les confirmó que se hallaba en palacio y les rogó aguardasen un momento en compañía del lacayo mientras él iba a avisarla. Les comunicaría enseguida si la marquesa aceptaba su visita.

Al cabo de un espacio de tiempo asombrosamente breve, Catherine de Vivonne-Savelli, marquesa de Rambouillet, bajó la escalinata que llevaba del primer piso al jardín. A sus cincuenta y tres años seguía siendo tan graciosa, radiante y resplandeciente como en su juventud, y los retratos que nos quedan de ella no son sino un pálido reflejo de su belleza. Reconoció inmediatamente a Louis, que, sin formal parte de los asiduos del palacete, había sido invitado algunas veces por Vincent Voiture.

La marquesa iba ataviada con un vestido de tafetán azul y blanco con botones de oro y cuello de encaje según la moda imperante. Una cascada de negros cabellos caía en espesos bucles sobre sus hombros. Saludó a Louis con una sonrisa socarrona, diciéndole con el tono alegre e irónico que tanto gustaba a sus amigos:

—¡Señor Fronsac! ¡Me han dicho que deseáis verme por un asunto personal, importante, delicado y que no admite demora! ¡Me muero de impaciencia por saber algo más!

—Sois muy amable al recibirnos, señora —dijo Louis inclinándose con su sombrero en la mano—. Permitidme que os presente a mi compañero de estudios y amigo: Gaston de Tilly. El señor de Tilly es comisario-investigador del Grand-Châtelet.

Ante estas palabras, la marquesa se puso ligeramente rígida y pareció más seria, más atenta. Su sonrisa se fue borrando progresivamente.

Louis notó esa transformación e intentó tranquilizarla.

—El señor de Tilly está aquí oficiosamente. Me ha pedido que os lo presente por

un curioso asunto acerca del cual desea vuestra opinión. Pero insiste en que se trata de una investigación oficiosa y en que podéis perfectamente negaros a responder.

—Estoy dispuesta, caballero, a responder a todas vuestras preguntas —aseguró la marquesa con forzada jovialidad.

Sin embargo, la palidez de su rostro dejaba entrever que estaba muy turbada por la visita de un policía, y quizás no tan dispuesta como decía a responder a sus preguntas.

—Señora —empezó Gaston *exabrupto*, como era su enojosa y desagradable costumbre—, ayer uno de vuestros lacayos fue asesinado en plena calle.

El rostro de la marquesa adquirió una palidez de cera y se descompuso. Bruscamente, la atmósfera se volvió menos amistosa, menos confiada y, sobre todo, más tensa. Con una voz terriblemente afectada, la marquesa murmuró:

—Pues no estoy enterada. ¿Estáis seguro de ello?

Gaston asintió en silencio bajando la cabeza. La marquesa prosiguió entonces en tono más alto:

—Llamaré a maese Claude, es mi tesorero y tengo absoluta confianza en él. El sabrá lo que pasó.

Catherine de Rambouillet se volvió y entró unos minutos en su palacete. Louis supuso que se alejaba más para disimular su turbación que para buscar a maese Claude. Miró a Gaston en silencio, algo irritado con él. ¿Es que no podía ser más comedido, un poco más hábil? Pero esos reproches no hacían mella en su amigo, que permanecía imperturbable. Estaba sobre una pista, lo olía, lo sabía. Y ya nada lo detendría.

La marquesa volvió rápidamente, acompañada de un hombre muy mayor, aunque todavía vigoroso, que llevaba impresa en su rostro arrugado y coloradote toda la honradez del mundo.

—Maese Claude me confirma que en efecto François Collet, un lacayo a nuestro servicio desde hace casi veinte años, está ausente desde ayer por la mañana —dijo con voz velada.

—Pues ése es. Quizá maese Claude no tenga inconveniente en presentarse en el Grand-Châtelet para reconocer el cuerpo —sugirió Gaston a la marquesa.

Y sin aguardar respuesta, se dirigió directamente al tesorero de la señora Rambouillet:

—¿Sabéis lo que hacía François Collet fuera, ayer, a las diez de la mañana?

—El caso es que —lo interrumpió la marquesa— François Collet está más bien al servicio de mi hija, Julie d'Angennes, que se halla en palacio en este momento. Y puedo mandar a maese Claude a buscarla.

«Y también a prevenirla», se dijo Louis para sus adentros.

—Muchas gracias, señora, así podremos cerrar este asunto de una vez y dejar de importunaros —declaró Gaston amablemente.

Claude se fue y la conversación languideció durante unos instantes con cumplidos

banales pero deslavazados sobre el jardín y la fuente. La marquesa estaba visiblemente preocupada y distraída. Era evidente que la visita de los dos amigos la había perturbado, tal vez incluso trastornado, pero lograba dominar su emoción. Louis la observaba discretamente. Adivinaba que la marquesa sabía ciertas cosas, que suponía o sospechaba otras, y que esos secretos no debían de ser agradables para ella y para su familia. Sabiéndola de salud delicada, le propuso entrar.

—No —contestó sonriendo, conmovida por su delicadeza—. Lo que no soporto es el sol, pero, a Dios gracias, hoy las nubes me lo ocultan.

Por fin llegó Julie y la señora de Rambouillet pareció tranquilizarse un poco.

No hace falta presentar a Julie d'Angennes. Claude Deruet ha hecho un fiel retrato de la joven vestida de Astrea^[9] con una corona de flores en la mano que recuerda la famosa guirnalda^[10] de la que volveremos a hablar. Menos graciosa que su madre, su altivo porte y su mohín insolente trataban de afirmar su alta cuna. No era tan hermosa como la marquesa de Rambouillet. Tenía una nariz demasiado grande y una barbilla demasiado pequeña, dos signos hereditarios de los Angennes.

Ese día Julie estaba vestida con un traje de satén rojo y oro estampado de flores, adornado con pasamanería también de oro. Calzaba medias de seda y zapatos a juego. Completaban el conjunto un par de zarcillos de oro y un collar de bonitos dijes. Maravillosamente peinada, hacía gala de un mohín de enojo que adoptaba con las gentes de condición inferior.

Louis sabía que había cumplido los treinta y cuatro años, pero los disimulaba muy bien bajo la espesa capa de licites que cubrían su rostro.

Julie no había venido sola. La seguía otra joven de rasgos parecidos, aunque carentes del hastío y descontento de la futura duquesa de Montausier. La muchacha, aunque pasaba de los veinte, era mucho más joven que la hija de la marquesa. Iba vestida con un sencillo traje de terciopelo azul —que avivaba el brillo de sus ojos, del mismo color—, cuyo único adorno consistía en un simple cuello de encaje. Su rostro dejaba adivinar un carácter dulce y atento, aunque enérgico y voluntarioso.

—Mi hija Julie y su prima, que también se llama Julie —las presentó la marquesa sonriendo—. Señor Fronsac, vos conocéis a mi hija, según creo, pero seguro que no conocéis a su prima, la señorita de Vivonne. Es la nieta del hermano menor de mi padre. El caballero de Vivonne —el padre de Julie— murió en Arrás el año pasado y su madre nos la ha confiado para que no se quede en la provincia.

La marquesa hizo una pausa para continuar, dirigiéndose esta vez a su hija:

—Julie, el señor de Tilly, a quien no conoces, es oficial de policía. Acaba de anunciarnos una triste noticia: la probable muerte de François Collet.

—¿Cómo? ¿François... muerto?

La joven se quedó de una pieza, y su rostro, hasta ese momento malhumorado, se había vuelto tan pálido y tenso que pudieron notarlo aun bajo el maquillaje. Louis observó que apretaba con todas sus fuerzas el pañuelito de encaje que tenía en su mano.

—Fue asesinado ayer por la mañana en extrañas circunstancias, señora —dijo Gaston, brutal como de costumbre—. Un disparo de pistola, sin duda. Tal vez vos sepáis a dónde iba. O mejor de dónde venía o lo que hacía...

Hablaba sin dejar de observarla con una mirada tan desagradable como punzante. Frente a aquella avalancha de preguntas indiscretas, Julie se volvió hacia su madre con aire compungido. La marquesa permaneció impasible. No encontrando la ayuda esperada, Julie d'Angennes optó por bajar la mirada para ponerse a hablar, lenta y entrecortadamente:

—Ayer... efectivamente... le ordené llevar una carta... pero ese recado no creo que tenga relación con su... muerte. Sin embargo... me parece que... aún no ha vuelto.

Levantó al fin la cabeza e interrogó a Claude con la mirada.

Maese Claude permaneció asimismo silencioso e inexpresivo.

Se produjo un molesto e indeseado silencio, roto rápidamente por Gaston, que quería aprovechar su ventaja.

—Sin ánimo de ser indiscreto, señora, ¿a quién iba dirigida esa carta?

Aquella pregunta la descompuso. Tan sorprendida como humillada porque la interrogasen de forma tan dilecta y autoritaria, Julie miró a Gaston de hito en hito durante un momento y luego le respondió fríamente en tono muy seco y cortante:

—Se trata de un asunto personal, que de ninguna manera puede tener relación con ese asesinato.

Se hizo de nuevo el silencio, ahora francamente hostil y demasiado penoso dado lo insatisfactorio de la respuesta. Gaston retomó entonces la iniciativa:

—Muy bien, señora —hizo una inclinación de cabeza. Comprendo... ¿Se os ocurren otras razones que podrían justificar la muerte de vuestro criado? ¿Qué sé yo..., tal vez algún enemigo? ¿Algún marido celoso?

Hizo un gesto vago con la mano.

Julie ni siquiera respondió, volviendo a adoptar su aire ceñudo y obstinado, una actitud que en ella no hacía presagiar nada bueno. Para evitar males mayores —un estallido de ira o una pataleta de su hija—, la marquesa decidió finalmente acudir en su ayuda.

—Señor, no es nuestra costumbre inmiscuirnos en los asuntos personales de nuestros criados. Estoy convencida de que Julie os ha dicho todo lo que sabía.

De nuevo se hizo un silencio. Tanto Louis como Gaston miraban a Julie d'Angennes, que permanecía con los ojos obstinadamente bajos. Pero la entrevista había terminado y ya no podrían obtener nada más. Tras un breve momento de duda, Gaston se inclinó, contrariado. Estaba momentáneamente vencido. Julie saludó a su vez a los dos hombres y se fue con su prima, a la que Louis no había quitado ojo durante la entrevista y que no había cesado, también ella, de mirarlo.

—Nuestro administrador, Chavaroché, a quien maese Claude tendrá la amabilidad de ir a buscar, os acompañará. Después se presentará en el Grand-Châtelet para

reconocer y, si fuera el caso, hacerse cargo del cuerpo. Nos ocuparemos de las exequias —decidió la marquesa, visiblemente aliviada.

Y, dirigiéndose particularmente a Louis, le habló con mucha dulzura:

—Señor Fronsac, estoy desolada por haberos visto en estas circunstancias. Confío en que sabréis disculpar mi recibimiento. Estoy muy fatigada y debo dejaros. Hasta pronto.

Ya se iba cuando Louis avanzó un paso.

—Señora, aguardad un momento, y os pido excusas de antemano por mi impertinencia. Os lo ruego... sed prudente. Este asunto me parece muy grave y... peligroso en extremo.

La marquesa lo miró de hito en hito. ¿Estaba asombrada por el tono de alarma de Louis? Si era así, desde luego no dejó traslucirlo. Sin añadir una palabra más, se dio la vuelta y los dejó. Pero no entró en sus aposentos. Subió rápidamente al segundo piso, el que ocupaba su hija, pues ahora era ella quien necesitaba explicaciones de la conducta de Julie d'Angennes. Y del papel desempeñado por François Collet en esta historia.

Al mismo tiempo, los dos amigos ganaban lentamente el patio donde esperaban sus caballos.

—Bueno, ¿qué te ha parecido el palacio de Rambouillet? —preguntó Louis al policía mientras se alejaban en dirección a la calle Saint-Honoré.

—No me ha gustado nada —respondió Gaston, que no acostumbraba a disimular lo que pensaba—. La señora de Rambouillet y su hija me han parecido terriblemente desagradables. ¡Lo que debes de aburrirte en tus visitas! Ahora entiendo que ya no las frecuentes.

—¡En absoluto! —protestó Louis con vehemencia—. ¡El palacio de Rambouillet es el lugar más divertido de Francia! Hay entretenimientos para todos los gustos y puedes solazarte con juegos de sociedad o escuchar música y poesía. Arthénice, que es el sobrenombre de la marquesa, y Mélanide, su hija Julie, son únicas organizando divertimentos.

—Entonces han cambiado mucho desde tu última visita —sentenció lúgubrememente Gaston.

—Es cierto —aprobó pensativamente Louis—, tienes razón. Y por eso estoy seguro de que la marquesa no nos ha dicho todo lo que sabía. Y lo que es más, Julie d'Angennes nos ha mentado: sabe mucho más de lo que quiso reconocer. Tanto sus expresiones como su manera de comportarse lo decían a las claras. Tengo la sensación de que incluso apareció con su prima únicamente para evitar preguntas demasiado concretas por nuestra parte... ¿Qué quiere ocultar?

Gaston opinó con autoridad.

—Comparto tu opinión, y ahora ¿me vas a decir de una vez lo que tú conoces y

yo ignoro sobre esa señorita de Angennes que tan mal miente?

—Nada que no sepas. Se habla de casarla desde hace diez años...

—¡Diez años! ¡Qué barbaridad! Mira, comprendo que su prometido dude. ¿Quién querría casarse con semejante gallina?

—No creas. Hace unos años iba a casarse con el barón Héctor de Montausier; el pobre murió en 1635, en la batalla de Bormio, y es su hermano, Charles, el joven Montausier, como lo llaman algunos, quien lo sucedió en los esponsales. Es marqués y sólo tiene veinticinco años, o sea, nueve menos que su Dulcinea.

—¿Qué clase de hombre es?

—Es el gobernador de la Alta Alsacia y se cree un poeta. ¡Le escribe versos a su musa desde hace años sin ser correspondido! Sin embargo, creo que la ama sinceramente.

—¿Y eso es todo? ¿Nada más?

—También sé que es amiga de la duquesa de Aiguillon, la sobrina —aunque las malas lenguas dicen «la amante»— de Richelieu.

—¿Y Chavaroché? ¿Y maese Claude? ¿Qué sabes de ellos?

—Casi aseguraría que no tienen nada que ver en este asunto. Jean Chavaroché era el preceptor del marqués de Pisany, el hermano de Julie. ¡Está en su familia desde hace muchos años! El único reproche que se le puede hacer es el de estar, también él, enamorado de Julie d'Angennes, y debido a ello detestar a mi amigo Voiture. Antes o después acabarán batiéndose, estoy seguro. En cuanto a maese Claude, es el marido de la nodriza de la marquesa, un hombre insobornable.

—¿Y Julie de Vivonne? —preguntó Gaston mirando a Louis socarronamente por el rabillo del ojo.

Al policía no se le había escapado el interés de su amigo por la joven.

Louis no contestó enseguida. Al cabo de un rato, declamó en un tono inimitable, mirando al frente:

*Tan radiante llegó mi Ninfa adorada
con su traje de flores en noche cerrada,
de su tez y sus ojos el brillo esplendente,
que todos la toman por la aurora naciente.*

—¡Bravo! —dijo Gaston, impresionado—. ¡No conocía tus dotes de poeta, amigo mío! Si no tuviese que sujetar las riendas de mi caballo, te aplaudiría.

Louis se encogió de hombros, haciendo caso omiso de la ironía.

—No es mío, sino de Vincent Voiture. Has pedido mi opinión y no veo mejor manera de expresarla.

Se callaron un rato, sumidos en sus pensamientos. Fue Louis quien rompió el silencio:

—Lo que me preocupa de la entrevista que acabamos de mantener son las

mentiras, esas expresiones huidizas de inquietud, de miedo, de pánico incluso, que tenían la marquesa y su hija. Parecían aterrorizadas, y no creo que tú fueses la causa. ¿Quién o qué puede inquietar hasta ese extremo a gentes tan importantes como los Rambouillet?

Gaston dirigió una penetrante mirada a su amigo. Era una pregunta retórica. No tenía que responderla. Se habían entendido perfectamente.

Desde hacía veinticinco años se sucedían las intrigas en la Corte. Aquellas maniobras, organizadas en general por los grandes del reino, es decir, por la alta nobleza, apuntaban a la política de Richelieu y casi siempre estaban financiadas por la casa de Austria.

Nunca antes tantas conjuras, conspiraciones y complots se habían desplegado en Francia para derrocar al primer ministro. Las maquinaciones se encadenaban, siguiendo generalmente los mismos pasos, y abocaban en el mismo fin. En muchas de ellas estaban implicados los favoritos del rey.

Por lo general, éste era el proceso seguido: Luis XIII, personaje complejo y atormentado, se quejaba amargamente del cardenal a su favorito; algunos grandes del reino pensaban que era el momento oportuno para actuar; organizaban —a veces con el sostén de un país tercero— rebeliones en el reino; los rebeldes aseguraban al rey su fidelidad: sólo pedían el fin de la dictadura del Gran Sátrapa.

¡Craso error! Nunca —que se sepa— el rey había querido desembarazarse de su ministro. Y entonces sobrevenía el trágico desenlace: el exilio, la prisión y las ejecuciones capitales.

Muchas de aquellas aventuras habían acabado en el cadalso, con la muerte de los conjurados o con éstos en el fondo de los calabozos de Vincennes. «La clemencia es inhumana», le gustaba repetir a Richelieu. Y nadie que de cerca o de lejos hubiese participado en un complot contra él o contra su rey lograba escapar a la venganza del ministro.

En esto los Rambouillet eran como los demás.

Finalmente Gaston hizo la pregunta que le quemaba la lengua.

—¿Por qué esa advertencia a la marquesa antes de irnos? ¿De verdad crees que corre algún peligro? —Louis se tomó su tiempo para contestar. No sabía cómo explicar lo que no era más que una conjetura.

—Supongamos —aventuró finalmente— que Collet llevaba una carta al Palacio del Cardenal y que lo hubiesen asesinado saliendo de allí, como tú dices. Caben dos posibilidades: que el cardenal sea el responsable o que no tenga nada que ver, pero, en este último caso, ¿no habrían debido remover Roma con Santiago para encontrar a los asesinos del mensajero? Ahora bien, tú me has dicho que Laffemas no parecía deseoso de proseguir las investigaciones. Y Laffemas es su verdugo, ¿no? Es evidente que la responsabilidad del ministro está comprometida...

—Es en efecto lo que me temo... sigue con tu idea...

Louis continuó fría y metódicamente:

—¿Qué ocurrirá ahora? Supongamos que Richelieu hubiese matado a Collet para que el contenido de la carta y la diligencia hecha a través del criado se mantuviesen en secreto. Ineluctablemente, hará desaparecer a todos los que conozcan esta historia. Incluida la marquesa, su hija y, tal vez, la señorita de Vivonne. Así como a los que investigan contra su voluntad —añadió mirando a Gaston.

El comisario no había pensado en esas consecuencias, pero Louis tenía razón. ¿Hasta dónde podía llegar? Debía extremar su prudencia.

En realidad, Louis estaba más preocupado de lo que parecía. En su fuero interno, no pensaba que la marquesa pudiese estar implicada en un complot, fuese cual fuere. Ella y su esposo eran leales al rey. Pero ¿Julie d'Angennes? ¿Hasta dónde podía arrastrarla su temperamento? Y ahora que había conocido a Julie de Vivonne, de ningún modo iba a permitir que la joven se comprometiese en un asunto peligroso con su desagradable prima. Así pues, no tenía elección: debía secundar a Gaston en sus investigaciones, pese a los riesgos y, quizá, los peligros. Sin embargo, aunque su decisión estuviese tomada, ¿hacia dónde debían dirigirse para desentrañar la muerte de Collet?

Cabalgaban en silencio. Abrirse camino por la calle Saint-Honoré reclamaba toda su atención. Si en las oscuras y sucias callejuelas del barrio de las Halles era necesario extremar las precauciones para esquivar los lanzamientos de basura, aquí era la densidad de la multitud la que exigía un permanente y penoso esfuerzo de concentración.

En la calle, atestada de transeúntes, carruajes y caballos, se veían obligados a practicar un difícil paso en medio de un sinfín de comercios, puestos callejeros y tenderetes ambulantes de mercaderes de buñuelos, de aguardiente, y hasta de escribientes públicos. En torno a las tiendas, a menudo bien surtidas y siempre llenas de clientes, bullía una caterva de mozos de cuerda, mendigos, ganapanes, prostitutas y lacayos insolentes. En cualquier esquina se podían tropezar con menestrales ejerciendo su oficio: cuchilleros afilando tijeras, guarnicioneros reparando bocados y estribos, lapidarios ofreciendo sus piedras raras. Había carretones, carretas, carretillas y carrozas tropezando por doquier, enganchándose entre sí con un ruido infernal, molestándose, entorpeciéndose, ya fuesen para el transporte de toneles, de heno, de carbón, de agua, de lavandería, de materiales o simplemente de personas. Todos aquellos vehículos se cruzaban, se detenían, se acercaban con un ruido infernal amplificado por los gritos, aullidos e insultos de sus conductores.

Como todos los que circulaban a caballo, Gaston y Louis avanzaban precavidamente, pues deslizarse entre los obstáculos requería una vigilancia extrema para evitar herir a alguien. En efecto, el menor accidente podía acarrear consecuencias dramáticas, pues la multitud se volvía airada contra los caballeros responsables.

«Un día habrá que reglamentar esta circulación —pensaba Gaston—, o esta ciudad será un infierno; quizás habría que imponer franquicias en las encrucijadas.

Hablaré de ello con Laffemas...» Estaban llegando al Grand-Châtelet y Louis consideró que era el momento de hablar a su amigo de otro problema. Un asunto más personal.

—Gaston, nada me agrada más que proseguir nuestra investigación juntos, pero antes tengo que pedirte un favor...

—De sobra sabes que estoy a tu disposición, sobre todo después de la ayuda que acabas de prestarme. —Hizo una pausa y luego prosiguió con lo que rumiaba desde hacía rato—: Todavía no sé lo que ha ocurrido en el palacio de Rambouillet, pero estoy seguro de que se ha producido un suceso enojoso. Adivino también que la marquesa y su hija están implicadas en el asunto. Así las cosas, de momento no veo lo que puedo hacer para ir más lejos. Me tienes a tu entera disposición.

—¿Te ha explicado mi padre para qué fui unos días a Anet?

—Sí, claro, el inventario Vendôme... estoy enterado del problema.

—Bueno... El inventario no ha sido un problema, había un administrador para ayudarme. El caso es que tenían en un cuarto una magnífica biblioteca. Ya sabes cuánto me interesan los libros, y el administrador me explicó que se trataba de una adquisición reciente. Me enseñó las escrituras. La biblioteca había sido comprada al mariscal de Bassompierre, que sigue en prisión en La Bastilla. La escritura incluía la lista de las obras, pero sobre todo su precio, y el valor del conjunto ascendía a ¡cien mil libras!

Gaston miró a Louis con incredulidad y exclamó:

—¡Imposible! ¡Unos simples libros no pueden tener tanto valor!

—¡Y tanto que sí! Te explicaré por qué: entre esos libros se encuentran siete obras compradas por el mariscal de Bassompierre al abad de Saint-Germain, una de las cuales vale cerca de ocho mil libras. Se trataba de los *Anales* de Tácito, ilustrado con pinturas únicas que se remontan al siglo XIV. Conociéndome, puedes imaginar que ojeé en la biblioteca para consultar semejante tesoro. Pues bien, la obra no estaba allí. De hecho, faltaban los siete volúmenes. El administrador y yo buscamos por todas partes. Ni rastro. ¡Habían desaparecido!

—Ya entiendo. Y se te ocurrió que para mí era pan comido descubrir al autor de un robo que tuvo lugar hace varias semanas a veinte leguas de aquí, ¿no?

—Tranquilo —sonrió Louis ante la ironía del amigo—, el favor que te pido es más sencillo. La biblioteca fue vendida por Morgue Belleville, un librero de Saint-Germain, que puso en relación a Bassompierre con Vendôme, de modo que ese hombre conoce perfectamente el valor de las obras. El administrador me habló de una visita que el librero había hecho a Anet algún tiempo después de la huida del duque, pretextando una búsqueda documental en ciertos volúmenes que le había vendido. El administrador no vio inconveniente alguno en permitírsela.

»Ahora bien, supongamos que Morgue Belleville hubiese sustraído los libros —cosa que muy bien podría haber hecho—: la desaparición estaría entonces elucidada. Era sencillísimo para él. Debió de pensar que Vendôme no volvería jamás, o que

tardaría muchos años. Conocía el valor de las obras y podía revenderlas fácilmente.

—En efecto, pero ¿cuál es exactamente mi papel en este asunto?

—Verás, es inútil que yo me presente en casa de Belleville; no tengo ningún medio de presión contra él, incluso puede hacer desaparecer todas las obras para que no se las encuentre jamás. Tú, en cambio, ¡eres la ley!

Gaston no lo dudó. Por otra parte, un robo, cometido por un ladrón que vivía en París, era de su competencia. Y él detestaba a los ladrones.

—De acuerdo, de acuerdo, me das sus señas y ya me ocupo yo. Tendrás noticias mías rápidamente —le aseguró.

Habían llegado al Grand-Châtelet. Louis acompañó a Gaston a su despacho y le proporcionó todas las informaciones necesarias, después de lo cual volvió a la notaría. Le quedaba todavía una larga jornada de trabajo para preparar los inventarios de Vendôme. Todo debía estar terminado en menos de diez días.

Capítulo 3

Mañana del viernes 3 de mayo de 1641

Dieron las siete en el reloj de la iglesia de los Blancs-Manteaux. Nicolás, que había terminado de preparar el aseo para su amo, estaba poniendo la mesa. Además de la vajilla y los cubiertos, había dispuesto carnes asadas frías y confitura, así como ricos panecillos de Gonesse, blancos y perfumados, hechos con levadura que había ido a buscar a casa del repostero.

Mientras tanto, en su minúsculo cuarto, Louis acababa de vestirse: calzas, jubón de terciopelo negro de Flandes —uno de sus dos trajes— y medias ajustadas. En una mesa, al lado del lecho con dosel, se encontraba la bacía que acababa de utilizar, así como varios barreños y cántaros de agua que Nicolás había llenado la víspera. Se veían también afeites, toallas de lino y todo lo necesario para el aseo, junto con peines y brochas.

La jornada de trabajo de los magistrados y de los oficiales ministeriales comenzaba muy temprano por entonces; en contrapartida, acababa pronto. Los habituales del palacio, magistrados, abogados, procuradores y litigantes, solían llegar al amanecer; ciertos oficiales debían presentarse obligatoriamente a las cinco de la mañana. Los notarios, asimismo, empezaban temprano. Louis acostumbraba a prepararse a las seis, y hoy se le había hecho un poco tarde.

Entonces llamaron a la puerta. Nicolás fue a abrir: ante él se hallaba un arquero de la patrulla de vigilancia, rígido como la justicia a la que representaba, preguntando por Louis de Fronsac. El joven, que lo había oído, se acercó intrigado en mangas de camisa, pues estaba anudando sus galantes negros en los puños.

—El señor de Tilly tiene a bien comunicaros —declaró el arquero con un tono autoritario pero respetuoso— que el librero que vos sabéis está en este momento en el Grand-Châtelet; os ruega que paséis a verlo esta mañana.

—Desayuno y estoy con él —anunció Louis—. Decidle que llegaré allí dentro de una hora como muy tarde.

El arquero se inclinó ligeramente antes de irse. Louis pidió entonces a Nicolás que advirtiese a su padre de su ausencia en el despacho y tomó rápidamente su colación. Encasquetándose su sombrero de castor con torzal de seda —un sombrero usado pero todavía pasable—, salió apresuradamente para el Grand-Châtelet, tiempo que aprovechó Nicolás para poner en orden el cuarto y vaciar los recipientes por la ventana.

El establo de la vecina hostería guardaba su caballo; dudó un momento en cogerlo, pero estaba tan cerca del lugar de su visita y hacía tan buen tiempo ese día, que decidió ir a pie. Además, últimamente había viajado tanto en coche y a caballo que caminar le sentaría bien. La calle del Temple lo llevaría directamente al

Ayuntamiento.

El edificio municipal, construido unos cien años antes en el emplazamiento de la Casa de los Pilares, estaba casi enfrente del Grand-Châtelet, al final del puente de Notre-Dame. Al otro lado del puente, en el seno de la isla de la Ciudad, tenía su sede el Parlamento en el Palacio de Justicia. Louis conocía bien el camino, pues una vez por semana, al menos, debía ir al Palacio para firmar escrituras y también frecuentaba el Châtelet, al que estaban vinculados los notarios de París.

Se anunciaba un día radiante. Las lluvias habían cesado, el cielo estaba despejado y no corría un soplo de viento. Louis lamentó muy pronto haber optado por hacer el trayecto a pie: la calle del Temple, que garantizaba el tráfico del Sena hacia el Marais, estaba atestada de carretones de piedras, ladrillos o madera, descargados de los muelles desde el amanecer por los barqueros. A veces, la calle quedaba bloqueada al cruzarse dos vehículos y el joven debía pegarse contra las mugrientas fachadas. Cuando tenían vía libre, las carretas avanzaban demasiado rápido y sus ruedas lo salpicaban de aquel lodo negro y nauseabundo que cubría el suelo de la capital.

En principio, desde las cinco de la mañana, femateros o esterqueros recogían las inmundicias y excrementos de caballo acumulados en el suelo, en grandes carretas que vaciaban a continuación en el Sena. Aquella mañana, sea porque la limpieza no hubiese podido hacerse, sea porque hubiese sido insuficiente tras las pasadas lluvias, las calles seguían cubiertas de un pestilente, espeso y pegajoso lodo. Pese a los esfuerzos desesperados para permanecer tan pulcro como había salido de casa, Louis ya había sido salpicado con churretones de fango por las carretas o los caballeros, indiferentes a sus protestas, ya fuesen a lomos de caballo, mula o asno. Incluso fue rociado por un cerdo que se resistía en el barro a que su amo lo llevase al matadero.

Al final de una calle, cuando trataba de evitar una carreta, su cabeza chocó con uno de los numerosos letreros colocados demasiado bajo para los paseantes y su sombrero rodó una vez más en el arroyo central. No le quedó otro remedio que abandonar, no sin pena, el chambergo empapado. En cuanto a sus zapatos —no se había puesto botas—, habían sido engullidos formando una especie de escaquin de ese mefítico légamo parisino que ascendía hasta las calzas.

Louis suspiró. ¡Y eso que había evitado los callejones tortuosos y pútridos por los que podría haber atajado pero que lo habrían convertido en un mendigo!

Tras rodear la plaza de la Grève, donde operaba Jehan Guillaume, el ejecutor de las sentencias criminales del cuerpo de policía militar —un hombrón que desempeñaba a conciencia su trabajo en la rueda, aplaudido y aclamado por la multitud—, tomó una calle transversal y esquivó —solamente en parte— un cubo de aguas menores arrojado por una ventana. En principio, los vecinos debían gritar: «¡Agua va!», antes de arrojar sus deyecciones a la calle, pero muchos lo gritaban al mismo tiempo, o a veces justo después, para gozar del espectáculo regocijante del transeúnte empapado.

Por supuesto, todo el mundo sabe que cuando se habla de aguas menores, no se

trata en realidad de agua, sino del contenido de las bacinillas. Cuando a un pobre viandante le caía encima una de ellas, ya podía despedirse de sus ropas y su sombrero, echados a perder definitivamente; sobre todo, si tenemos en cuenta que las bacinillas no eran vaciadas hasta que no hubiesen sido utilizadas por toda la familia y por tanto se hallasen bien llenas.

En ese periplo infernal, lo más penoso no eran sin embargo los olores, ni el lodo, ni los excrementos: era el ruido. Un barullo ensordecedor y perpetuo, insoportable ya a primera hora de la mañana. Cada comerciante que se instalaba en la calle pregona su mercancía a gritos: los marineros, sus arenques y sus pescadillas; los pescadores de caña, su pesca de agua dulce; los criadores de aves, sus ocas y pavos... Vendedores de huevos, de miel, de habas o de ajos se desgañitaban para vender sus productos. Los fruteros, sus frutas, y los vinateros, su purrela a tres perras chicas la pinta. Cuanto más diferentes, variados y discordantes eran esos clamores, más sordo dejaban al indefenso viandante: algunos mercaderes ambulantes gritaban maullando, otros graznaban, había también lúgubres alaridos, gritos lastimeros, roncros rugidos, jijeos y agudos chillidos. A todos ellos se sumaban los chirridos de las ruedas de las carretas, el estrépito de los cascos de los caballos, la vocinglería de las riñas y, sobre todo, el incesante carillón de las campanas de infinidad de iglesias convocando a los fieles a todas horas.

Al llegar al Grand-Châtelet, Louis, además de sucio, embarrado, hediondo, dormido y aturdido, se hallaba furioso. Se detuvo un momento sin aliento ante la siniestra fortaleza para recuperar un poco de equilibrio, sacudiendo como pudo sus ropas para tratar en vano de devolverlas a su estado inicial.

El Grand-Châtelet, la ciudadela construida por Carlos el Calvo, tenía en su origen la misión de proteger la ciudad. Más tarde, bajo Felipe el Hermoso, se instaló en ella un tribunal de justicia criminal. También tenía su sede allí el prebostazgo de París. Y en él se celebraban numerosas audiencias penales. Además, era el lugar donde estaban encerrados, provisionalmente, los prisioneros pillados en flagrante delito a la espera de instrucción y juicio. No es de extrañar que, dado lo vetusto del caserón y su proximidad con el río, todo estuviese mugriento y rezumase humedad.

Gaston trabajaba allí en un pequeño gabinete, pues, aun dependiendo del comisario de barrio, que tenía un despacho en el Ayuntamiento, era aquí donde instruía los delitos y los casos de homicidio de su barrio antes de enviarlos a las jurisdicciones competentes.

La ancha y alta fachada de piedras negras estaba flanqueada por varias torres. La de la izquierda, la más grande, coronada por una batayola y un tejado apuntado, albergaba en el segundo piso el despacho de Gaston. Carecía de ventanas, excepto en la parte superior de un porche oscuro y repugnante. Se trataba, en realidad, de una profunda bóveda que atravesaba el edificio de parte a parte y que conducía a una minúscula calle hoy desaparecida: la calle Saint-Leufroy. Esta callejuela desembocaba a su vez en un puente provisional, de madera, sobre el Sena, que suplía

las funciones del puente del Change, en proceso de reconstrucción pero casi terminado^[11].

A lo largo de ese sombrío pasaje se instalaban algunos comercios sórdidos que exponían una mercancía poco atractiva sobre unos tenderetes bamboleantes. A mano izquierda, y en el interior del porche, una reja y un portillo conducían por una angosta cuesta al vasto patio occidental donde se dejaban los coches y los caballos. Desde allí, una gran escalera permitía acceder al despacho de los ujieres y, a continuación, a un vestíbulo largo y estrecho, ocupado por los arqueros de patrulla y los carceleros encargados de vigilar las distintas puertas que se abrían en la estancia. Algunas llevaban a las mazmorras y calabozos, y otras, a los tribunales de justicia criminal.

Louis atravesó ese vestíbulo y se dirigió hacia la escalera que subía a los pisos. Un corredor rodeaba un segundo patinillo que daba al depósito de cadáveres, donde debía de hallarse el cuerpo de Collet, y desembocaba luego en una pequeña galería. No era la primera vez que venía a ver a Gaston, y los guardias, que lo habían reconocido, lo dejaron pasar sin interrogarlo, aunque se mostraron sorprendidos por la suciedad de sus ropas y el olor que despedía.

En torno al primer piso, distribuido por una galería de forma irregular, se encontraban las oficinas de los oficiales importantes. Es aquí en donde trabajaba el temible lugarteniente civil Isaac Laffemas. El lugar no era evidentemente tan febril y ruidoso como el Palacio de Justicia de la Ciudad, con su trajín de negocios, abogados, pasantes y ujieres circulando por todas partes. Había sin embargo mucha gente, sobre todo agentes, que le recordaban al visitante que se hallaba en la sede de la policía y la justicia criminal.

Louis atravesó la galería que permitía acceder a la torre de ángulo, saludando a hurtadillas a todos los conocidos que lo miraban con severidad al percibir sus efluvios. Sacudiendo una vez más sus calzas cubiertas de excrementos, subió rápidamente al segundo piso de la torre hasta el despacho de Gaston, al que encontró en plena discusión con su escribano. Su amigo le lanzó una curiosa mirada y se llevó dos dedos a la nariz:

—¿Te has caído en una fosa de retrete? —preguntó con voz gangosa y una mueca de asco.

La fosa de retrete, construida en los muros de una casa, recibía —como el lector habrá adivinado— las materias fecales de sus ocupantes. Esas fosas, raramente vaciadas y limpiadas, iban dañando progresivamente los muros, además de lo que apestaban. A veces perforaban las paredes y su contenido se vaciaba alegremente sobre los viandantes. Empezaban a estar prohibidas por ser causa de grandes epidemias.

Louis, habitualmente pulcro y elegante, era el más avergonzado por su estado, pero prefirió no replicar.

—Bueno —prosiguió Gaston irónicamente con su voz habitual—, ya que no quieres defenderte, pasemos a asuntos más serios. La situación es la siguiente:

Morgue Belleville fue arrestado ayer noche en su tienda del barrio de Saint-Germain. Todavía no ha sido interrogado. He dado órdenes de que lo pongan en una celda particular e ignora todavía los motivos de su arresto. No te preocupes, al cabo de unas cuantas horas de meditación todos están listos para hablar. Sígueme, vamos a verlo.

Tomó su sombrero y de los documentos se encargó el escribano que los acompañaba. Bajaron los tres a la sala de guardia de la planta baja.

Caminando por aquellos oscuros corredores cubiertos de salitre, Louis se sentía desagradablemente culpable por haber encargado a Gaston aquel asunto. Después de todo, pensaba, el librero tal vez fuese inocente y no merecía ser tratado como un criminal. Pero una vez que la justicia se había hecho cargo de él, nada ni nadie —ni siquiera el propio Louis— podría detenerla.

Descendieron al primer sótano precedidos de un corchete. El lugar era más lúgubre si cabe, peor iluminado, más húmedo y sucio que el resto del edificio. Las paredes se hallaban corroídas por el moho. Gaston, viendo que Louis se estremecía, trató cínicamente de tranquilizarlo.

—Nos quedaremos en este nivel, que es el más seco. Aquí se encuentran las celdas reservadas a los casos dudosos o a las personalidades destacadas. En el piso de abajo, y más todavía en el tercer sótano, los calabozos están a veces cubiertos de agua. Es el caso de la *Chausse d'Hypocras*^[12], donde los prisioneros no pueden permanecer de pie. Sólo las ratas son felices allí. Créeme, tu librero no tiene nada que temer, conozco a otros muchos que cambiarían su mazmorra por esa celda.

A lo largo de un sombrío corredor, apenas iluminado por oscuros tragaluces y humeantes tederos, se alineaban varias puertas que daban a las celdas reservadas generalmente a las personas importantes. El policía se dirigió a uno de los carceleros sentado ante una mesa medio coja, que jugaba solo a los dados. Louis observó su aspecto embrutecido, su gruesa nariz enrojecida, su cráneo despoblado y sus párpados tumefactos. Se le ocurrió que cualquiera que viviese allí durante todo el día no podía sino parecerse a ese guardián.

Curiosamente, el carcelero comprendió lo que se quería de él, se levantó con dificultad y, con paso inseguro, los condujo en silencio a una puerta, que abrió con la ayuda de una de las llaves colgadas de su cintura.

Entraron los tres en la celda, que, para sorpresa de Louis, era bastante amplia. Abovedada en ojiva, disponía de una alta y estrecha ventana que aportaba la débil luz procedente del patio exterior. Un lecho que parecía bastante confortable, una mesa con una jarra de agua, un par de taburetes y un cubo para sus necesidades constituían todo el mobiliario del calabozo. A pesar de que la chimenea empotrada en la pared estaba encendida, el aire era húmedo y gélido.

Tan pronto como reconoció a Louis, Morgue Belleville, un hombrecillo obeso, calvo, de barba rala y mirada huidiza en sus ojillos de lechón, se dirigió enseguida a él levantándose del camastro donde estaba tumbado:

—¡Señor Fronsac, vos aquí! ¡Alabado sea Dios! ¡Ayudadme! ¡Me han traído aquí

como un vulgar ladrón! ¡Vos me conocéis! ¡Decidles que soy un honrado librero!

Pero Fronsac no respondió, incómodo por participar en aquella sesión que, sin embargo, había propiciado y cuyo único responsable era él. Gaston tomó entonces la palabra; había elegido adoptar un aire particularmente temible:

—Señor, debo leeros un extracto de la ordenanza de 1535 que motiva vuestro arresto:

«Cuantos fueren debidamente acusados et convictos por la justizia de haber, por insidias et agresiones, conspirado e salteado de noche en las ciudades, e cuantos hubieren entrado en las casas, aquestas forzaren e asaltaren, llevando los bienes que hallaren, sustancias e riquezas preciosas o la mayor parte de aquestas, serán castigados de la forma que sigue, que es a saber: les serán quebrados los brazos e rotos por dos lugares, tanto en lo alto como en su parte inferior, xunto con riñones, piernas e muslos, et puestos en una rueda plantada et elevada, el rostro mirando al cielo, en donde permanecerán vivos para facer allí penitencia durante tanto tiempo como a Dios pluguiere dexarlos por muertos o fuere ordenado por justizia».

Belleville palideció visiblemente al oírlo.

—Pero... yo no he agredido a nadie... lo juro...

—Quizá —declaró Gaston con una voz tan fría como el aire del calabozo—, pero habéis robado bienes de gran valor en casa del duque de Vendôme, lo cual se aviene perfectamente con la ordenanza de 1535.

Louis estaba perturbado e impresionado. Observaba a Belleville, cuyo semblante ceniciento estaba a punto de descomponerse. El notario no había querido nada de esto.

Su intención era otra. ¿Y si aquel hombre era inocente? ¿Y si todo aquello era un terrible error de juicio por su parte?

Belleville farfulló un momento con su voz de falsete. Se había vuelto completamente inaudible. Se hundió de repente y se puso a sollozar, arrojándose a los pies de Gaston:

—¡Piedad! ¡Piedad! No he querido perjudicar al señor duque. Vendôme me debía dinero. Lo puse en relación con el mariscal de Bassompierre, tenía que pagarme y no lo hizo. Huyó... y yo necesitaba ese dinero para ayudar a mi hija a establecerse. Os lo diré todo. Devolveré el dinero y será fácil encontrar los libros.

«¡De modo que yo tenía razón!», pensó Louis, cuyos temores y remordimientos acababan de desvanecerse como por ensalmo. Miró al pobre Belleville, que permanecía de rodillas y temblaba de frío tanto como de miedo.

Desde luego, se decía, la amenaza de la ordenanza de 1535 no era como para tomársela a broma. Él había asistido ya a una condena en la rueda, y ante los gritos del condenado, al que le rompían los huesos con una pesada barra de hierro o con una maza, no le quedaban ganas a uno de violar la ley. O por lo menos de ser hecho

prisionero. Miró luego a Gaston, que seguía con cara de comehombres. Le dio la impresión de que su amigo había sabido siempre que Belleville era culpable.

Ahora obtendrían una confesión completa, después de lo cual les sería muy fácil encontrar las obras que faltaban. Gaston continuó:

—Os escucho. El escribano forense aquí presente tomará nota de vuestra confesión.

Belleville tomó de nuevo la palabra con voz entrecortada y ojos llorosos:

—Veréis... todo empezó hace unos años, con el encarcelamiento del señor de Bassompierre. Está en La Bastilla desde hace diez años y completamente arruinado, pues ha sido desposeído de todos sus cargos. Ahora bien, sus gastos en prisión siguen siendo onerosos, pues se hace llevar la comida, tiene visitas... así que, al final, sólo le quedaba su biblioteca para obtener dinero.

Se dirigió entonces a Louis, con la mirada implorante:

—¿Sabíais que poseía una de las bibliotecas más ricas de París? Para un particular, se entiende: más de dos mil volúmenes de todos los temas, así como preciosos incunables. Yo le había conseguido muchísimas obras raras; entre otras, siete códices de la abadía de Saint-Germain... y, naturalmente, acudió a mí para que le encontrase un comprador. Yo sabía que el duque de Vendôme quería tener una biblioteca en Anet, más bien de adorno, pues él apenas lee... Y los puse en contacto a ambos.

Louis no pudo evitar que una sonrisa acudiese a sus labios. En efecto, Vendôme no tenía una reputación de hombre cultivado precisamente, y sus dos hijos, el duque de Beaufort y el duque de Mercoeur, todavía menos. ¡Se murmuraba incluso que no sabían leer ni escribir! Animado por esa sonrisa, Belleville prosiguió:

—Habíamos acordado que el señor de Vendôme me entregaría tres mil de las cien mil libras del precio de la operación. Yo hice el trabajo solicitado y aseguré la transferencia, así como la colocación de las obras. Pero Bassompierre no recibió la suma total prometida y yo no vi un céntimo. Vendôme me daba largas diciendo que esperaba recibir una fuerte suma de dinero. Luego huyó y me enteré de que sus bienes habían sido confiscados. Entonces pensé en los libros. Siete de ellos abultaban lo que un grueso volumen y valían de veinte a treinta mil libras. Pensé en revenderlos, cobrar mis honorarios y hacer la liquidación al señor de Bassompierre. Vendôme jamás habría osado reclamar y el mariscal quedaría satisfecho. Creí actuar bien. Logré vender un libro, pero los otros están todavía en mi casa.

El hombre parecía sincero, pensó Louis observándolo, y, a su modo, honrado. Aunque fuese un auténtico idiota o un inconsciente. Quizá Vendôme no habría podido reclamar, pero habría hecho una investigación, recuperado sus libros y castigado al culpable con saña. Era un bruto. En cierto sentido, él y Gaston habían intervenido a tiempo. Y, dirigiéndose a Belleville, le preguntó:

—¿Qué obra habéis vendido y a quién?

—Una de las más bellas, los *Anales* de Tácito, por la que obtuve doscientos luises

de oro de un notario que buscaba una obra especial para un regalo. Me enteré por uno de mis colegas...

—¿Su nombre?

—*Micer* de Mas.

Si el demonio hubiese aparecido en medio del glacial calabozo, no habría sorprendido más a Louis. ¡*Micer* de Mas era uno de los notarios asociados a su padre para la firma de escrituras importantes! Pero eso no era todo lo que había desconcertado a Louis: Jean de Mas se había casado veinte años antes con Marie Chapelain, la hija del notario Sébastien Chapelain, de cuyo despacho se había hecho cargo en 1630. ¡Y qué casualidad! ¡Sébastien Chapelain, y por tanto ahora *mic*er de Mas, era el notario de la familia Rambouillet!

¡Extraña y sorprendente coincidencia!

Gaston, que no se había dado cuenta de nada, seguía interrogando a Belleville:

—¿Qué habéis hecho con el dinero?

—Todavía lo tengo y puedo devolveros los libros. No he gastado ni un céntimo.

—Veréis —le explicó Louis en un tono más amable que el de su amigo—, esos libros son ahora propiedad de la Corona. Debo recuperarlos.

—Vamos a dejaros para discutir un momento vuestra suerte, señor Belleville —dijo Gaston pensativo, intercambiando una mirada con su amigo.

Hizo una seña a Louis y al escribano forense para que lo siguiesen y salieron los tres de la celda. Una vez en el pasillo, Gaston tomó la palabra dirigiéndose a su amigo:

—¿Y qué hacemos con él ahora? Después de todo, es tu culpable, decide tú...

Louis movió la cabeza de derecha a izquierda.

—El miedo que ha pasado me parece suficiente castigo. Yo no soy policía, pero al fin y al cabo no hubo violencia, y quizá creyó que actuaba correctamente. De todas formas, Vendôme no me es especialmente simpático. Si por mí fuese, devolveríamos a este infeliz a su casa, cogeríamos los libros que ha guardado, y aquí paz y después gloria. Es un buen librero, y su muerte o la tortura no aportará nada a nadie.

Al mismo tiempo que hablaba, Louis miraba al escribano, que parecía aprobar con la mirada. Gaston reflexionaba. Hasta el momento, el asunto no estaba bajo su jurisdicción. No había advertido ni al procurador del rey ni a su comisario de barrio. Todo podía quedar así. Y Belleville le estaría muy agradecido. Por su oficio de policía, Gaston tenía siempre necesidad de informadores; Belleville podía ser un buen informador: los libreros se enteraban de muchas cosas. Desde luego, le sería más útil vivo que muerto o en galeras.

—Espérame en mi despacho —le sugirió a Louis—; enseguida iremos a buscar esos libros. Pero antes quiero hablar con él.

Entró de nuevo en la celda con su escribano mientras Louis volvía al piso, aliviado por dejar aquellos siniestros lugares.

—Señor Belleville —empezó Gaston—, Louis Fronsac me pide que no actúe contra vos si devolvéis todos los libros en buen estado y reembolsáis a *micer* de Mas.

Belleville se echó a llorar. Entre sollozos, dio las gracias a Gaston y a Louis. Jamás había pasado tanto miedo en su vida.

Gaston aprovechó la ocasión para decirle:

—Eso no es todo. Firmaréis la escritura de la entrevista, redactada por mi escribano. De momento, daremos carpetazo al asunto. Espero por vuestro bien que no cometáis ninguna otra falta. En el futuro, necesitaré de vuestros servicios. Quedáis, por tanto, a mi entera disposición.

—Acepto gustoso, señor oficial. Y os quedo eternamente agradecido. Pedidme lo que queráis.

El escribano le tendió la pluma junto con el texto que había redactado rápidamente. Belleville firmó sin leer siquiera el documento.

—Perfecto —aprobó Gaston—, os acompañaremos y nos devolveréis las obras del señor duque, así como el dinero que os ha dado *micer* de Mas. Después, podréis reanudar vuestra actividad, pero sabed que quedáis bajo mi vigilancia y, sobre todo, a mis órdenes.

El librero asintió de nuevo, contento por salir tan bien librado del asunto.

En su calidad de oficial de policía, Gaston de Tilly disponía de un coche de dos caballos que esperaban en el patio del Châtelet. Unos minutos más tarde, Belleville, Tilly y Fronsac —a quien el escribano había ido a buscar— se acomodaron un tanto apretujados y el coche se dirigió hacia el Puente Nuevo, pues la librería de Belleville se encontraba en la calle Dauphine, la vía que había sido abierta por Enrique IV en honor de su hijo, el delfín Luis, en la otra orilla del Sena.

Atravesar el puente se les hizo, como de costumbre, interminable. El lugar era cita obligada para toda clase de faranduleros. Bufones, domadores de osos, músicos, comediantes e incluso sacamuelas se repartían todos los rincones del puente. Una población hormigueante de curiosos —¡decididamente los parisinos nunca tenían nada que hacer!— asistía a esas diversiones impidiendo a los coches y a sus ocupantes avanzar o cruzar el puente.

Durante el trayecto, Belleville preguntó temerosamente a Louis:

—¿Cómo debo actuar ahora con el mariscal de Bassompierre?

—Después de la confiscación de los bienes de Vendôme, cabe la posibilidad de que sus compromisos sean pagados. Solicitad que el mariscal os prepare un memorial precisando el montante de la deuda del duque. Haced una copia también para vos y remitídmelo todo rápidamente. La uniré al inventario que preparo. Sin embargo, si no hubiere lugar a la confiscación de los bienes —lo que parece improbable—, tendríais que actuar por la vía de la justicia contra Vendôme. Conozco un abogado que podrá asistirlos. Os anotaré sus señas.

Llegaron a la calle Dauphine. La librería de Belleville no estaba en ninguno de los

barrios típicos de libreros e impresores: el de la plaza Maubert, con su centenar de tiendas, o el de la calle Montaigne Sainte-Geneviève. Tampoco en la galería comercial^[13] del Palacio de Justicia, donde se habían instalado los famosos libreros e impresores Augustin Courbé, Antoine Sommerville, Pierre Rocolet y Guillaume Loyon. Porque Belleville vendía sobre todo libros de ocasión, bibliotecas enteras, y podía quedar fuera de los circuitos habituales ligados a la impresión. Louis conocía bien ese medio, en primer lugar porque se interesaba por los libros y la bibliofilia, pero también porque su despacho se había especializado en los contratos entre libreros y autores, que permitían a estos últimos obtener rentas por sus escritos. Corneille había sido uno de los primeros en firmar dichos contratos con las compañías que representaban sus obras.

En este siglo, el rey era demasiado tacaño para ayudar a los escritores, y, exceptuando a Richelieu o a Gaston de Orleans, escaseaban los mecenas.

El coche se detuvo delante de la tienda situada al fondo de un callejón sin salida. El negocio estaba abierto. Una joven morena de unos veinte años, de rostro poco agraciado, se ocupaba del comercio. Tan pronto vio descender del coche al librero, se precipitó hacia él y se arrojó en sus brazos. Su rostro anguloso estaba desencajado por la inquietud:

—¿Qué ocurre, padre? ¿Quiénes son estas gentes?

Miró a Gaston y por su severa expresión se temió lo peor.

—¿La policía? ¿Has vendido una obra prohibida?

La joven tenía motivos para preocuparse, pues la publicación y venta de obras sediciosas eran entonces las principales causas de arresto de los libreros. Y el castigo solía estar a la altura del crimen: las galeras eran entonces una de las más benignas sanciones.

—No, no es nada. Ya pasó. Les entrego a estos señores unos libros que están en mi poder y todo habrá terminado. No te preocupes —contestó el anciano dulcemente.

Pidió a Gaston y a Louis que lo siguiesen al piso superior. La tienda ocupaba el bajo de una vieja casa. Al fondo, oculta por una cortina, se abría una escalera. El lugar era pobre, oscuro, casi miserable, si bien es cierto que se hallaba limpio y cuidado.

«¡Qué diferencia —pensaba Louis— entre un Morgue Belleville y un Augustin Courbé, también librero, pero al servicio del duque de Orleans!» En el primer piso, compuesto de una única estancia, hacían vida padre e hija. Encima se hallaba el cuarto del padre, y algo más alto, y en el sobradillo, el de su hija. Llegado a su cuarto, Morgue Belleville levantó unas tablas del suelo y descubrió las seis obras entre una docena de libros. Se excusó:

—Aquí es donde escondo mis objetos de valor.

Extrajo luego del mismo lugar una cajita de hierro y de ella una bolsa de cuero:

—Aquí están los doscientos luises (cuatro mil libras) que me entregó *micer* de Mas en pago por el libro —les dijo.

Se alzó del suelo y, con los ojos bajos de vergüenza, devolvió humildemente los objetos. Louis los tomó en silencio y los dos amigos volvieron al coche sin añadir nada.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró Belleville al verlos subir al vehículo.

Su hija, a su lado, le apretó la mano con todas sus fuerzas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Gaston, que había recobrado su jovialidad.

—¿Puedes llevarme al despacho? Dejo allí los libros, me cambio de zapatos, hago que me cepillen la ropa y luego podremos ir a ver a *micer* de Mas juntos, ¿te parece bien?

—Muy bien, porque, tal como estás, se negaría, y con razón, a recibirnos.

Louis se encogió de hombros y no devolvió la pulla. Así pues, Gaston ordenó al cochero que los llevase a la calle de los Quatre-Fils. Enfilaron el puente Saint-Michel, pasaron delante del Parlamento y a continuación atravesaron el puente del Change todavía en obras. Se hallaban de nuevo frente al Grand-Châtelet. El cochero ganó enseguida la calle del Temple por las calles de la Jabonería y la Cristalería. El trayecto fue interminable por unas calles tortuosas y abarrotadas de gente.

Louis, que no parecía molesto por el retraso, aprovechó el tiempo para explicarle a Gaston quién era Jean de Mas.

—Verás, los notarios están obligados a firmar conjuntamente las escrituras importantes dirigidas a sus despachos. Una vez firmadas por ambos, dichas escrituras dobles son conservadas en cada despacho, y Jean es el cofirmante habitual de mi padre. Como antes lo fue Chapelain, al que ha sucedido. Por cierto, que, indirectamente, gracias a él fui invitado a frecuentar el palacio de Rambouillet.

—¡Cuéntame eso. Ardo en deseos de saber cómo el hijo de un notario llega a ser recibido por una marquesa!

—Puedes burlarte cuanto quieras, pero hay un precedente: el hijo de Chapelain es también un asiduo de los Rambouillet.

—Es verdad, he oído hablar de él, pero el hijo de Chapelain escribe y tú..., digamos que lo que tú escribes ¡no es precisamente literatura!

Gaston se rió de su propia ocurrencia.

—Cierto, pero a veces es muy útil. Vayamos a las circunstancias de mi primera visita a casa de la señora de Rambouillet. Hará unos tres años *micer* de Mas se presentó en nuestra casa para firmar, junto con mi padre, la escritura de cesión de un terreno. Estaba con el comprador, un tal Vincent Voiture, un hombre muy agradable de unos cuarenta y cinco años. Voiture, hijo de un mercader de vinos, era ya un famoso poeta, perteneciente a la casa de monseñor^[14].

Un bache sacudió el coche. Louis se interrumpió un momento y luego continuó:

—Una vez firmada su escritura, Voiture admiró nuestra biblioteca y felicitó por ella a mi padre. «No es a mí a quien debéis cumplimentar —le respondió él—; es mi hijo el aficionado a los libros raros en la familia».

Voiture era un avezado bibliófilo y, algún tiempo después, le conseguí ciertas

obras valiosas que él buscaba desesperadamente. Fue entonces cuando me propuso introducirme en el palacio de Rambouillet. En un primer momento rechacé su ofrecimiento por no ser ése mi mundo; pero, finalmente, insistió tanto, que acepté. Y tenía razón, la nobleza que lo frecuenta jamás hace valer su origen —excepción hecha de Julie d'Angennes, desde luego—, y son muchos los que allí son recibidos únicamente por su talento. Allí encontré a muchos librereros, como Cramoisy y Toussaint du Bray, e incluso escritores y filósofos. ¡Hasta he visto allí a Jean Chapelain! Un hombre erudito, sin duda, aunque desgraciadamente va siempre vestido como un mendigo y domina el arte de provocar bostezos con sus pesados discursos. ¿Sabes que es miembro de la Academia^[15] que ha creado Su Eminencia?

Gaston giró los ojos como un pasmarote, lo que provocó la risa de Louis.

—Afortunadamente, cuando la conversación de Chapelain se vuelve insufrible, tenemos a Voiture. Vincent es un hombre divertidísimo, siempre dispuesto a organizar juegos, a recitar estrambotes o a remedar a los pelmazos. A veces va demasiado lejos y la marquesa se enfada gentilmente.

»Y todo se hace sin mucha ceremonia, en general al atardecer o por la noche. Los asiduos invitan a los amigos que consideran interesantes. Y luego no se habla sólo de literatura, sino también de ciencia, de música, de religión o de educación.

Acababan de entrar en el patio de la casa de los Fronsac y Louis se interrumpió para ponderar el palacio de los Rambouillet.

—Espera un momento. Vuelvo enseguida —dijo a Gaston bajando del vehículo.

Como su padre estaba ausente, confió los libros al primer oficial para que los guardase a buen recaudo en uno de los armarios de hierro del despacho. A continuación fue en busca de la señora Mallet y le entregó sus ropas para que las limpiase enseguida. Aprovechó para ir a casa de sus padres, en el segundo piso, donde acabó de cambiarse y lavarse sumariamente. Cuando se reunió con Gaston, estaba limpio e irreconocible. ¡Incluso había anudado nuevos lacayos negros en sus puños!

—¡Y ahora ya podemos irnos a casa de *micer* de Mas! —exclamó alegremente.

Louis dio al cochero la dirección del despacho, que no estaba muy lejos, en la esquina de las calles Saint-Merry y Saint-Martin. No tenían más que bajar la calle del Temple, al final de la cual se hallaba la calle de Saint-Merry.

Capítulo 4

Viernes 3 de mayo, final de la mañana

—Me estabas hablando de Voiture —dijo Gaston, ávido de detalles que podían ayudarlo a comprender un medio que no frecuentaba—. ¿Lo conoces bien? ¿Cuáles son sus relaciones con la señora de Rambouillet?

—Ayer viste a la marquesa con un mal día. Jamás la había visto comportarse así. La señora de Rambouillet es todo lo contrario, es una persona muy bromista e ingeniosa a la que hasta hoy he visto siempre rebosante de alegría. ¡Hombre, a propósito! Puesto que estamos en un asunto de libros, déjame contarte una pequeña historia que puede aclararte...

Gaston se arrellanó en el asiento, dispuesto a saborear la anécdota.

—... Voiture había escrito un soneto para Arthénice y se lo había ofrecido. La marquesa, a la que le encanta hacerlo rabiarse, se hizo entonces con un viejo libro de poesía y pagó un dineral para que compusiesen el soneto en papel de la misma calidad que el libro, y con los mismos caracteres tipográficos. Luego encargó a un hábil encuadernador que lo insertase en la obra. Unas semanas más tarde, un día en el que debía recibir a Vincent, lo hizo esperar en un saloncito en el que suele exponer algunos de sus objetos preciosos, entre los que se contaban ciertos libros antiguos. Y en un atril había colocado maliciosamente la obra falsificada, abierta por la página de marras.

Louis saboreaba aquella historia, que le encantaba. Se detuvo un instante para prolongar el placer y continuó hablando en un tono más voluble:

—Voiture llegó a la hora prevista y esperó a que lo recibiesen. Como la marquesa había previsto, examinó los objetos expuestos y el opúsculo atrajo inmediatamente su atención. Se acercó y leyó el soneto. Una vez..., dos..., tres veces..., cogió el librito y miró el nombre del autor: ¡un desconocido! Se ruborizó, convencido de que había escrito el soneto inspirándose inconscientemente en el que tenía bajo sus ojos. Tan avergonzado y molesto estaba, que no acertaba a discernir lo que debía hacer. ¿Marcharse? ¿Excusarse?

—¿Pero cómo sabes tú eso? —lo interrumpió Gaston.

—Espera, que no te lo he dicho todo: durante ese tiempo, la marquesa y algunos íntimos observaban la escena detrás de una cortina y, finalmente, no logrando contener más la risa, rompieron a reír a carcajadas. Voiture, atraído por el jolgorio, corrió la cortina, y el poeta, que adora divertirse, pero únicamente a expensas de otros, descubrió furioso a todos los asiduos del palacio muertos de risa a su costa.

Gaston celebraba la anécdota riéndose ruidosamente, una enojosa costumbre que no corregía. Cuando hubo recobrado la respiración, aprobó a Louis, pero esta vez en serio.

—Tienes razón, no debemos enojarnos con ellos. Pero lo que me cuentas confirma desde luego sus preocupaciones actuales. Ayer la señora de Rambouillet no tenía ganas de gastar bromas después de nuestra visita.

—Es cierto —dijo Louis pensativo—. Creo que necesita ayuda.

El diálogo tuvo que interrumpirse: el cochero había detenido el vehículo delante del antiguo despacho de Sébastien Chapelain.

—La hostería que hay unas casas más abajo, frente al cruce, se ocupa de los caballos de los visitantes —explicó Louis al cochero, señalándole el edificio con el letrero *Cheval qui pioche*—. Podéis esperarnos ahí. No tardaremos demasiado.

Se bajaron del coche. La calle estaba tan llena de inmundicias como las otras. Sorteando las más gruesas deyecciones, penetraron en el despacho por una puerta cochera que llevaba directamente al interior de un vasto y sombrío porche abovedado. Allí se encontraron con un criado de cabello pajizo y aire necio. De esta sala, que contenía una silla de manos, partía una gran escalera, a la derecha, que subía hacia los pisos y, frente a éstos, una doble puerta que daba al despacho. Louis, que conocía al criado, natural del Limusín, le preguntó:

—Pequeño Jean, ¿puedes decirme si está *micier* Mas en casa?

Sin articular palabra, pero sonriendo como un pasmarote, el buen hombre señaló la escalera con su mano derecha. Eso significaba que el notario estaba en su despacho.

Louis estaba acostumbrado a esta clase de diálogo. Bajó la cabeza gravemente y se encaminó hacia la escalera explicándole a Gaston:

—Mas tiene su despacho arriba, en el primer piso, justo al lado de sus apartamentos. El segundo piso está reservado para Chapelain hijo, y los cuartos abuhardillados son los destinados a los criados.

En el rellano, presidido por una bonita banqueta, se abrían tres anchas puertas de madera labrada de nogal. Louis llamó a la que estaba situada más a la izquierda.

—Ésa da al despacho de los empleados —explicó Louis a Gaston señalando la puerta central.

Invitados a entrar, penetraron en el despacho. Era una vasta pieza de paredes recubiertas de obras de derecho y de expedientes atados con cuero de los que emanaba un dulce pero penetrante olor a cera. Sobre la pared de enfrente un tapiz representaba a Teseo y el Minotauro. Delante, sentado a una gran mesa, se hallaba Jean de Mas. El notario iba vestido a la antigua usanza, con pantalones bombachos de sarga turquí y un jubón negro con cuello de encaje. Sus ojos azules, muy claros, su mirada dulce y viva, su larga barba gris, su cráneo despoblado y brillante le conferían una sólida impresión de bondad, de gentileza, pero también de seriedad, rigor y competencia. Al verlos entrar, se levantó y rodeó rápidamente su mesa, yendo a su encuentro.

—¡Louis! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó—. ¿Me has traído los expedientes?

—No, señor —respondió el aludido cortésmente, avanzando a su vez—. En realidad, vengo por un asunto más delicado.

—Vaya, vaya, me encantan los asuntos delicados. Sentaos, tú y tu amigo, ¿que se llama?

Volvió a saltitos a su sitio.

—Gaston de Tilly —respondió directamente el aludido.

—¿Sois también notario? No creo conoceros —interrogó Jean de Mas, enarcando las cejas.

—No. Soy oficial de la policía municipal.

—¡Caramba, caramba!, espero no haber hecho nada reprehensible.

Su mirada iba de Louis a Gaston, curiosa pero de ningún modo inquieta.

—No, perded cuidado —dijo Louis sonriendo—. Os explicaré lo que nos ha traído aquí.

A una indicación del notario, se sentaron frente a él en los dos grandes sillones tapizados. Bajo sus pies, Gaston notó la espléndida alfombra turca. «Decididamente, los notarios se ganan bien la vida», se dijo con cierto despecho mientras Louis tomaba la palabra.

—Os supongo enterado de que me ocupo del inventario de los Vendôme.

El notario asintió con la cabeza. Había unido ambas manos, que descansaban bajo su mentón, y apoyado los codos en la mesa. Louis prosiguió:

—Al hacer el inventario, pude constatar que habían desaparecido varios libros de gran valor. Los he encontrado con la inestimable ayuda de mi amigo Gaston; os ahorraré los detalles...

—Salvo uno, ¿no? —afirmó Jean de Mas con los ojos chispeantes levantando el dedo índice.

—Bien, veo que habéis comprendido lo que nos trae aquí. ¿Sois vos quien ha comprado el libro que falta?

—¡Hum! Sabía que el libro tenía valor, pero desde luego ignoraba que se hubiese «extraviado». Lo he pagado bastante caro, por cierto...

—¿Cuatro mil libras, verdad? —intervino Gaston, soltando la bolsa que había cogido en casa de Belleville y tendiéndosela al notario. Aquí tenéis vuestro dinero.

Jean de Mas se arrellanó en su sillón y los miró de hito en hito, visiblemente molesto. A Louis no le pasó inadvertido que no adelantaba la mano para coger el dinero.

Luego, el cuñado de Chapelain esbozó una mueca. Con tono lento, a la vez ceremonioso y aburrido, les dijo:

—El caso es que ya no tengo el libro...

—¿Cómo que no tenéis el libro? —se inquietó Louis frunciendo el ceño—. ¿Pero entonces dónde está?

El notario parecía ahora muy nervioso y violento, hasta el punto de mordisquear algunos pelos de la barba:

—¿Necesitas encontrarlo de verdad? —preguntó a Louis con tono afligido.

—Digamos que si no lo encuentro, tarde o temprano habrá una investigación oficial, y acabará llegando aquí. Y eso no sería bueno para nadie.

—Sí, indudablemente —murmuró *micer* de Mas, con un semblante cada vez más contrariado y preocupado—. Bueno, entonces os explicaré por qué compré el libro.

»Conoces a mi cuñado, Jean, cultivado, brillante, pero muy remiso al notariado. Se dedica a la literatura, contra mi parecer; pero, por suerte, no le ha ido mal. De hecho, ¿sabes que quizá se convierta en el secretario de Mazarino?

Louis asintió.

—Pero a lo que voy... cuando empezó a escribir, recibió ayuda de la señora de Rambouillet; ya sabes que soy su notario...

Louis y Gaston intercambiaron una mirada, molestos por la aparición de la marquesa en el relato. *Micer* de Mas no pareció darse cuenta y prosiguió con su relato:

—Hace ya algún tiempo, la marquesa medió con sus buenos oficios para obtener una pensión para mi cuñado. Ya sabes que es muy difícil. Nuestro rey no gusta de los escritores, los poetas o las gentes de letras, y sistemáticamente se niega a conceder dones y pensiones.

El notario se detuvo un instante, enfrascado en sus pensamientos. Después continuó:

—Sí, está el cardenal. Su Eminencia contribuye generosamente a ayudar a los autores, pero todo se paga, por desgracia, y Jean Chapelain no está dispuesto a venderse.

Louis sonrió para su colete. Sabía a Chapelain capaz de cualquier cosa para granjearse el favor del ministro. Ya formaba parte de la famosa Academia (la futura Academia francesa), nacida del grupo de autores que se reunían en casa de Conrart y en la cual Richelieu imponía sus reglas sobre la lengua, la gramática y la organización teatral. Voiture le había contado cómo por orden de Richelieu él mismo estaba obligado a asistir a las enojosas sesiones.

Jean de Mas proseguía con su perorata, ahora entusiástica:

—¡Pero entonces apareció ella! En fin, ¡que el futuro de Jean estaba asegurado! Y yo, su cuñado, estoy muy contento de no tener que preocuparme por él. De acuerdo con mi esposa, su hermana Marie, le aconsejé hacerle un regalo a la marquesa. Pero Jean dudaba. Quizá no lo sepas, pero Jean es muy, muy parco...

Separó las manos abochornado. Louis asintió con una sonrisa irónica. Jean Chapelain no era parco, ¡era avaro hasta la roñería! El escritor vestía a diario un viejo traje desde hacía diez años, y la misma peluca astrosa bajo un sombrero informe. Su casaca de tafetán —que no había cambiado desde tiempo inmemorial— brillaba por el uso, y cuando el escritor entraba en el salón de la marquesa de Rambouillet, provocaba invariablemente las risas y burlas del marqués de Pisany y de Voiture, sus dos enemigos íntimos.

El cuñado de Chapelain continuó impasible:

—De modo que Marie y yo consideramos conveniente agradecerse a la marquesa por nuestra cuenta. Ya sabes que la señora Rambouillet es italiana, por lo que pensé en un hermoso libro, antiguo y raro, sobre Roma, por ejemplo. Hablé de ello con varios librereros, entre otros con Belleville —no sé si lo conoces, tiene tienda en la calle Dauphine—, quien me propuso una obra extraordinaria de Tácito. Creo que es la que buscas. En pocas palabras, que le ofrecí el libro a la señora de Rambouillet, y como comprenderás no puedo pedirle que me lo devuelva.

«¡Vaya si lo comprendía! En efecto, ¡caramba, caramba! Un asunto bien embarazoso», se dijo Louis pensativamente.

Presentarse la víspera en casa de la marquesa por un crimen y volver para tratarla de encubridora lo indispondría definitivamente con ella. ¡Pero cómo iba a quedarse de brazos cruzados! Si no hacía nada, tarde o temprano la marquesa se vería comprometida públicamente. Lo mejor sería actuar con prontitud. Podía explicarle que había tratado de evitar un escándalo... Sí, era factible.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó *micer* de Mas, esta vez con tono desesperado.

Louis le explicó su punto de vista, y el notario admitió que actuando así se evitarían rumores perjudiciales para los protagonistas.

—Propongo que vayamos allí enseguida —declaró impaciente Gaston, dinámico y audaz como de costumbre—. Guardad este dinero y enviadme un recibo. Al Grand-Châtelet. Os pediré también un informe de nuestra visita, que archivaré.

Se levantó bruscamente, seguido por Louis.

—Lo haré ahora mismo —le aseguró el notario un tanto sorprendido, haciéndose cargo del dinero y depositándolo en una cajita de hierro—. No me queda más remedio que excusarme con la marquesa ¡y encontrarle otro regalo!

Los acompañó hasta la escalera. Una vez abajo, Tilly preguntó a Louis:

—¿Qué hacemos? ¿Seguimos lo que yo propuse y vamos al palacio de Rambouillet? Cuanto antes acabemos...

—Son más de las doce. Te propongo que vayamos a comer a la hostería donde nos espera tu cochero y luego nos encaminemos a casa de la marquesa. Es inútil molestarla a esta hora...

Gaston aceptó a regañadientes. Fueron caminando hasta el *Cheval qui pioche*. La hostería abría sus puertas en la esquina de las calles Saint-Merry y Saint-Martin. Desde el cruce, se penetraba por un vasto porche a un patio lleno de caballos y de coches. Dos peldaños permitían descender al enorme salón comedor, siempre gélido pese al alegre fuego crepitante en la chimenea que ocupaba un lienzo entero de la pared. A aquella hora, el establecimiento estaba lleno hasta los topes. Les costó trabajo encontrar dos sitios libres en una gran mesa a la que se sentaban una veintena de clientes.

Una fuente colectiva de la que se servían habas todos los comensales estaba posada en ella. Un jarro de vino de Anjou alegraba el humilde alimento. Las habas

eran nutritivas, y no hablaron durante el almuerzo, pues toda su atención la aplicaron a la masticación del feculento manjar. Pero mientras se atiborraban de habas escuchaban la conversación de los demás comensales. No había más que un tema de conversación: la guerra.

Mientras nuestros amigos recobran fuerzas, disponemos de un ratito para daros, queridos lectores, algunas explicaciones sobre la situación de Francia con relación a sus vecinos.

En 1641, la guerra castigaba sin consideración a toda Europa desde hacía un cuarto de siglo, concretamente desde la defenestración de Praga (1618), un motín de los húngaros protestantes contra los imperiales austriacos que querían imponerles la religión católica.

Por aquel entonces, el centro de Europa —o sea, Alemania— estaba constituido por ciudades y pequeños principados que elegían colectivamente un emperador. Algunos eran católicos y otros protestantes. Durante mucho tiempo, gracias al compromiso de Augsburgo, concertado por Carlos V, la paz había reinado entre las dos comunidades, respetando cada una la religión de la otra. Pero los Habsburgo, es decir, la casa de Austria, o, lo que es lo mismo, España, querían imponer en todas partes la religión católica.

Praga había sido la primera en volverse contra aquella tiranía religiosa que acabaría arrastrando a toda Europa.

Al comienzo del conflicto, Suecia tomó partido por los protestantes invadiendo Alemania. Francia, cercada por la casa de Austria, se alió naturalmente con Gustavo Adolfo, el rey de Suecia y adalid de la Reforma.

Aunque aplastada en un primer momento, España se rehízo a partir de 1635. Los protestantes y los suecos fueron entonces derrotados, y Gustavo Adolfo, muerto. Desde 1636, Francia se encontró, pues, en primera línea en el conflicto.

Y fue precisamente en 1636 cuando el enemigo entró en Francia después de una serie de derrotas muy humillantes para los franceses. Los ejércitos austríacos y españoles marcharon entonces sobre la capital. Un terror indescriptible se abatió sobre París, que en pocas horas se vació de sus habitantes.

El rey, pese a sus muchos defectos, era sin embargo un soldado valeroso. No perdió su sangre fría y, con la ayuda de su hermano, que le entregó parte de su fortuna, en unos cuantos días armó un nuevo ejército para enfrentarse a las tropas extranjeras.

Ante esto, el enemigo había reulado y vuelto a Corbie, un pueblo que había tomado unas semanas antes. Tan rápida victoria se le debía, pues, a monseñor, el hermano del rey, y a su primo, el conde de Soissons, al mando de las tropas.

Louis de Borbón, conde de Soissons, al que llamaban «El señor conde», tenía sangre real. (Su padre, muerto en 1612, era primo del rey Enrique IV.) Hombre

vanidoso y ambicioso, aunque «con buena facha, valiente, serio y buen general», en opinión de La Rochefoucauld. Como buen protestante, detestaba a Richelieu y esperaba una recompensa por haber rechazado al enemigo. ¡Quia! En pago, el cardenal, que desconfiaba de él, le había retirado el mando del ejército. ¡Peor aún! El ministro había intentado arrebatar a los dos príncipes —al hermano del rey y al conde de Soissons— la gloria del triunfo de las armas.

Ambos decidieron vengarse y en Amiens intentaron, sin éxito, eliminar al Gran Sátrapa.

Enterado Richelieu de dicha tentativa, Soissons juzgó prudente huir para refugiarse en Sedán, una plaza perteneciente al duque de Bouillon.

El duque, también protestante, era hijo de un compañero de armas del bearnés: Henry de la Tour, vizconde de Turenne^[16]. Se había convertido en príncipe de Sedán, una ciudad independiente de Francia, y luego en duque de Bouillon al casarse con la princesa Charlotte de La Marck.

Su hijo, el joven duque, era un hombre lleno de cualidades: valeroso, elocuente, brillante, amable con los demás; sólo tenía dos defectos: era imprudente y demasiado temerario.

Como su padre, Bouillon había estado involucrado en todas las conspiraciones contra el rey y ayudaba cuanto podía a algunos hugonotes que seguían en lucha contra Richelieu^[17].

Para todos los franceses, el conde de Soissons era el jefe de la oposición a Richelieu, encabezada desde hacía mucho tiempo por el príncipe Condé; pero una vez que este último se había acercado al rey y al cardenal, la plaza estaba vacante para este otro príncipe de sangre real: el señor conde.

El conde de Soissons pasaba por un liberal: proclamaba su deseo de restaurar las libertades confiscadas por el dictador, proponiendo también otro gobierno, menos brutal y menos derrochón. El pueblo y la burguesía, esquilados por el Gran Sátrapa, lo ponían, como es lógico, por las nubes.

En Sedán, Bouillon y Soissons esperaron en vano recibir la visita y la ayuda del duque de Orleans, el hermano del rey, pero monseñor, prudente —o temeroso—, los había abandonado. Finalmente, en agosto de 1637, Soissons y Richelieu alcanzaron un compromiso: el conde podría quedarse durante cuatro años en Sedán, a partir de los cuales debería volver a Francia para solicitar el perdón u optar por el exilio definitivo.

Estamos en 1641: el año del vencimiento del plazo. Durante los cuatro años de pausa, los rifirrafes fueron continuos entre el señor conde y el cardenal. Por ejemplo, Richelieu quería que su sobrina, la señorita de Combalet, se desposase con un príncipe de sangre real. Y había intentado —sin éxito— interesar a monseñor en dicho matrimonio. En última instancia, había propuesto a la señorita de Combalet a Soissons, quien la había rechazado.

Otro motivo de fricción entre ambos procedía del hecho de que el conde no

recibiese ciertas pensiones prometidas: Louis de Borbón conservaba innumerables cargos en la Corte, así como algunos gobiernos provinciales. Pues bien, el cardenal intentaba retirarle los cargos y títulos que reportaban mayores beneficios.

Eran demasiadas humillaciones para el conde de Soissons. Se acercó entonces de nuevo a los hugonotes, en rebelión contra el cardenal, reunidos en torno al duque de Soubise —hermano del duque de Rohan—, que había dirigido la revuelta en La Rochelle.

No obstante, sin dinero y sin ejército, el señor conde no tenía nada que hacer frente al cardenal. Un inesperado acontecimiento debía sin embargo intervenir en su favor: el sostén del duque de Guisa.

Los Guisa constituían la principal rama católica de los grandes del reino. No conspiraban desde la Liga, habiendo preferido enriquecerse. Su jefe, el duque Carlos de Lorena, durante un tiempo gobernador de Provenza, era uno de los hombres más ricos de Francia. Había amueblado su residencia de la calle Chaume como un palacio, donde exhibía alfombras, orfebrería y magníficas joyas para que se pudiese juzgar la riqueza y pujanza de su familia. También selló alianzas con los enemigos de antaño: uno de sus hermanos, Claude de Lorena, príncipe de Joinville y duque de Chevreuse, se había casado con Marie Rohan, hija de un primer matrimonio de Hercule de Rohan, duque de Montbazon y gobernador de París^[18].

Carlos de Lorena, que tan bien había gobernado su casa, había muerto en septiembre de 1640, y su hijo Henry, arzobispo de Reims, se había convertido en el nuevo duque.

Pero Henry estaba loco. Aun siendo arzobispo, se había casado en secreto en 1638 —o 1639, no se sabe exactamente— con Anne de Gonzague, la hermana de Marie de Gonzague, hija del duque de Nevers. Había reincidido con contumacia, casándose —parece que en noviembre de 1640— con una condesa flamenca, y seguramente sin que su primera esposa lo supiese. Se había convertido, a la sazón, en el único caso de arzobispo bígamo de la historia de Francia, cosa que divertía bastante a los franceses.

Sin embargo, el que un arzobispo se hubiese casado, aunque fuese en secreto, y sobre todo dos veces, constituía un hecho lamentable, tanto para la Iglesia como para Francia. Tan pronto como se enteró de la grotesca noticia, el cardenal ordenó a Guisa que renunciase al estado eclesiástico.

Pero abandonar dicho estado significaba perder los beneficios de ricas abadías cuyas rentas daban la vida al príncipe. Guisa jugó a dos bandas durante mucho tiempo, hasta que decidió por fin ponerse fuera del alcance del ministro arrimándose a Bouillon y a Soissons.

Como católico, les propuso la ayuda de España.

La guerra con los Habsburgo españoles nunca se había interrumpido. Francia combatía además en las fronteras del norte, en Alsacia y en el Midi. Pequeñas derrotas y mediocres victorias se sucedían año tras año, y nada era definitivo, de

modo que la casa de Austria alimentaba la discordia nacional en su propio beneficio. El rey de España sabía que si, por complot o sedición, se llegaba a abatir a Richelieu, la partida sería ganada por él. Y puesto que el conde de Soissons reclamaba dinero a Luis XIII, le hizo saber que él podía dárselo, así como a sus amigos Bouillon y Guisa. Y también que podía proporcionar tropas para arrollar al cardenal.

Desde ese momento, ya no se trataba de un rifirrafe entre pares del reino, sino de una rebelión armada contra Luis XIII, el rey de Francia. Se asistía a una situación de insurrección idéntica a la de Montmorency en 1633.

Era el trono de Francia lo que, por otra parte, estaba en juego.

En aquel mes de mayo de 1641, las dos preguntas que se hacían los parisinos que habían conocido la alerta de 1636 eran muy sencillas: ¿Estaba el duque de Guisa en Sedán? ¿Podrían Soissons y Bouillon, con la ayuda de un ejército español, liberar a los franceses de la tiranía del Gran Sátrapa?

—¿Y tú qué opinas, Gaston?

Era Louis quien preguntaba después de haber escuchado a sus vecinos de mesa y tragado el último bocado de habas.

—¡Que son unos completos imbéciles! —profirió Gaston en voz alta—. ¿Qué se creen, que España no va a pedir nada a cambio de su ayuda? ¿Se creen que los españoles serán mejores amos que Richelieu? ¿Acaso no saben cómo se las gasta la Inquisición allí abajo?

Varios de los presentes habían escuchado a Gaston y, por la expresión hostil de sus rostros, se adivinaba que no aprobaban, en absoluto, ese discurso, por lo demás tan sensato.

—Vámonos —propuso Louis, dándose cuenta del cambio de atmósfera que se había producido entre los clientes—. Me temo que aquí no gustan mucho tus ideas.

Arrojó unos céntimos sobre la mesa y salieron seguidos por muchas miradas de odio. Una vez fuera, Louis añadió:

—Los franceses apoyarán cualquier disparate con tal de deshacerse de Richelieu. Y el cardenal lo sabe. También él utilizará todas las armas de que dispone para permanecer en el poder y abatir a sus enemigos. Incluido el crimen.

Gaston se detuvo un momento y miró a su amigo:

—¿Tratas de decirme algo, Louis? ¿Estás pensando en la muerte de Collet?

—Quizá —respondió Fronsac preocupado—. Quizá...

—A propósito, me había olvidado de comentarte que el señor Chavaroche se pasó por el Grand-Châtelet. El cuerpo era efectivamente el del criado de Julie.

Louis no estaba sorprendido en absoluto.

—¿Qué vas a hacer?

Gaston levantó los brazos en señal de impotencia.

—No lo sé. Le he preguntado, pero parece no saber nada. Estoy seguro de que las

respuestas que busco están ligadas a la carta que Julie mandó llevar al Palacio del Cardenal. ¿Cuál era su contenido? ¿Y quién era su destinatario? ¿Cómo averiguarlo?

—Richelieu —murmuró Louis.

—Tú sigues en tus trece, ¿verdad? Bueno. Podría ser. Pero, en ese caso, ¿por qué él? ¿Y quién lo ha matado? Y, sobre todo, ¿cómo?

Louis no contestó inmediatamente. Tenía muchas ideas al respecto, pero prefería callárselas. Al menos, de momento.

—¿Y Laffemas qué ha dicho?

—Me ha pedido que lo deje. Que ya era suficiente con haber identificado al muerto. Y puesto que los Rambouillet no insistían en identificar al asesino...

—Esa petición de abandono confirma que el cardenal está al cabo de la calle, si no es el responsable del crimen. Te lo repito: temo por los Rambouillet y por los que viven bajo su techo.

La conversación se detuvo ahí y volvieron al coche en silencio, enfrascado cada uno en sus pensamientos hasta la calle Saint-Thomas-du-Louvre.

Capítulo 5

Viernes 3 de mayo de 1641, al mediodía

La segunda visita de Louis y Gaston al palacio de Rambouillet sería oficial y harto embarazosa. Louis pensaba con aprensión en cómo explicar a la marquesa que poseía un objeto robado y que debía devolverlo. Teniendo en cuenta que el marqués y la marquesa eran universalmente respetados por su honradez y rigor moral, si semejante asunto llegaba a oídos de la gente podría ser piedra de escándalo y acarrear consecuencias nefastas.

Las hipotéticas repercusiones importaban bien poco a Gaston, acostumbrado a codearse con el mal, el crimen y el pecado, pero atormentaban a Louis, que tenía en gran estima a la marquesa y estaba persuadido de que se había visto comprometida únicamente por mala suerte y por la imprudencia de su notario.

Cuando hubieron dejado la carroza en el patio de honor del palacete y subido la escalinata, Gaston solicitó al señor Chavaroché una entrevista con la marquesa. Al cabo de unos minutos de espera en una fastuosa pieza de recepción, regresó el maestresala e hizo en silencio un signo indicando que lo siguiesen. Subieron al primer piso por la famosa escalera ideada por la marquesa y, tras pasar varias salas y llegar al extremo del edificio, fueron conducidos a la antecámara de un apartamento. Allí, Chavaroché les abrió la puerta de una inmensa cámara de gala donde dominaba el color azul y en la que penetraron por una puerta también azul.

Los techos estaban pintados de azul. De sus cornisas colgaban brocados de damasco con fondo azul y oro, salpicado de blanco. Las paredes lucían enormes cuadros de temas mitológicos y admirables espejos venecianos de cornucopia. Todo el entarimado estaba cubierto de alfombras orientales de seda, cuyo tono dominante era el azul. La pieza estaba magníficamente amueblada con camarines, veladores de ébano ricamente trabajado y consolas repletas de lámparas de aceite perfumado o de grandes canastillas de flores multicolores.

En el centro había un lecho con dosel, recubierto de satén azul pasamanado de oro y plata, rodeado de sillas de verdugado y taburetes; algunas de las sillas estaban vestidas de fundas de azur, y unas cuantas con fundas carmesíes. Al fondo de la pieza, anaqueles de columnas salomónicas servían de soporte a extraordinarios libros raros o antiguos. Dondequiera que la mirada alcanzase podían verse valiosísimas porcelanas, recuerdos excepcionales u objetos preciosos. Gaston jamás había visto lujo igual mezclado con tanta magnificencia.

Arthénice se hallaba sentada en un sofá brochado de oro y franjas de azur. Los estaba esperando y les hizo una amigable seña.

—Señores, os recibo en la cámara azul porque estoy fatigada y la vuelta del sol es nefasta para mi salud.

La marquesa, en efecto, no soportaba el calor, procediese del sol o de las llamas de la chimenea.

—Así que debo reposar —prosiguió—, pero sed bienvenidos aquí. Es mi universo. Ya veis, señor Tilly, no soporto el mundo exterior y su vulgaridad, de modo que me he construido aquí un mundo a mi medida.

Al mismo tiempo que se excusaba, paseaba su mirada en torno a la pieza.

—Un mundo muy bello, señora —asintió un Gaston galante y cortés.

La marquesa lo miró burlescamente y le respondió, irónica:

—Pero apuesto, señores, a que no habéis venido hasta aquí únicamente para intercambiar cortesías conmigo, y, a fuer de ser sincera, no esperaba una visita tan rápida...

Hizo una breve pausa para añadir enseguida con tono conmovido:

—El señor Chavaroché ha recuperado el cuerpo de nuestro pobre François Collet y las honras fúnebres tendrán lugar mañana en Saint-Germain-l'Auxerrois. ¿Cómo va vuestra investigación? ¿Tenéis alguna información sobre su asesino?

—¡Por desgracia no, señora! —respondió Gaston—. El motivo de esta visita es otro, y debo confesaros que el asunto que nos trae aquí es bastante desagradable...

»Se hizo el silencio durante unos segundos. La mirada ligeramente inquieta de la marquesa vagó de un lado a otro; luego Gaston de Tilly continuó:

—Tengo entendido que hace unos días el señor Chapelain os regaló una obra, los *Anales de Tácito*.

—En efecto —reconoció la marquesa con una expresión inquisitiva, pero su mirada y su actitud testimoniaban al mismo tiempo que se mantenía extrañamente alerta—. ¿Tiene ese regalo algo que ver con vuestra visita anterior?

—No, no, en absoluto. Nada que ver, podéis estar tranquila —le aseguró Louis amistosamente, aunque turbado por esa relación que él intuía, pese a todo, inconscientemente—. Sólo se trata de una coincidencia. Veréis, esa obra con la que el señor Chapelain os obsequió de buena fe es un libro robado que pertenece al duque de Vendôme.

—¿Robado? ¿Al duque?

La marquesa se había levantado bruscamente, su rostro había adquirido una palidez mortal. Era tal la sorpresa, que a duras penas podía contener su turbación. Caminó hasta la primera ventana, dándoles la espalda un momento, sin duda para recobrar su compostura y evitar que viesen su rostro. Luego se giró riendo nerviosamente.

—¡Me estáis tomando el pelo! ¡Habéis organizado todo esto con el señor Chapelain!

Louis se dio cuenta enseguida del origen de la confusión. Voiture le había contado que poco tiempo antes Chapelain había prestado un valioso libro a la marquesa, una obra que ella ya tenía pero en muy mal estado. La marquesa le había devuelto la obra deteriorada, en lugar del original, a través del poeta Conrart, uno de los habituales del palacio. Ante el estado lamentable del libro, Chapelain, furioso, había mascullado:

«¡No sé adónde vamos a parar si hasta la señora de Rambouillet deja de ser cuidadosa! ¡Un libro tan valioso! ¡Devolvérmelo así!».

Conrart, muerto de risa, confesó entonces la verdad, pero a Chapelain no le había hecho ninguna gracia la broma. Luego todos se burlaban cruelmente de él cuando acudía con algún libro, y el hombre había jurado vengarse ferozmente.

Louis se acercó a la marquesa y le dijo apenado:

—Os ruego que nos escuchéis, señora; desgraciadamente, esto no es una broma. Veréis, en calidad de notario me han encargado del inventario de la fortuna del señor de Vendôme, puesto que, como seguramente sabréis, hay una orden de confiscación de sus bienes. Con tal motivo he tenido que inventariar, entre otras cosas, la biblioteca que el duque había comprado al mariscal de Bassompierre. Había una lista adjunta en la que se consignaba el valor de ciertas obras, entre ellas los *Anales* de Tácito, cuyo precio se estimaba en la fabulosa cifra de ocho mil libras. Ahora bien, ¡faltaba el libro! No queriendo difundir el asunto, le pedí a mi amigo Gaston de Tilly que llevase a cabo una discreta investigación entre las personas que pudiesen haber hurtado esos volúmenes. Se halló rápidamente al culpable, que confesó haber vendido los *Anales* a *micer* de Mas, vuestro notario, y cuñado del señor Chapelain.

»Micer de Mas quería haceros un presente para agradeceros vuestra mediación en la concesión de la pensión al hermano de su esposa e ignoraba evidentemente el aspecto delictuoso del asunto. Ahora ya lo sabéis todo. Esa obra debe serme devuelta. Yo me ocuparé de su restitución y nadie sabrá que ha pasado por vuestras manos, pero comprenderéis que debe volver al inventario. Creedme si os digo que me ha sido muy penoso venir a molestaros con todo esto, pero he pensado que más valía arreglar rápidamente este asunto antes de que se hiciese público.

La señora de Rambouillet, que había escuchado con mucha atención, se había recobrado; meditó un rato y luego propuso:

—¿Podría mandaros la obra por un propio, señor?

Louis no pudo disimular un gesto de disgusto.

—Lamentablemente, me veo en la obligación de desatender vuestra petición. En primer lugar, hay riesgo de que se pierda entretanto, y es a mí a quien amonestarán. Luego, mi amigo el señor de Tilly está aquí oficialmente. Le reprocharán que se haya ido sin el objeto delictuoso. Sin embargo, si no tenéis el libro, podemos acudir nosotros allí donde se encuentre en este momento y reclamarlo.

La duda y, sobre todo, el embarazo eran perceptibles en la actitud de la marquesa. Finalmente, retomó la palabra con un tono bastante seco, muy raro en ella.

—No, señor, vuestro libro está ahí.

Se giró hacia los plúteos que había a su espalda y cogió un grueso volumen encuadernado en cuero amarillo que tendió a Gaston. Al mismo tiempo, hizo sonar la campanilla que había en un velador para llamar al maestresala, que entró en la cámara inmediatamente.

—Los señores Tilly y Fronsac se marchan —le dijo—, haced el favor de

acompañarlos.

Y como para asegurarles que, pese a todo, no les guardaba rencor, les dirigió una encantadora sonrisa. De sobra sabía Louis que ese testimonio de simpatía era forzado. ¿A qué venían esas reticencias a entregar el libro? ¿Por qué retrasar la entrega? El libro estaba allí, en la estancia, detrás de ella, y, sin embargo, había dudado en devolverlo. Un comportamiento incomprensible. ¿Qué podía significar?

Louis siguió maquinalmente a Gaston y al lacayo que los acompañaba, tratando de ligar aquellos hechos. Casi sin darse cuenta, se encontró en el patio del palacete.

Mientras los conducían a su coche, nuestros dos amigos asistieron a un curioso espectáculo: una lujosa carroza tirada por cuatro caballos blancos cruzó la puerta, seguida por seis gentileshombres armados y a caballo. Picados en su curiosidad, Gaston y Louis esperaron unos segundos para saber quién se presentaba con tan magnífico cortejo en casa del marqués de Rambouillet.

Después de que el cochero hubiese colocado bajo la puertezuela del coche una minúscula escalera de caoba, un joven de unos veinte años descendió del vehículo. Iba vestido a la última moda: guantes de ante con franjas de oro, sombrero de pluma de garza fijada con broches de diamantes, traje de seda gris, camisa orlada de oro y plata e inmensas botas de cabritilla bordadas y trenzadas. El rostro, increíblemente maquillado, no los miró, y penetró en el palacio con exagerada familiaridad, haciendo tintinear a propósito sus espuelas de oro.

Louis se sorprendió admirando la facha del recién llegado, él, que no poseía más que dos trajes, uno de sarga gris y otro de terciopelo negro; él, ¡que no tenía más que un par de botas! Haciendo esa observación desengañada a Gaston, miraba maquinalmente sus tristes lacayos negros anudados en los puños.

—¡Pues claro que tiene más botas que tú! —le aseguró el policía sin disimular la repugnancia que sentía hacia el visitante—. ¡Se habla incluso de cincuenta pares! Hasta el rey le ha reprochado tanta prodigalidad.

—Pero ¿quién es ese personaje? ¿Lo conoces?

—¡Pues quién va a ser! ¡Serás ignorante! —se burló Gaston con una sonrisa sin alegría—. ¡Acabas de ver al mismísimo Don Mayor!

El pretencioso visitante que acababa de entrar en el palacete de Rambouillet era en efecto el marqués de Effiat, también llamado Cinq-Mars, caballero mayor, guardarropa mayor del rey y favorito oficial de Su Majestad.

—¡Qué raro! ¿Y qué viene a hacer aquí el marqués? —se preguntó Louis a media voz—. No es de los habituales del palacio de Rambouillet ni amigo de la marquesa. Muy al contrario. Su hija lo detesta. No pinta nada aquí...

—Buenas o malas, me temo que nos quedaremos sin saber las razones, amigo mío —replicó Gaston, muy poco interesado en chismorreos—. Lo que importa es que hayas encontrado tus libros y resuelto tus problemas.

—Sí, claro... desde luego —murmuró Louis subiendo al coche—. Lo que no quiere decir que no desconfíe de las coincidencias, y esta historia de los libros

robados ocurrió, no lo olvides, al mismo tiempo que tu crimen no elucidado. Y luego tenemos esta entrevista, que ha sido muy curiosa, ¿no? De nuevo estoy seguro de que la marquesa no nos ha dicho todo lo que sabe. Tengo la sensación de que no nos quería devolver el libro. Habrá que mirar esta obra atentamente...

—¡Venga, hombre! ¡Déjate de novelorías! Que esto no es *La Astrea*^[19]. Te llevo a casa y pasaré a verte mañana o pasado —replicó Gaston pidiendo a su cochero que tomase la dirección de la calle Saint-Honoré.

Al mismo tiempo que nuestros amigos se despedían, Cinq-Mars era recibido en la cámara azul por la señora de Rambouillet, que le hizo tomar asiento a su lado. Por supuesto, era a la marquesa a quien había ido a ver.

—Señora, no he recibido vuestra carta hasta esta mañana. Me hallaba con Su Majestad de caza en Saint-Germain. He venido tan rápido como he podido.

La marquesa asintió con la cabeza y adoptó un aire severo uniendo las yemas de los dedos.

—Señor, os debo algunas explicaciones, a riesgo de parecer desagradable, pero os aseguro que no tengo nada que ver con ellas. Éstos son los hechos tal como se me han impuesto.

»El primero de mayo último recibí aquí mismo, como de costumbre, a algunos queridos amigos. Estaban, entre otros, los señores Chapelain, Voiture, Guez de Balzac, Corneille, Cramoisy y, por supuesto, mi hija Julie con el marqués de Montausier. Si soy tan precisa es para que sepáis que había testigos del hecho, de modo que, si lo deseáis, podréis encontrarlos. El señor Corneille había venido a hacernos una lectura de la pieza que está escribiendo en este momento, *Polyeucte*, y la conversación derivó naturalmente hacia la historia de Roma.

Mientras la señora de Rambouillet hablaba, Cinq-Mars cruzaba y descruzaba las piernas haciendo resonar estrepitosamente sus espuelas de oro. La cortesía no era una de sus cualidades y quería mostrar que aquella historia le hacía perder el tiempo.

La marquesa continuó, sin embargo, imperturbable, haciendo caso omiso del grosero comportamiento de Don Mayor.

—Se suscitó entonces una controversia, no recuerdo acerca de qué tema, y el señor Chapelain propuso contrastar el hecho controvertido en los *Anales* de Tácito. Como quizá no ignoréis, obtuve para el señor Chapelain una pensión, en mi opinión muy merecida, que se empeñó en agradecerme —cosa que de todas formas ha sido inútil— ofreciéndome una obra rara y valiosa. Se trataba precisamente de los *Anales*. De modo que saqué el libro y circuló entre todos los presentes que pudieron admirarlo, pues era un regalo verdaderamente principesco.

»El señor Cramoisy —que es librero— lo examinó detenidamente y descubrió que la cubierta estaba algo abombada; en efecto, contenía un sobre, que extrajo hábilmente y me entregó acto seguido diciéndome: «¡Señora, este libro contiene un

secreto!».

»Aunque todos los presentes querían abrir el misterioso sobre, yo me opuse, pues un documento oculto con tanto celo podía contener algún mensaje o correspondencia privada. Por la noche, sin embargo, en mi gabinete, pude conocer los documentos ocultos en la encuadernación.

Y al decir esto, la marquesa lo miró severamente. Tras una pausa, continuó:

—He olvidado su contenido, pero me acuerdo de que vos sois el autor. Volví a colocar el sobre en el libro y os escribí para que vinieseis a buscarlo. Yo no tenía ningún interés en conservar tales cartas.

—¿Teníais, señora? ¿Eso significa que ya no tenéis esas cartas? —la interrumpió Cinq-Mars levantándose bruscamente.

La marquesa lo miró, sumamente irritada por la interrupción. Haciendo un enorme esfuerzo de voluntad, reanudó sin embargo sus explicaciones.

—En efecto. Y desde hace bien poco, por desgracia. Seguramente os habréis cruzado al entrar con dos personas, una de las cuales era un oficial de policía. La otra, Louis Fronsac, es un reputado notario. Venían justamente a buscar los *Anales*; esa obra había sido robada, junto con otras, de casa del duque de Vendôme. He tenido que devolvérsela para evitar un escándalo.

—¡Vendôme! ¡Así que era él! —masculló Cinq-Mars con un horrible rictus—. ¿Pero el sobre, señora? ¡No le habréis entregado el sobre con los documentos! —preguntó gritando como un energúmeno.

Entonces la marquesa no ocultó su malestar frente a la grosera actitud del favorito del rey. Su tono se volvió glacial.

—¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer? Vuestro precioso sobre estaba en el interior. ¡El libro estaba en este cuarto! ¡En esas estanterías! Intentar escamotearlo habría atraído su atención. Y aun así, no me habría quedado más remedio que entregárselo.

»No tenía elección. Lo más probable es que no hayan abierto el libro y vuestro sobre esté seguro. Ese libro forma parte de los bienes confiscados al duque de Vendôme. Tratad de comprarlo.

Cinq-Mars logró dominarse y prosiguió más fríamente:

—¿Qué otras personas conocen la existencia de esos documentos, señora?

La marquesa de Rambouillet dudó un segundo y declaró elípticamente:

—El libro no salió de esta pieza, señor.

—Vuestra historia es inverosímil —concluyó finalmente Cinq-Mars todavía furioso—. ¡Esto parece un cuento chino! Sin embargo, quiero creerlos de momento. Así pues, intentaré encontrar esos documentos por mi cuenta.

Tomó su sombrero, que había dejado a su lado, y se lo encasquetó insolentemente en su cabeza.

—¿Que-réis cre-er-me? —articuló lentamente Arthénice con ojos desorbitados.

La marquesa retrocedió alejándose de Cinq-Mars como si pudiese contagiarla de

una enfermedad repugnante para soltarle a continuación en tono mordaz:

—Tengo entendido que sois de nobleza reciente, señor, e ignoráis sin duda los usos de este estamento que tan mal conocéis. ¡Yo soy una princesa Savelli! ¿Creéis que una Savelli se rebajaría a mentir a un pequeño Effiat? Mi antepasado Hugues de Vivonne estuvo en las Cruzadas hace seiscientos años. ¿Y el vuestro dónde estaba?

Diciendo esto, agitó la campanilla que tenía en su mano y Chavaroché entró como por ensalmo.

—El señor Chavaroché os acompañará, señor Effiat. Se volvió sin saludarlo y se retiró al oratorio anexo a la cámara azul. La entrevista había terminado.

Nunca Cinq-Mars había conocido tal humillación desde su ascenso. Reprimió, sin embargo, su ira y salió temblando. Tenía que encontrar ese libro a toda costa, y para ello primero tenía que encontrar al notario.

En el segundo piso del palacio, detrás de una ventana, Julie d'Angennes y su prima habían visto llegar, y luego partir, a Louis y Gaston. Poco después, asistían a la marcha iracunda de Cinq-Mars.

En su retiro, la marquesa dio unos pasos arriba y abajo para calmarse.

¿Qué debía hacer? ¿En quién confiar? ¿Cómo olvidar el terrible contenido de las cartas de Cinq-Mars?

Pensó largo rato en los complots que se sucedían desde hacía años. Con el tiempo, el cardenal se parecía más a un verdugo que a un hombre de Iglesia.

Todos los habitantes del palacio de Rambouillet se hallaban en peligro de muerte.

Repasó mentalmente a los asiduos de la cámara azul. La aristocracia era allí numerosa, pero ¿quién sabría protegerla de Richelieu o de Cinq-Mars?

¿Guisa? Estaba casi escapado en Sedán.

¿La Valette? Huido a Londres desde que lo habían acusado, injustamente, de cobardía y traición.

¿Nevers? ¡Él y sus aires de grandeza! Con esa manía que le había dado de descender de los emperadores bizantinos. En cuanto a su hija Marie de Gonzague, ¡había que hacer lo posible para que ignorase el contenido de esas misivas!

¿Condé? Por el matrimonio de su hijo con la sobrina de Richelieu, Marie-Clémence de Maillé-Brézé, en febrero, se había convertido en el hombre de confianza del cardenal. Y Enghien, el joven duque, no tenía ningún poder.

Quedaban sus amigos los escritores y los poetas, pero apenas contaban, no por falta de valor; al contrario, solían mostrar más que los grandes del reino, pero frente a Richelieu...

Se acordó entonces del prelado servil, untuoso, amable y dulce que venía a veces al palacio. ¿Cómo le llamaban? —todos tenían su apodo en la casa—. «Colmardo», ¡no! «Colmarduccio»^[20], ¡eso es! El hombre tenía una reputación de fino diplomático y de haber salido triunfante de misiones imposibles que le había confiado el cardenal.

Eso es al menos lo que su marido, diplomático también, le había asegurado. En la residencia de los Rambouillet, Colmarduccio era encantador, divertido, afectuoso y sumiso, pero Arthénice había observado, bajo la imagen que quería dar de sí mismo, una ambición desmesurada, una voluntad férrea y una inteligencia prodigiosa.

Sí, Colmarduccio, es decir, Julio Mazarino —ahora se hacía llamar Mazarin, que sonaba mucho más francés— podría ayudarla. Trabajaba estrechamente con Richelieu y, además, ¡era italiano como ella! Chapelain le había hablado mucho de este diplomático, encargado de dirigir la representación francesa en Colonia, porque precisamente Mazarino le había pedido al escritor que lo acompañase.

La marquesa se acordó entonces de que Colmarduccio, con ocasión de una de sus visitas, se había puesto a su disposición. Tal vez fuese el momento de aceptar aquel ofrecimiento. Al cabo de unos minutos de reflexión fue a su secreter, sacó pluma y papel y escribió.

Terminada la carta, llamó a su maestresala:

—Señor Chavaroché, ¿podéis llevar en mano esta carta al señor Mazarino, al Palacio del Cardenal? Esperad el tiempo que haga falta pero no se la entreguéis sino a él personalmente.

Chavaroché se inclinó, tomó la carta y se fue.

Sin embargo, por desgracia, lo que la marquesa ignoraba era que Mazarino estaba en misión en Saboya desde hacía varios meses y que ya no regresaría a París hasta junio.

Catherine de Rambouillet se retiraba a descansar cuando las dos Julie, hija y sobrina, entraron en la estancia.

—Madre, hemos visto partir a los señores de Tilly y Fronsac, y luego a Cinq-Mars. ¿No habrá malas noticias?

La marquesa esbozó una triste sonrisa.

—Por desgracia, sí, hijas mías —la marquesa consideraba a Julie de Vivonne como su hija—, acabo de enterarme de que el dichoso libro había sido robado y...

—¿Robado? —la interrumpió Julie d'Angennes, que parecía más desconcertada que consternada.

—Sí, robado al duque de Vendôme. El señor de Tilly ha encontrado al ladrón y ha venido a recuperar la obra. El señor Fronsac es el encargado del inventario de los bienes del duque. Eso explica sin duda la existencia de ese sobre. Probablemente un chantaje contra el marqués de Effiat, el cual acaba de irse furioso contra mí por haber devuelto los *Anales* y su contenido a un policía. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Hizo un gesto de disgusto al acordarse de la penosa situación que acababa de vivir. Las dos primas escuchaban esta avalancha de noticias, a la vez estupefactas e incrédulas.

—¿Qué pasará ahora, madre? —se inquietó Julie d'Angennes.

—¡Os aseguro que no lo sé! Podemos mofarnos gentilmente del cardenal, burlarnos incluso de su política, él lo permite. Sabe que sólo somos el centro del

ingenio y de la elegancia, pero no me extrañaría nada que nos temiese y nos vigilase. Aunque, por otra parte, no ignora que los Rambouillet siempre han sido leales a su rey. Sin embargo, no podemos atraernos su hostilidad o, peor, su inquina.

Su tono cambió.

—El conoce, hija mía, por vuestra deplorable misiva, que ya ha causado la muerte del pobre Collet, el contenido del sobre oculto en ese libro. ¿Qué haremos si nos lo reclama? En cuanto a Cinq-Mars, está dispuesto a todo para recuperarlo. Temo que el señor Fronsac caiga en una trampa de la que no sea capaz de salir. Tendrá contra él al asesino de nuestro criado, al cardenal y al favorito del rey. Es mucho para un pequeño notario.

—No podemos abandonarlo —declaró Julie de Vivonne con voz firme—. Es una cuestión de honor para nosotros.

—¿Y qué sugieres tú? —la interpeló Julie d'Angennes con un tono desagradable y pérfido.

La joven detestaba que se le diesen lecciones, y en su opinión era lo que su prima estaba haciendo.

—Advertirle, al menos, de los peligros que corre. Ayudarlo si es posible. Salvarlo si es necesario —replicó Julie tranquilamente pero con firmeza—. Estoy segura de que él habría hecho otro tanto en nuestro lugar.

La señora de Rambouillet no decía nada. Observaba a las dos jóvenes, que se desafiaban con la mirada. Luego su atención se centró en Julie de Vivonne. La princesa Savelli estaba molesta consigo misma por haber dejado ir a Fronsac sin advertirle. Había cometido una falta imperdonable. No, una indignidad.

Bajó lentamente la cabeza, asintiendo.

—Tenéis razón, Julie, lamento haber actuado así con el señor Fronsac. ¿Qué se os ocurre?

—Puedo ir yo misma a su despacho y contárselo todo. Es inútil que mi prima venga conmigo. Así, vos no estaréis directamente comprometida.

—De acuerdo —aprobó la marquesa—. Tomad nuestra carroza. Los Fronsac tienen su despacho en la calle Quatre-Fils. El cochero conoce el camino. Contadle todo a ese joven y volved enseguida a decirnos lo que haya decidido.

Capítulo 6

Viernes 3 de mayo de 1641, por la tarde

Louis Fronsac ocupaba dos piezas que su padre tenía en la calle de los Blancs-Manteaux. No se trataba en absoluto de una posesión familiar: el apartamento en el que vivía formaba parte de una sucesión judicial aún no vista para sentencia. Habida cuenta del peligro que representaba dejar una residencia vacía —porque los salteadores podían entonces fijar allí su domicilio—, Pierre Fronsac había pedido a su hijo que ocupase la vivienda.

El inmueble estaba constituido por dos pisos y situado en un callejón sin salida a la calle principal. Esos callejones, muy frecuentes en París por entonces, servían de cortafuegos en caso de incendio.

El bajo de la casa estaba ocupado por un zapatero remendón que tenía su tienda al aire libre. Louis habitaba el primero, y un oficial de fielato encargado de visar las entradas de vino vivía en el segundo con su mujer y su hija única. El callejón, por supuesto, no estaba pavimentado, pero sí mucho mejor cuidado por sus ocupantes y desde luego menos sucio que la calle de los Blancs-Manteaux, salvo los días de lluvia, naturalmente, durante los cuales se transformaba en un muladar, como la mayor parte de las calles de la capital.

La casa no disponía de patio ni caballerizas, de modo que Louis tenía que dejar su caballo en el establo de una hostería próxima, cuyo rótulo, colgado encima de la puerta, anunciaba orgullosamente: *La Grande Nonnain qui Ferre l'Oie*. Es en esta hostería donde el joven notario solía comer.

Fronsac accedía a su vivienda por una estrecha escalera que daba directamente al callejón. La primera pieza de su alojamiento, bastante espaciosa, servía a la vez de salón, gabinete de trabajo, cocina y comedor. Estaba amueblada con una mesa, seis sillas y, en una de las paredes, un tapiz flamenco con motivos campestres que trataba de paliar el frío imperante. Una chimenea y una leñera se alzaban en el mismo lado que la puerta de entrada. La ropa blanca de la casa se guardaba en un armario de nogal de dos puertas, provisto de varios cajones, y un baúl contenía algunos legajos de trabajo, así como las armas indispensables para circular de noche por París. Veremos cómo esta distribución del espacio es importante en la sucesión de acontecimientos que seguirán a continuación.

Frente a la entrada se abría una puerta que daba a un exiguo cuarto amueblado con una cama de cortinilla y colchón de pluma, una mesita sobre la que descansan algunas cajas con peines, botones y cintas, un arcón y dos escabeles. Las paredes eran blancas y un único espejito veneciano con dos cornucopias decoraba el conjunto.

En el mismo lado que la chimenea y la puerta de entrada, y opuesta a ésta, se abría una segunda puerta que daba a un cuartucho sin luz, con un jergón donde

dormía Nicolás.

El piso de madera de roble del apartamento estaba muy deteriorado, y la casa, tan vieja que en muchos lugares el suelo se había hundido, aunque, bien encerado, no desentonaba con el techo, asimismo de roble.

Las dos piezas poseían igualmente varias ventanas que permitían a la vez ventilar, iluminar, arrojar las basuras —deyecciones incluidas— y distraer a sus ocupantes con el espectáculo permanente de la calle.

Al entrar en casa, Louis comprobó que Nicolás estaba ausente. En realidad, rara vez necesitaba a su criado y, mientras el piso estuviese perfectamente abastecido de provisiones, agua y madera para calentar la casa, Louis lo autorizaba a trabajar en el mantenimiento de la notaría de los Fronsac o más frecuentemente a no hacer nada.

El joven notario se arrellanó en un sillón frente a la chimenea, apagada aquel día, para concentrarse en el estudio de los *Anales*. Conocía por supuesto el texto de Tácito, que había estudiado en el colegio de Clermont, pero ahora le interesaba, más que el contenido, el libro en sí.

Aquél, sin duda, era extraordinario. La cubierta, de cuero cordobés, estaba guarnecida de incrustaciones de oro, pero sobre todo llamaba la atención el texto, ilustrado con fantásticas miniaturas que representaban las principales escenas de la historia romana descritas por el autor: el asesinato de Postumus Agrippa, el triunfo de Germánico, la muerte de Libo Druso y muchos otros hechos señalados de la vida de los Césares. El espacio y la perspectiva eran tratados sin accidentes ni errores. Colores y matices habían sido elegidos con sorprendente acierto.

Aquellos ingenuos dibujos realizados por los monjes, probablemente trescientos años antes, parecían en perfecto estado. El satinado, el relieve, el brillo y frescura de las pinturas eran asombrosos para un libro tan antiguo. La obra podía ser la joya de una biblioteca real, y el notario entendía por qué Bassompierre —otro enamorado de los libros— lo había pagado tan caro.

Enfrascado en su lectura, Louis no observó la puerta de entrada entreabrirse. De pronto, fue consciente de una presencia a su lado y levantó la mirada del libro.

Un hombre imberbe, vestido con un jubón guateado de búfalo negro —más parecido a una coraza que a otra cosa—, se hallaba ante él. Pero lo que sorprendió inmediatamente a Louis no fue su indumentaria, sino el arma que el individuo tenía en la mano: una especie de pistolón o mosquete corto. El artefacto estaba constituido por una extraña jeringa, rematada en dos cañones amenazadores.

—¡Qué casualidad, señor Fronsac! —susurró dulcemente el visitante—. En vuestras manos está el objeto que vengo a buscar. Tened la amabilidad de dejarlo delicadamente en el suelo y retroceded enseguida hasta esa puerta que tenéis a vuestras espaldas y que podéis abrir. Luego, entráis en el cuarto y me olvidáis. Si todo ocurre según mis instrucciones, seguiréis vivo, cosa que no pueden decir, para su

desgracia, muchos de los que se cruzan en mi camino.

La voz era grave, lenta y persuasiva. El espadachín parecía muy acostumbrado a aquella clase de cosas. Louis sintió un hormigueo en sus brazos. Tragó saliva lentamente y decidió obedecer, sobre todo teniendo en cuenta que ya conocía a aquel individuo y su temible reputación. Dejó, pues, el libro en el suelo y se levantó lentamente.

El hombre de negro avanzó unos pasos para coger la obra. Debido a ese desplazamiento, no oyó la puerta abrirse a su espalda. Decididamente, se dijo Louis, tendré que recompensar a Nicolás por lo bien que engrasa los goznes.

El joven notario reconoció entonces a Julie de Vivonne, que entraba a su vez en el cuarto. Permaneció impasible, aunque interiormente no salía de su asombro. Por la expresión de la joven, Louis comprendió que se había hecho cargo al momento de lo que sucedía. Julie buscó con la mirada cualquier arma u objeto que le permitiese intervenir.

—Os lo repito, abrid esa puerta y entrad en la habitación —ordenó el quídam, ignorante de lo que ocurría a sus espaldas.

Con su arma señalaba el cuarto de Louis, mientras Julie acababa de fijarse en la leñera. Sin hacer el menor ruido, agarró un pesado leño, lo levantó y golpeó violentamente la cabeza que tenía delante. El matón se desplomó sin un suspiro, soltando el arma, que hizo un ruido sordo al caer al suelo.

—Gracias, señora —saludó Louis acabando de levantarse—. ¡Me da la impresión de que acabáis de sacarme de un serio aprieto!

E inmediatamente y sin perder tiempo se acercó al cuerpo tendido en el suelo.

—Yo no quería matarlo —murmuró Julie.

Louis, de rodillas, examinaba al hombre inconsciente: la víctima respiraba. Levantó los ojos hacia la joven.

—No os preocupéis. Está vivito y coleando. Tiene la cabeza muy dura —afirmó.

Desató entonces un cordón de su propia indumentaria y ató a conciencia a su visitante de pies y manos. Luego justificó su premura:

—No tardará en recobrar el conocimiento y prefiero que no se mueva al despertar.

Julie, todavía temblorosa, se sentó mientras Louis actuaba con su proverbial sangre fría.

—Señora, este granuja va a recobrar el sentido; es más prudente que no se entere de vuestra intervención. Voy a interrogarlo. ¿Podéis pasar a ese cuarto y esperarme ahí? —le preguntó, señalando su habitación—. No tardaré mucho... Os lo ruego...

Julie hizo lo que le pedía. De todas formas, estaba demasiado nerviosa para rehusar. Cuando hubo cerrado la puerta de la habitación, Louis fue al baúl de nogal y sacó de allí una pistola de dos cañones fabricada por Marin, armero del rey, que su padre le había regalado hacía unos años. Era un arma de sílex, con un mecanismo de alta calidad. Los hermanos Bouvier —sus profesores de tiro— le habían enseñado a desconfiar de las llaves de una pistola de rueda. Sin duda eran elegantes, pero se

encasquillaban fácilmente. No existía ese problema con los nuevos mecanismos de sílex. Louis comprobó rápidamente que el arma estaba cargada, y a continuación sacudió al individuo, que recobraba poco a poco el sentido, diciéndole:

—El que acaba de atizaros es mi criado, señor esbirro, que se ha ido a buscar al comisario de barrio. Supongo que sabéis lo que os espera.

Louis aguardó un rato, pero, viendo que el hombre no respondía, continuó:

—Os habéis colado en mi casa para matarme y robarme. Matar a un notario es un crimen muy grave. El comisario os llevará al Grand-Châtelet, donde el lugarteniente criminal os administrará la cuestión previa^[21]. Primero os aplicarán la «cura del agua», ya sabéis: después de meteros una toca hasta la garganta, os harán tragar tres o cuatro litros de agua hirviendo. Si ello no bastase, el jefe de tormentos os aplastará las piernas en unos bonitos borceguíes de madera. Al parecer, es muy doloroso y desde luego muy desagradable cuando las cuñas provocan el estallido de los huesos y la salida de la médula por las incisiones.

El hombre gimió ligeramente y Louis se dio cuenta de ello. Continuó, pues, en el mismo tono indolente:

—Después de eso seréis apaleado en la plaza de la Grève. A Isaac de Laffemas no le hacen ninguna gracia los malandrines como vos. En castigo por ladrón, el ejecutor de la alta justicia, Jehan Guillaume, os cortará los pies y las muñecas, y luego, con una pesada barra de hierro, y jaleado por la concurrencia, os partirá en vivo piernas, muslos, brazos y riñones. Vuestros huesos saltarán hechos pedazos. A continuación os colocará en la rueda de Santa Catalina para que expiréis allí hasta que Dios quiera llamaros a su lado. Es lento y desagradable.

Se produjo un silencio. Finalmente, Louis añadió:

—Claro que, antes, yo os habré roto las dos rodillas con esta arma. ¿Os habéis fijado en esta pistola de dos cañones?

El hombre se estremeció. Louis lo miró con desprecio y luego bajó tristemente la cabeza.

—Temo que Su Eminencia no esté muy contento con vos, señor. Vuestro arresto y vuestra ejecución lo pondrán en una situación muy incómoda. Y en estos momentos no es lo mejor para él.

Esta vez el hombre se sobresaltó y se decidió por fin a hablar:

—¿Me conocéis? ¿Cómo sabéis que estoy con el cardenal?

—¡Oh, sí! Tengo un amigo que, un día en que nos cruzamos, me dijo: «Ése es Rochefort, ¡el hombre de los asuntos sucios de Su Eminencia!».

De nuevo se hizo el silencio durante un buen rato. Finalmente, Louis, considerando que Rochefort había tenido tiempo suficiente para pensar, prosiguió:

—Sin embargo, puedo proporcionaros una salida honrosa.

El individuo alzó la cabeza y frunció su negro entrecejo. Ahora parecía interesado y él mismo sugirió:

—El cardenal puede daros dinero, una recompensa...

Louis negó con la cabeza enérgicamente.

—¡No! Me escribiréis una confesión explicando quién os envía y por qué. Luego la firmaréis. Con eso me bastará. Dispondré de protección suficiente.

—Me niego —dijo el esbirro con un rictus—. Luego utilizaréis ese documento contra mi amo.

—Os doy mi palabra de honor de que no lo haré. No olvidéis que soy notario. Me limitaré a conservarlo. Mientras me dejéis en paz, tanto vos como el cardenal, no lo utilizaré.

El hombre reflexionaba sin responder. Louis aprovechó su ventaja y, encogiéndose de hombros, con una expresión de indiferencia que estaba muy lejos de sentir, añadió:

—De todas formas, no tenéis elección. Esa confesión la redactaréis probablemente durante la cuestión previa, no os quedará otro remedio. Y entonces, será pública.

Rochefort suspiró e hizo una mueca de disgusto, pero en realidad ya había tomado una decisión.

—De acuerdo, soltadme.

—¿Me creéis tan ingenuo? Os he atado las manos hacia delante, lo cual no os impide escribir.

Louis alzó la mano sin dejar de apuntarlo con la pistola.

—Esta arma está cargada y tengo buena puntería. Podéis arrastraros hasta la mesa. Hay papel y pluma. Ya sé que tenéis las manos atadas, pero intentad escribir con claridad. Se puede hacer perfectamente. He practicado ese juego muchas veces en el colegio.

El desconocido reptó hasta la mesa y, pese a sus piernas atadas, logró enderezarse y sentarse.

Se puso a escribir con dificultad.

Louis lo vigilaba. Presa de una repentina intuición, añadió indolente:

—Y que no se os olvide lo de la muerte de François Collet. También estoy enterado de ese crimen...

Hablaba al azar, y sin embargo Rochefort le lanzó una mirada indiferente y siguió escribiendo. Se oía el rasgar de la pluma en el silencio del cuarto. La redacción de la confesión duró unos diez minutos.

Finalmente, Rochefort posó la pluma y dijo:

—Ya está. Podéis soltarme.

—Doblad el papel y tirádmelo —replicó Louis.

El esbirro del cardenal cumplió la orden. Louis recogió la hoja y la leyó, sorprendido pese a todo de su contenido.

—Bien. Seguid sentado y no os mováis. No olvidéis lo que tengo en la mano.

Rodeó la silla en la que se sentaba su visitante. Al pasar delante del baúl, cogió con la mano izquierda una larga daga cincelada. Su mano derecha seguía empuñando

la pistola.

Cuando juzgó que estaba bastante cerca del matón a sueldo, se inclinó con prudencia, cortó las ligaduras que retenían los tobillos del prisionero y retrocedió de inmediato.

—Ahora podéis iros. Levantaos, salid por esa puerta y desataos vos mismo las ataduras de las muñecas.

El hombre se irguió y mostró con la cabeza su arma, todavía en el suelo.

—Señor, ese mosquete de aire lo ha inventado el padre Diron, del convento de los mínimos, para Su Eminencia el cardenal Richelieu. Os ruego que me lo devolváis, porque no me pertenece.

—Botín de guerra, señor —repuso Louis—. Las armas se las queda siempre el vencedor. ¿El cardenal no os ha enseñado eso?

Mortalmente pálido y derrotado, Rochefort salió de la casa. Louis fue a la ventana y lo vio alejarse hacia *La Grande Nonnain qui Ferre l'Oie*, donde pediría seguramente ser liberado de sus ataduras. Echó el cerrojo a la puerta y se dirigió hacia la habitación en la que aguardaba Julie.

—Señora, sois libre.

La joven se reunió con él. El nerviosismo había desaparecido de su mirada. No quedaba más que un rostro serio.

—Os debo algunas explicaciones —afirmó.

—Quizá vos sepáis más cosas que yo sobre este curioso asunto —le sugirió Louis prudentemente—. Sentaos y contadme lo que tengáis derecho a revelar.

Julie se acomodó en una de las sillas y dijo:

—No sé por dónde empezar. Veamos... La señora de Rambouillet os ha dicho que el libro se lo había regalado Chapelain, ¿verdad?

—Exactamente.

—Hace ocho días, Corneille vino al palacio a leernos algunos fragmentos de su próxima obra, *Polyeucte*. ¿Os acordáis de la controversia del *Cid*, hace cuatro años? Chapelain se había puesto a la cabeza de los críticos; según él, la obra no era conforme a las reglas ni al decoro. Después Corneille fue mucho más cuidadoso y, con *Cinna*, estrenada el año pasado, evitó cualquier ataque. Pero Chapelain no cejó en sus críticas: durante la lectura protestó sentenciosamente sobre un punto histórico menor. Siguió un vivo debate y Chapelain propuso comprobar el hecho controvertido en los *Anales* de Tácito, obra que casualmente había regalado él a la marquesa. En mi opinión, sólo se trataba de un pretexto para mostrar su regalo y paliar su anterior humillación a raíz de la broma del libro deteriorado que le había devuelto la marquesa.

Louis bajó la cabeza en señal de asentimiento, mostrando con ello que estaba al tanto de la anécdota.

—El libro pasó de mano en mano, y uno de los presentes, no sé quién, descubrió un sobre oculto en la encuadernación. Si me dais la obra, os lo mostraré.

Louis obedeció, recogió el libro del suelo y se lo tendió a la joven. Julie deslizó hábilmente una solapa de la encuadernación y extrajo un sobre con la mano.

—Aquí está. Todo el mundo quería abrirlo para conocer el posible secreto guardado con tanto cuidado, y no faltó quien creyese que se trataba de un juego nuevo. Pero la señora de Rambouillet sabe bien que ciertos documentos pueden ser comprometedores y se negó a abrirlo. Volvió a colocarlo en el libro declarando que miraría el documento más tarde con su esposo.

»Se quedaron todos muy decepcionados, pero el asunto fue olvidado rápidamente, pues Conrart propuso entonces jugar al corazón robado^[22]; creo que había adivinado hasta qué punto la marquesa estaba molesta con el hallazgo de aquel sobre.

»Pero todavía se disgustó mucho más por la noche, cuando leyó el contenido.

—¿Que es...?

—Leedlo vos mismo, señor —invitó Julie—. Con lo que ha pasado, tenéis todo el derecho de hacerlo.

Louis, algo turbado, abrió el sobre que contenía varias cartas y un documento firmado cuyo texto era el siguiente:

El señor Cinq-Mars, sintiendo una estima inimaginable por la señorita de Lorme, desea ardientemente desposarla. Por la presente da su palabra de matrimonio, que ya considera celebrado ante Dios. Cualquier otro proyecto que tuviere quedaría anulado.

En París, a 26 de noviembre de 1640.

Henry de Ruzé d'Effiat.

A continuación, Louis abrió la primera carta:

Marion, vida mía,

Os escribo esta nota por temor a que estéis dolida conmigo por haberos dejado tan temprano esta mañana y por ocultarme para ir a veros. Sabéis que únicamente por vos trabajo al lado del viejo que me da náuseas. No puedo soportarlo, pero estoy obligado a jugar este juego. Seguramente bailaré el día de su muerte.

En Saint-Germain, el 1 de diciembre de 1640.

Vuestro esposo ante Dios,

Henry de Ruzé d'Effiat

Louis iba de la estupefacción a la incredulidad. Hojeó rápidamente las otras cartas. Los textos eran similares: Cinq-Mars se burlaba continuamente del rey, a

veces de Marie Gonzague, o incluso del cardenal, y hablaba de ocupar el lugar de ministro. Semejantes documentos significarían con toda seguridad el fin de Don Mayor si tales papeles cayesen en manos de Richelieu. Podían también ser un instrumento de chantaje implacable.

Lo más sorprendente para Louis era que las misivas databan sólo de unos meses antes; ahora bien, la relación entre Cinq-Mars y Marion de Lorme, que había sido la comidilla de la Corte durante semanas, parecía terminada desde hacía mucho tiempo.

Todo había ocurrido en efecto hacía dos años, poco antes de que el marqués de Effiat fuese nombrado caballero mayor. Fue entonces cuando Cinq-Mars sedujo a Marion. No es que hubiese tenido muchas dificultades, puesto que la dama comerciaba con sus encantos y era la cortesana más famosa de París, pero había logrado arrebatársela al cardenal, que deseaba convertirla en uno de sus agentes secretos.

Durante un año y medio, Cinq-Mars y Marion fueron los amantes más célebres de la Corte. Richelieu, despechado, alimentó su odio. Y luego, durante el otoño del año anterior, Cinq-Mars cayó repentinamente enamorado de la más rica heredera de Francia: Marie de Gonzague, la cual, después de haberlo rechazado, había sucumbido a sus encantos y veía ahora en él a un nuevo Celadón platónico enamorado, del cual ella era su Astrea.

Louis comprendía así que los proyectos de matrimonio de Cinq-Mars con la heredera del ducado de Gonzague no eran sino una engañifa. ¡Como se enterase Marie, ya podían ir despidiéndose de unas cuantas alianzas en la Corte!

—¿Qué ocurrirá ahora? —se preguntó Louis cautivado por la historia.

—La señora de Rambouillet no quiso en modo alguno verse mezclada en este asunto. Escribió esa misma noche a Don Mayor para que fuese a buscar sus papeles.

—¿No escribió al cardenal?

—No, ella nunca haría eso.

Julie esbozó una expresión mezcla de seriedad e impaciencia.

—Dejadme continuar. Mi prima también quería conocer el contenido del sobre. Por la noche se introdujo en la cámara azul, ya sabéis que no es sólo un salón de recepción. La marquesa de Rambouillet dispone de una antecámara anexa, una alcoba y un oratorio. La cámara azul queda vacía de noche y Julie pudo averiguar sin dificultad el contenido de las cartas...

—Adivino lo que sigue. Corregidme si me equivoco —la interrumpió Louis acercándose a la ventana—: Vuestra prima se dio cuenta de que tenía entre sus manos un arma terrible contra Cinq-Mars. Al fin podía impedir ese matrimonio del que tanto abominaba, ese casamiento desigual, que le repugnaba, entre el marqués de Effiat y la princesa de Gonzague... Y escribió al cardenal...

—¿Cómo sabéis que Richelieu estaba al corriente?

—Porque dos y dos son cuatro, y porque acabáis de golpear a uno de sus secuaces: Rochefort.

—¿Ése era Rochefort? ¡Dios mío! ¡He levantado la mano contra un hombre del cardenal!

—¡No temáis! —bromeó Louis—. El pobre sólo dormía el sueño de los justos. Continudad, por favor...

—¿Sabíais que Julie d'Angennes ya había prestado algunos servicios a Su Eminencia?

—Ni la menor idea. Sólo sé que es una gran amiga de la duquesa de Aiguillon, la sobrina de Richelieu.

—Efectivamente. Hace tres años acompañó durante el verano a la señorita de Combalet, duquesa de Aiguillon, al castillo de Blois, a casa del príncipe de Orleans. Algunos decían que el cardenal quería casar a su sobrina con el hermano del rey. Pero luego no hubo matrimonio y ese fracaso afectó mucho a Julie, que pensaba ejercer de intermediaria entre el duque de Orleans y Su Eminencia. Con los documentos de Cinq-Mars esperaba convertirse, ¡al fin!, en un agente secreto del primer ministro...

Julie hizo una pausa para insistir de nuevo, afirmando enérgicamente con la cabeza:

—... Sí, fue Julie d'Angennes quien escribió al Gran Sátrapa.

Sonrió tristemente y luego continuó:

—En su carta informaba a Richelieu de la existencia de papeles comprometedores para el favorito y de que se hallaban en un libro de Tácito, en el palacete de Rambouillet. Le proponía a Richelieu que comprase la obra, pensando en lo bien que le vendría el dinero a su padre, el señor de Rambouillet, que está siempre sin blanca. Le pareció que era todo muy sencillo y que no habría el menor problema. François llevó la carta...

—Y el cardenal lo mandó matar —la interrumpió Louis sacándole las palabras de la boca—. Nadie debería estar al corriente de que la marquesa poseía esos documentos...

Louis hizo una pausa, dándose cuenta del peligro que había corrido la familia Rambouillet. Ahora él acababa de reunir todas las piezas. Siguió hablando, más para sí mismo que para Julie:

—El secreto debía ser absoluto. Y la marquesa de Rambouillet, Julie y vos misma habéis estado durante algún tiempo en una situación muy delicada. Quizá vos misma lo estéis todavía. No sé cómo pensaba recuperar el libro el cardenal, pero no creo que tuviese intención de comprarlo. Os vigilaba, o tiene espías en vuestra casa. Ha debido de hacernos seguir cuando se enteró de que mi amigo Gaston proseguía su investigación. Sus agentes habrán visto que yo partía con el libro y han avisado a Rochefort.

Julie asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Sin duda. Pero eso no es todo. Después de vuestra partida, Cinq-Mars llegó al palacio...

—¡Ah sí, es verdad! Lo había olvidado: nos cruzamos con él. Acababa de recibir

la carta de la marquesa, ¿verdad?

—Exactamente. Y se fue furioso. Ahora seguramente se dirigirá a vos. Y si hay que hacer caso de lo que se dice de él, actuará de modo brutal. Sabe que arriesga su posición y quizá su vida si el rey se entera de su felonía.

Louis hizo una mueca.

—¡Menudo día! ¡Acabo de procurarme como enemigos a dos de los hombres más poderosos de Francia!

Hizo una breve pausa para poner en orden sus ideas.

—Es cierto que si el cardenal obtiene esas cartas, manejará a Cinq-Mars como a un pelele. Al pobre no le quedará otro remedio que obedecer. Es gente dispuesta a todo para hacerse con los documentos.

—Por eso estoy aquí. Cuando Cinq-Mars se fue, la marquesa se vio perdida con este nuevo enemigo. Ya se había dado cuenta del peligro mortal que esas cartas hacían correr a la familia después de que Julie le hubiese confesado que había escrito a Richelieu. Ahora están las dos aterrorizadas. Al cardenal no le hacen ninguna gracia las bromas a su costa de la cámara azul, aunque las tolere. Pero ya mandó a Voiture al exilio una vez, hace ocho años. Si no se le envía el libro, es capaz de todo. En cuanto al marqués, en calidad de miembro del Consejo Real, puede hacer lo que le plazca, incluido ordenar que nos detengan a todos.

Se retorció las manos con nerviosismo.

—La señora de Rambouillet teme que atenten contra vuestra vida, y yo le he propuesto venir para contároslo todo y recuperar las cartas. He ido al despacho de vuestro padre en el carruaje de la marquesa y desde allí me han enviado aquí. Tan pronto como tenga los documentos, la marquesa los remitirá a Richelieu, que es el más peligroso. ¡Que Dios nos proteja!, y os proteja a vos también, de Cinq-Mars. Esperemos que el cardenal pueda dominar al favorito.

Louis sopesó un momento todas esas informaciones y luego sacudió negativamente la cabeza. Julie lo miró con expresión inquieta.

—Richelieu no consentirá que nadie sepa que ejerce chantaje sobre Cinq-Mars. Os hará desaparecer a todos.

La dejó meditar un instante en esta evidencia.

—Hay, sin embargo, otra solución... gracias a esta notita que ha tenido a bien escribirme Rochefort, nada tengo que temer del cardenal.

Le tendió el documento a Julie.

—Y todo lo concerniente a Cinq-Mars es ya asunto mío. Después de todo, soy notario y puedo conservar esos papeles sin riesgo para él, salvo si la señorita de Lorme quiere recuperarlos. Tengo que pensar en esta idea.

Al tiempo que hablaba, y mientras Julie leía la confesión del espadachín, Fronsac se inclinó para coger el curioso arcabuz que aún seguía en el suelo. El cañón era triple: dos cañoncitos superiores coronando uno más grueso, que recordaba una jeringa. Del extremo de esta pieza partían dos largas empuñaduras, una especie de

trinquetes para amartillar el arma, como el cranequín de una ballesta. En el otro extremo había un mango y dos piezas de metal, obviamente necesarias para descargar el tiro.

—Curiosa arma, la probaré en ese leño.

Y, diciendo esto, Louis cogió un grueso leño cerca de la leñera, el mismo que había utilizado Julie contra Rochefort, y lo arrimó a la pared. Luego se colocó en el otro extremo del cuarto, apuntó y presionó las dos piecitas de metal. No se produjo ningún ruido, pero el leño se estremeció dos veces. Julie y Louis se acercaron: dos balas habían penetrado hasta el fondo en la madera. Con la daga que había utilizado para soltar a Rochefort, extrajo uno de los proyectiles y lo examinó.

—Ahora sé cómo murió François Collet —le dijo a la joven—. Mirad: la bala que lo mató era idéntica a ésta. Y el arma que ahora tengo en mi poder pertenece al cardenal. Esto, junto con la confesión de Rochefort, confirma lo que yo pensaba.

La jeringa se había alargado sensiblemente; le pareció que algún tipo de resorte permitía comprimirla. Tras un par de tentativas infructuosas, y apoyando firmemente en los dos largos tiradores del arma como lo haría en una ballesta, Louis logró recargarla.

—Es un arma de aire —afirmó—. Pero ¿dónde hallar las balas correspondientes?

Estudiando detenidamente el mosquete, descubrió enseguida que la empuñadura estaba hueca y podía abrirse como una caja de píldoras: un centenar de balas de plomo se alojaba en su interior. Se deslizaban éstas por un ingenioso orificio situado encima de los cañones.

Volvió a amartillar el arma y la deslizó en una bolsa de cuero, que mostró a Julie, y, oprimiéndole la mano, sin que ella se opusiese, le dijo:

—Os acompañaré al palacio de Rambouillet. Con esto no corremos ningún riesgo.

Capítulo 7

Viernes 3 de mayo de 1641, al anochecer

Louis acompañó a Julie hasta el palacio de Rambouillet. Las calles de París no eran seguras, ni siquiera por la mañana, y al anochecer, y con dos enemigos como Richelieu y Cinq-Mars, de ningún modo podía dejarla ir sola.

Sin embargo, la verdadera razón para escoltarla era simplemente permanecer el mayor tiempo posible en su compañía.

Hicieron el trayecto en el carruaje de los Rambouillet, que esperaba en el patio de *La Grande Nonnain*. Sentados uno frente al otro, Louis fue hablando de su familia y de su trabajo de investigador en la notaría de su padre. Julie, a su vez, del fallecimiento de su padre, Henry de Vivonne, muerto de un arcabuzazo en el sitio de Arrás en julio del año pasado. Su padre era teniente de una compañía de la caballería ligera y ese aciago día llevaba asistencia al grupo de gentileshombres voluntarios que se habían batido al lado del duque de Enghien contra los españoles. Los llamados «Corneta Blanca»^[23].

Había entregado su vida para salvarlos.

Su padre, Henry, le explicó Julie, era un simple caballero, e hijo único de Robert de Vivonne, el hermano pequeño de Jean, marqués de Pisany y padre de la marquesa de Rambouillet. Mientras Jean de Vivonne llevaba una vida de aventuras en Italia con el duque de Guisa, y luego en Francia junto a Carlos IX, Robert, su hermano menor, se quedaba en oscuro oficial. Los hermanos se querían poco y se veían menos. Jean, convertido en caballero del Saint-Esprit, volvió enseguida a Roma como embajador; allí debía casarse con la princesa Giullia Savelli, cuyos orígenes se remontaban a Alba, la mítica rival de Roma.

A su muerte, Robert no dejó a su hijo Henry más que una pequeña casita en la tierra de Vivonne, cerca de Poitiers, y muchas deudas.

Henry no buscó ninguna relación con su tío Jean y prosiguió la oscura carrera de su padre. Se murió dejando a su hija Julie sola con su madre en condiciones difíciles, cercanas a la pobreza.

La señora de Vivonne decidió entonces, por el bien de su hija, que era hora de pedir ayuda a la familia de su marido.

—Y ésa es la razón —concluyó Julie— de que la marquesa me haya acogido en su casa.

En Poitiers no tenía ninguna posibilidad de encontrar marido, si es que no era ya demasiado tarde para eso, sobre todo si tenemos en cuenta que la joven no iba a aportar al matrimonio ninguna dote. Pero añadió bromeando:

—De todas formas, no pienso casarme.

Louis descubrió, maravillado, que Julie aceptaba esa condición sin amargura, sin

resentimiento y sin pena. La observaba a hurtadillas: no era tan bella como Julie d'Angennes, pero era mucho más sensata y voluntariosa, más dulce y agradable, sin por ello carecer de orgullo.

El camino se les hizo muy corto, y casi sin darse cuenta se hallaban en el palacio de Rambouillet donde Louis debía dejarla.

—¿Qué vais a hacer ahora? —le preguntó Julie bajando a su vez del coche—. ¿Estáis seguro de que no queréis devolverle esos documentos a la marquesa?

—Sí, totalmente seguro. Y deseo que vos le expliquéis mis razones. Temería demasiado por vos y por ella si los conservaseis. Mientras yo los tenga, soy vuestro escudo, pues Richelieu no puede nada contra mí. No olvidéis que soy notario; legalmente, estos documentos pertenecen a la señorita de Lorme, yo sólo los tengo en depósito. En guardia y custodia. Tan pronto como me sea posible, se los haré llegar a ella, y estaré a mi vez fuera de peligro, pues ¿qué podrían reprocharme?

Julie esbozó una mueca de escepticismo y replicó:

—Entonces adiós, caballero.

Louis no percibió ni emoción ni pena en su voz. La siguió con la mirada mientras se dirigía hacia la escalinata del palacio.

—¿Volveré a veros? —logró preguntar, muy nervioso por su atrevimiento.

Julie no respondió de inmediato. ¿Sorpresa? ¿Duda? Hasta que por fin se volvió y le dijo abruptamente:

—Os escribiré... y mi tía estará encantada de volver a veros. Hasta pronto, caballero.

Lo miró largamente y se fue. Desde lo alto de la escalera se giró de nuevo y le hizo una última seña, amistosa esta vez. Luego desapareció en el interior del palacio.

Louis volvió pensativo al despacho de los Fronsac, adonde llegó una hora más tarde muy sucio y con los pies doloridos por los adoquines irregulares de las calles. Por supuesto llevaba con él el arma misteriosa, guardada en la amplia bolsa donde se encontraban también los *Anales* de Tácito. Y en una carterita disimulada entre sus ropas estaban apretujados los documentos de Cinq-Mars, así como la asombrosa confesión escrita por Rochefort.

La cena no se servía hasta un poco más tarde y Louis tuvo tiempo de contar a su padre los extraordinarios acontecimientos surgidos sucedidos durante los dos últimos días. El hecho de que su colega *micér* de Mas, con quien firmaba la mayor parte de sus actas notariales, estuviese mezclado en esta asombrosa historia había desconcertado extraordinariamente al notario. El papel de la señora de Rambouillet y de su hija lo había dejado perplejo a continuación, pero la aparición de Su Eminencia en el drama lo había angustiado definitivamente.

—Creo que debemos ser muy prudentes —susurró de forma casi inaudible a su hijo, como si varios agentes del cardenal se encontrasen ya en su despacho, ocultos detrás de los tapices de Flandes.

Louis asintió con la cabeza.

—Tenemos que hacer dos cosas sin pérdida de tiempo, padre. Guardar en un armario, junto con los otros, este libro tan valioso. Así, todos los bienes de Vendôme estarán inventariados al completo y podremos esperar a la sesión del 17 con tranquilidad.

»Dejaréis también a buen recaudo en vuestro cofre el epistolario del señor Cinq-Mars. Me encargaré de devolvérselo mañana a la señorita de Lorme. En cuanto a la confesión del señor de Rochefort, la guardaré conmigo. Es mi salvoconducto.

Louis cenó con sus padres, no en el gran comedor sino en su apartamento del segundo piso. La señora Mallet llevó las bandejas, que tuvieron tiempo de enfriarse durante el traslado desde la cocina. En particular la guarnición y la salsa que acompañaba el capón asado, que estaban tibias, pero Louis no les prestó ninguna atención, por hallarse demasiado ocupado hablándole de Julie a su madre.

Hacia las ocho, dejó el despacho para volver a su casa. Sus padres querían que los hermanos Bouvier lo escoltasen, pues la ciudad era mucho más peligrosa de noche, pero Louis les explicó que todavía había luz y que tampoco iba tan lejos, sólo tenía que atravesar dos calles. Lo acompañaría Nicolás, que había comido en la cocina con el resto de los criados. En su opinión, era más que suficiente.

Se abrigó con una amplia capa española, un vestimenta sin mangas con pasamanería de seda que su madre le había hecho, y conservó por prudencia su mosquete en la mano. Nicolás iba armado con una simple daga. Le parecían algo exageradas tantas precauciones, pero en París de un tiempo a esta parte se cometían unos crímenes tan extraños que prefería ser prudente.

Tan pronto como llegaron a la calle, el tío de Nicolás cerró la gran puerta tras ellos y colocó un sólido travesaño de roble en los batientes.

Torcieron a la derecha, hacia la calle Chaume, y pasaron ante las dos torres góticas del palacete de los Guisa, entonces en obras de ampliación. El palacio no estaba habitado por el duque, que se encontraba Dios sabe dónde, en todo caso fuera del alcance de un Richelieu hostil. La calle estaba aún muy animada y en parte iluminada por los escasos faroles que no habían tapado los andamiajes de los albañiles.

Tras caminar unas cien toesas, llegaron a la calle de los Blancs-Manteaux, que aparecía en cambio tenebrosa y desierta. La cadena que impedía a los carruajes circular por la noche ya estaba tendida a través de la vía. Caminaban en silencio por la escarpa, es decir, la pequeña banda de calzada situada al pie de los inmuebles. La parte central estaba ocupada por un arroyo que a aquella hora transportaba un caudal viscoso y fétido.

Por aquel entonces las calles no se formaban por alineamiento de casas, como ocurre hoy; bien al contrario, cada construcción se había levantado según las conveniencias y caprichos de sus propietarios. Un batiburrillo de viejos edificios rodeados de vigas pintadas se aplastaba, se empujaba, se deslizaba entre los palacetes más recientes. Torretas, retranqueos, ángulos, esquinas, vuelos, recovecos y aguilonos

inverosímiles podían esconder sabe Dios qué y a quién e impedían divisar nada a lo lejos. A menudo, incluso, gruesos pilares sostenían las fachadas y formaban oscuras galerías que albergaban profundos pasadizos.

Ello explica que, sin que se diesen cuenta, pues no podían verlos, Louis y Nicolás fuesen bruscamente detenidos por dos desconocidos armados, camuflados en un recoveco oculto por un pilar de ladrillo.

—Señores, no tengo dinero —afirmó Louis reculando un poco—, sólo seis escudos que con mucho gusto os entregaré.

Empezaba a oscurecer, pero, al hablar, todavía podía distinguir a los salteadores. Las ropas bordadas que lucían no casaban con su profesión. ¿Eran auténticos rateros? El primero tenía en su mano una larga y amenazadora daga. Su rostro no le decía nada a Louis. El segundo era muy bajo, grueso y deforme y empuñaba una espada. Un amplio sombrero negro cubría su cabeza e impedía distinguir su rostro. Fue el que habló con una voz chillona:

—Caballero, queremos ciertos papeles que obran en vuestro poder. Entregádnoslos inmediatamente.

—¿Y si lo hago...? —preguntó Louis con fingida inocencia.

—Me temo que de todas formas sabéis demasiado —susurró el hombre, con una voz algo más ronca y haciendo gala de una ironía que Louis consideró fuera de lugar.

Nicolás no se movía, aterrorizado con la idea de su muerte próxima. Louis apretó en la mano el mosquete de aire disimulado bajo su capa. De repente, levantó una punta del arma y disparó a bulto hacia la cabeza del hombre de la daga, el más cercano a él.

No se oyó ruido alguno y sin embargo el desconocido se desplomó. La daga que había caído de su mano resonó en el pavimento con un tintineo claro. El embozado se quedó mudo por el incomprensible incidente. Bajó los ojos hacia su compañero y vio la sangre y los sesos deslizándose lentamente hacia el arroyo hasta mezclarse con los excrementos.

—¿Qué ha sido eso? —chilló al fin la voz quebrada por el nerviosismo.

—Soy yo el que hace las preguntas —respondió Louis fríamente—. Me queda todavía una bala —añadió acercando el mosquete a la cabeza del desconocido—. Dejad vuestra espada y destocaos si no queréis acabar como vuestro compañero.

El sujeto obedeció. La espada cayó con un ruido metálico y se hundió en el fango. El hombre se sacó el sombrero, que ocultaba un rostro repelente de nariz aplastada, brillantes ojillos hundidos en las órbitas y boca deforme llena de dientes cariados, en una piel blancuzca picada de viruelas.

Louis retrocedió ante el horror que tenía ante sus ojos.

—¿Quién sois? —preguntó.

El desconocido no respondió. Sus ojos malévolos, inyectados en sangre, miraban fijamente el arma de Louis, inmóviles en un semblante impasible.

Louis, aunque armado, fue presa de un repentino temor. Solo quería una cosa: que

aquel monstruo desapareciese de su vista.

—¿No queréis responder? Pues allá vos. Después de todo, me trae sin cuidado. ¡Largo de aquí! —añadió.

El abominable ser retrocedió lentamente, y luego huyó dando grotescos saltitos hacia la calle Chaume. Llegado allí, se volvió y gritó levantando el puño izquierdo:

—¡No hemos acabado todavía, señor Fronsac! Y...

Louis hizo amago de apuntarle. El otro, prudente, olvidó sus amenazas y dobló precipitadamente la esquina de la calle. Nicolás estaba petrificado.

—¡Ánimo, Nicolás, que ya se acabó todo! —declaró Louis tocándole el hombro. Podemos volver. Recoge esa espada, que tiene pinta de ser muy cara, y procura no mancharte mucho.

Nicolás obedeció, cogió el arma por la guarda y, arrodillado junto al cadáver, la limpió en la capa del muerto. Tenía una lámina ancha y cincelada. Al lado se hallaba la daga del compinche, una simple pieza de acero sin valor alguno que el criado despreció.

—¿Y ése? —preguntó luego levantándose y señalando el cuerpo tumbado en el suelo.

—Por mí, podemos dejarlo aquí. No creo que vaya a ir muy lejos.

Fue su única oración fúnebre.

Al día siguiente, Louis se dirigió al Grand-Châtelet, a caballo en esta ocasión, pues no quería volver a pasar por la humillante experiencia de la víspera. Fue recibido al momento por Gaston de Tilly, a quien relató los acontecimientos de la noche, describiéndole pormenorizadamente a los personajes que habían intervenido: Julie, Rochefort y el extraño enano chepudo.

—Tu última historia es asombrosa —dijo Gaston frotándose la nariz maquinalmente—. Si no te conociese, pensaría que mientes. Sabes que por la mañana temprano los barrenderos de los servicios municipales de limpieza pasan por las calles con sus carretillas y recogen a espuestas el limo y las inmundicias de la víspera. Y, si se da el caso, se llevan también los cadáveres de cuantos han sido atacados y nos los traen. Mira, consta todo en este cuaderno. Pues esta noche no trajeron a nadie; nadie fue encontrado en la calle de los Blancs-Manteaux. Me habría fijado, desde luego, sabiendo que vives allí.

Meditó durante unos segundos.

—Eso significa que tu amigo el enano, con la ayuda de algunos cómplices, volvió a buscar el cuerpo de su compinche, probablemente para que no pudiéramos identificarlo. Descríbeme un poco mejor a tu amigo el embozado.

Louis lo hizo con detalle, pero cuando hubo acabado el rostro del policía sólo reflejaba insatisfacción.

—¡Humm! No es suficiente. ¿No recuerdas otros detalles que puedas

proporcionarme?

Louis le tendió entonces la espada que había llevado consigo. Era una espada de las que se llevaban al costado, de acero esculpido y parcialmente damasquinado en oro. Una espada española. Su amigo la examinó con atención y dijo finalmente frunciendo el ceño:

—¡Pues sí que...! Desde luego, no paras de hacer amigos.

—¿Conoces a ese hombre? —preguntó Louis inquieto.

—Mira, fíjate en los escudos de armas grabados aquí —contestó Gaston, señalando la parte superior del arma—. Con eso y tu descripción, no hay error posible: te has enfrentado a Louis d'Astarac, marqués de Fontrailles, corcovado delante y detrás y particularmente feo de rostro —afirmó Gaston.

»Aunque pertenece a la más rancia nobleza del Languedoc, es un demonio tanto física como moralmente. Y además odia al cardenal. A propósito, te contaré una anécdota que le ocurrió con Su Eminencia: un día en que Richelieu visitaba a un embajador, se encontró en la antecámara a Louis d'Astarac. El cardenal se dirigió entonces a él en estos términos: «¡Largaos, al embajador no le gustan los monstruos!».

—¡Qué bajeza!

—¡Desde luego! Por supuesto, el marqués de Fontrailles está decidido a vengarse. Y si hay un hombre capaz de asesinar al cardenal, es él, cosa que, por otra parte, ya ha intentado —añadió Gaston en voz baja.

—¿Qué?

—Chist... Las paredes oyen... Sé de muy buena tinta una cosa que muchos ignoran —prosiguió Gaston en voz más baja si cabe—: Hace cinco años, Soissons, Gaston de Orleans, Fontrailles y el conde de Montrésor habían decidido matar al ministro. El asesinato debía tener lugar cerca de Amiens, pero en el último momento ninguno de los conjurados se atrevió a empuñar la daga.

»El cardenal se enteró y, desde entonces, los vigila. Si te cuento esto es para decirte que Fontrailles es un temible adversario. Para Richelieu, por supuesto, pero sobre todo para ti.

—Pero ¿por qué atacarme a mí? ¡Al fin y al cabo yo soy también un enemigo del cardenal! —se defendió Louis.

Gaston adoptó un tono profesoral.

—D'Astarac formó parte hace mucho de la camarilla de Gaston de Orleans, y después perteneció a la del conde de Soissons, pero luego, pasado un tiempo, se acercó al que estaba en ascenso: Cinq-Mars.

»Junto con François de Thou, se convirtió en confidente y consejero del marqués de Effiat. No me sorprendería que fuese él quien inculcó la idea en el caballero mayor de ocupar el puesto del cardenal. Fontrailles es hombre de intrigas diabólicas y en ellas se mueve como pez en el agua. Es él el que está detrás de la mayor parte de las conspiraciones de Gaston d'Orleans y el conde de Soissons. Pero no hay que

tomarlo por un vulgar conspirador; es un hombre de una inteligencia extraordinaria y me pregunto si en realidad no trabajará para sí mismo...

Gaston se interrumpió un momento y añadió en tono confidencial:

—Dicen que es *republicano* y, más allá de las intrigas de la Corte, lo que desea es simple y llanamente abatir a la realeza para instaurar una república. Pese a tales pretensiones, sigue siendo intocable, pues conoce bien a los pares del reino y, sobre todo, sus secretos más inconfesables. Es amigo íntimo del príncipe de Marcillac, que, dicho sea de paso, es pariente de tu Julie de Vivonne.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué atacarme? —repitió Louis.

—Cinq-Mars, que no le oculta nada, le habrá hablado de los dichosos papeles. Es consciente de que puedes perderlos y Fontrailles se habrá ofrecido a recuperar las cartas, después de matarte, ¡o a la inversa, como prefieras! Aunque conociendo a Astarac, me inclino a pensar que se guardaría los documentos para chantajear él mismo al favorito.

Louis no respondió. Pensar en la torva mirada del jorobado todavía le producía escalofríos. Ya iba siendo hora de desembarazarse de los comprometedores papeles. Rompió el silencio que se había establecido para declarar a Gaston:

—Tengo algo más para ti. Ésta es el arma de la que me he servido. Se la quité a Rochefort.

Sacó el mosquete de aire de la bolsa de cuero que había llevado consigo.

Gaston lo cogió intrigado y lo examinó detenidamente.

—¡Pero si es el famoso mosquete del padre Diron! —exclamó emocionado.

—¿Conocías este artilugio?

—Jamás lo había visto, pero he oído hablar mucho de él. Se trata de un objeto fabricado en el convento de los mínimos por un fraile matemático. Un día, Laffemas me habló de él, pero no pensé que se tratase de un arma de verdad.

Estudió de nuevo el mosquete. Cuando hubo terminado, Louis lo recuperó y le dijo:

—Te enseñaré cómo funciona.

Y, acto seguido, hizo una demostración disparando sobre un viejo baúl de madera, situado en un rincón del despacho, donde Gaston guardaba sus expedientes.

—Es el arma con la que mataron a François Collet —añadió orgullosamente Fronsac.

Gaston, preocupado, se acercó al baúl que la bala había atravesado. Levantó la tapa del arca y echó mano del primer expediente que halló en su interior: había sido perforado de parte a parte. Detrás, incrustado en la madera, estaba el proyectil, que extrajo de allí. Volviendo a su escritorio, abrió una cajita de la que cogió el que había matado a François Collet. Comparó durante un rato las dos balas, pero era evidente que eran idénticas. Entonces murmuró entre dientes:

—¡Conque era el cardenal!

Louis se alzó de hombros. Él lo había sabido siempre.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Primero mandar que copien de nuevo este expediente —replicó secamente Gaston mostrándole el legajo perforado de parte a parte—. ¡Como vuelvas a destruir mi material...! Y luego no sé... Conocemos la solución, pero creo que el asunto se acaba aquí. ¿O crees que puedo ir a ver a Laffemas, al piso de arriba, y pedirle que arreste a Su Eminencia por asesinato?

—¡No, claro! Pero puesto que debes informar de los pasos que has seguido y los progresos en este crimen, quizá podrías redactar un informe completo. El cardenal comprenderá que lo sabes todo y de esa forma lo inmovilizaremos.

Gaston reflexionaba en la propuesta de Louis paseando desde la mesa hasta la ventana de su despacho. Finalmente, manifestó su conformidad:

—Puede ser una solución. Aunque tengo mis dudas. Tarde o temprano, Laffemas adivinará lo mismo que yo he deducido.

Se volvió hacia Louis:

—Hasta ahí muy bien, pero ¿y tú? ¿Qué ocurrirá contigo? Cinq-Mars seguirá persiguiéndote.

Louis negó con la cabeza enérgicamente.

—Las cartas pertenecen a Marion de Lorme. Iré a verla para devolvérselas. Acto seguido, haré saber a Richelieu y a Cinq-Mars que es ella quien las tiene. Luego es cosa de esa dama hacer lo que le plazca; ése no es asunto mío, ni de los Rambouillet.

—Bueno, pues tenme al corriente —concluyó Gaston acompañando a Louis hasta la puerta—. Y, sobre todo, ¡sé prudente!

Cuando su amigo hubo dejado el despacho, añadió en voz baja:

—¡Buena suerte!

Louis iba a necesitarla. Se había olvidado de que otros, además del favorito y el ministro, deseaban encontrar las cartas.

Capítulo 8

Sábado 4 de mayo de 1641, al comienzo de la tarde

Marion de Lorme vivía detrás del Palacio del Cardenal, en un vasto y lujoso apartamento de seis piezas que dejaría unos meses más tarde por la Plaza Real. Para ir a su casa, Louis debía costear el palacio que había hecho construir Richelieu en el lugar del antiguo palacete de Rambouillet —el palacio de Angennes—, que había comprado en 1624.

Armand du Plessis no sólo había destruido la mayor parte del palacete existente, sino que había obligado a los vecinos más próximos a que le cediesen sus casas para disponer de un vasto jardín. En 1641, los trabajos de embellecimiento del palacio no estaban totalmente terminados y todavía quedaban muchos andamiajes. Para evitarlos, Louis se vio obligado a pasar ante la sala de teatro que hacía construir el ministro.

Fue allí, en enero último, donde Richelieu había hecho representar *Mirame*, una tragedia de la cual afirmaba ser el autor, aunque nadie ignorase que sólo había propuesto la trama —los amores de Buckingham con Ana de Austria— y que luego fue escrita por sus plumíferos.

Y es que el Gran Sátrapa tenía veleidades de escritor. Por lo visto, en cierta ocasión había preguntado a uno de sus amigos:

—¿Cuál creéis que es mi mayor placer?

—¿Hacer la felicidad de Francia? —le respondió prudentemente el interpelado.

—¡En absoluto! ¡Hacer versos!

Mirame había sido representada durante los festejos organizados con ocasión del matrimonio del duque de Enghien con Claire-Clémence, la sobrina del cardenal. Todos le regalaron los oídos: Era la obra de un genio, la pieza superaba, ¡y con creces!, *El Cid* de Corneille.

Louis no podía dejar de sonreír pensando en ello. La «Corte de la Corte» había sido invitada a la representación y obligada a aplaudir. Pero el joven recordaba muy bien lo que se había dicho en el palacio de Rambouillet al día siguiente del aburrido espectáculo. Ni uno de los habituales de la casa había defendido la obra. Al contrario, todos se habían mofado del Gran Sátrapa, y únicamente sus extraordinarios decorados, traídos de Italia por ese Julio Mazarino, que ahora se hacía llamar Mazarin, habían sido calificados de admirables y deslumbrantes.

Con aquellos aplausos de complacencia, Richelieu se había convencido de que su gloria de dramaturgo haría palidecer la de Corneille. Sólo una sombra empañaba aquel cuadro idílico: durante el espectáculo, Armand du Plessis, que había vigilado la sala, había observado entre los espectadores a uno que no paraba de burlarse y carcajearse ruidosamente.

El caballero burlón era Louis d'Astarac, marqués de Fontrailles.

Louis no podía saberlo entonces, pero la sala en la que se estrenó *Mirame* no vería jamás otra representación bajo este reinado. Después de la muerte del ministro sería abandonada durante veinte años para ser finalmente reconstruida y entregada a Molière^[24].

En las inmediaciones del palacio, Louis avanzaba cada vez más lentamente, pues debía colarse entre un ejército de mulas que llevaban a los magistrados al Palacio de Justicia, situado en la isla de la Ciudad. Debía evitar también las carrozas que, a duras penas, se dirigían hacia el Palacio del Cardenal, tratando de no volcar los puestos de los comerciantes, que invadían la calzada mucho más de lo que se les autorizaba.

A veces, el joven notario reconocía a algún personaje principal, que caminaba acompañado de un ruidoso séquito de gentileshombres, de pajes y de criados insolentes. Entonces la circulación se detenía, pues los curiosos y los mirones se quedaban inmóviles para aprovechar el espectáculo. Tanto es así, que un italiano de visita en París en aquella época llegó a afirmar: «La distracción favorita de los parisinos ha sido siempre mirar pasar a la gente».

El ajetreo comercial era agobiante: sombrereros, estañeros, guanteros, zapateros y otros comerciantes abrían los tejadillos de sus tiendas sobre la calle, sin contar a vendedores ambulantes y buhoneros, que ocupaban la mayor parte de la calzada levantando en ella caballetes, toldos e incluso tenderetes.

Había también toda clase de feriantes ofreciendo a los mirones loterías, rifas, baratijas, quincallería, juguetes o perendengues. En fin, que por todas partes se tropezaba con cómicos de la legua, titiriteros y comediantes que se instalaban en la primera plazoleta vacía que encontraban tocando el tambor de forma ensordecedora para anunciar su espectáculo de cuatro cuartos.

Y por todas partes bullía un hervidero de gente formado por la multitud del pueblo llano, andrajoso y miserable. El notario se cruzó con lisiados de guerra, descargadores y ganapanes que alquilaban su fuerza bruta, mendigos y ladrones, prostitutas y cantoneras en busca de clientes y, sobre todo, criados desocupados que en cualquier momento podían jugarte una mala pasada.

Louis pensó en François Collet, caminando entre aquella multitud: en medio de aquel barullo, y con la misteriosa arma de aire, había debido de ser muy fácil matarlo. Rochefort se habría acercado a él por la espalda para dispararle derecho al corazón, a bocajarro. Y nadie había visto u oído nada.

¿Cuántas muertes como ésa tenía en su haber el espadachín? Aquel crimen le trajo a la memoria el poema de Guérart:

*Si camináis por París, llevad los ojos alerta,
mirad aquí y allí, y abrid muy bien las orejas,
si no lo hicieréis así, os van a empujar o a herir.*

¡Pobre Collet, qué poco alerta estuvo!

Finalmente, y no sin dificultad, el joven notario llegó ante el inmueble donde vivía Marion. Un amplio patio delantero permitía a los visitantes dejar sus caballos y carrozas. Louis le dio una moneda de veinticinco céntimos al pilluelo andrajoso encargado de vigilarlos.

Una escalinata de varios peldaños daba acceso al vestíbulo, donde un altivo lacayo, ricamente ataviado, lo recibió con altanería. Louis le pidió cortésmente que anunciase su visita a la dueña de la casa.

Marion de Lon, o de L'Orme, como se hacía llamar, aunque todo el mundo la llamaba de Lorme, había nacido en 1613 de un padre barón, tesorero general de Hacienda, que tenía otros doce hijos. Contaba, pues, veintiocho años de edad y había elegido libremente vivir como cortesana.

Sin embargo, no era una prostituta corriente: sus amantes eran todos famosos. El más conocido, sin duda, Richelieu. O el propio Cinq-Mars, como hemos dicho. Pero la ruptura con el caballero mayor parecía definitiva desde hacía unos meses.

Y aunque a los notarios no se les solía hacer esperar, sin embargo Louis tuvo que aguardar pacientemente unos minutos en un admirable recibidor. Espejos y cuadros italianos cubrían las paredes, proclamando la riqueza de la señorita de Lorme.

Una monumental escalera con pasamanos de hierro forjado subía hacia los pisos y, probablemente, hacia los lugares de trabajo de la joven, de donde llegó para reunirse con Louis.

Era muy bella, de rostro afable y dulce. Vestía con elegancia, pero también con modestia y sencillez. Un gran cuello de encaje ocultaba su opulento pecho. Sus cabellos, finamente rizados, dibujaban un óvalo perfecto en torno a su cabeza. En fin, que nada en ella revelaba el oficio que ejercía.

Marion lo hizo pasar, con un gesto, a un saloncito donde ambos permanecieron de pie.

Louis expuso entonces los hechos que lo habían llevado allí, sin ser interrumpido, aunque en varias ocasiones la expresión del rostro de la joven reveló su sorpresa, su temor o más raramente su satisfacción. Luego se hizo un silencio. Marion se quedó pensativa y Louis notó que parecía tener escrúpulos para hablar.

—Señor —preguntó finalmente retorciéndose las manos—, ¿habéis traído los documentos de los que acabáis de hablarme?

—No, señora. Se hallan en nuestro despacho, adonde podéis venir a buscarlos,

tras firmar un comprobante, el día y hora que os convengan.

Louis observó cómo la cortesana se mordía ahora el labio inferior, dividida entre el deseo de recuperar rápidamente sus cartas y el de recibir un consejo. Y la presencia de un notario era realmente tentadora. Finalmente, se decidió.

—Señor Fronsac, creo que si habéis venido a verme para contarme todo esto, y si estáis dispuesto a devolverme los documentos, es porque sois un hombre honrado. Estoy segura de que puedo confiar en vos, y, en ese caso, os debo algunas explicaciones. Sentaos, os lo ruego.

Ella misma se acomodó en una confortable banqueta tapizada e hizo una señal a Louis para que se sentase a su lado, cosa que el joven notario hizo.

—Vos no me debéis nada, señora —precisó Fronsac.

—Ojalá fuese así, pero..., el caso es que esta historia tal vez no se ha acabado todavía, y creo que voy a necesitar un hombre de leyes para registrar ciertos hechos. Las explicaciones que voy a daros me gustaría que las recogieseis en un acta notarial que me remitiréis con los documentos. Os pagaré, por supuesto, vuestros honorarios por este trabajo de hombre de ley que sois.

—Como gustéis, señora. Estoy a vuestra disposición.

Louis sacó una pluma de la bolsita que llevaba consigo a todas partes junto con una pequeña escribanía plegable. Marion lo observó un instante y tomó la palabra de nuevo:

—Veréis, señor —empezó—, yo no tengo protector... pero tengo una protectora.

Señaló con una sonrisa la pluma que había en un pequeño escritorio situado ante ellos, en un ángulo de la pieza.

—Los que desean mis favores me olvidan tan pronto los han obtenido, así que yo no dudo jamás en pedirles que declaren su ardor por escrito. Si quieren mi cuerpo, deben expresar su amor por mi corazón. Incluso el cardenal tuvo que pasar por eso.

Sonreía pensando en la grotesca carta que Richelieu le había hecho llegar.

—Esas cartas —prosiguió— las guardo en un cofre secreto. Sé que un día pueden serme útiles. Pero jamás las utilizaré por iniciativa propia, y mucho menos en mi propio beneficio. Digamos que son un arma defensiva. Por lo que respecta al señor de Cinq-Mars, sabéis que era mi amante desde hace un año y que me había hablado de matrimonio. Me sentí traicionada cuando me enteré de que proyectaba sus esponsales con Marie de Gonzague —dijo entre dientes estas últimas palabras.

»Rompí inmediatamente toda relación con él. No pudo soportarlo y volvió a mí contrito y arrepentido, asegurándome que jamás había contemplado la posibilidad de semejante alianza y que Marie Gonzague le horrorizaba. Que, en realidad, todo aquello formaba parte de un plan para engañar al rey, según me explicó. Quien desposase a Marie de Gonzague tenía que ser duque y par. Luego Su Majestad no tendría nada que reprocharle, puesto que acababa de obtener el cargo de caballero mayor, en perjuicio del duque de Bellegarde. Presionando al rey, estaba seguro de lograr su objetivo, ser nombrado par de Francia. Cuando eso ocurriese, actuaría como

Gaston d'Orleans: se haría el remilgado y, en el último momento, rechazaría el matrimonio con la Gonzague.

Al llegar a este punto del relato, la cortesana exclamó:

—¡Y entonces se casaría conmigo! ¡Y yo, Marion de Lorme, me convertiría en duquesa de Cinq-Mars! A fin de cuentas, no haría ningún casamiento desigual, puesto que yo ¡soy hija de un barón!

Louis casi no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. A nadie en su sano juicio se le habría ocurrido semejante maquinación. Había posado su escribanía y miraba a Marion con la boca y los ojos abiertos como platos. El artificio le parecía absolutamente inverosímil.

La cortesana prosiguió imperturbable, sin darse cuenta siquiera de la actitud de Louis. Su rostro se había transformado. Toda dulzura y modestia habían desaparecido para dar paso a una dureza y vanidad increíbles. Estaba verdaderamente exaltada, y más que con Louis, parecía hablar consigo misma, como si intentase convencerse de lo que decía.

—Os lo concedo, era un plan audaz. ¡Pero qué revancha! Todos los que se burlaban de mí, los que me despreciaban y estaban deseando acostarse conmigo, estarían a mis pies. ¡Sería igual a la reina!

Se calló un instante. Los ojos brillantes miraban fijamente a Louis para obtener su aprobación. El joven notario no sabía cómo reaccionar.

Dándose cuenta de la actitud más que reservada del notario, Marion de Lorme se levantó y continuó con una voz más mesurada:

—¿Pero podía creerle? ¡El marqués me había engañado tantas veces! Así que le pedí una prenda, una prueba de su amor, ¡y él me la dio! Es esa promesa de matrimonio que uní a las cartas que me enviaba regularmente declarándome su amor y burlándose del rey y del Gran Sátrapa. Y héteme aquí que, tres días después de haber recibido ese correo, el 16 de octubre exactamente, mi cofre era forzado y los documentos sustraídos. Nunca supe por quién.

Volvió a sentarse. Agotada por su discurso, cogió la cabeza entre sus manos y se echó a llorar nerviosamente.

«¡Evidentemente!», pensaba Louis. Los documentos de Cinq-Mars permitían un chantaje fuera de lo común para quien tuviese conocimiento de ese plan. Ahora era él quien se levantaba a su vez para caminar por la habitación sin dejar de hablar:

—Ahora ya lo sabéis, señora. ¡No podía ser otro que Vendôme! Al parecer, el duque proyectaba asesinar al cardenal el pasado otoño. Si Cinq-Mars se convertía en jefe del Consejo, el que tuviese a Don Mayor tendría al rey. Queda evidentemente una parte de misterio... por ejemplo, ¿cómo supo Vendôme que vos teníais esos documentos? Probablemente Cinq-Mars fue lo bastante estúpido como para jactarse de ello. Sea como fuere, el complot de Vendôme era perfecto, y desde luego mucho más inteligente de lo que pensaban Su Majestad y Su Eminencia.

Siguió caminando por la pieza a grandes zancadas. Marion lo seguía fascinada

con la mirada.

El joven abogado veía ahora con claridad la concatenación de los hechos.

—Vendôme, llamado a París por el rey, sabía que las acusaciones de un ermitaño medio loco, sobre todo después de haber hablado bajo tortura, no representaban ningún peligro para él. Por el contrario, debió de pensar que las confesiones de Cinq-Mars habían llegado a oídos del cardenal. En ese supuesto, las acusaciones contra él tomaban otro peso. Y, sintiéndose irremisiblemente perdido, prefirió huir.

»Pero, en realidad, ¡Richelieu no sabía nada! Nosotros descubrimos el complot únicamente porque su autor creyó que había sido descubierto. ¡Qué ironía!

Todo aquello era muy complicado para Marion. Pero ahora que los documentos habían sido encontrados, había recuperado su sangre fría. Su proyecto de matrimonio volvía a ser posible, probable incluso. Se levantó a su vez y tomó la palabra para preguntar:

—¿Podéis redactar un acta con lo que os he dicho?

—Sí, claro... Mañana estará lista —le aseguró Louis un poco a regañadientes—. Puedo remitíroslos con vuestros documentos. ¿Qué preferís? ¿Que os los traiga yo o venís a buscarlos al despacho?

Marion meditó un rato para responderle finalmente:

—Iré yo. Pero no mañana. Dejo París durante unos días. Estaré en vuestra casa el 19 de mayo a las seis de la tarde.

—Muy bien. Estoy a vuestro servicio y todo se hará según vuestros deseos.

Louis dejó rápidamente a la cortesana y volvió al despacho, donde lo esperaba su trabajo. Tenía que clasificar todos los documentos disponibles sobre el inventario de Vendôme, mandar hacer copias de ellos y preparar los expedientes para la sesión del tribunal prevista para el 17 de mayo. Preocupado por lo que acababa de saber y contrariado por tener que seguir interviniendo, no se fijó en la persona que lo seguía como si fuese su sombra.

Por la tarde, mientras Louis estaba trabajando en su gabinete, Jacques Bouvier le anunció una visita de campanillas.

—Que entre —respondió Louis.

Un joven gentilhomme de cabello ensortijado, muy elegantemente vestido, con un fino mostacho y una corta perilla, como estaba de moda en la Corte, penetró en la estancia, que se llenó de repente con su perfume. Louis no le conocía y lo hizo sentar. El joven se presentó:

—Me llamo François de Thou y soy consejero del Parlamento de París. He sido encargado de una misión delicada por un amigo.

Fronsac, como todo el mundo, sabía que De Thou era el amigo íntimo, confidente y consejero de Cinq-Mars, de modo que no le costó trabajo imaginar lo que oyó a continuación.

—Os escucho, caballero —le dijo fríamente.

—Iré al grano. Un querido amigo ha escrito ciertas cartas que, tras haberse

extraviado, han llegado a vuestras manos. Está dispuesto a comprarlas al precio que vos pongáis. Este amigo tiene mucho poder. Puede hacer lo que quiera por vos y por vuestra familia. No discutirá el precio. Y si es cierto que le gusta hacer el bien... es también capaz de hacer el mal...

Louis entendió perfectamente la amenaza. Pero permaneció imperturbable. Hizo un gesto vago con la mano.

—No estoy seguro de que vuestro amigo pudiese actuar como desea —suspiró—. Y creo que vuestro amigo, el marqués de Fontrailles, así como la persona que lo acompañaba, otro *amigo*, seguramente, se dieron cuenta, muy a su pesar, ayer por la noche...

El señor de Thou palideció. Abrió desmesuradamente los ojos y balbuceó:

—¿Qué queréis decir?

Entonces Louis se levantó y declaró iracundo:

—Que he reconocido perfectamente al señor de Fontrailles. Que intentó matarme delante de un testigo y que este asunto deberá ser elevado ante el lugarteniente civil. Ya hay un informe listo para el señor de Laffemas. Fontrailles tendrá que explicarse; por otra parte, olvidó su espada que obra ahora en mi poder. Si esta información llega a oídos del cardenal, quedará muy satisfecho. Si os dirigís a mí como lo hizo ayer *vuestro amigo*, también tendréis que explicaros. Y vuestro otro amigo, el señor Cinq-Mars, lo mismo. Entonces, quizá tenga que hacer públicos ciertos documentos y cartas que obran en mi poder.

Thou estaba ahora mortalmente pálido. Se había procurado el odio del cardenal desde que había prestado dinero a Ana de Austria, cuatro años antes, para ayudar a la señora de Chevreuse a escapar de Richelieu a raíz de la anterior intriga de la diabólica duquesa. En la actualidad era doblemente detestado por su amistad con Cinq-Mars. Y ahora, con estas amenazas, sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Tragando con dificultad un poco de saliva, acabó preguntando con mansedumbre:

—¿Qué deseáis por vuestro silencio?

—Nada en absoluto —respondió Louis secamente—. Que Don Mayor me deje en paz. No deseo perjudicarlo. Los documentos que busca han sido devueltos a la señorita de Lorme, que es su propietaria. Y hará con ellos lo que desee. He creído entender que tenía relaciones... íntimas con el señor marqués de Effiat. Que ellos arreglen su problema juntos y que me olviden. Para siempre.

Thou se dirigió hacia la puerta y la abrió, dando a entender que la entrevista había terminado.

El magistrado se levantó entonces y, avanzando hacia él, le estrechó la mano efusivamente.

—Gracias, señor, mereceríais ser gentilhomme. —Repetid eso al señor de Astarac. Y decidle que la justicia puede perseguirlo en cualquier lugar.

Thou se fue. «Tan desagradable visita tenía algo positivo —pensó Fronsac—. Así Cinq-Mars sabrá que no le quiero ningún mal y me dejará tranquilo. He conseguido

amordazar a mis dos enemigos». Desgraciadamente se equivocaba.

Algo más tarde, ya de noche, cuando todavía estaba trabajando, recibió una misiva llevada por un lacayo que lucía la librea del palacio de Rambouillet. Abrió la nota, cuyo texto era el siguiente:

Señor Fronsac,

Mi sobrina Julie me ha contado vuestras valerosas proezas. Sería para mí una satisfacción recibirlos el 22 de mayo en el palacio de Rambouillet con ocasión de la festividad de Santa Julia. Decidle a vuestro amigo el señor Voiture que lo echamos de menos y que su presencia es necesaria.

Catherine de Vivonne-Savelli,
marquesa de Rambouillet

Louis no cabía en sí de gozo. Todos sus enojos habían sido olvidados. Primero, porque la marquesa de Rambouillet le mostraba que no le guardaba rencor por las dos desagradables visitas que acababa de hacerle; luego, porque volvería ver a Julie de Vivonne, a la que había escrito sin obtener respuesta. Quedaba todavía convencer a Voiture, pero estaba seguro de que eso no sería difícil. No era demasiado tarde, y, con un poco de suerte, lo encontraría en casa.

Bajó corriendo al establo y pidió a Nicolás, que haraganeaba por allí, que le ensillase un caballo y advirtiese a sus padres que no regresaría. Tan pronto como el animal estuvo aparejado, se fue.

Voiture vivía frente al palacio de Rambouillet, en la calle Saint-Thomas-du-Louvre, y en aquel momento del día al notario le hizo falta más de media hora para llegar allí.

El poeta era relativamente rico y disponía de un apartamento en una casita con patio que alquilaba por el módico precio de setecientas libras. Podía permitírselo: al servicio de Gaston d'Orleans desde 1627, era desde hacía seis años maestresala de la marquesa, ¡con una pensión de diez mil libras!

Louis dejó su caballo en el patio y, tras subir de cuatro en cuatro los escalones del piso, llamó a la puerta del primer rellano. Barrois, el ayuda de cámara del poeta, le abrió.

—¿Está el señor Voiture? —preguntó un jadeante Fronsac.

Impasible, el hombre no respondió más que con un cabeceo y le hizo una señal para que lo siguiese a una habitación donde Vincent, todavía en camisa, se cubría el rostro de ungüentos y de pomadas varias.

Voiture era bajito, pero bien formado y muy coqueto: se pasaba las horas preparándose con afeites y peinando sus largos cabellos. Al ver a Louis, se precipitó a su encuentro.

—¡Benditos los ojos! ¿Qué noticias me traes, amigo mío? —Y, sin esperar respuesta, añadió suspirando con tono melancólico—: ¡Llegas justo cuando me iba!

Me preparo para ir a pasar la velada a casa de la señora de Auchy, puesto que ahí enfrente no quieren saber nada de mí.

Y, con lúgubre expresión, se acercó a la ventana y señaló con el índice la fachada cercana del palacete de Rambouillet.

Charlotte des Ursins, vizcondesa de Auchy, tenía una academia literaria, unánimemente considerada como un salón de pretenciosos. El salón se había vuelto célebre por frecuentarlo Malherbe, entonces amante de la anfitriona, quien lo había apodado Calixto. Pero de eso hacía treinta años, y la gloria había pasado. La alcoba de la Auchy había declinado. Para ponerla de nuevo de moda, la vizcondesa había fundado una academia donde mujeres de una cierta edad actuaban como jueces de los oradores, a los que proponían discursos filosóficos o teológicos. En pocas palabras, la señora de Auchy representaba el movimiento precioso en su faceta más ridícula.

—¡Puedes dar por terminado tu exilio, amigo mío! —exclamó Louis sonriendo—. Arthénice me ha escrito una carta y desea, mejor dicho, ¡ordena!, recibir tu visita el día de Santa Julia. Estás definitivamente perdonado. Como tú dirías: «¡Qué buena añada!».

Tan divertido como satisfecho por la alusión al poema de marras, Voiture se mesó el bigote con suficiencia, para decir después de un breve silencio:

—¡En fin, ya era hora! ¡Pero cuéntame más! ¿Por qué te ha escrito la marquesa?

—Asuntos notariales muy cargantes, y aburridos a más no poder. No vale la pena entrar en detalles.

—Bueno, bueno, ya veo que no quieres hablar de ello. Oye, acabo de acicalarme y me voy a mi velada. Te vienes conmigo y conoces... a la señora de Auchy. —Y añadió con un guiño cómplice—: Ella sí que es cargante, pero me han dicho que allí las mujeres no son tan ariscas.

—Lo siento, amigo mío, mi corazón está preso en el palacio de Rambouillet.

La inquietud y los celos asomaron al rostro de Voiture.

—¡Cómo! ¡No será Julie!

—Sí, pero no d'Angennes —replicó Louis riéndose.

—¡Oh! ¡Oh! ¿La prima?... Te compadezco.

El tono del poeta era ahora afligido:

—Conocerás como yo las angustias del amor imposible.

Y luego añadió en un tono de voz inimitable:

—No olvidéis vuestro nacimiento..., como diría la princesa Julie. Te lo aseguro, un notario jamás desposará a una señorita de Vivonne. La conozco muy bien: su padre no era más que caballero, pero ella pertenece a la familia de Vivonne-Pisany, y con eso está todo dicho. Nunca harán casamientos desiguales. ¡Que yo sepa, tus antepasados no estuvieron en las Cruzadas! Abandona esa idea descabellada y vente conmigo. A propósito, ¿sabes que la otra rama de los Vivonne acaba de dar una esposa al príncipe de Marcillac?

Louis suspiró para replicar:

—*¡Princesa Julie, a fe mía, amaros es gran folía!*

»La última vez que fui al palacio de Rambouillet contigo, ¿no propusiste un juego sobre el tema: Es el matrimonio compatible con el amor?

Voiture retrocedió un paso y exclamó con aire falsamente alarmado:

—¡Tocado! Decididamente, eres demasiado peligroso para mí. Y ocuparás rápidamente mi puesto si no vuelvo al salón de los Rambouillet. ¿Estás seguro de que no quieres acompañarme? Te hablaré de los encantos de mi Julie y tú de los de la tuya.

—Gracias, amigo mío, pero he venido únicamente a transmitirme la invitación. Y yo no hablo de Julie con nadie. Hasta pronto, en casa de la marquesa.

Louis dejó a Voiture con sus abluciones y sus preparativos y volvió a su casa temprano, sin conocer a la señora de Auchy ni a sus amigas, cosa que no lamentó en absoluto.

Capítulo 9

Del viernes 17 al domingo 19 de mayo de 1641

En el pequeño gabinete contiguo al despacho de su padre Louis lidiaba con una donación especialmente delicada, cuando el señor Fronsac penetró de repente en la pieza. Su padre parecía algo nervioso.

—Louis, ¿puedes venir un momento? —le preguntó—. ¡Tengo aquí un visitante que te contará una noticia increíble!

Louis lo siguió en ascuas. El visitante era el señor Boutier, procurador del rey y primer oficial del canciller Séguier. Era el encargado de instruir el proceso del duque de Vendôme. Louis lo conocía bien, pues su padre y Boutier eran viejos amigos y el procurador, que además era su padrino, visitaba con frecuencia su casa para informarlos de las novedades judiciales concernientes a la Corte.

Boutier, un hombrecillo bajito y rechoncho y casi calvo, estaba vestido con un simple traje negro, como todos los procuradores, pero las bocamangas de seda roja quitaban al magistrado toda apariencia seria y hablaban de su carácter eternamente jovial. Estaba sentado y saludó amistosamente a su ahijado con un ademán. Louis se sentó a su vez, mientras su padre volvía a su lugar en su mesa de trabajo atestada de documentos. Pierre Fronsac tomó entonces la palabra dirigiéndose a su hijo en tono solemne:

—El tribunal se ha reunido hoy, y sabiendo que nosotros éramos responsables del inventario de los bienes de Vendôme, nuestro amigo Boutier, que estaba presente en la audiencia, ha venido en cuanto ha podido a contarme lo que se ha dicho allí. Y ahora le cedo la palabra.

—Se produjo, en efecto, un acontecimiento extraordinario hoy, Louis —comenzó Boutier en un tono de evidente nerviosismo—. El tribunal se ha reunido esta mañana bajo la presidencia de Su Majestad. Para todos, la suerte de Vendôme estaba echada y la confiscación de sus bienes era segura. De repente, en plena sesión, entregaron al canciller Séguier una carta del cardenal. Se celebró entonces un coloquio en voz baja entre Su Majestad, el canciller y los secretarios de Estado Bouthillier y Noyers; luego, nuestro rey tomó la palabra y declaró al tribunal:

»Señores, el cardenal nos ruega que perdonemos al señor de Vendôme. No estamos de acuerdo con monseñor. Damos nuestra protección a quien nos sirve con afecto y fidelidad, como lo hace el propio cardenal, y si no extremamos nuestro celo en castigar las maniobras que se hacen contra su persona, será difícil encontrar ministros que lleven nuestros asuntos con el mismo valor y fidelidad que muestra nuestro amado Richelieu. Sin embargo, hemos propuesto al señor canciller un expediente de suspensión del juicio definitivo y, según como se conduzca el señor de Vendôme para con nuestra

persona, le perdonaremos.

—O sea, ¡que Su Eminencia quería absolver al duque! —exclamó Louis asombrado—. ¡Y por una vez sería el rey quien se opondría a sus deseos!

—Pero ¿por qué ese perdón? —preguntó el notario frunciendo el ceño—. ¿Cómo se explica? ¡Vendôme no merecía ninguna indulgencia!

—Desde luego es bastante incomprensible —respondió Boutier afirmando con la cabeza—. Sin duda las pruebas del complot no eran muy firmes y el cardenal habrá optado por ser práctico...

—¡Quia! —exclamó Louis alzándose de hombros—. ¡La falta de pruebas no ha sido nunca un impedimento para el cardenal! ¿Acaso no declaró cínicamente después de haber organizado el proceso de Marillac: «Jamás habría creído que hubiese argumentos para condenar a muerte al mariscal»?

El señor Fronsac aprobó discretamente a su hijo con un signo de cabeza y abundó:

—Louis tiene razón, Su Eminencia no nos tiene acostumbrados a semejante clemencia. Richelieu nunca ha hecho gala de misericordia o mansedumbre. Al contrario, persigue a sus enemigos con saña incluso después de haberlos vencido, ¡a veces incluso después de su muerte! No, verdaderamente nada puede explicar una actitud como ésa.

Louis reflexionaba. Aquella decisión, totalmente inesperada, era en efecto desconcertante. El cardenal actuaba siempre racionalmente, y sólo era irracional en la venganza: no indultaba jamás. Su aforismo preferido era: «¡Cuanto más muertos, menos enemigos!».

Se hizo un profundo silencio en la estancia. Cada cual ponía en orden sus ideas para encontrar una razón verosímil a la actitud del primer ministro y considerar las consecuencias de su decisión.

Quizá haya una explicación, pensó entonces Louis mordiéndose una uña.

Se volvió de pronto hacia el procurador para indagar:

—Supongo que ahora la confiscación de bienes queda en suspenso.

—Exactamente —convino Boutier—. La cancillería os pagará vuestro trabajo, pero el inventario ya no tiene razón de ser.

Louis bajó lentamente la cabeza. Había, pues, una justificación lógica a la extraña decisión del Gran Sátrapa. Interrogó de nuevo a Boutier:

—Si nosotros poseemos, por ejemplo, bienes pertenecientes al señor de Vendôme, supongo que deberíamos remitirlos a la cancillería.

—Por supuesto. ¿Y es así?

—En efecto. Se había extraviado un libro de gran valor —intervino el notario— y Louis lo ha encontrado. Lo tengo aquí junto con otros. El cardenal está, no obstante, al corriente de todo.

—El señor Séguier mandará a buscarlo sin duda —afirmó Boutier.

—Y seguramente —insistió Louis— Richelieu podrá consultar esa obra, si lo desea, ¿verdad? Mientras que si hubiese habido confiscación, las obras permanecerían precintadas, ¿no es así?

Boutier lo miró sorprendido. Luego asintió con la cabeza.

—Desde luego. Todo eso es evidente. ¿Hay algún problema?

—No. Ningún problema, pero creo haber comprendido por qué el cardenal ha ejercido su perdón —aseguró Louis—. Mi padre os lo explicará...

Pierre Fronsac asintió con aire enterado. También él había entendido el ingenioso proceder del Gran Sátrapa. Le contó entonces al asombrado procurador la historia del libro y los documentos ocultos en su interior. En cuanto hubo terminado, un profundo silencio se adueñó de la estancia. Boutier sopesaba ahora la importancia de la decisión del primer ministro. Al cabo de un momento de reflexión, interrogó prudentemente a Louis:

—Querido ahijado, ¿pensabais darle esas cartas a Su Eminencia?

—No —replicó Louis con un tono seco y categórico—. Richelieu tendrá el libro, no lo dudo. Pero las cartas no son de Vendôme. La señorita de Lorme debe venir dentro de dos días a buscarlas. Faltaríamos a nuestra palabra si actuásemos de otra forma.

El señor de Fronsac asintió con un movimiento de cabeza. Era la reputación de su despacho lo que estaba en juego.

El procurador cerró los ojos un momento uniendo las yemas de los dedos. Jurídicamente, la posición de los Fronsac era correcta y sólida. Pero no era defendible. Conocía las reacciones violentas del cardenal.

Boutier se levantó finalmente y, sacudiendo la cabeza para mostrar que desaprobaba totalmente su actitud, les advirtió:

—¡Jugáis a un juego muy peligroso! Si Su Eminencia quiere esas cartas, las tendrá. ¡Con o sin vuestro consentimiento! Creedme, no intentéis luchar contra él. Es demasiado fuerte.

—El cardenal no tiene todas las bazas —lo tranquilizó Louis, levantándose a su vez—. No debéis temer por nosotros.

Acompañaron a Boutier hasta el patio donde lo esperaba su carroza. Al subir, el procurador les dijo con una débil sonrisa:

—Si tengo nuevas informaciones, os las traeré al momento, podéis estar seguros de ello. Y tened cuidado, por favor.

La carroza partió y los Fronsac volvieron a su trabajo en silencio.

Al día siguiente por la mañana, muy temprano, dos arqueros del Palacio de Justicia se personaban en la notaría de los Fronsac para llevarse «unas obras pertenecientes al señor duque de Vendôme y que debían serle devueltas».

Louis les entregó los libros a cambio de un comprobante por escrito. Acto

seguido, dejó el despacho. Tenía que llevar bastantes actas para que *micier* de Mas las firmase, y pasar luego por el Palacio de Justicia, en la isla de la Ciudad, donde se juzgaba un asunto de herencia en el que su despacho había intervenido. Volvió a última hora de la tarde, pues debía cenar con sus padres en compañía de Gaston de Tilly, con quien se había cruzado en el Palacio, y del procurador Boutier, a quien su padre había invitado con ocasión de su visita.

El gran comedor había sido suntuosamente dispuesto por la señora Mallet. Sobre la mesa rectangular, recubierta de un magnífico mantel de damasco, habían sido colocadas hermosas piezas de orfebrería: candelabros, saleros, vinajeras y frascos de vino. Las bujías de cera casi lograban iluminar correctamente la pieza, hasta el punto de que a veces se llegaba a distinguir el contenido del plato de loza.

Nicolás Bouvier desempeñaba muy serio el papel de sumiller, y tan pronto como un vaso quedaba vacío, lo llenaba con vino de Borgoña. Los platos eran solemnemente llevados por Guillaume y depositados en línea recta en el centro de la mesa. Una vez bendecida la mesa, se sirvieron dos sopas seguidas de cuatro entradas constituidas por carnes asadas de formas diferentes, cada una presentada con una salsa de distinto color. Los invitados se servían con los dedos, y sólo el señor y la señora Fronsac utilizaban cubiertos italianos. Los comensales se enjugaban en aguamaniles los dedos sucios y coloreados por las salsas, o simplemente se los limpiaban en la ropa.

Louis contó una vez más su pelea con Fontrailles. Boutier, todavía inquieto y malhumorado, escuchaba en silencio. Por fin, tomó la palabra y explicó a los demás comensales:

—Fontrailles está en el centro de los conflictos que agitan actualmente la Corte. Pero es un hombre prudente que jamás comete errores. Richelieu no logra pillarlo en flagrante delito de complot y, sin embargo, ¡Dios sabe que le tiene ganas! El marqués de Fontrailles fue durante mucho tiempo un hombre de Soissons, antes de serlo del duque de Orleans, y ahora de Don Mayor. Dicen que sigue manteniendo vínculos con Sedán, en donde actualmente hay un verdadero nido de conspiradores en torno a Bouillon. Es un hombre que por desgracia tiene múltiples amigos en la Corte. Es incluso muy estimado por gentes irreprochables como el señor de Marcillac^[25]. En pocas palabras, Fontrailles es a la vez temible e intocable.

Gaston asintió a aquellas palabras del procurador y añadió dirigiéndose a Louis:

—No sé si lo sabrás, pero se ha confirmado: el duque de Guisa se ha refugiado también en Sedán. Por eso el palacete frente a vuestra casa está siempre desierto.

Boutier tomó de nuevo la palabra después de asentir con la cabeza:

—La situación es más grave todavía; el cardenal decidió incoar un proceso criminal al fugitivo y Guisa estaría dispuesto a exiliarse en los Países Bajos, pues teme no estar seguro en Sedán. Y ya se habla de confiscarle todos sus bienes.

Como hemos dicho, la querrela respondía al interdicto que hacía el cardenal al duque de Guisa, arzobispo de Reims, por estar casado con la hermana de Marie de Gonzague y con la condesa de Bossut. Casos semejantes habían sido tolerados en el pasado, pero en 1641 ya no era aceptable.

En efecto, esta primera mitad del siglo XVII estaba marcada por lo que después se dio en llamar la Contrarreforma. En Francia, los católicos reanudaban la ofensiva contra los reformados. El movimiento de la Congregación del Oratorio en torno a Vicente de Paul proponía una Iglesia católica cercana al pueblo, que aliviase la miseria, ayudase a los enfermos y evangelizase pueblos. Todo muy alejado de los excesos de los siglos precedentes. La aristocracia era la primera en dar ejemplo: las conversiones e ingresos en los conventos como resultado del resurgimiento de las vocaciones eran numerosos; así, tres de las hijas de la señora de Rambouillet habían profesado. La duquesa de Aiguillon, sobrina del cardenal, renovaba sus votos todos los años y ayudaba a Vicente de Paul, quien a su vez era sostenido por la señora de Gondi, madre del abad de Retz. Y por todas partes surgían nuevas congregaciones, como la de las Hijas de la Caridad.

Los jesuitas se introducían incansablemente en distintos ámbitos, intentando modificar las estructuras de la sociedad. En fin, en torno al monasterio de Port-Royal un nuevo movimiento se estaba desarrollando, al principio cercano a la Congregación del Oratorio, un movimiento organizado en torno a las propuestas del *Agustinus*, todavía más crítico con el laxismo no sólo de un cierto sector del clero, sino también de los jesuitas. Dicho movimiento empezaba a hacerse temer, y, en ese año de 1641, el abad de Saint-Cyran, el principal propagador de las nuevas ideas, acababa de ser preso en Vincennes por orden de Richelieu. Es ahí donde dos años más tarde prepararía la obra publicada por Antoine Arnauld: *De la comunión frecuente*, que se convertiría en el texto de referencia de los futuros jansenistas.

En esas condiciones, era evidente que, para evitar una grave crisis religiosa, el duque de Guisa debía ser severamente castigado.

—Entonces, ¿cómo justifica el duque su actitud? —preguntó el señor Fronsac volviéndose hacia Boutier.

—Todo el mundo sabe que Guisa está loco. Dicen que desea conservar a sus dos esposas, pero renunciaría gustoso a su arzobispado con tal de que sus cargos eclesiásticos permaneciesen en su familia. El cardenal se opone, como es lógico, a esa solución, que no le reportaría nada. Richelieu desea tanto la fortuna de los Guisa como la pureza de la Iglesia de Francia.

—Pero ¿creéis que el duque está dispuesto a unirse a hugonotes tan rigurosos como Bouillon? Y además, su familia se ha apartado de los complots; desde el asesinato de «Caracortada»^[26] el poder no puede quejarse de los príncipes de Lorena. Y han sacado buen provecho de ello.

Boutier sacudió la cabeza negativamente:

—¡No creáis! Su Eminencia sabe que el conde de Soissons, so pretexto de que el rey no le ha abonado las fuertes indemnizaciones que debía haber recibido por abandonar el anterior complot, pretende arrastrar a Bouillon y a Guisa, por muy hugonotes y católicos que sean, a una alianza secreta con España.

—¡Pero eso sería traición! —se indignó el señor Fronsac con un tono brusco.

Como cualquier burgués de París, Pierre Fronsac detestaba a Richelieu aun aprobando su política de sometimiento de la casa de Austria. Que los grandes del reino quisiesen desembarazarse del Gran Sátrapa, de acuerdo. Pero que España viniese a dirigir el país, a eso sí que se oponía rotundamente. El movimiento ultramontano tenía pocos adeptos entre la burguesía parisina.

Boutier le dirigió una mirada llena de lucidez.

—¡Por desgracia, sí! Y hay algo más grave todavía —añadió con tono del que sabe mucho más de ello pero no puede contarlo—: Si las negociaciones entre Soissons, Bouillon y Guisa, de una parte, y el emperador de España, de la otra, llegan a buen término, la guerra estallará forzosamente y tendrá lugar en nuestro suelo.

Un profundo silencio acogió esta revelación. Desde luego, la guerra seguía vigente —la victoria de Arrás el año anterior afortunadamente había puesto a Francia en posiciones de fuerza—, pero las batallas se desarrollaban en las fronteras, entre ejércitos franceses y extranjeros. Mientras que si los grandes se alineaban con los españoles, sería una guerra entre franceses, como en los tiempos de la Liga. Es decir, una guerra espantosa, atroz.

—Sin embargo, nuestros ejércitos son muy superiores al que podrían reunir Bouillon y Soissons —objetó el señor Fronsac frunciendo el ceño—. España no podrá proporcionarles demasiadas tropas.

—Es cierto —suspiró el procurador—, sólo que olvidáis que el descontento cunde por doquier. Estallan revueltas por todo el reino y Su Eminencia las reprime con mucha severidad. Todo el mundo está cansado de la guerra y su cortejo de cadáveres. Hay demasiados impuestos, demasiada miseria y demasiada injusticia. Los campos están vacíos, agotados. El comercio y la industria son estrujados al máximo. El descontento es todavía mayor en el ejército. ¡Quién sabe si los oficiales serán fieles! ¿Hasta dónde se puede extender el complot de los duques? Nadie lo sabe. Incluso me han dicho que el abad de Retz estaría tratando de reunir a una parte de la Iglesia y levantar París cuando las tropas de Soissons se acerquen.

»Se rumorea también —añadió en voz baja— que sería el encargado de ¡tomar La Bastilla, así como el Louvre! Soissons se presenta a todos como el que quiere liberar a Francia de Richelieu. Asistimos en verdad a una auténtica cruzada contra el cardenal. Me atrevería a decir —aunque la palabra parezca muy fuerte— ¡a una revolución! Que, por otra parte, es lo que desea el marqués de Fontrailles.

Añadió con una voz todavía más baja:

—La policía del cardenal se habría enterado de que la propia reina ha sido

informada y ha aprobado el proyecto de alianza con España. Cinq-Mars también habría sido tentado, pero habría rehusado formar parte del proyecto, siguiendo los consejos de Fontrailles. De hecho, d'Astarac espera a ver cómo van evolucionando los acontecimientos; propondrá a continuación a Cinq-Mars aliarse con los vencedores. Y ahora todos se preguntan: ¿cuál es el papel del hermano del rey en esta empresa?

La crisis era mucho más grave de lo que pensaba Boutier: la reina formaba parte de un vasto complot en el cual estaba también implicado Gaston d'Orleans, el real hermano. Mas, para evitar comprometerse demasiado, el duque de Orleans informaba también al cardenal del avance de la conspiración. Así, estaría siempre en el campo del vencedor, o eso creía él.

El objetivo de los conjurados era ahora deponer al rey y, una vez puesto bajo tutela, Soissons tomaría enseguida el lugar de Richelieu para convertirse en regente del reino. En cuanto al cardenal, ¡simplemente debía desaparecer!

Ahora todos comían en silencio, ansiosos y alarmados, no por el contenido de su plato, que no lograban distinguir muy bien, sino por el futuro que les esperaba. ¿Qué cambios acaecerían en los próximos meses? El recuerdo de la guerra civil, desde la muerte de Enrique IV, seguía presente en la mente de todos, con su cortejo de horrores para los parisinos: hambruna, masacres, dictadura feroz de algunos jefes de bandos. Una cosa era desear el fin del cardenal y otra muy distinta ver desaparecer todo orden público y asistir al triunfo de la anarquía.

—El cardenal ya ha reprimido tantas intrigas y conjuras... Y ésta sólo es una más. Tampoco triunfará —decidió Louis con fingida despreocupación, dirigiéndose a su madre para tranquilizarla.

—Puede ser —admitió Boutier—. Pero los tiempos cambian. El cardenal ha hecho mucho por la grandeza de Francia: Arrás y Artois son nuestras, Casal también; y pronto lo serán el Rosellón y Cataluña. Nuestra marina es una de las más fuertes de Europa. Nos extendemos hasta Canadá. Hoy Francia domina el mundo. La casa de Austria está definitivamente humillada, si no vencida. Inglaterra está en plena anarquía y no nos molesta. Los grandes del reino y los hugonotes han sido debilitados y domados.

»El cardenal ha triunfado en todo cuanto ha emprendido. Pero el precio ha sido terrible. ¡Demasiado terrible! No, creedme, ha sembrado tanto odio, tanta animosidad, sangre y lágrimas en ese combate que muchos de sus amigos lo han abandonado. Ya sabéis lo que ha dicho el Papa de él: «¡Si Dios existe, pagará!». Incluso el rey está harto de Richelieu.

Boutier había soltado esta última revelación algo a regañadientes.

—¿También el rey? —repitió aterrado el señor Fronsac—. ¿Estáis seguro de lo que decís?

—Seguro, seguro... Pero ha corrido el rumor. Y cuando el río suena... En todo caso, la desconfianza reina entre los dos. Cinq-Mars ha repetido a quien quiere oírlo que Su Majestad desea desembarazarse de Su Eminencia, ¡y que sólo estaría esperando un Ornano para actuar!

«Ornano había matado a Concini por orden de Luis XIII, treinta años antes. ¿El rey volvería a hacerlo? —se preguntaba Louis—, ¿y con su mejor ministro? ¿Podían haber llegado a ese extremo los dos hombres que gobernaban Francia desde hacía veinticinco años? ¡No! Aquello parecía imposible». En esas reflexiones estaba cuando intervino Gaston, hablando con la boca llena:

—¿Y si simplemente se muriese de enfermedad? Según me han dicho, está bastante mal.

—Es cierto. El cardenal está agotado. Cada vez que lo veo lo encuentro más débil —confirmó el procurador—. Pero lo peor es que el rey también está enfermo. Según algunos médicos que los han tratado, no les queda mucho tiempo de vida. Y el delfín sólo tiene tres años. ¡Dios proteja a Francia! Entre la posible regencia de Gaston o la de Ana de Austria, toda la obra del cardenal desaparecerá tan rápidamente como la excelente comida que acabamos de tomar esta noche.

Boutier esbozó una sonrisa satisfecha que se borró enseguida de su rostro al añadir:

—El pequeño Louis-Dieudonné corre el riesgo de quedarse sin reino sobre el que reinar.

—Pero bueno, ¿es que no hay nadie que pueda reemplazar al cardenal? —preguntó el señor Fronsac enérgicamente golpeando la mesa con vigor—. ¿El Estado no tiene más que Soissons, Bouillons y Guisas?

Boutier asintió con un gesto afirmativo a las palabras de su anfitrión.

—Hay alguien, desde luego, pero ¿lo aceptarán los franceses?

—¿Quién? —preguntó Pierre Fronsac padre enarcando las cejas.

—Julio Mazarino, el antiguo nuncio apostólico —respondió Boutier con voz grave—. Es el hombre de las negociaciones de Richelieu. Es diestro, brillante, competente, sutil, y da la impresión de ser dulce, bondadoso y apocado. Pero no hay nada de eso. No puede ser más orgulloso. Detrás de esa máscara de comedia es valiente, cínico y eficaz. Contrariamente al cardenal, no lo mueve la crueldad, porque en su opinión todos los hombres son codiciosos. No mata jamás, compra. No devuelve el servicio, paga. No negocia, compra. No se venga, soborna. Es un hombre de una voluntad de hierro y se siente más francés que todos nosotros juntos. Está al corriente de todo lo que hace, proyecta o decide Richelieu, y sólo él podría proseguir su obra.

»En su favor, se puede decir que todo el mundo lo quiere, aunque desgraciadamente nadie lo respeta, pues su origen es más que humilde: es hijo de un

criado. Pero, sobre todo, es italiano, y, desde Concini, Francia no quiere ni ver delante un ministro trasalpino. Y por si fuera poco, ¿es la criatura de Su Eminencia! Para ocupar el lugar de su amo, ¿en quién se apoyaría? ¿En el rey? ¿En el duque de Orleans? ¿En la reina Ana? No tiene, en realidad, ningún sostén, ningún amigo. Probablemente desaparecerá con el cardenal.

El tono era fatalista, desengañado y, sobre todo, afligido.

De nuevo se hizo el silencio, tratando de medir cada uno la importancia y gravedad de los acontecimientos que podían producirse en los meses siguientes. Louis intentaba poner en orden sus ideas. La conjura de Vendôme le parecía ahora clarísima, incluidos sus elementos menos visibles. Hasta entonces no había sospechado que pudiese tener otras ramificaciones con aventuras más políticas. Sin embargo, había un hilo conductor en las conspiraciones de Sedán: Cinq-Mars y Fontrailles. Y, según Boutier, Soissons era mucho más peligroso que Vendôme. Y respecto a él, Louis Fronsac, ¿cuál era su papel en aquel enredo? Creía haber atado cabos con aquel expediente, pero ahora se le abrían nuevas perspectivas: si Soissons triunfaba, Cinq-Mars, el cardenal e incluso el rey serían barridos. Entonces las cartas del favorito no tendrían ninguna importancia. Esa perspectiva era la más favorable para él, pero el período de confusión que seguiría no aconsejaba desear semejante desenlace. Por el contrario, si el cardenal era eliminado, Cinq-Mars podría convertirse en el centro del poder apoyándose en el rey. ¿Cuál sería su actitud entonces frente a los Fronsac? Es cierto, Louis podría aducir que había evitado un chantaje odioso, pero ¿bastaría con eso? Definitivamente, la continuidad del cardenal representaba para él la situación más segura.

Se hallaba en estas reflexiones cuando su madre reanudó la conversación. Era evidente que deseaba abordar un tema menos grave.

—¿Sabéis que nuestros vecinos los Jouy se han ido? Han dejado precipitadamente su casa esta mañana, nada más venderla. Me han dicho que les habían hecho una oferta tan astronómica que no habían podido rechazarla.

Los Jouy eran ricos sombrereros que ocupaban la vieja casa de sillarejo lindante con la de los Fronsac. Vivían allí desde hacía cuarenta años y su marcha precipitada era harto sorprendente. El ceño fruncido del señor Fronsac testimoniaba su asombro. El acontecimiento parecía totalmente inesperado.

La señora Fronsac no cabía en sí de gozo. Por una vez era ella la que tenía a todo el mundo en ascuas. Por desgracia para los más curiosos, no sabía gran cosa y tuvo que interrogar a la señora Mallet, que les contó con voz aguda:

—Se han ido como alma que lleva el diablo. Las carretas estuvieron yendo y viniendo toda la mañana para recoger sus cosas. Como si todo estuviese previsto desde hace tiempo.

—Sí que es desconcertante una marcha tan repentina —apostilló el señor Fronsac—. ¿Y conocemos a los nuevos vecinos?

—No, señor. No he visto a nadie, aparte de la cuadrilla de obreros que ha estado

trabajando durante toda la tarde. No han parado de picar, cavar y tapar todo el día, pero vos, con lo distraído que sois, ¡seguro que no os habéis enterado!

—Mañana me informaré —decidió el notario—. Es bueno conocer a nuestros vecinos, y me gustaría oír hasta la última palabra de esa extraña historia.

Louis no lo escuchaba. Preguntaba en voz baja a Gaston sobre el tal Mazarino, del que algo había oído hablar en el palacio de Rambouillet, pero su amigo no sabía nada del italiano.

La comida finalizó con un dulce postre de cocina que el procurador Boutier, particularmente goloso, se comió casi entero, felicitando a la señora Fronsac con la boca llena. Empezaba a hacerse tarde y Gaston propuso acompañar al procurador; sería más seguro para él, habida cuenta de la inseguridad de la ciudad. Él mismo había acudido acompañado de un arquero, que comía como un tragaldabas en la cocina, y dar una vuelta por el domicilio de Boutier no le causaría molestia alguna.

El domingo por la tarde, Marion de Lorme se hizo anunciar. Pierre y Louis Fronsac la recibieron como la futura duquesa de Effiat que esperaba llegar a ser. Vestida con un traje de verdugado de color azur con pasamanería de plata que realzaba su figura, irradiaba belleza y elegancia.

—Señora, os acompañaremos a los cofres donde guardamos vuestros documentos —declaró el notario con deferencia—. Vuestro paje puede esperar aquí.

Saliendo de la sala por una puerta del fondo, subieron los tres una escalera de husillo que llevaba al piso. Marion tuvo dificultades con su vestido. Por fin, llegaron a una salita donde tres gruesas puertas de hierro de tres pies de alto y dos de ancho ocupaban toda la pared. El espacio contenía por todo mobiliario tres sillas, una gran mesa y un aparador. El notario explicó doctamente:

—Los cofres están empotrados en el grueso muro de esta casa, y sólo mi hijo y yo tenemos las llaves. Sin ellas, no pueden ser abiertos y mucho menos forzados, ¡el hierro tiene tres pulgadas de espesor!

Metió la mano en un bolsillo inferior de su camisa, sacó un juego de tres llaves e introdujo una en la cerradura del cofre del medio, que se abrió con un desagradable chirrido.

Un espectáculo extraordinario se ofreció entonces a sus ojos: ¡el fondo del cofre no era más que un agujero rodeado de cascotes! Se veían las paredes desiertas de una de las habitaciones de la vivienda vecina, la casa de los Jouy. El espacio delante de ellos estaba completamente vacío.

¡Les habían robado! ¡Los habían desvalijado!

El corazón del señor de Fronsac se puso a latir aceleradamente. Tuvo que sentarse de inmediato en una de las sillas agarrándose el pecho. Un suceso como aquél nunca se había producido en casa de ningún notario. Y acababa de ocurrir en su casa. ¡Su despacho jamás se recuperaría de algo así!

Louis había entrado resueltamente en el cofre y, agachándose, pasó a la casa vecina por el agujero practicado en la pared. Allí, tirados por el suelo, se hallaban todos los expedientes del despacho.

—¡Padre! —gritó—. ¡Nuestros documentos están aquí!

Empezó a recoger hojas y se las fue pasando a su padre, que se había levantado y acercado a la puerta. Todo aquello sucedía ante una asombrada Marion de Lorme, que abría los ojos como platos. Poco a poco, el notario iba cogiéndolas y depositándolas en la mesa. Louis se reunió con él al cabo de unos instantes y se puso a ayudarlo. Efectuaron una verificación rápida: no parecía faltar nada. Claro que sólo un registro exhaustivo permitiría estar seguro de ello.

Louis se volvió hacia Marion y luego dirigió una mirada sobre la mesa. Acababa de darse cuenta de que, pese a todo, faltaba algo.

—Padre —dijo con la voz quebrada—, ¡las cartas de Cinq-Mars no están!

Realizaron un nuevo registro, pero Louis sabía que era inútil. Marion también. Ahora tenía un aspecto desesperado y se mordía los labios de angustia.

Louis se volvió hacia ella.

—Señora —le dijo, pálido de rabia—. Averiguaré quién ha hecho esto. Y creedme, será castigado. Encontraré ese expediente cueste lo que cueste.

Se volvió hacia su padre.

—Padre, excúsame. Acompañarás tú a la señora. Yo me voy con Gaston. Esta noche sabremos quién ha alquilado esta casa.

Cuando volvió, era ya muy tarde. Se encontró a su padre ordenando todos los expedientes con el primer oficial. El notario estaba abrumado.

—Efectivamente, no falta nada, Louis, excepto el expediente de Cinq-Mars. Estamos deshonrados para siempre.

—¡No! Yo sé quién nos lo ha robado —le replicó un Louis más que furioso sentándose—. Nada más avisarlo, Gaston me hizo el favor de acompañarme junto con dos arqueros a la casa de los Jouy. No había ni un alma. Ni el menor indicio que pudiera hablarnos de lo ocurrido. En cuanto a los vecinos, no sabían nada. Entonces, recordé que un día el señor Jouy, con ocasión de la boda de su hija, me había hablado de su notario: Émile Magne; sabes que su despacho no está muy lejos, en la calle Saint-Denis. Nos fuimos allí inmediatamente. ¡Imagínate cómo iríamos! Los viandantes, desde luego, no estaban muy contentos. Los arqueros a caballo los apartaban sin miramientos.

Esa afirmación hizo aflorar una triste sonrisa al rostro del señor de Fronsac. Louis continuó:

—El señor Magne había sido cofirmante de la escritura de venta. Se acordaba muy bien de ello. La operación había tenido lugar en casa del notario Bellechasse. Según él, el señor Jouy parecía violento, pero la casa había sido comprada por cuarenta mil libras, que sobrepasa con creces su precio real. En cuanto al comprador...

El notario dio muestras de impaciencia e interrumpió a su hijo:

—¿Quién es? ¿Lo conocemos?

—Mira, he mandado hacer copias de la escritura.

Le tendió un papel que el notario leyó rápidamente.

—¡Rochefort!

—Sí, Rochefort; no ha debido de tener tiempo de cambiar de identidad, no todo está perdido. Verás lo que haré...

Las explicaciones de Louis fueron bastante prolijas y su padre propuso algunas modificaciones a su plan. El primer oficial tomaba notas. Una ruda y peligrosa partida iba a entablarse.

Capítulo 10

Del lunes 20 de mayo al miércoles 22 de mayo de 1641

Desde primera hora de la mañana del lunes, Louis se encerró en su despacho. Se había propuesto reunir rápidamente varios papeles, escrituras y copias de documentos indispensables. El primer oficial, acompañado por los hermanos Bouvier, fue a buscar algunos al Grand-Châtelet y otros muchos a los despachos de distintos notarios. A medida que los hermanos que le servían de recaderos se los llevaban, Louis mandaba hacer copia de cada uno en la notaría de los Fronsac hasta que obtuvo cinco voluminosos legajos del mismo tamaño.

A las diez, por fin, finalizó su tarea. Presentó los documentos a su padre, recordándole cómo debería utilizarlos si su empresa fracasaba. A continuación, vestido con su traje negro, se dirigió a caballo al Palacio del Cardenal.

Ya en la calle, advirtió que el cielo amenazaba tormenta. Pese a ser media mañana, estaba casi tan oscuro como durante la noche. Gruesos nubarrones negros cubrían el cielo de París. La atmósfera, muy cargada, era opresiva. «Un tiempo muy acorde para este extraño día», pensaba Louis con buen humor, guiando su caballo por la calle del Temple. ¿Cómo acabaría aquella jornada? ¿Lograría vencer al Gran Sátrapa? Iba a enfrentarse a un duro adversario en una partida mortal.

La fachada del Palacio del Cardenal, que daba a la calle Saint-Honoré, estaba formada por un amplio frontispicio del que sobresalían pequeños pabellones rematados en galerías de factura triste y austera. La construcción databa de 1629. Richelieu había modificado los planos varias veces. Quiso conservar algunas partes del palacete de Angennes, rediseñó otras y el resto lo dejó en manos de los arquitectos. El resultado final era un disparate, un edificio sin gracia y, por añadidura, incómodo para sus ocupantes.

El porche de entrada daba a la calle Saint-Honoré, que se ensanchaba en una plazuela delante de un puesto de guardia de donde salía la calle Saint-Thomas-du-Louvre. Allí era donde las visitas dejaban sus vehículos o sus caballos. Traspasada la puerta de entrada, se accedía a un primer patio, y a continuación a otro, porticado, en cuyas jambas había esculpidas anclas y proas de barcos, recordando a todos que Richelieu también era superintendente de marina.

Las arcadas sostenían un piso adornado con columnas dóricas y, a cada lado, una elegante galería cubierta, la única parte del palacio que se podía considerar hermosa.

Al entrar en el primer patio interior, Louis se sintió perdido en medio de una barahúnda de coches, carrozas, equipajes, mulas y caballos. Decenas de mosqueteros, arcabuceros o arqueros vigilaban las entradas y salidas. Un tropel de magistrados, oficiales, empleados y gentileshombres —los únicos vestidos con trajes multicolores— iba y venía sin cesar. A aquella actividad febril se sumaban algunos pasantes,

prelados y otros miembros de la Iglesia.

Toda aquella gente trabajaba allí o acudía a recibir órdenes. El palacio se había convertido en el centro de poder en Francia. El Louvre o el castillo de Saint-Germain quedaban reservados para residencia de la familia real.

Perdido en medio de aquella multitud, Louis abordó a un mosquetero que llevaba el uniforme del cardenal y le preguntó cómo podría hacer llegar un correo urgente a Su Eminencia. El guardia, servicial, le hizo una seña para que lo siguiese. Subieron por una de las largas escaleras de acceso a una galería. El hombre subía muy rápido, en medio de un desagradable ruido metálico de espuelas y entrechocar de armas. No dudaba en empujar de muy malos modos a todos cuantos encontraba a su paso, sobre todo si eran empleados. Su actitud no dejaba lugar a dudas: un mosquetero del cardenal tenía aquí plenos derechos.

Finalmente, el espadachín lo condujo ante su teniente, que estaba indolentemente arrimado a una balaustrada, charlando con un grupo de gentileshombres suntuosamente ataviados.

El mosquetero miró a Louis con cierta arrogancia no exenta de amabilidad. Con una mano alisaba las guías de sus largos mostachos y con la otra manoseaba su cinturón, del que colgaba una espada a la española de tamaño descomunal. Los hombres interrumpieron la conversación a la espera de que Louis justificase su osadía.

—Soy notario —dijo al teniente— y debo hacer llegar una carta urgente y confidencial a Su Eminencia. Espera este correo con impaciencia. ¿Podéis encargáros de ello? O, en caso contrario, ¿sabéis a quién puedo entregarla?

—¡Desde luego! Dádmela y yo me ocuparé —le aseguró el oficial emitiendo un suspiro—. Amigos míos —añadió, dirigiéndose a sus interlocutores con voz cansada—, ¡el deber me llama, nos veremos esta tarde!

Se irguió y Louis le entregó la carta. El teniente se hizo cargo de ella y se alejó, seguido por la mirada inquisitiva de Louis. Por fin, cuando tuvo la seguridad de que su correo llegaría a su destinatario, regresó a la notaría.

Ahora sólo quedaba esperar.

Pero dejemos allí a nuestro amigo y, sin salir del Palacio del Cardenal, entremos un momento en el amplio despacho de Richelieu.

El cardenal estaba sentado ante su espaciosa mesa de trabajo. El prelado, de cincuenta y seis años, extremadamente delgado a causa de la enfermedad y las intensas jornadas de trabajo a las que se sometía, aparentaba veinte más. Sus cabellos ralos estaban completamente blancos y los huesos le sobresalían bajo la apergaminada piel de su rostro. Unas semanas más tarde, Philippe de Champagne pintaría el conocido retrato que muestra al ministro con aspecto cadavérico.

Richelieu sabía que los franceses lo odiaban y no se sentía orgulloso de ello, pero

los objetivos que se había fijado primaban sobre una popularidad que, pese a todo, le habría gustado.

¿Cuáles eran los deseos de Armand du Plessis, primer ministro del reino?

Uno de sus adversarios, el duque de la Rochefoucauld, nos lo ha explicado con claridad:

El cardenal poseía una mente aguda y penetrante, el humor agrio y difícil... quería imponer la autoridad del rey y la suya propia para derrotar a los hugonotes y a las grandes casas del reino, para atacar después a la casa de Austria y humillar su temible poder.

En efecto, Richelieu se había propuesto tres objetivos: derrotar al partido hugonote para evitar el repunte de la guerra civil, aplastar a los grandes de Francia — es decir, a la alta nobleza— que preferían un reino en caos permanente, y, por último, sustituir en Europa la hegemonía de los Borbones por la de los Habsburgo.

Estos objetivos habían variado muchas veces, y en ocasiones incluso eran completamente contradictorios. Así, para derrotar a los Habsburgo, el cardenal había tenido que apoyar la Reforma en Europa y, por lo tanto, ¡respaldar en ciertas ocasiones al partido hugonote en Francia!

Sin embargo, en 1641, la derrota militar de los protestantes franceses era un hecho. Richelieu los aplastó en La Rochelle (1628), y más tarde en las Cévennes (1629). Con todo, y pese a sus victorias, el cardenal no deseaba la desaparición de los reformados y les concedió libertad de culto mediante la paz de Ales. Por otra parte, el duque de Rohan, el prestigioso cabecilla de los hugonotes, pese a haber sido condenado a muerte por el Parlamento de Toulouse, obtuvo el perdón a condición de que abandonase Francia.

Instalado en Venecia, el duque se alió con el ministro para sublevar a los protestantes del Tirol en favor de Francia. Halló la muerte al servicio del cardenal durante la batalla de Rhinfeld. Tras aquella honrosa muerte, a nadie se le habría ocurrido negarles a los protestantes franceses su lugar en el reino.

Pero los nobles, duques, pares y príncipes de sangre no habían corrido la misma suerte. Algunos, como Montmorency, fueron decapitados (en el sentido literal del término); otros, como Vendôme, tuvieron que exiliarse, y finalmente, otros como el príncipe de Conde, volvieron al redil. Quedaba la facción de Soissons, Bouillon y los Guise, de los que ya hemos hablado. Y, desde luego, monseñor, el hermano del rey, que, por suerte ahora, estaba quieto.

Gaston Jean-Baptiste, duque de Orleans, parecía el polo opuesto de su hermano. Protector de artistas y escritores, era el mecenas del reino, un benefactor de las artes que, al contrario que Richelieu, nunca pedía nada a quienes estaban bajo su protección.

Aristócrata cultivado y agradable, tenía un carácter dulce y bonachón, como se desprende de esta anécdota: uno de sus cortesanos le dijo que acababan de robarle el

reloj, y le propuso que registrasen a todo el mundo para encontrar al culpable. Entonces, el duque dijo a todos los presentes: «¡No, por Dios! ¡Marchaos enseguida, si el reloj empieza a sonar, cogerán al ladrón!».

Pero aquel hombre amable, al que nada gustaba más que dar paseos por el parque de su castillo de Luxemburgo silbando y luciendo sus gafitas rosas, era también un hombre débil.

Por tedio y melancolía, conspiraba regularmente contra su hermano, y luego buscaba su indulgencia denunciando o abandonando a sus cómplices, que, por lo general, acababan decapitados. ¡Gaston se arrepentía sinceramente de aquel derramamiento de sangre y pedía una y otra vez perdón a su hermano!

Tras la muerte de su esposa en el parto de su hija, la futura Gran Señorita^[27], quiso contraer matrimonio con Marie de Gonzague. Sin embargo, cambió de opinión en el último momento y se casó inesperadamente, sin el consentimiento del rey, a raíz de lo cual ambos hermanos se enemistaron.

El único príncipe de sangre real fiel a Richelieu era Enrique de Condé, hijo del primo de Enrique IV. En la Corte le llamaban «el príncipe».

Este Borbón era un libertino cruel y rapaz. Había muy poca gente que no lo odiase. Sobre sus orígenes pesaban serias dudas, pues decían que era hijo de un paje con el que su madre había tenido algunas atenciones. Por su parte, el príncipe había afirmado hacía tiempo que el divorcio de Enrique IV y la reina Margot no era válido y que, por lo tanto, él, legítimo heredero de los Borbones, era también el legítimo heredero al trono de Francia.

Encarcelado varias veces por conspiración, se une finalmente al rey y, en el momento de nuestra historia, acababa de entrar en la familia de Richelieu, ya que su hijo, el duque de Enghien —el futuro Gran Condé—, había contraído matrimonio con una plebeya, la sobrina del cardenal, Claire-Clémence de Maillé-Brézé.

En realidad, el príncipe de Condé se había vuelto pragmático con los años al darse cuenta de que Luis XIII, cuya salud era frágil, moriría pronto, dejando a dos hijos todavía jóvenes. Si sufrían un accidente, su hijo Enghien se convertiría en rey, ya que monseñor no tenía hijos varones.

Así pues, sólo era cuestión de esperar. Es más, le interesaba luchar al lado de Richelieu contra los otros grandes del reino, y en particular contra Soissons, que también era un Borbón y un temible pretendiente al trono.

Pero volvamos ahora al despacho de Richelieu, en el que se hallaba el cardenal leyendo una carta junto con Léon Bouthillier, su secretario de Estado —Bouthillier era el hijo menor de un viejo amigo del ministro—, y, en un rincón, discreto y en silencio, Denis Charpentier, su secretario particular, llamado *de la main*^[28], encargado de escribir el correo de Richelieu.

La variopinta y barroca coalición de los protestantes Soissons y Bouillon con el

católico Guisa provocaba pesadillas al ministro. Además, sobre la mesa del cardenal había un ultimátum dirigido a Soissons, listo para ser firmado y enviado. La orden terminante, redactada por Léon Bouthillier, conde de Chavigny, conminaba al conde a dejar Sedán y regresar a Francia.

Armand du Plessis estaba leyendo un correo que le había enviado el arzobispo bígamo por el que le comunicaba que no pensaba renunciar a sus mujeres ni a su título episcopal ni a sus rentas eclesiásticas.

Cuando terminó de leer la carta, Richelieu cogió otra que le tendió Chavigny. Ésta procedía de Sedán. Al finalizar su lectura, el Gran Sátrapa, en un acceso de ira, arrojó el papel al suelo, con un rictus malévol.

—¡Así que Bouillon quiere la guerra! ¡Pues la tendrá! Y, por lo que respecta a Guisa, lo haré ejecutar públicamente si no renuncia. ¡Y Soissons lamentará no haber entrado en mi familia como su primo Condé!

Ya hemos hablado de la duquesa de Aiguillon, señora de Combalet, sobrina de Armand du Plessis y su amante ocasional. Richelieu llevaba diez años empeñado en casarla con un príncipe de sangre real, pero no había nadie dispuesto a tal sacrificio, porque la consideraban una beata.

—No disponemos de tropas fiables ni suficientes, Eminencia —observó juiciosamente un impasible Chavigny—. Nuestros mejores regimientos son masacrados al norte del país. Y tampoco tenemos dinero para reclutar nuevas tropas. Desde que habéis puesto al mariscal de Châtillon al mando del ejército contra Bouillon, no hace más que quejarse de falta de medios.

Richelieu se encogió de hombros.

—¡Ya se las arreglará Châtillon, y el dinero no es problema! Si es necesario, cobraremos más impuestos. A primeros de julio debemos estar preparados para derrotar a esos traidores.

—¡Hmm! Una cosa más...

Chavigny dudaba ante la fiera mirada del cardenal. Por fin, reunió el suficiente valor y simuló hablar consigo mismo mirando fijamente a la pared que tenía enfrente.

—Châtillon, sin duda, es valeroso, pero ¿es el hombre que nos conviene? Soissons y Bouillon son unos brillantes estrategas.

Chavigny ponía el dedo en la llaga.

Gaspard de Coligny, hijo menor del almirante y mariscal de Châtillon, era un hombre indeciso y veleidoso, un general mediocre e imprevisible, excepto cuando se trataba de sitiar ciudades o plazas fuertes, su especialidad. Era un optimista incurable, sobre todo en la derrota, su vieja camarada; hombre eternamente pagado de sí mismo, estaba convencido de que la suerte acabaría siéndole favorable, como había ocurrido (muy pocas veces) en el pasado. Todos estaban convencidos de que frente a Soissons, intrépido capitán admirado por sus tropas, no daría la talla.

—¡Es el único que tenemos! —bramó Richelieu, con los ojos fuera de las órbitas—. Châtillon sabrá cumplir con su deber y, si fracasa, ya sabe el castigo que le

espera. ¡Jamás perdono a los traidores!

Chavigny no insistió. El cardenal no dudaba en emprenderla a puñetazos con sus ministros cuando le llevaban la contraria. En una ocasión había llegado a atacar a Bullion, el superintendente de Hacienda, con unas tenazas al rojo vivo, gritando: «¡Voy a estrangularlo!».

Chavigny, aunque todavía era joven, ya no tenía edad para recibir golpes. Y además, era la elegancia personificada, y el Gran Sátrapa podría estropearle el traje de seda que tanto dinero le había costado.

Pensó con tristeza en el pobre Châtillon. Richelieu no amenazaba en vano: cinco años antes, el comandante de la plaza fuerte de Corbie se había visto obligado a rendirse a un enemigo muy fuerte. El cardenal lo condenó a ser descuartizado vivo y él y su familia fueron desposeídos de sus títulos de nobleza. No contento con eso, arrasó su casa y confiscó sus bienes.

Armand du Plessis cerró los ojos un momento. Sabía que Châtillon no era un buen general, pero no tenía otros. ¡Estaba harto de tener que tomar siempre las decisiones! ¡Todo el mundo estaba contra él, y eso resultaba agotador! Incluso parecía haber perdido el favor del rey.

Tras un largo silencio, el purpurado prosiguió:

—Mis espías me han advertido de que Bouillon y Soissons van a recibir tropas imperiales, con un nutrido contingente de españoles. Os lo repito una vez más: ¡Debemos estar preparados!

En realidad, los espías no eran otros que monseñor, que informaba en secreto al ministro.

En ese momento, sonaron unos golpes. La llamada procedía de una puerta minúscula que había en un extremo de la pieza. Charpentier fue a abrir enseguida. El secretario salió un momento, y entró al cabo de poco tiempo. Richelieu lo miró irritado, alzando las cejas inquisitivo.

—¿Qué ocurre ahora?

—Una carta, Eminencia. La persona que la envía ha dicho que es urgente —respondió Charpentier con tono neutro—. Un notario, creo.

—Ya nos ocuparemos de ello más adelante —replicó el cardenal, iniciando un ademán que no terminó.

Súbitamente, su mano se inmovilizó y se le vio cambiar de opinión, mirando a Charpentier de un modo extraño.

—¿Notario, habéis dicho? ¡Dadme esa carta, rápido!

Se la arrebató de las manos, la abrió y procedió a su lectura. En la pieza volvió a reinar un pesado silencio. Todos los presentes se habían percatado de la transformación que había sufrido el rostro del Gran Sátrapa.

Cuando hubo leído la carta, el amo de Francia alzó la vista y miró primero a Chavigny y luego a Charpentier con una expresión de incredulidad rayana en la demencia. Sus manos huesudas temblaban. De repente, pálido de rabia, con una voz

ronca, irreconocible, dijo a Charpentier:

—¡Que venga Rochefort inmediatamente!

El secretario salió en el acto, muerto de miedo. En cuanto a Chavigny, conocía muy bien los accesos de furia del cardenal y se abstuvo de intervenir o preguntar nada. Se quedó quieto, sin respirar, observando a Richelieu por el rabillo del ojo. Con las manos unidas sobre la carta, el Gran Sátrapa parecía meditar.

Al cabo de unos minutos espantosamente largos, entró Rochefort. Fue como si entrase un herrero en la estancia: de su cintura colgaban diversas armas que, al entrechocar, armaban un estruendo terrible. Vestía de negro de la cabeza a los pies. El cardenal, todavía pálido, lo miró de un modo extraño. Sus ojos centelleaban con un brillo feroz y un rictus espasmódico hacía temblar su labio superior. Sin decir palabra, le tendió la misiva. Rochefort la leyó en voz alta:

Monseñor:

Me siento extremadamente confuso al enviaros esta carta, pero la situación en la que me habéis puesto me obliga a ello. Alguien ha entrado en nuestra notaría desde la casa vecina y ha robado ciertos documentos. La investigación policial ha demostrado que el contrato de alquiler de la casa había sido firmado esa misma mañana ante el señor notario Bellechasse. He obtenido una copia de dicho contrato. El arrendatario no ocultó su identidad: se trata del señor Rochefort, gentilhombre de Vuestra Eminencia. El mismo Rochefort que me escribió y firmó la confesión cuya copia os adjunto. Declara que asesinó, por orden vuestra, a un lacayo del señor de Rambouillet. Por ello, monseñor, suplico humildemente a Vuestra Eminencia tengáis a bien devolvernos dichos documentos, cuya propietaria es la señorita de Lorme, a la que le serán devueltos. Si no lo hacéis antes del mediodía, las copias de todos estos documentos serán enviadas al señor Omer Talon, abogado general del Parlamento, así como al canciller Séguier, al duque de Orleans y al propio rey, que se enterará de unos hechos sobre los que no se le ha querido informar hasta el momento.

En el deseo de que Vuestra Eminencia, prefiriendo la tranquilidad a la ventaja contra el señor de Cinq-Mars, evite la cólera del rey, que sólo puede perjudicarnos, quedo, Eminencia, vuestro más humilde y seguro servidor.

Louis Fronsac, notario del Grand-Châtelet.

En la pieza volvió a reinar un silencio opresivo. Finalmente, Richelieu miró a Rochefort y, con un desprecio infinito, exclamó:

—¡Inútil!

Rochefort no respondió. El cardenal prosiguió, con rabia:

—¡Tenía todos los cabos atados! ¡Effiat estaba vencido! ¡Y un notario de tres al cuarto me da jaque mate!

—Detengámosle —replicó Rochefort, muy tranquilo, con la mano sobre uno de los cuchillos que le colgaban de su pecho. En menos de una hora, lo encerraré en La Bastilla. Y dentro de tres días, nadie se acordará de él.

—¡No! ¡No! ¡Ya habéis cometido demasiados errores! Es a vos a quien habría que encerrar en La Bastilla.

Fuera, había descargado la tormenta. Los truenos hacían temblar los cristales de palacio y los relámpagos iluminaban intermitentemente la estancia. Aquel tremendo espectáculo produjo un efecto tranquilizante en el amo de Francia. La violencia de los elementos mitigó su ira. Respiró hondo varias veces. Al cabo de unos minutos, recuperado por completo, esbozó una sonrisa ladina y tomó otra vez la palabra:

—¡No siempre se puede utilizar la fuerza! ¡Ese notario tiene todas las bazas a su favor! De acuerdo, perdí esta mano, pero la partida no ha hecho más que empezar. ¿Quiere devolverle los documentos a Marion de Lorme? ¡Pues muy bien! Que se los devuelva, porque robárselos a ella será pan comido para nosotros.

Al cabo de un rato, añadió en voz baja:

—Pero, en lo sucesivo, debemos mantener alejado a Fronsac.

El cardenal dirigió una mirada escrutadora a Charpentier.

—Comprobad si Laffemas sigue aquí.

Charpentier dio media vuelta y se fue.

Esa misma mañana, Richelieu había mantenido una conversación con el lugarteniente civil sobre la forma de condenar a Guisa. Tal vez Laffemas se hallase todavía en palacio.

El primer ministro prosiguió su conversación con Rochefort, que no se había movido del sitio:

—Ya que estáis aquí, hablemos de los otros asuntos que nos conciernen. ¿Cómo va lo de Fontrailles?

En efecto, Rochefort se encargaba de vigilar al jorobado, sospechoso de facilitar la alianza entre los rebeldes de Sedán con el marqués de Cinq-Mars y el duque de Orleans.

—Un emisario de Soissons se puso otra vez en contacto con Cinq-Mars por medio de Fontrailles. Pero, por lo visto, Don Mayor se niega a unirse a su complot. ¡Prefiere que siga reinando el monarca actual y ocupar un día vuestro puesto! —añadió, riéndose.

Richelieu hizo caso omiso del comentario. Los conjurados de Sedán habían planeado derrocar a Luis XIII, y eso, evidentemente, no convenía a Cinq-Mars.

—Guardaos vuestras opiniones para vos. Cinq-Mars conseguirá aliar a esos imbéciles, y, cuando eso ocurra, los aplastaré a todos. Seguid vigilando. También quiero saber si la reina y Marie de Gonzague forman parte del complot.

Gaston d'Orleans ya me tiene al corriente de todas las ocasiones en que se ha

reunido con ellos.

Rochefort sonrió burlescamente. Sabía cuánto despreciaba Richelieu al hermano del rey, traidor a todas las causas a las que se había adherido.

En ese momento, entró Laffemas con su habitual expresión severa.

Isaac de Laffemas pertenecía a la baja nobleza. Su padre había sido ayuda de cámara de Enrique IV. Primero actor y después abogado, más tarde procurador del rey y magistrado, en 1639, por último, se había convertido en lugarteniente civil tras haber demostrado sus dotes como administrador de justicia. Tenía cincuenta y cinco años y concitaba el odio de todos. Estaba entregado en cuerpo y alma al servicio del cardenal, y las malas lenguas decían que se alimentaba de sangre.

El verdugo de Richelieu, sobrenombre por el que era conocido, estaba encantado con aquella falta de popularidad: un hermoso día, antes de asistir a una ejecución, dijo: «¡Bonito día para ahorcar a alguien!».

Pero a pesar de aquellos defectillos, era un policía eficaz y competente.

Richelieu se volvió hacia él.

—¿Conocéis a un tal Gaston de Tilly, oficial de policía municipal?

—Sí, Eminencia —replicó Laffemas sorprendido—. Es un joven oficial, brillante y con mucho futuro. Está conmigo en el Grand-Châtelet. Nunca deja un asunto sin resolver. A veces llega a ser molesto. Es el hijo pequeño de la familia y éste es el único empleo que ha podido conseguir, pero todo el mundo lo aprecia por su eficiencia y su conocimiento del derecho.

—¿Eficiente? —Armand du Plessis hizo un gesto despectivo—. ¿Y cómo podemos librarnos de él?

La pregunta, salida de los labios del Gran Sátrapa, sonó brutal, seca y, sobre todo, mortal. Laffemas se quedó tan desconcertado que farfulló:

—Eso... creo que es imposible..., mon... monseñor, Tilly es muy conocido. Y... no hay nada que reprocharle. Detenerlo sería un escándalo. El... Parlamento, sin duda, intervendría, así como los regidores municipales. ¡El asunto incluso podría llegar hasta el rey!

Ahora, el cardenal miraba pensativamente a Laffemas, tableteando con impaciencia sobre la mesa.

—Está bien —admitió—. Por suerte, hay muchas maneras de librarse de una persona molesta. Necesito información sobre Gaston de Tilly: quiénes son sus padres, sus estudios, su posición. Averiguadlo y volved dentro de una hora.

Laffemas se inclinó y salió, seguido de Rochefort, a quien Richelieu había hecho una seña para que se fuera. El cardenal siguió trabajando con Chavigny y Charpentier.

Un poco antes del mediodía, el teniente de mosqueteros que Louis había visto en el Palacio del Cardenal entraba en el despacho de Pierre Fronsac, en donde también se hallaba Louis. El hombre los saludó con respeto. Su actitud hacia Louis Fronsac había cambiado radicalmente y ahora lo miraba con la consideración que merece un

hombre que trata de igual a igual con el Gran Sátrapa. Tendió al notario un paquete junto con una carta lacrada con el sello del cardenal, cuyo contenido era el siguiente:

*Señor,
No sé cómo ni por qué estos papeles han llegado a mi gabinete. Puesto que son vuestros, os los devuelvo.
París, 20 de mayo.*

*Armand du Plessis,
cardenal de Richelieu.*

Pierre Fronsac cerró los ojos emitiendo un hondo suspiro de alivio y dando, en su fuero interno, gracias a Dios. ¡Ayer no estaba muy convencido de que la estrategia de Louis funcionase!

Pese a todo, habían ganado. Tendió la nota a su hijo, que ya había adivinado su contenido. Abrió rápidamente el paquete que contenía las cartas. Evidentemente, el cardenal las había leído, pero, ¿qué importancia podía tener eso?

El teniente se despidió y Louis contempló de nuevo los documentos de Cinq-Mars.

—Padre, ¡estos documentos no deben permanecer aquí ni un minuto más! Le pediré a Nicolás que vaya a ver si la señorita de Lorme está en casa y, si es así, iré a llevárselos inmediatamente, escoltado por los hermanos Bouvier.

Dos horas más tarde, los documentos eran devueltos a Marion a cambio de un comprobante firmado.

Cuando hubo vuelto de casa de la cortesana, Louis se sintió liberado de un peso infinito. Ahora estaba tranquilo.

La tormenta había pasado y en el cielo volvía a brillar el sol. «¿Por qué no ir a ver a Gaston? —se preguntó—. ¡Me queda de camino y podríamos ir juntos a beber una botella de vino a una taberna!» Rodeó el Louvre y se encaminó hacia el Sena, que cruzó para ir al Grand-Châtelet.

Al finales del siglo XVI, los muelles, tal como los conocemos hoy en día, no existían prácticamente. Al río se accedía por torrenteras invadidas por las aguas cuando llovía. A orillas del río habían sido construidas innumerables casuchas que a cada tanto se inundaban y eran arrastradas por las crecidas. Para evitar tales desastres y facilitar la carga y descarga de los barcos, Enrique IV, y más adelante el rey actual, habían iniciado la construcción de diques de sillares, sobre todo a lo largo del Louvre hasta el Châtelet. Louis se internó por uno de aquellos caminos en obras.

No tenía prisa y dejaba que el caballo, que iba al paso, lo llevase, observando lo que sucedía a su alrededor, sin ninguna finalidad concreta ni apremio. En las orillas

del río reinaba una actividad febril: los aguadores llenaban sus cántaros; barcos de todas formas y tonelajes descargaban carbón, forraje, grano o barricas; las carretas que se alejaban rechinando iban atestadas de mercancías o materiales, y las que volvían lo hacían vacías.

Todo el mundo estaba atareado: marineros, oficiales, funcionarios, vendedores, menesterosos, mendigos, canteros y albañiles, aprovechando que el buen tiempo había llegado de nuevo.

Colándose dificultosa y lentamente en medio del bullicioso gentío, Louis llegó por fin al Grand-Châtelet.

Tras dejar el caballo en el patio, subió la escalerilla por la que se accedía al despacho de Gaston. Su amigo no estaba allí. Louis bajó al primer piso, donde había, ya lo hemos dicho, una amplia galería en la que podría preguntar. Nada más llegar al corredor, vio a su amigo saliendo de una de las piezas que comunicaban con el gran vestíbulo. Le hizo una seña, pero el oficial de policía ya lo había visto y fue a su encuentro con la preocupación reflejada en el semblante.

—Subamos a mi despacho —le dijo Gaston—. ¡Tengo graves noticias que comunicarte!

Cuando estuvieron dentro, con la puerta bien cerrada, Gaston siguió hablando, tendiéndole un pliego a su amigo:

—Laffemas me mandó llamar para que acudiese a su despacho. Me ha dado este documento de parte de Su Eminencia.

Louis cogió la carta y la leyó:

Señor,

Me han hablado de vuestra persona con tanto aprecio que he propuesto a Su Majestad que os recompense. Así pues, Él os ofrece, pagando de su bolsillo, un cargo de teniente en el nuevo cuerpo que está formando en este momento el mariscal de Châtillon. Os adjunto vuestro nombramiento. Debéis incorporaros de inmediato a vuestro puesto.

París, 20 de mayo.

*Armand du Plessis,
cardenal de Richelieu.*

—¡Felicidades! —le dijo Louis sinceramente, ¡un cargo de teniente ofrecido por el rey! Es un cargo de veinte o treinta mil libras como mínimo. ¡Serás un hombre rico!

Pero Gaston lo miraba disgustado, con una expresión de ansiedad dibujada en el rostro.

—Tal vez, pero tengo la impresión de que es un modo sutil de mantenerme alejado de París mientras el cardenal trama algo contra ti.

Louis se alzó de hombros.

—Escucha, he recuperado los documentos y se los he devuelto a la señorita de Lorme. ¡No arriesgo nada, y tú tampoco! Creo sinceramente que Su Eminencia se ha dado cuenta de que no teníamos nada que ver en este asunto. Y seguramente es su manera de disculparse.

—El nerviosismo de Laffemas cuando me dio la carta y el nombramiento me hacen dudar de tu explicación; además, ha ocurrido algo imprevisto: ¡Belleville ha sido asesinado esta noche!

Louis se quedó desconcertado durante unos instantes.

—¿Belleville muerto? Pero ¿por qué? ¿Quién iba a desear su muerte?

Luego añadió, con algo de inquietud:

—¿Y a su hija, le ha pasado algo?

Si se tratase de un crimen crapuloso, luego de desvalijar la casa, como suele suceder, la hija de Belleville sufriría los peores ultrajes.

Gaston le tendió el memorándum que acababa de redactar.

—Está todo escrito ahí. Ha sido su hija, precisamente, quien ha descubierto el cadáver esta mañana. Por suerte, la joven pasó la noche en casa de su tía; de lo contrario, habría corrido peor suerte. Belleville fue degollado, después de ser torturado atrocemente. Su tienda fue registrada y saqueada.

—¿Pero, quién? ¿Quién ha podido cometer semejante crimen? Richelieu no tenía ningún interés en esa muerte, ni siquiera Cinq-Mars. Por otra parte, los dos saben quién tiene ahora los documentos...

—Yo opino lo mismo. Es algo incomprensible. Pero ahora eso ya no es asunto mío.

Gaston metió unos documentos en un cofre y otros en una cartera de cuero negro. Louis lo miraba hacer en silencio, desconcertado. Trataba de reconstruir las piezas del rompecabezas que faltaban. Si Belleville había sido torturado, era muy probable que hubiese hablado antes de morir. Por lo tanto, quien hubiera cometido el crimen sabía a quién dirigirse para encontrar los *Anales*. ¿Quién era el responsable de esta muerte? Por más que tratase de convencerse de que era imposible, Louis lo había adivinado.

Bruscamente, Gaston lo sacó de sus pensamientos apretándole el brazo:

—Esta tarde iré a reunirme con el señor Châtillon. Pase lo que pase, te escribiré. Pero, ya que no voy a trabajar más aquí, te acompaño, de camino paramos en alguna taberna y me cuentas cómo has pasado este bonito día. Mañana estaré en el ejército.

Para olvidar los extraños sucesos que habían vivido, se dirigieron a la taberna de la *Croix de Lorraine*, lugar donde se encontraban habitualmente los hombres de letras y de teatro.

Al día siguiente, Louis acompañó a Gaston hasta su regimiento, que estaba acampado al norte de las murallas de París.

Gaston había dejado la ciudad la víspera y, el miércoles por la tarde, vestido con un traje de raso que le había costado cincuenta libras, medias de seda, una camisa limpia con sus lacayos negros perfectamente anudados y calzado con unas botas de piel de vaca, Louis se dirigió en una carroza conducida por Nicolás al palacete de Rambouillet.

No podía permitirse el lujo, como hacían otros, de llegar completamente embarrado y cambiarse de zapatos y medias allí mismo.

El patio del palacete estaba atestado de coches y caballos. En la residencia ya reinaba una gran animación cuando lo introdujeron en la cámara azul. Una vez allí, la sorpresa lo paralizó impidiéndole dar un paso: nunca había visto el vasto salón tan lleno de gente.

Louis buscó con los ojos a la marquesa, que no parecía encontrarse allí; sin duda, descansaba en su oratorio. Solía aparecer al final de la velada.

Mesas y viandas habían sido dispuestas contra las paredes y una gran cantidad de criados ofrecía a los invitados frascos y cubiletes llenos de clarete de Bezons o vino de Beaune.

Louis se acercó a saludar al marqués de Rambouillet, que estaba conversando con el marqués de Montausier y con Chapelain. El hijo del notario, ahora hombre de letras, hizo como si no conociese a Louis, molesto por la presencia de otro miembro del notariado.

Fronsac se alejó entonces en dirección a los dos grupos de jóvenes ruidosos que llamaron su atención.

El primer grupo era conocido como «La banda de los señoritos», cuyo cabecilla era Louis de Borbón, duque de Enghien, hijo del príncipe de Conde. El duque estaba precisamente allí rodeado de todos ellos.

Louis lo observó a hurtadillas, pues sólo lo había visto una vez. El duque tenía veinte años. De su rostro sólo destacaba una nariz ganchuda que le confería un perfil de buitres. Enghien era horrorosamente feo y estaba orgulloso de ello. Aquella tarde lucía una sonrisa que era al mismo tiempo desdeñosa y melancólica, pero, al fin y al cabo, una sonrisa de depredador.

Louis sabía que había recibido una educación propia de un rey en el colegio de Santa María, con los jesuitas de Bourges, que hablaba y escribía en latín como un clérigo, que podía leer y comprender cualquier tratado de matemáticas o de filosofía y que acababa de salir de la Academia militar real.

Sin embargo, pese a su sabiduría, Enghien había sido refractario a una enseñanza fundamental: la moral. Si bien el duque era cultivado, inteligente y perspicaz, también era arrogante, brutal, orgulloso y, sobre todo, libertino.

Proclamaba a gritos que no creía en Dios ni en el diablo y se consideraba un ser superior. Todo en él revelaba ya el gran general que llegaría a ser, pero ¡ay!, en

ocasiones, de pésimas causas.

El año anterior había estado al mando de la toma de Arrás, hecho que no había dejado dudas de que un día Francia y su rey deberían contar con él.

Sin embargo, pese a sus éxitos y su arrogancia, hacía varias semanas que el hijo del príncipe de Condé no era más que la sombra de sí mismo. Exactamente, desde que lo habían casado, en contra de sus deseos, con la sobrina de Richelieu: Claire-Clémence de Brézé, persona enfermiza, demasiado fea para su gusto y, según decían, rematadamente tonta.

Para el joven duque, nieto de San Luis, que ya soñaba con reinar en Francia, semejante casamiento con una plebeya, la hija de un picapleitos, era más que una humillación: era una afrenta a su origen.

¡Una vejación, por cierto, que reportaba más de medio millón de escudos a su padre!

Y además, el corazón de Enghien ya tenía dueña: estaba locamente enamorado de la hermosa Marthe du Vigeant, amiga de su hermana y de Julie d'Angennes.

Para consolarlo, todos sus amigos habían acudido desde las fronteras del norte con ocasión de la festividad de Santa Julia, pero ni todas sus burlas y sus chascarrillos lograban sacarlo de su melancolía.

Junto a él y al duque de Nemours se hallaban el príncipe de Marcillac, el marqués de Pisany —hijo de la señora de Rambouillet—, el marqués de Andelot —hijo del mariscal de Châtillon—, así como su hermano Coligny. También estaba el encantador Chabot, futuro heredero de los Rohan, y La Moussaie, su ayuda de campo, así como Henry de Grammont y Louis de Saboya. Y había otros que Louis no conocía.

Todos ataviados con sus trajes más lujosos. Los jubones eran de fina piel de gamuza con pasamanería de oro y calzas de seda color marfil, carmesí o violeta, calzados con grandes botas con vuelta de cuero de Rusia. Las camisas, que sobresalían de la cintura de los jubones, estaban adornadas de lacayos multicolores.

Louis examinó su indumentaria y experimentó un repentino sentimiento de vergüenza. No podía mezclarse con aquellos jóvenes. No pertenecía al mismo mundo que ellos.

Entonces se dio la vuelta y un grupo de muchachas jóvenes atrajo su mirada: era la pandilla de las damiselas dirigida por la hermana del duque de Enghien: Anne-Geneviève de Borbón. Era la primera vez que Louis la veía. Se acercó y, durante un instante, no pudo apartar su mirada de la joven, tan hermosa le pareció.

El amante oficial de Geneviève había sido durante mucho tiempo el joven duque de Beaufort, hijo mayor del duque de Vendôme. El heredero de los Vendôme, bello como un dios y tan valiente como Enghien, habría podido ser un buen partido, pero la desgraciada situación de su familia y los planes hipócritas del cardenal empujaban ahora a la joven a una alianza con los príncipes de Lorena. Se murmuraba que el afortunado sería el viejo duque de Longueville.

La futura duquesa escuchaba con arrobos a Voiture, su autor preferido, leerle un

poema en el cual se burlaba de los andrajos con los que se vestía Chapelain. Todos rompieron a reír a carcajadas cuando terminó la lectura y Louis se sumó a la hilaridad general. Chapelain, famoso por su sórdida tacañería, era objeto de irrisión permanente.

Junto a Geneviève, Louis vio a Marthe du Vigeant y a la mordaz Isabelle-Angélique de Montmorency, prima de Enghien, que se casaría —unos años más tarde— con Andelot y se convertiría así en duquesa de Châtillon. En este grupo, la riqueza de los trajes era todavía mayor que en la pandilla de las damiselas. Sobre el satén de los vestidos había profusión de encajes y pasamanería de diamantes, los refajos eran de tafetán y seda recamados de oro y plata, los verdugados remataban en puños coloreados y los pechos, ampliamente escotados, estaban cubiertos de joyas y perlas.

El silencio se hizo bruscamente.

La señora de Rambouillet acababa de entrar en la cámara azul, seguida de las dos Julie, hija y sobrina. Los señores de Rambouillet y de Montausier se acercaron a la primera, a la que adoraban, uno como hija y el otro como futura esposa.

Julie d'Angennes tenía en la mano un librito forrado de tafilete escarlata. La joven hizo un gesto que pretendía ser gracioso y dijo en tono insulso dirigiéndose a los dos hombres y al resto de la concurrencia:

—Doy las gracias a todos los que me han dedicado sus versos.

Montausier no ocultó su decepción. Habría deseado más calor, algo más de entusiasmo, si no de amor. Porque era él quien acababa de ofrecer el libro a Julie. Se trataba de un ramillete de sesenta y seis madrigales, escritos por los habituales del palacete de Rambouillet: Maleville, Chapelain e incluso Scudéry. Y, claro está, Montausier y el padre de Julie.

El trabajo había supuesto años de esfuerzo y la miscelánea había sido bautizada como *La guirnalda de Julie*.

A pesar de lo parco de sus agradecimientos, Julie d'Angennes se sentía visiblemente halagada, pero no deseaba mostrarlo en público. El príncipe de Marcillac, tomándole las manos entre las suyas, declamó un extracto en voz alta con profusión de reverencias:

*Permitid, Julie esplendente,
mezclar mis vivos colores
al de las extrañas flores
con que adornáis vuestra frente.*

Durante aquel tiempo, Louis había podido acercarse discretamente a Julie de Vivonne, que se había mantenido apartada. Celebraba también su onomástica, desde luego, puesto que se trataba de la festividad de Santa Julia, pero la joven sabía que los asistentes sólo habían venido por la *princesa* Julie. La tomó gentilmente del brazo y la condujo junto a Voiture.

El poeta se mantenía alejado de los aduladores de Julie d'Angennes porque no habían pedido su opinión para la elaboración de la *guirnalda*. Solo en un rincón, disimulaba mal su disgusto y su amargura.

—¡Poetastro! —soltó entre dientes cuando Marcillac hubo concluido su elogio.

Louis estaba molesto y divertido al tiempo, porque no compartía el punto de vista de su amigo. Por suerte, la señora de Rambouillet, que se unió a ellos, lo libró de llevarle la contraria al poeta.

—Mi hija tiene mucha suerte —suspiró—. Me habría encantado recibir un homenaje tan hermoso.

Catherine de Vivonne se había acercado ahora a Louis y, llevándolo aparte, le dijo en voz baja:

—¿Tenéis noticias de nuestro asunto, amigo mío?

Louis, sin alzar la voz, le contó los últimos acontecimientos. Acabó tranquilizándola: sus problemas habían terminado y ya no tenía nada que temer. La marquesa le tomó entonces la mano afectuosamente y se la apretó.

—Gracias, señor, gracias por todo. Os dejo con Julie.

La obra circulaba de mano en mano. Louis también la cogió. Su título era el siguiente:

La guirnalda de Julie, para la señorita de Rambouillet, Julie-Lucine d'Angennes.

El libro estaba decorado con flores, y el frontispicio, constituido por una guirnalda multicolor.

Voiture se acercó, más enfurruñado que antes.

—Palabra de honor que pareces celoso —no pudo evitar susurrarle Louis, sonriendo.

—¡En absoluto!

El poeta adoptó primero una expresión severa, luego de enfado y, finalmente, de indignación. Luego siguió hablando en tono ácido:

—Podría añadir al frontispicio de esta obra lo que Malherbe escribió para completar el título de un poema particularmente malo dedicado al rey: *¡Para limpiarse el culo con él!*

Louis estalló en carcajadas. Voiture, con el rostro empolvado, estaba graciosísimo.

—¿Qué tal la velada en casa de la vizcondesa d'Auchy? —preguntó.

Voiture ahora estaba enfadado.

—Fue grotesca. Asistí a una conferencia sobre Aristóteles declamada por un fatuo ignorante al que al final hubo que mandar callar porque no terminaba nunca. La señora de Auchy es muy vieja, y los que la rodean, también. Me suplicó que volviese, pero me excusé con elegancia: ¡Mi caballo no soporta su cuadra y no quiere volver!

El poeta se alejó para quejarse en otros corrillos y Louis, por fin, se quedó solo

con Julie. Sin embargo, no le pasaban inadvertidas las miradas que algunos de los presentes le dirigían. Los rumores habían corrido como la pólvora. Algunos sabían, sin conocer los detalles, que se había enfrentado al Gran Sátrapa y también a Don Mayor, ¡y seguía vivo! Al día siguiente, algunos lo admirarían y otros preferirían evitarlo.

La gente se iba marchando a medida que avanzaba la velada. Louis también estaba pensando en volver a su casa cuando Julie d'Angennes se acercó a la pareja con aire desdeñoso.

—Prima, ¿puedes dejarme con el señor Fronsac un momento? —preguntó altiva.

Haciendo gala de muy mala educación, y sin esperar respuesta, se llevó a Louis aparte, junto al vano de una ventana.

—Señor —prosiguió la joven, con tono glacial—, siento una gran admiración por vos. Para ser notario, sois valiente, leal e inteligente.

Louis hizo una leve inclinación de cabeza, esperando a que continuase, no sin inquietud.

—Mi madre también os admira mucho. Demasiado, diría yo. Y también mi prima. Pero...

—¿Pero?

—Pero no olvidéis que nuestra posición y nuestros orígenes son muy distintos. Una unión con los Vivonne es imposible. Sin duda sabéis que una prima de Julie ha contraído matrimonio con el señor de La Rochefoucauld. Un príncipe...

Así fue bruscamente llamado al orden Louis: no podía haber una relación duradera entre la hija de un caballero de Vivonne, compañero del duque de Enghien, muerto en Arrás, y el hijo de un notario del Grand-Châtelet. Rojo de vergüenza, no respondió. Julie ya se había alejado sin esperar una explicación que había juzgado inútil de antemano.

Cuando volvía con Julie al encuentro de la señora de Vivonne, con el corazón encogido y humillado, fue abordado por el marqués de Pisany, que salió del círculo del duque de Enghien.

El marqués era de baja estatura, de una fealdad espantosa y ligeramente chepudo. Su nodriza lo había maltratado de niño. Era célebre por su prodigioso valor en combate, y todos se maravillaban porque desconocía el miedo por completo. Sin embargo, era mucho más querido por su bondad e inteligencia, heredadas de su madre. Además, odiaba al cardenal. Esta animadversión era mutua, y Richelieu nunca lo invitaba a ninguna fiesta de la Corte. Como era un gran amigo de Voiture, Louis pensó que le iba a hablar del poeta. Pero no era de eso de lo que quería hablarle.

—Señor Fronsac, mi madre me lo ha contado todo —empezó alegremente—. Sé lo que habéis hecho por mi familia. A mí también me habría gustado desafiar al Gran Sátrapa. A cambio, sólo puedo proponeros una cosa: mi amistad. Os ofrezco mi mano, mis bienes, mi tiempo y mis amigos.

Hizo un gesto en dirección a Enghien, que se apartó y lo saludó con una amistosa

inclinación de la cabeza.

—Queda todo a vuestra disposición. Servíos como y cuando os plazca.

Louis no esperaba oír semejantes palabras. Estaba paralizado por la emoción. Él, un modesto notario plebeyo, ¡amigo del marqués de Pisany! ¡Y del duque de Enghien, un príncipe de sangre real! Decididamente, los hijos de la marquesa no se parecían nada. Estrechó la mano que le tendían, la suya estaba helada. Farfulló:

—Gracias, señor. Tal vez necesite...

—Una cosa más, señor Fronsac —añadió el marqués de Pisany dirigiendo una larga mirada a su prima de Vivonne—, seguid los consejos del señor Corneille...

Louis se quedó desconcertado un buen rato, hasta que Enghien terminó la frase de Pisany, dirigiéndole una afectuosa mirada:

—... Deja actuar al tiempo, a tu paciencia... y a tu rey.

Y tras estas misteriosas palabras, se alejaron.

Louis volvió a reunirse con Julie. Pero no le contó la conversación que había mantenido con su prima de Angennes, pues, observando el aspecto melancólico de la joven, comprendió que era inútil y que la muchacha había adivinado el enojoso asunto.

Capítulo 11

Del lunes 8 de julio a finales del año 1641

A comienzos del mes de julio, los espías del cardenal Richelieu lo informaron de que el conde de Soissons estaba a punto de conseguir la salida de Holanda de la coalición que Francia había formado contra la casa de Austria. Supo, asimismo, por Gaston d'Orleans, que los conjurados y el rey de España habían firmado un tratado secreto. La situación era alarmante.

Y lo más preocupante era que los tres traidores: Guisa, Soissons y Bouillon acababan de conseguir la adhesión de varios miembros de la alta nobleza: en primer lugar, el duque de Soubise, hermano del duque de Rohan, convertido en el nuevo jefe de los protestantes franceses; en segundo lugar, el duque de Beaufort, el temible hijo del duque de Vendôme, y por último la reina, Ana de Austria.

Era una alianza contra natura de los peores enemigos del cardenal: hugonotes y ultramontanos. Por otro lado, ciertas autoridades religiosas de gran prestigio, como Jean-François de Gondi, abate de Buzay —que más tarde sería abad de Retz—, sobrino del arzobispo de París y viejo camarada de Louis Fronsac en el colegio de Clermont, se habían unido a los facciosos.

El objetivo del complot era que a la muerte —o desaparición— del cardenal, Soissons sería el nuevo jefe de un gobierno cuya regencia quedaría asegurada con el duque de Orleans o la reina. El actual rey sería, evidentemente, destronado.

El Gran Sátrapa, en medio del futuro sombrío que se le avecinaba, había recibido una buena noticia: a finales de mayo, sus esbirros habían detenido a Anne de Gonzague, que iba a reunirse con su esposo, el duque de Guisa. Después de su arresto tuvo que reconocer su matrimonio secreto con el arzobispo. Era la prueba irrefutable que Séguier, el ministro de Justicia, esperaba. Tan pronto como la confesión fue registrada, todos los bienes del duque fueron confiscados y se inició un proceso criminal contra él.

Durante este tiempo, una vez que las circunstancias por las que se había enfrentado al cardenal fueron aclaradas, Louis se incorporó a su monótono trabajo en la notaría de su padre. Se veía regularmente con Julie de Vivonne, a sabiendas de que una barrera invisible los separaría eternamente.

Pero lo aceptaban, porque si bien sabían que su matrimonio era imposible, al menos tenían la seguridad de que no se casarían en contra de su voluntad.

Acostumbraban a ir a pasear por la alameda de l'Étoile, en pleno campo, en la zona llamada Campos Elíseos, extramuros de la capital. Era una larga avenida arenosa, rodeada por altas colinas, sombreada y tranquila, que salía de las Tullerías y terminaba en un lugar en forma de estrella, vasta llanura de la que salían numerosos senderos y caminos de herradura. Allí no había circulación frenética o bullicio, y

nada distraía a los amantes.

El 24 de junio Louis recibió una inquietante y desconcertante carta de Gaston de Tilly. En ella, el oficial describía la baja moral de las tropas:

Casi todo el Estado Mayor se ha adherido a la causa de Soissons y de Bouillon. Muchos oficiales superiores están emparentados con los conjurados. Los oficiales subalternos hacen la guerra desde hace veinte años para el cardenal y no se hacen ilusiones respecto al futuro. La situación de la tropa no es mucho mejor: los atrasos en la soldada y la falta de avituallamiento provocan deserciones masivas. Los efectivos se disuelven. Hay más «comparsas», como se denomina a los soldados que sólo sirven para las revistas de gala, que combatientes. En el otro bando, nuestros adversarios esperan ganarlo todo en esta campaña: la toma del poder, el pillaje y... París. Su moral es muy alta. Por suerte, todavía no hemos entrado en combate. De momento, nos movemos como en un teatro de sombras, esperando a que el adversario se retire...

Esta triste relación de los hechos le confirmó lo que había observado en la ciudad: muchos parisinos, pese a no ser ultramontanos, aprobaban o tenían una actitud muy complaciente con la nueva revuelta de los grandes del reino. ¡Algunos incluso deseaban que Soissons entrase en París cuanto antes!

Entonces, los acontecimientos se precipitaron: a principios de julio, el duque de Bouillon declaró la guerra a Francia y entró con siete mil soldados imperiales en territorio francés. Como Louis temía, los franceses estaban tan cansados del cardenal que la mayor parte se situó en el bando de los invasores. Para ellos, Soissons representaba la vuelta de las libertades, mientras que Guisa, nombrado mariscal del imperio, ¡mandaba una tropa de austriacos!

Aquella mañana del lunes 8 de julio Louis trabajaba muy incómodo en su despacho; desde hacía dos días unos obreros habían montado un gran taller en la pieza situada justo debajo de la suya, donde guardaban los cofres. Su padre había ordenado blindar el interior de los armarios de hierro. ¡A partir de ahora, los papeles y los valores de la notaría estarían seguros! Pero en ese momento los martillazos resonaban por toda la casa y el ruido era infernal.

A causa de aquel estruendo, no oyó el estrépito de un coche al entrar ni la agitación que había provocado en el patio.

Hecha un manojo de nervios, Julie de Vivonne irrumpió en la pieza: llegaba sofocada tras subir las escaleras a toda prisa y, precipitándose hacia Louis, le dijo con voz entrecortada:

—Amigo mío, vengo a advertiros... mis primas y yo nos vamos de París con el marqués de Montausier, que ha venido ex profeso a buscarnos... acaba de recibir un

mensaje terrible y se ha ofrecido, muy atentamente, a acompañarnos a Liancourt, donde Julie suele pasar el invierno. La situación es grave... ayer, el mariscal de Châtillon, pese a disponer de muchos más hombres que el conde de Soissons, fue aplastado en la Meuse, en la Marfée, al sur de Sedán. El rey y el cardenal están en Péronne y no pueden hacer nada. Richelieu está perdido. Es una derrota total. El camino de París está abierto, igual que hace cinco años...

Louis la miró, incrédulo y aturdido. ¿Châtillon vencido? ¿Las tropas españolas y austríacas llegando a París? ¿Era posible que tantos años de un reinado tan poderoso se viniesen abajo en unas horas? ¿Soissons tendría éxito donde otros habían fracasado tantas y tantas veces? ¡No, la información sólo podía ser falsa!

—No es posible —farfulló—, ¿el duque está seguro de su información?

—¡Oh, sí! Por suerte, todos esperan que el rey forme un nuevo ejército y ponga a Cinq-Mars al frente.

—¿Cinq-Mars salvador de Richelieu? —El joven notario hizo una mueca de incredulidad—. ¡Qué ironía si fuese cierto!

—¡Adiós, Louis, os escribiré! La carroza del duque me espera en vuestro patio con una escolta.

Louis la acompañó, sin saber qué decir, y siguió con los ojos el vehículo, que se alejaba. Tenía el corazón en un puño. ¿Cuándo volvería a verla? El futuro que se avecinaba era muy sombrío. ¿Qué pasaría si las tropas alemanas y españolas de Soissons entraban en París al cabo de unos días? Pensó en los saqueos, en los crímenes y en las violaciones que a continuación se sucederían.

Cuanto más reflexionaba, más confundido estaba: Gaston le había descrito claramente la moral de las tropas, ¡pero hasta ese punto! Fue a ver a su padre para contarle aquellas novedades. Si la ciudad era tomada por las tropas, debían organizarse, reunir provisiones, armarse y formar barricadas, entre otras cosas.

Tres horas más tarde Louis estaba discutiendo acaloradamente el asunto con sus padres, el intendente y los hermanos Bouvier, cuando de repente entró Gaston de Tilly. Su uniforme y sus botas de montar estaban cubiertos de polvo gris, y sólo dijo estas palabras:

—¡Agua, rápido!

Y se hundió, extenuado, en un sillón.

¡Los acontecimientos se sucedían a un ritmo demasiado rápido!

La señora de Fronsac se precipitó a un aguamanil y le sirvió varios vasos. Por fin, empezó a hablar a los presentes, que estaban pendientes de sus palabras:

—Vengo... con un grupo de oficiales... para llevar un correo al Parlamento. Los he dejado en palacio... después de entregar el mensaje... y he venido enseguida a preveniros...

Se detuvo un instante, respiró hondo y prosiguió:

—¡La invasión ha sido abortada!

—¡Pero si acaban de decirnos lo contrario! ¡Châtillon fue derrotado en La Marfée

ayer!

—Es cierto, fue una desbandada terrible, sólo algunos regimientos, entre ellos el mío, permanecieron leales. Los oficiales huyeron. Las tropas desertaron. Pero eso ya es pasado... ¡Dios está con nosotros!

—¡Explícate!

Gaston inspiró unas cuantas veces y prosiguió más tranquilo.

—Cuando la batalla terminó, el conde, muy ufano, alzó su casco... hacía un calor horroroso, sudaba y le entraron ganas de rascarse la cabeza, que tenía empapada de sudor. Llevaba la pistola en la mano y la utilizó a modo de rascador. Su escudero le advirtió que la pistola estaba cargada, ¡pero la advertencia llegó tarde y la pistola se disparó! ¡La bala le atravesó el cerebro^[29]!

»El resto de los conjurados, sin saber qué hacer, se han replegado a Sedán. Las tropas alemanas y españolas errarán por Francia durante algún tiempo, sin jefe, pero llegaremos a buen fin. Tan pronto como se supo la noticia, Châtillon reunió a algunos oficiales que permanecían leales y nos pidió que viniésemos a avisar, a galope tendido, al rey y a Su Eminencia, así como al Parlamento.

¡O sea que el conde había muerto! ¡De un modo absurdo y sin gloria!

—¡Increíble! ¡Prodigioso! ¡Inaudito! —murmuró el señor Fronsac.

Nadie sabía qué decir, la noticia los había dejado petrificados a todos. En el intervalo de tres horas se habían enterado de que Francia estaba perdida y luego salvada.

Louis, no obstante, se rehízo enseguida.

—Me voy —anunció a su padre—, me llevo un caballo. Tengo que alcanzar al marqués de Montausier y comunicarle esta noticia. Sólo llevan tres horas de camino, regresaré esta noche o mañana, a más tardar.

—No deberíais ir solo —propuso Jacques Bouvier—, puedo acompañaros.

—Muy bien. Pues vámonos.

—Yo no puedo acompañarte —se excusó Gaston—, he galopado de posta en posta durante treinta horas. Lo único que puedo hacer ahora es meterme en cama.

En efecto, parecía extenuado.

—Quedaos en casa —decidió la señora de Fronsac—, os prepararé algo de comer y una cama.

Louis y Jacques Bouvier ya habían dejado la pieza para prepararse. Cinco minutos más tarde se encontraron en el patio. Guillaume había mandado ensillar tres de sus mejores caballos. Jacques se había armado con dos pistolas y una espada. Partieron enseguida en dirección a Liancourt.

La muerte de Soissons todavía no era del dominio público, pero sí el desastre de La Marfée, y muchos coches abandonaban París en una gran confusión. No era nada comparable al pánico de 1636, con las carreteras de Chartres y de Orleans atestadas de parisinos que huían ante la llegada de los españoles, pero, a pesar de todo, la vía estaba atascada por toda clase de vehículos. Cuando subían la calle del Temple a

caballo, se encontraron un largo cortejo de carrozas, carretillas y mulas. Todo el mundo parecía nervioso y angustiado, los cocheros blasfemaban e insultaban a los que iban a pie y les entorpecían el paso. El sol caía a plomo y Louis pensaba en el calor espantoso que debían de estar pasando dentro de los coches cerrados.

Una vez pasado el Temple, la circulación fue más fluida, pero los vehículos, coches, carrozas y literas todavía avanzaban al paso. Por fin, vieron el vehículo del duque en el barrio de Saint-Martin.

Cuando lo alcanzaron, Louis golpeó el cristal, que estaba medio bajado. El marqués dio orden de detener el coche inmediatamente, lo que provocó un bloqueo total de la circulación. Montausier sacó la cabeza fuera, sus cejas enarcadas expresaban su perplejidad y su malestar.

—Soissons ha muerto, los conjurados están en desbandada, ya no hay peligro — anunció Louis.

—¿Estáis completamente seguro de ello?

Se veía a las claras que el señor de Montausier no estaba convencido del todo, ya que no conocía muy bien a Louis.

—Sí, el cardenal y el rey acaban de enterarse de la noticia. Nosotros lo hemos sabido por un oficial de Châtillon que vino a prevenir al Parlamento.

Y empezó a contarle lo que Gaston les había dicho. Los coches que iban detrás se impacientaban, muchos bajaban de sus carruajes y Jacques Bouvier, orgulloso como Artabán^[30], les iba comunicando uno a uno la increíble noticia, que fue recorriendo la fila de coches hasta París.

A consecuencia de la buena nueva, algunas carrozas intentaban dar media vuelta, obstaculizando más el camino. Era imposible volver por la misma vía, pues el atasco era considerable. Ante semejantes dificultades, el marqués propuso continuar hasta un albergue cercano que conocía, para comer allí y regresar más tarde, al mediodía. Louis aceptó y así pudo conocer mejor al que poco después se convertiría en duque de Montausier.

Nunca se había acercado a él, pues el futuro esposo de Julie d'Angennes detestaba a Vincent Voiture y mucho más al marqués de Pisany. Louis descubrió que se trataba de un hombre agradable e instruido, sobre todo en el campo científico, pero dueño también de maneras toscas y de un espíritu contradictorio que irritaba a todo el mundo. Honesto y riguroso en exceso, tenía la mala suerte de amar demasiado a Julie d'Angennes, que no le correspondía. Quizás a la joven le disgustaba que sucediese en el papel de futuro esposo a su hermano, el barón Héctor de Sainte-Moure, muerto unos años antes.

Louis se quedó con ellos hasta la tarde, disfrutando de aquellas pocas horas —con las que no contaba— con Julie. Y el día, que había empezado desastrosamente, terminó de un modo agradable para todos.

A finales del mes de julio, el rey se puso personalmente a la cabeza de sus ejércitos y franqueó el Mosa. Un poco después, asediaba la fortaleza del duque de Bouillon. Éste comprendió que era hora de abandonar la partida, al menos de momento. Siguiendo la inveterada tradición de anteriores complots, propuso unirse a la causa real, en detrimento de ventajas personales. Pero en esta ocasión el rey lo rechazó de plano. Quería acabar de una vez por todas con las rebeliones que agotaban el país.

Richelieu, percatándose de que las negociaciones no podían prolongarse más, porque España permanecía a la expectativa en nuestras fronteras y el peligro era extremo, propuso un acuerdo equitativo: a cambio de la reconciliación y el perdón del rey, el principado de Sedán juraría vasallaje a la Corona.

Bouillon aceptó, prometiendo en su fuero interno no respetar dicho acuerdo, y se reunió con Luis XIII para firmar el tratado. La reconciliación aparente había sido sellada y el único que quedaba excluido del acuerdo era Guisa.

Jean-François de Gondy, el abate de Retz, no quiso parecer demasiado comprometido, pero pronunció el epitafio de Soissons llamándolo «el último héroe».

Con los ejércitos en campaña, el rey vio la oportunidad de arrebatar la Lorena al duque de Lorena, que se había aliado con España, y de anexionar varias ciudades del norte. Richelieu, por su parte, mandó ejecutar a un gobernador que no había cumplido bien sus instrucciones. Así todos quedaron satisfechos de su desplazamiento.

La paz llegaría. España, de momento, estaba vencida, y únicamente el Rosellón podría ser causa de conflicto.

El proceso del duque de Guisa tuvo lugar en París en otoño de ese mismo año. El acusado estaba ausente. El 6 de septiembre de 1641, el bígamo fue condenado a muerte por contumacia, y el 11 su efigie fue decapitada. La ejecución atrajo a muchos curiosos que no hicieron más que quejarse porque las ejecuciones por contumacia no eran nada vistosas y muy poco sangrientas. Todos los bienes del arzobispo fueron confiscados y la puerta de su palacete pintada de amarillo.

Guisa, refugiado en Bruselas, se vio obligado a abandonar el estado eclesiástico y su sucesor en el arzobispado de Reims fue nombrado en noviembre de 1641.

La vida continuaba en el palacete de Rambouillet. Louis se aficionó a ir al teatro del Marais, en la calle Vieille-du-Temple, acompañado por Julie, su prima y el marqués, para ver a Floridor y su grupo, que había sucedido al gran Mondory, muerto en el escenario. Aquel invierno de 1641 asistieron también a las representaciones de *Marianne*, de *Tristán* y de *Horacio*.

Voiture, que detestaba a Montausier, no los acompañaba nunca. Aquel invierno el

gran Jodelet, que había dejado el teatro de Marais para unirse a la compañía del palacio de Borgoña el año anterior, hizo una breve reaparición con *Jodelet Astrólogo*. Los cuatro acudieron a verla.

La sesión comenzaba a las dos, de acuerdo con las ordenanzas de noviembre de 1609 que prohibían a los actores representar en invierno después de las cuatro y media. Montausier refunfuñaba, pues detestaba a Jodelet. En efecto, el caricato introducía en el texto palabrotas y groserías. Estas representaciones hacían las delicias del bullicioso patio de butacas, que manifestaba su alegría con gritos, alaridos y pullas.

Sin embargo, Jodelet, a pesar de sus vulgaridades, era un actor excelente, y sus apariciones cómicas, tan escasas, que Louis había insistido en que asistiesen a aquella única representación.

Las localidades del patio de butacas costaban cinco céntimos, y los palcos, diez. Evidentemente, estaban en un palco, pues el patio de butacas había sido invadido por una multitud bullanguera y chillona de pasantes, pajes, soldados y temibles lacayos. Los incidentes, puñetazos incluidos, eran frecuentes.

Al final del primer acto, las dos Julie salieron a la galería que tenían reservada, mientras despabilaban las velas. En algunas tiendas de aquella parte del teatro se podían comprar licores, limonadas o jugos de grosella. Louis, que se había quedado en el palco en compañía del marqués, observaba con cierta preocupación a los alumbrantes. En tres ocasiones los muy torpes habían estado a punto de provocar un incendio, y gracias a los tres cubos de agua que había junto al telón se había evitado una desgracia.

Fronsac se preguntaba si no sería más prudente salir. De repente, el marqués lo sacó de sus reflexiones. Montausier, como Gaston de Tilly, no sabía abordar los problemas que le preocupaban tras largos preliminares y cautas aproximaciones.

—Señor Fronsac, ¿habéis considerado el matrimonio con Julie de Vivonne?

La pregunta cogió desprevenido a Louis, que no supo qué responder. El marqués lo miraba con una expresión impaciente y severa. El tono era seco. Al ver que no obtenía respuesta, siguió hablando:

—¡Lo sé! Creéis que es imposible. ¡Pero yo llevo diez años esperando, así que debéis tener paciencia! ¿Ya habéis hablado de ello con Julie?

Esta vez, Louis logró explicarse.

—Sí, me dijo que a la muerte de su padre, su madre le confió a la marquesa de Rambouillet. Y la marquesa es quien decide si acepta a su futuro esposo. Ahora bien, la señora de Rambouillet sólo hace caso a su hija, y Julie d'Angennes se opone a un matrimonio desigual. Ella misma me lo dijo.

Y el joven notario añadió, melancólico:

—De momento, no tenemos ninguna esperanza, aunque Julie y yo deseamos casarnos.

—¡Escuchad! Vos sois rico y Julie pobre. Es un punto a vuestro favor. Y además,

Julie tiene veinticinco años y sigue soltera. Sin dote, no encontrará marido. No tiene elección.

—En primer lugar, no soy rico. Mi padre tiene un buen pasar, eso es todo. Vivimos de nuestro trabajo. Pero el dinero no puede reemplazar a la sangre. Vos lo sabéis. Y la profesión de notario no es muy apreciada por la nobleza.

—¡Oh, sí! —asintió el marqués encogiéndose de hombros. En estos tiempos todo es posible. ¡Buscaos un cargo de consejero y seréis noble!

—Sabéis perfectamente que, aun comprando el cargo, la nobleza sólo se adquiere al cabo de veinte años. ¡Eso significa la quinta parte de un siglo de espera! —replicó Louis sonriendo.

A Louis le encantaban aquellos combates dialécticos con los que se enfrentaba al marqués, que era asimismo un polemista encarnizado.

—Y además, un título comprado no sería aceptado por Julie d'Angennes.

—Sí, sí, os lo concedo —replicó Montausier molesto—, pero ya nadie respeta eso, ¡lo principal no es ser noble sino pasar por noble!

—Me temo que con eso no basta.

Cogido por sorpresa, Montausier no replicó y frunció el ceño. Louis se revelaba más puntilloso y polemista que él, cosa que no podía consentir. Permaneció en silencio un largo rato para preparar una respuesta irrefutable. En realidad, nada de lo que Louis le había dicho era nuevo para él. Por supuesto que la boda con Julie d'Angennes no sería fácil. Pero a él le gustaba pronunciar la última palabra y no pensaba dar su brazo a torcer. Por fin prosiguió:

—Conozco bien al marqués de Rambouillet y hablaré con él. Es corto de vista, pero no sordo. Y su esposa lo escuchará: la madre de Julie vive en la pobreza extrema, y tal vez no lo sepáis, pero a los Rambouillet tampoco les sobra el dinero. No pueden quedarse con Julie eternamente. De todos modos, carecen de medios para darle una dote. Me ocuparé de decirle que sois el mejor partido para ella.

«El mejor partido, a falta de otros —pensó con tristeza Louis—, que es un modo elegante de decirlo». Pero ya, las dos primas entraban en el palco y Montausier interrumpió la conversación. Hizo una seña a Louis y dejaron de hablar mientras proseguía la representación.

Finalizado el espectáculo, se separaron. Louis volvía siempre andando. Vivía cerca del teatro y le gustaba aquel paseo solitario por París al atardecer. Y además, era temprano para tener ningún encontronazo con nadie. Los demás regresaron en carroza al palacete de Rambouillet.

El tiempo pasaba y el invierno se acercaba. Los dos amantes se veían menos. El trabajo de la notaría no hacía más que aumentar y, aun encima, el mal tiempo hacía que las visitas se espaciasen. Mientras tanto, se intercambiaban cartas y se enviaban billetes galantes; con la moda de las relaciones largas, a menudo fuera del

matrimonio, a nadie ofendía esta correspondencia.

Louis había conocido en el palacete de Rambouillet a Madeleine de Scudéry, autora de *El gran Ciro*. Para esta mujer poco agraciada, a quien los hombres no deseaban, una intriga amorosa debía ser eterna y sobre todo platónica: Julie d'Angennes y el marqués de Montausier eran un ejemplo de ello. Louis también debía seguir aquella regla. De todos modos, la situación de los dos amantes era mejor que la de muchos a los que habían casado contra su voluntad, como el duque de Enghien. Ellos por lo menos tenían libertad de elección.

«Yo no busco el matrimonio ni lo deseo —le había confesado Julie—; ¿qué es una esposa sino la sirvienta principal del hogar, la encargada de que reine el orden y el bienestar? Y el resto del tiempo es madre, lo que supone un trabajo agotador. Es una existencia con más obligaciones que placer. Encuentro mayor satisfacción en la lectura o la música. En cuanto a los goces del corazón, me basta con vos y no deseo a ningún otro». En enero, hubo de nuevo ruido de sables: Luis XIII planeaba invadir España para anexionar Cataluña. Gaston, que había pasado el invierno en París, tuvo que partir con su regimiento.

Capítulo 12

Del sábado 18 al sábado 25 de enero de 1642

El otoño de 1641 fue muy lluvioso, y la vendimia, excepcionalmente tardía. El invierno que lo sucedió fue particularmente frío. La víspera había nevado mucho y aquella mañana los copos se transformaron en una lluvia helada. Así pues, Louis decidió trabajar en su casa. No era indispensable en el despacho de su padre y las calles convertidas en una ciénaga helada no invitaban a los desplazamientos inútiles.

Nicolás avivó el fuego y salió a buscar la comida porque, con aquel tiempo inclemente, Louis prefería comer en casa en lugar de ir a la hostería. Las llamas chisporroteaban alegremente en la chimenea y el joven notario puso la mesa delante de ella, para mantener los dedos ágiles. Por desgracia, tenía la espalda helada, pues la mayor parte de la estancia estaba gélida. Para no tiritar de frío se había cubierto los hombros con un grueso abrigo de piel de lobo.

El joven notario llevaba dos horas haciendo anotaciones en los informes cuando se levantó para desentumecer las piernas y calentar la espalda al amor de la lumbre. En realidad, lo que había llamado su atención fue un rechinar de ruedas y unos cascos de caballo, inusuales allí.

Como ya hemos dicho antes, a su casa se accedía por una callejuela situada en la calle de los Blancs-Manteaux. En el mismo callejón y a la izquierda subía una escalera exterior que comunicaba los pisos. La puerta del primer rellano daba directamente a la pieza en la que trabajaba.

En la misma habitación había una ventana situada a la izquierda que daba a la callejuela, al contrario que el cuarto de Louis, cuya ventana daba a la calle de los Blancs-Manteaux. De modo que, intrigado por el ruido, Louis fue hasta la ventana para ver qué pasaba en la calle. Y lo que vio fue una enorme carroza intentando meterse en el callejón. Los cuatro caballos, que ya estaban dentro, no lograban arrastrar el coche que aún ocupaba la vía principal. Cuatro lacayos de librea tiraban, o empujaban, según su posición o sus deseos, del pesado vehículo para que pudiese entrar del todo en la estrecha travesía.

El espectáculo, muy raro en aquellos lugares, era asombroso, y su contemplación resultaba apasionante. ¿Quién diablos venía a instalarse con semejante carroza en esta callejuela? Allí no había más que artesanos, y en los inmuebles habitados no vivía nadie tan importante como para recibir la visita del dueño de una carroza tan grande. Pensativo, Louis volvía ya a la sala de trabajo cuando oyó llamar a la puerta. Abrió y un aire helado penetró bruscamente en su casa.

Un hombre imberbe, sin una arruga en el rostro, estaba delante de él: ¿un pasante? No, quizá un secretario, vestido con un traje negro muy sencillo. Louis lo hizo pasar y cerró la puerta con prisa.

—¿Sois vos, señor, el que ocupáis toda la calle con esa enorme carroza? —preguntó burlón.

—Casi —respondió el desconocido, después de saludar con aire serio y solemne—; en realidad, es mi amo quien me envía; está en la carroza y desea hablar con vos a solas. ¿Podéis reuniros con él?

—¿Por qué no sube él? —sugirió Louis encogiéndose de hombros—. Aquí estaría más calentito.

—Digamos que prefiere quedarse dentro de la carroza, donde dispone de todas las comodidades. Además, no le gusta mucho dejarse ver.

—Bueno —replicó Fronsac, a quien ahora picaba la curiosidad—, si ése es su deseo, bajaré. Mientras tanto, poneos cómodo.

Louis bajó la escalera, entre asombrado e intrigado, dejando en casa al misterioso mensajero. La carroza ya estaba en el callejón. Un lacayo esperaba al pie de ella. Al ver al joven, abrió la portezuela y desplegó una escalerilla, haciendo una señal a Louis para que subiese a la enorme berlina.

El interior del vehículo estaba completamente forrado de cuero rojo y una pequeña estufa de carbón, en una esquina, caldeaba agradablemente el lugar. El amplio asiento del carruaje estaba ocupado por un gentilhombre vestido a la última moda, con ropa cómoda y de abrigo y, sin duda, muy cara. Llevaba las manos cubiertas por unos guantes perfumados de fina piel. Pero lo que Louis advirtió al momento, y lo desconcertó un tanto, fue que el hombre llevaba el rostro oculto por una máscara veneciana de capitán del teatro italiano. Eso y el acusado acento transalpino con que el desconocido se dirigió a él:

—Señor, os agradezco que hayáis aceptado tan amablemente mi invitación.

Louis no respondió de inmediato. Trataba de poner en orden sus ideas. ¿Quién sería aquel desconocido? ¿Qué quería de él? La pausa se prolongó mientras observaba a su interlocutor. Fue el desconocido enmascarado el que rompió el silencio.

—Veo que esperáis a que yo siga hablando, señor Fronsac. Pues iré al grano: me he enterado de la existencia de ciertos documentos que obran en vuestro poder...

Louis permaneció callado mirando a su interlocutor. El otro proseguía, impasible:

—Para ser más preciso, se trata de unas cartas y una promesa de matrimonio del señor de Cinq-Mars... Os seré franco: quiero esos papeles.

¡Así que era eso! Louis estaba estupefacto; suponía que el asunto estaba zanjado, porque desde hacía meses no había oído hablar de él. No obstante, aunque el desconocido parecía estar muy bien informado, ignoraba que las cartas habían sido devueltas a Marion de Lorme hacía mucho tiempo. Así que respondió en tono prudente:

—Si estáis tan enterado, deberíais saber que yo no tengo esos documentos.

El otro hizo un gesto vago con la mano derecha.

—¡Ya sé! ¡Ya, ya! Ya lo sé. Pero podríais conseguirlos... de nuevo —pronunció

enigmáticamente.

—Están en poder de la señorita de Lorme —afirmó Louis con firmeza— y, sinceramente, no veo razón alguna para que me los devuelva.

—Digamos... que podría ser... forzada —prosiguió el desconocido enmascarado con un leve suspiro.

Parecía elegir con cuidado las palabras y ahora se expresaba con prudencia.

Louis llevaba observando un rato al personaje: su indumentaria, su carroza, y había hecho algunas deducciones. Trató de ganar tiempo.

—¿Cómo os habéis enterado de la existencia de esas cartas?

—Enterándome.

Había que dejarse de rodeos.

—Dejemos las adivinanzas; creo que hablaréis más cómodo sin la máscara, Eminencia.

El hombre lo miró fijamente y, a través de la máscara, Louis notó cierto asombro, mezclado con algo de admiración.

—¿Creéis que soy el cardenal Richelieu? —dijo, contestando con una pregunta.

—No, sois el cardenal Mazarino. He sabido por la marquesa de Rambouillet que en diciembre pasado obtuvisteis el capelo cardenalicio.

—¿Y cómo me habéis reconocido? —preguntó Mazarino con tono falsamente ultrajado, en el que se percibía la burla, y retirando al mismo tiempo su máscara de comedia.

—¡Elemental! ¡La carroza... vuestra indumentaria... los guantes perfumados... el acento italiano! Y, sobre todo, que la marquesa me dijo que os escribió, después de veros este otoño, y que os puso al corriente de los acontecimientos en los cuales, muy a mi pesar, me he visto mezclado. Y, por último, ¡todo el mundo sabe lo mucho que os gusta el teatro italiano! —añadió Louis señalando la máscara.

Ahora Mazarino reía a carcajadas y nuestro amigo pudo observarlo a placer: el prelado, que frisaba los cuarenta años, era dueño de un rostro afable y todavía juvenil, pese a las arrugas que ya se marcaban en su ancha y despejada frente. Unos enormes ojos negros enmarcados por gruesas cejas, un corto bigotito y el mentón cubierto por una barba cuadrada, conferían una elegante distinción a su fisonomía.

—¡Excelente deducción! ¡Sois hábil! ¡Muy hábil! ¡Ya me lo había dicho Richelieu! En este caso, seré, digamos... todavía más sincero. Necesito esos papeles. Pero tranquilizaos, no para utilizarlos como quiere el primer ministro.

—Os lo repito. No los tengo y no quiero recuperarlos. No soy un hombre de espada, pese a haber arriesgado mi vida por esos documentos. La vida, y acaso algo más.

—Lo sé —admitió el prelado, acompañando sus palabras con un enérgico movimiento de cabeza para dar a entender que opinaba como él—. Escuchadme, os contaré una historia.

Unió sus manos enguantadas, saboreando de antemano lo que iba a decir.

—Sin duda, sabéis que el duque de Bouillon se ha reconciliado este otoño con Su Majestad.

—Todo el mundo lo sabe.

—¡Es un acuerdo para la galería, una reconciliación de teatro, paces de comedia! —exclamó con viveza el cardenal haciendo una mueca teatral unida a un ampuloso movimiento de brazos.

Mazarino prosiguió en un tono que era mezcla de ironía e irritación:

—El mismo día en que Bouillon firmaba su tratado de paz, de amistad y de fidelidad al rey, ese mismo día, fijaos, se entrevistó con el señor de Thou, ¡que le propuso hacer desaparecer a Richelieu! Thou le dijo incluso que el rey estaba muy disgustado con el cardenal y no sabía cómo deshacerse de él. La tinta del tratado de paz aún no se había secado y ya tramaban una nueva intriga. Una semana más tarde, Bouillon se encontraba cenando con Cinq-Mars y vuestro amigo el marqués de Fontrailles. Juntos, urdieron un nuevo complot: ¡nada más y nada menos que la muerte del ministro y la del rey a continuación!

Al pronunciar estas palabras, Mazarino adoptó una expresión de disgusto y asco a la vez.

Louis lo escuchaba fascinado, tanto por sus palabras como por el tono y los visajes del italiano.

—Luego, la trama criminal siguió su curso. Fontrailles organizó una entrevista entre Gaston d'Orleans y Cinq-Mars, asegurándoles que estaba dispuesto a hacer desaparecer al cardenal. A Cinq-Mars le faltó tiempo para informar del complot a Marie de Gonzague y esa cabeza de chorlito ¡pidió a la reina que participase en esa conjura insensata!

Ahora Mazarino parecía conmovido, trastornado, incluso. A Louis le dio la impresión de que esta vez no fingía. ¿Por qué sería tan importante para él que la reina participara o no en aquel complot?

—¿Cómo sabéis todo eso?

Mazarino levantó la mano, dando a entender que eso carecía de importancia, y respondió lacónico:

—¡La policía del cardenal es eficiente! Y, además, en todas partes hay traidores... Con un poco de dinero se abren muchas bocas... todo se compra... o se vende...

El tono era nuevamente cínico y desdeñoso. Prosiguió más tranquilo:

—A finales de noviembre, el señor de Thou volvió a hablar con el duque de Bouillon. Luego, este último se queda en la Corte, obtiene los favores del rey e incluso debía mandar un ejército en Italia para proteger nuestra futura incursión en el Rosellón.

»¡Hasta aquí, no se trataba realmente de una intriga bien organizada, sino sólo de un mediocre proyecto! El problema es que, como los conjurados no disponen de medios económicos, acaban pidiendo ayuda nuevamente a nuestros enemigos. Y por no variar, Bouillon y Orleans, convertidos en los jefes de la liga contra Su Eminencia,

prepararon un proyecto de tratado con España. No conozco los términos exactos, pero parece que monseñor debía recibir cuatrocientos mil escudos, y Bouillon y Cinq-Mars percibirían una generosa pensión si salían airosos de la trama. ¡He oído decir que cuarenta mil escudos al año! En contrapartida, una vez Richelieu fuese eliminado, Francia devolvería Artois a la casa de Austria.

—¡Increíble! ¿Y Cinq-Mars es uno de los conjurados? ¿Estáis seguro?

—Si hubieseis leído las cartas, eso no os sorprendería. Tal vez el marqués de Effiat tenga una excusa: está convencido de que el rey quiere desembarazarse de Richelieu. Su Majestad estaría cansado de tanto derramamiento de sangre, de la guerra, de los verdugos. Y parece que le habría comentado esta tontería: «Me gustaría que en Francia hubiese un partido contra el cardenal como lo hubo en otra época contra el mariscal de Ancre».

»Don Mayor cree que el rey lo apoyará si mata o manda matar a su ministro. Se equivoca de medio a medio: Su Majestad nunca perdonará semejante gesto; y luego, lo que Cinq-Mars no ha entendido, porque es un imbécil, es que los demás conjurados a quien quieren matar es al rey. Ahora bien, sin el rey, Don Mayor se quedará muy menguado.

Louis estaba aterrado. ¡Apenas había terminado una conspiración y ya comenzaba otra! ¡Y ahora, el rey en persona se implicaba indirectamente en una de ellas! ¡Inaudito!

—No he terminado —continuó Mazarino, satisfecho al ver a su interlocutor desarmado y confuso. El tratado firmado por los conjurados está a punto de salir hacia España. El marqués de Fontrailles es el encargado de llevarlo, y ¿sabéis quién va a seguirlo como un sabueso? ¡Vuestro amigo Rochefort! El hombre de los asuntos más rastreros de Richelieu.

Los ojos de Mazarino chispeaban, satisfecho con el juego de palabras, pero Louis, al recordar al enano jiboso y al espadachín, estaba más espantado que divertido.

—En este momento, deberían estar en camino, o si no, marcharán como muy tarde dentro de unos días. En realidad, Rochefort está siguiendo a Fontrailles desde hace seis meses, ¿lo sabíais? Por eso os deja a vos tranquilo, de momento. Pero —añadió, con tono áspero y desagradable— eso no durará...

—¿Qué queréis decir?

—Mirad, Richelieu teme a Cinq-Mars, y con razón, pero en este momento teme más al rey. Si el monarca lo abandona, está perdido. Denunciar el complot es imposible porque no hay pruebas y Su Majestad nunca dará crédito a una acusación contra su favorito. Todo lo que puede hacer Su Eminencia es intentar destruir a Effiat a ojos del rey. Y para ello quiere las cartas, ¡y las tendrá si no se hace nada! Después de que vos se las devolvierais a la señorita de Lorme, le dijo que tenía que conservarlas en su poder, so pena de encerrarla en las Arrepentidas.

»Con estas cartas, Richelieu conseguirá desde luego que el favorito caiga, ¡pero Francia no irá mejor!

—¿Y qué pinto yo en todo esto? Este asunto no me concierne.

Louis había subido el tono y dejaba traslucir, si no su cólera, al menos su impotencia.

—Richelieu no debe hacerse con las cartas —replicó Mazarino fríamente—. A ningún precio.

—¿Qué? ¿Queréis decir que trabajáis contra él?

—No. Simplemente nuestro ministro se equivoca. Y no me hagáis más preguntas.

»Y las cartas no sólo no deben llegar a manos de Su Eminencia, sino que vos me las daréis a mí si os las devuelven, porque yo soy el único que sé cómo utilizarlas por el bien de Francia... *Salutem ex inimicis nostris*.

—... De nuestros enemigos vendrá nuestra salvación —murmuró Louis turbado.

—¡Bravo! ¡Y además sabéis latín! —aplaudió burlón el prelado.

—¿Qué habéis querido decir con esta sentencia?

—Que un enemigo puede convertirse en un punto de apoyo. Recordad a Arquímedes: con un punto de apoyo, podía mover el mundo. Yo haría lo mismo, pero no me preguntéis más.

—¡De acuerdo! Supongamos que acepte ayudaros, ¿qué debería hacer?

—Si esos documentos vuelven a vuestro poder, no estaréis seguro. He visto las órdenes que ha dado el cardenal. No tiene nada que perder, y vuestras amenazas ahora ya no surtirán efecto. En ese caso debéis acudir a mí. Dadme todos esos papeles y, a cambio, os garantizo vuestra seguridad... así como la de vuestra familia.

Louis sabía perfectamente que no tenía elección. Mazarino parecía su única vía de escape.

—Acepto. Pero si el cardenal y el rey parten en campaña a Cataluña, y vos los seguís, no sabré cómo encontraros.

—Aquí tenéis dos mil escudos —dijo entregándole un cofrecillo que estaba posado en el asiento—. Estaremos en Narbona. Con este dinero pagaréis vuestros gastos. Con todo, sed prudente, si vais a reuniros con nosotros; el viaje será sin duda difícil y peligroso para vos. Sobre todo, ¡vigilad que no os sigan!

—¿Y si no consigo las cartas?

—En ese caso, me devolveréis el dinero. Soy ahorrador por naturaleza —añadió Mazarino sonriendo.

Se interrumpió. A Louis no se le ocurría nada que decir.

—Hacedme un último favor: cuando subáis a vuestra casa, pedidle a Toussaint Rose —es mi secretario— que baje.

La entrevista había, pues, concluido. Louis saludó y salió de la carroza, entrando en su casa pensativo.

En cuanto a Mazarino, su coche tardó más de media hora en salir del callejón.

A mediodía, Fronsac decidió ir al palacete de Rambouillet para informar a Julie de la

extraña visita. Hacía tanto frío y el ambiente era tan húmedo, que Nicolás le sugirió alquilar un coche. Desde hacía cinco años, un tal Jacques Sauvage tenía un negocio de coches de alquiler, en la calle Saint-Martin, con un letrero que rezaba *Saint-Fiacre*. El tiempo glacial y lluvioso justificaba el dispendio, le aseguró.

Efectivamente, en aquel medio de transporte relativamente confortable Louis pudo llegar al palacete de Rambouillet con la ropa limpia y seca. Se entrevistó con Julie a solas en un saloncito y le contó la visita de Mazarino. Ella lo escuchó con atención.

Louis concluyó su exposición con estas palabras:

—Lo que no entiendo es para qué quiere las cartas Mazarino. Si es para desacreditar a Cinq-Mars con el rey, sólo tiene que dejar hacer a Richelieu. No tiene nada que ganar en una intriga tan mezquina.

Julie estaba pensativa y no hablaba. Por fin, miró a Louis atentamente y le dijo:

—Me pregunto si detrás de todo ello no hay un plan a mayor escala, más oscuro y ambicioso. He tenido oportunidad de ver a Mazarino aquí mismo. No me parece un hombre que denuncie a alguien que le resulte molesto. Prefiere comprarlo. Habla poco y sus proyectos son siempre más nobles, más altos y mejores que los de Richelieu. Es Francia lo que le preocupa, no el tonto de Cinq-Mars. ¿O hay en las cartas algo que se te haya escapado? ¿Las has leído todas?

—No, algunas solamente. Quizás tengas razón —replicó Louis pensativo—. Seguro que tienes razón. Si vuelven a mi poder, las leeré con mucha atención.

Julie permaneció silenciosa durante unos instantes, y luego añadió:

—O a lo mejor... no son las cartas lo que interesa a Mazarino...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué otra cosa podía ser?

—Olvidas la promesa de matrimonio —le respondió la joven, con una expresión extraña.

—Pero esa promesa sólo concierne a Cinq-Mars y a Marion de Lorme, y eventualmente a Marie de Gonzague, es un asunto privado...

—Sí, pero ¿no habrá hallado Mazarino una forma de sacar partido de ello?, ¿algo que a nosotros se nos escapa?

Louis no respondió enseguida; la idea ya le había rondado en la cabeza, pero no había hecho mucho caso de ella. ¿Estaría Julie en lo cierto? ¿Cómo actuaría Mazarino? ¿Qué esperaba? ¿Y dónde estaba ese punto de apoyo del que había hablado?

Tomó las manos de la muchacha.

—De todos modos, no tengo los documentos, así que es mejor que no hablemos de ellos. Dentro de dos semanas el rey partirá con Richelieu, y no veo cómo puedo recuperar las cartas en el plazo de quince días. Mejor cuéntame lo que has hecho durante estos días en que no nos hemos visto.

Charlaron durante una hora, al cabo de la cual Louis fue a saludar a la marquesa, que recibía a sus amigos en la cámara azul. Voiture estaba allí, terriblemente agitado.

El poeta se precipitó hacia él con una expresión de furia en su semblante.

—¡Qué catástrofe, Louis! Vuelvo de nuevo a esta casa y me entero de que Gaston d'Orleans debe seguir al rey a Cataluña. ¡Y mi príncipe acaba de notificarme que yo también tengo que partir!

«De modo que se va toda la Corte», pensó Louis.

—No te preocupes. Tú nos escribirás y nosotros te escribiremos —le propuso casi con ligereza—. A propósito, ¿y la reina? ¿Qué hace?

—Se queda aquí; creo que el rey le ha ordenado que permanezca en Fontainebleau. Pero volvamos a lo mío, tú me escribirás, tal vez, pero Julie d'Angennes me olvidará, seguro.

Parecía tan desesperado que a Louis le entraron ganas de reír.

—¡Vamos! ¡La separación no será larga, y además el marqués de Montausier la consolará!

Ahora Voiture estaba furioso o por lo menos quería parecerlo. Señaló a Louis con un dedo vengador.

—¡Louis, no me traiciones! Espero recibir noticias tuyas, si no, ¡atente a las consecuencias!

El 25 de enero de 1642 el rey salió de París hacia Fontainebleau, primera etapa de aquel periplo guerrero hacia el Languedoc y el Rosellón. Louis asistió, cerca del Louvre, a la salida del impresionante cortejo de la Corte que partía en campaña: un centenar de coches, las carretas, los regimientos y su impedimenta. Y todo por duplicado, porque, casi simultáneamente, un segundo cortejo se puso en movimiento: Richelieu seguía al rey con Mazarino y sus propias tropas.

El rey y el ministro viajaban pues por separado, señal evidente de la discordia que reinaba entre ellos.

Carrozas lujosas, coches sencillos, grandes carros, pequeñas compañías de arqueros, batallones de guardias suizos con casacas rojas, bocamangas azules y calzones blancos, escuadrones de guardias franceses con uniformes azules, regimientos de mosqueteros... las dos columnas parecían interminables. Llegaban grupos de todos los caminos para unirse a la comitiva, ya fuese a la cohorte real, precedida por el preboste de París que acompañaba al rey, ya fuese al séquito del cardenal.

Oficiales, ujieres, criados, ayudas de cámara, cubicularios, secretarios, escuderos, lacayos, pajes, cocheros: la Corte en pleno abandonaba la capital, seguida de costureras, lavanderas, sacerdotes, médicos y barberos.

Al final del cortejo iba el mobiliario porque el rey partía con la casa a cuestas. Y por fin, compañías enteras de arcabuceros y mosqueteros, completamente equipados para el combate, que recordaban que aquella partida era el anuncio de futuras masacres.

Habían cubierto el suelo de paja, y tras el paso de los convoyes sólo quedaba una mezcla de lodo y estiércol. «¿Sería un presagio?», meditó Louis.

El rey había partido y París parecía vacío. Fronsac entró en su casa, pensativo. Al final, no había pasado nada. Mazarino se había equivocado. Así que seguiría con el curso de su monótona vida que tanto le gustaba.

Subió tranquilamente la escalera que llevaba a su apartamento. Y allí, en el descansillo, descubrió la puerta destrozada y su casa saqueada.

Capítulo 13

Del sábado 25 de enero al viernes 7 de febrero de 1642

Louis se acercó con prudencia y comprobó que la cerradura había sido forzada con una herramienta muy potente. Y era una buena cerradura; el padre de Louis las mandaba fabricar para la notaría a un experto cerrajero que garantizaba su inviolabilidad. Entró con cautela en la primera estancia: lo habían desvalijado todo. Los sillones tapizados estaban desvencijados, el arca de la ropa volcada sobre el piso, las vasijas rotas. En su habitación habían rajado el colchón y el edredón de plumas. Era evidente que buscaban algo. Fue hasta el cofrecito sellado que guardaba oculto en la pared, en el fondo de un nicho. También había sido forzado y los papeles que contenía estaban tirados por el suelo. También habían desaparecido unos lises de oro; menos mal que Louis sólo guardaba allí algunos valores, y las seis mil libras de Mazarino las había dejado en el estudio.

El joven miró a su alrededor, desalentado e indignado. ¿Quién habría hecho aquello? Podía tratarse de un vulgar ladrón, claro, pero le parecía improbable. ¿Por qué precisamente el día en que la Corte dejaba la ciudad? ¿Aquel hecho no significaría que, en ausencia del rey, alguna gente había decidido por fin actuar? Louis sintió un escalofrío y decidió salir del apartamento. De modo que empujó la puerta y, más que angustiado, se dirigió al estudio de su padre.

—¿Quién lo habrá hecho? —preguntó una vez más el señor Fronsac.

Se hallaban en el despacho del notario, donde también estaban los hermanos Bouvier, recién llegados del apartamento desvalijado adonde los había enviado Louis. Allí habían puesto un poco de orden, limpiado por encima y reparado la puerta provisionalmente.

—¡Unos ladrones muy raros! —contestó Guillaume Bouvier apoyado contra un sillón, con la pistola a la cintura—, que se llevan el dinero pero dejan las armas y otros objetos de valor, como la pistola de Marin le Bourgeois que os regaló vuestro padre.

Señaló con el dedo todas las pertenencias que habían traído, que estaban sobre un trincherero, incluida la famosa pistola.

—El ladrón buscaba las cartas —afirmó Louis con voz apagada—. Me imagino que cogieron las monedas de oro para hacernos creer que se trataba de un simple robo.

—¡Si tú no tienes las cartas! —se indignó su padre levantando los brazos hacia el techo.

—No, no las tengo, pero por lo visto nuestro nuevo adversario lo ignora. Así que

deduzco que los que han saqueado mi casa no son ni los esbirros de Richelieu ni los partidarios de Cinq-Mars.

—¿Entonces, quién ha sido?

Louis no respondió enseguida, considerando más prudente callar lo que estaba pensando.

—No lo sé. O, al menos, no estoy seguro. Pero, como se han ido con las manos vacías, vendrán por mí.

—¡De acuerdo! —admitió el notario—. En ese caso, no saldrás de casa si no es acompañado por uno de los hermanos Bouvier, e iréis siempre armados.

Durante unos días, los hermanos recordaron su época de reitres e iban armados hasta los dientes turnándose para acompañar a Louis a todas partes. El joven notario decidió vivir en casa de sus padres. Evidentemente, no podría soportar durante mucho tiempo su situación de casi prisionero. Debía hacer algo para liberarse, pero ¿qué?

El viernes siguiente al día en que saquearon su casa lo despertaron unos ruidos en la puerta. A pesar de las gruesas cortinas que circundaban el lecho —porque hacía mucho frío— acertó a oír unas palabras. Aguzó el oído y distinguió algunas palabras sueltas de alguien que mantenía una conversación; después reconoció la voz clara de Nicolás.

—¿Señor Fronsac? ¿Estáis despierto? ¡Un paje os trae un mensaje urgente! Espera respuesta.

Louis se deslizó fuera de las sábanas echando pestes, descorrió las cortinas de la cama y se puso un abrigo: el dormitorio estaba más frío de lo que creía, a pesar de que en la chimenea ardía ya un buen fuego.

Abrió la puerta y se encontró frente a un chiquillo de unos doce años. El rapaz temblaba a causa del frío y quizás también de agotamiento. Estaba sin aliento porque sin duda había venido andando a toda prisa. Observándolo, Louis se percató de que lo había visto antes, ¿pero dónde?

—¿Qué ocurre? —preguntó medio dormido, mirando con ojos pitañosos primero a Nicolás y luego al paje.

—Estoy al servicio de la señorita de Lorme, señor —respondió el niño, que parecía asustado—. Me ha ordenado que venga a veros con urgencia. Es cuestión de vida o muerte.

¡Claro! Se trataba del niño cubierto de cintas que había acompañado a Marion al despacho unos meses antes.

—Pero ¿qué ocurre? ¡Hace un tiempo de perros para salir a la calle! —replicó Louis muy enfadado porque lo molestasen así, echando una ojeada a la ventana; los cristales estaban cubiertos de escarcha, y la calle parecía helada.

Acababa de amanecer y malditas las ganas que tenía de salir. Lo único que quería era volver a la cama. El paje se había acercado tímidamente al fuego que Nicolás

había dejado encendido por la noche y tendía las manos hacia la chimenea. Respondió algo más calmado:

—Señor, yo lo único que sé es que ayer por la noche mi ama recibió la visita de un personaje siniestro que iba con unos guardias. Se fueron al poco rato y la señorita, llorando, me pidió que viniese a buscaros inmediatamente. Era tarde, estaba nevando, y le dije que era imposible salir en plena noche, y que de todos modos podría venir aquí por la mañana temprano. Al final, se conformó, pero os lo suplico, ¡id a verla enseguida!

El tono era implorante. Louis estaba turbado. ¿Tendría algo que ver con la visita de Mazarino? ¿Con los documentos de Cinq-Mars? Sin duda. Pero ¿qué podía hacer él? Por fin, la curiosidad o el amor a su profesión pudieron más y rezongó:

—Está bien. Nicolás, prepárame la ropa, un abrigo grueso y unos guantes. Cógeme unos zapatos que no estén herrados, que puedo resbalar y matarme. No sé lo que tardaré.

—No vayáis solo, esperad a mi padre o a mi tío —protestó Nicolás—. Estarán listos en un periquete.

Louis dudó un segundo, pero Nicolás tenía razón y aceptó.

Se vistió rápidamente y se fue, acompañado por el paje y por Guillaume Bouvier, que llevaba su capa de búfalo, una espada española y dos pistolas de dos cañones ocultas bajo un gran abrigo de lana negra. Louis había cogido una pistola y el famoso mosquete de aire.

Por suerte, las calles estaban casi desiertas. La víspera había nevado un poco y los adoquines aparecían helados. Guillaume iba contándole que el vino se había helado en las barricadas que guardaba en el cobertizo.

Ambos hombres ponían mucho cuidado en no caer: el lodo y la nieve formaban por todas partes una espesa placa resbaladiza y dura. De vez en cuando, pasaba un carruaje, y en ocasiones, una carreta o un hombre en una mula. Los vehículos resbalaban todo el rato, algo que les habría hecho mucha gracia si hiciese buen tiempo, pero con aquella tempestad no estaban para bromas.

Trataban de caminar lo más rápido posible para entrar en calor, pero el suelo irregular los obligaba a ser prudentes. Cogieron por la gran calle del Temple, y luego por la calle de la Verrerie. Cuando llegaron a los Inocentes, subieron hacia Saint-Eustache. En el mercado no había un alma. Habitualmente, Louis iría por la calle Saint-Honoré, que estaba pavimentada, pero como el suelo estaba helado, aquello carecía de importancia. De vez en cuando tenían que ponerse en fila para evitar los carruajes, que no podían detenerse. Los conductores los habrían aplastado sin querer.

Desde la marcha del rey y la Corte, el barrio parecía desierto, o tal vez se debía simplemente al frío. Ahora caminaban por detrás del Palacio del Cardenal, donde no se observaba mucha animación. Lo rodearon y, por fin, llegaron a casa de Marion de Lorme.

El paje los condujo enseguida al apartamento de la joven, donde un lacayo que

parecía estar esperándolos los hizo pasar de inmediato. En todas las piezas de la casa ardía un fuego agradable y Louis pudo al fin calentarse en una antecámara, mientras el chiquillo llevaba a Guillaume a las cocinas.

El joven notario se frotaba enérgicamente manos y pies, que tenía helados, cuando apareció Marion seguida de una camarera. Estaba desencajada y daba la impresión de que se había pasado la noche llorando.

Despidió a la sirvienta y condujo a Louis a una pieza apartada, cerrando la puerta con precaución. Con voz ahogada por la ansiedad, le dijo:

—Ayer recibí la visita del señor de Laffemas.

—¿Qué quería de vos? —preguntó Louis, aunque conocía de antemano la respuesta.

La joven lo miró sorprendida.

—Vino a reclamarme las cartas de Cinq-Mars. Le dije que yo no las tenía. Entonces, se paseó por todo el apartamento sellando cofres y armarios. Antes de marcharse me dijo que volvería esta tarde, asegurándome que el cardenal le ha encargado que instruya el caso del complot de Sedán^[31]. Las cartas, según él, son la prueba de la traición del señor de Effiat al rey y de su participación en este complot. Como hay, según él, crimen de lesa majestad, tiene que llevárselas, de modo que si no se las entrego voluntariamente cuando vuelva, me llevarán al Grand-Châtelet para ser... interrogada.

Acabó la frase con un sollozo.

—Pero yo no quiero traicionar al señor de Cinq-Mars —añadió.

Y perder el título de duquesa, completó Louis *in pectore*, frotándose maquinalmente el bigote cubierto de escarcha.

Ciertamente, la situación de Cinq-Mars parecía fortalecerse frente al cardenal. Y para la cortesana no era el momento de abandonar la partida.

—Pero ¿para qué me habéis hecho llamar? ¿Qué puedo hacer por vos?

Marion lo miró a los ojos, con la boca abierta. Su rostro y su cuerpo reflejaban estupor. «¿Qué comedia representaba?», se preguntaba Louis muy inquieto por el giro de los acontecimientos.

—Sois mi notario, ¿no? ¡Ya me habéis salvado! Quiero que os hagáis cargo de los documentos. ¡Le diré a Laffemas que están en poder de mi notario y no se atreverá a atacaros!

Hizo un ligero gesto con la mano para confirmar aquella afirmación.

«¡Santo cielo! Esta mujer está loca —se dijo Louis—, ¿acaso cree que eso detendrá a Laffemas? ¿O será un modo de eludir cualquier responsabilidad frente a Cinq-Mars? ¿Y si me niego? ¿Faltaría con ello a mi deber de notario?» No respondió a la petición de la cortesana y se acercó a la chimenea extendiendo las manos hacia el fuego. Sintió una oleada de calor. Tenía la impresión de que todo el mundo lo manipulaba. Mazarino, Marion de Lorme y Dios sabe cuántos otros. Si se negaba, aquella mujer era muy capaz de decirle a Laffemas que le había devuelto todas las

cartas y, en ese caso, estaría perdido. Más valía cogerlas para contar con una moneda de cambio. En resumen, no tenía elección. Todo se desarrollaba exactamente como Mazarino había previsto —o querido—. Pero ¿de cuánto tiempo dispondría si conservaba los documentos? Quizás debería marcharse llevándose las cartas y alcanzar al ministro para ponerse bajo su protección.

—¡Dádmelas! —se oyó decir a sí mismo.

«Lamentaré esta decisión», pensó en el mismo instante en que pronunciaba aquellas palabras.

Marion esbozó una sonrisa de victoria. Se acercó a la pared entelada y alzó un lienzo dejando a la vista una puerta que abrió con la llave que apretaba en su mano. Le hizo una señal para que lo siguiese a una minúscula pieza que estaba helada y completamente vacía. Una chimenea de pequeñas dimensiones era el único elemento visible. El lugar, curiosamente, estaba limpio. Marion se acercó al hogar y empujó la plancha de hierro del fondo, que, al moverse, abrió la puerta de un cofre de hierro. No tenía sellos, de modo que aquel cofre había pasado inadvertido al lugarteniente civil. Sacó otra llave de su bolsillo y la abrió. El contenido del cofre consistía en dinero y unos papeles atados con cintas. Desató uno de los legajos y se lo entregó.

—Está todo aquí. Gracias por vuestra ayuda.

A Louis, el tono esta vez le pareció burlón. Volvió a cerrar el cofre y salieron de la pieza. Luego, siguió hablando con amabilidad y visiblemente aliviada, por lo que Louis confirmó que estaba representando una comedia.

—Ya veis que no tengo secretos para vos. Guardad estos papeles hasta que os los pida de nuevo. Os estoy infinitamente agradecida por todo lo que habéis hecho...

La cortesana se acercó al joven notario, rozándolo con el pecho e inundándolo con su perfume...

—... Cualquier cosa que deseéis... os la daré, aquí mismo —murmuró con voz seductora.

Louis hizo una fría inclinación y no respondió. ¡No era el cuerpo de aquella tontuela lo que él quería, sino continuar con vida! Y para ello tenía que abandonar aquella casa lo antes posible...

La saludó y se marchó sin añadir ni una palabra. Guillaume lo esperaba en la antecámara.

El camino de vuelta no fue fácil. A cada tanto, Louis miraba a su alrededor por si había alguien al acecho dispuesto a atraparlo o atacarlo. El frío seguía siendo intenso. Guillaume lo seguía, ojo avizor.

«Había empezado una lucha contra el tiempo», pensaba. Laffemas iría por la tarde a casa de Marion. Y a continuación los atacaría a él y a su padre sin ningún escrúpulo. Tal vez dispusiese de unas horas o una noche como mucho. Tendría que salir al día siguiente para alcanzar a Mazarino. Y por si no bastase, hacía un tiempo espantoso. Miró hacia lo alto: pesadas nubes amenazando nieve cruzaban el cielo.

El joven volvió a sus pensamientos.

Había algo que lo obsesionaba: ¿para qué quería Mazarino los papeles de Cinq-Mars? Desde luego, no era para dárselos al rey. ¿Pero a quién si no? ¿Y qué papel desempeñaba Marion en esta historia? Volvió a pensar en la promesa de matrimonio... y de repente tuvo una fugaz impresión de que comprendía toda la maquinación.

¡Cómo no se le había ocurrido antes! No era al rey a quien Mazarino quería entregar las cartas. ¡Sólo un documento tenía importancia! ¡El velo de las tinieblas se había rasgado! Evidentemente, la promesa de matrimonio y la supuesta conjura en la que tal vez participaba el caballero mayor estaban relacionadas. Si había comprendido lo que pretendía el italiano, Mazarino era todavía más ladino y diabólico de lo que había imaginado. Richelieu, a su lado, era un aficionado.

Iba tan rápido, que incluso Guillaume tenía dificultades para seguirlo. Sin dejar de mirar a su alrededor, llegó por fin a casa de su padre. Por desgracia, ni él ni su compañero se habían percatado de que un hombre los seguía a distancia desde hacía varios días.

Ya era mediodía. Al entrar en el patio, Louis vio a Nicolás saliendo de las cuadras. El criado se dirigía hacia él dando saltitos para calentarse con las manos bajo las axilas.

—Debéis estar helado, entrad rápido. Vuestro padre os espera y está muy inquieto.

Louis le anunció lo que había decidido.

—¡Nicolás, me marchó! El viaje será largo y tal vez peligroso. Me llevo la carroza. ¿Quieres acompañarme?, si tu padre está de acuerdo, claro.

—Con vos iría hasta el mismísimo infierno, ya lo sabéis —respondió el adolescente, al que seguramente no le haría ninguna gracia encontrarse en las calderas de Pedro Botero—. ¿Cuándo nos vamos?

Louis sonrió porque sabía lo miedoso que era el chico.

—Dentro de un par de horas. Ve a ver a tus padres y después prepara la carroza y los caballos. Disponlo todo para un largo viaje. Antes de dejar París, pasaremos por el palacete de Rambouillet. ¡Ah!, una cosa más: cierra inmediatamente la puerta del patio. Aparte de tus padres, nadie, escúchame bien, ¡nadie!, debe saber que nos vamos. Y dile a tu tío que nos prepare dos espadas y algunas pistolas.

Louis subió sin pérdida de tiempo al despacho del señor Fronsac para contarle la llamada de socorro de Marion de Lorme y la entrevista que había tenido con ella. Su padre escuchaba serio y ansioso.

—Padre, voy a reunirme con Mazarino en Narbona, tal vez lo alcance por el camino. Me ha proporcionado dinero, por lo que el trabajo no acarreará ningún gasto. Laffemas se presentará aquí, eso es seguro, pero no creo que lo haga hasta mañana. Le escribiré una carta que te encargarás de entregarle. Cuando la reciba, os dejaré tranquilos. Necesito la carroza y a Nicolás, si estás de acuerdo.

El notario contestó indignado:

—¡El lugarteniente civil no se atreverá a atacarme! ¡Todo esto es una locura! ¿Estás seguro de que tienes que marcharte?

Estaba furioso. Louis suspiró.

—¡Laffemas lo hará, créeme! Nada lo detendrá. Posiblemente, después pida disculpas. Pero por de pronto nos encerrarán a todos en La Bastilla y registrarán el despacho. Si lo que Mazarino me ha dicho es cierto, y si no se demuestra lo contrario, ¡Richelieu y los que permanecen fieles a él, como Laffemas, se juegan el cuello! He reflexionado sobre ello toda la mañana y estoy convencido de que tengo razón. Solo Mazarino puede ayudarnos. Necesito recado de escribir para redactar esa carta.

Su padre, muy alterado, enarcando las cejas, le tendió papel y pluma de mala gana. Louis escribió:

Señor,

Salgo en este momento a reunirme con Su Eminencia para entregarle personalmente ciertos papeles que vos queréis y Él espera.

París, 7 de febrero.

Louis Fronsac, notario del Grand-Châtelet.

Louis no mentía. ¡En efecto, desde hacía dos meses había dos eminencias al lado del rey! Dio instrucciones a su padre al mismo tiempo que le tendía la carta:

—Cuando Laffemas se presente, le entregas esta carta. No le ocultes nada y no te resistas. En el peor de los casos, intentará atraparme. Ahora voy a ocuparme de los últimos preparativos del viaje con Nicolás. Nos vamos inmediatamente a casa de la señora de Rambouillet para ponerla al corriente de todo. Adiós, padre, tendréis noticias mías, pero no os preocupéis si pasan algunas semanas sin recibirlas.

—Olvidas que no sólo Laffemas te persigue, también están los que saquearon el apartamento. Por lo menos, que te acompañe Guillaume.

Louis dudó un instante.

—No —dijo finalmente—, cuantos menos vayamos en el coche, más rápido llegaremos. Si salimos enseguida, esa gente perderá nuestro rastro. Es en París donde me buscan.

Dejó la pieza seguido por su padre, que iba a comunicarle a su mujer tan terribles acontecimientos. Entretanto, Louis subió a su cuarto a preparar un maletín con ropa y a coger del cofre el dinero de Mazarino. Abajo, Nicolás había terminado los preparativos del viaje con la ayuda de los hermanos Bouvier.

La carroza estaba dispuesta y los caballos habían comido y bebido. El interior del vehículo estaba acondicionado para un largo viaje y Jacques Bouvier incluso había instalado un brasero de carbón de leña. Louis les dijo a los dos hermanos que quería marcharse sin pérdida de tiempo y que era mejor que no lo acompañasen. Así podría llegar a Narbona en ocho horas.

Después, fue el momento de las despedidas. Los padres de los dos jóvenes no sabían cuándo los volverían a ver. La carroza se bamboleó con un chirrido metálico y Nicolás la condujo, por las calles desiertas y heladas de la ciudad hasta el palacete de Rambouillet. Iba despreocupado y no advirtió la presencia de tres caballeros que estaban apostados no muy lejos del porche de la notaría vigilando los alrededores.

Veinte minutos más tarde estaban en el palacete de la marquesa.

Louis fue recibido inmediatamente por Julie. El joven le explicó la situación y la muchacha lo escuchó en silencio con rostro inexpresivo.

—No sé cuándo volveré, pero el invierno es frío, así que calculo que estaré ausente por lo menos un mes o incluso dos. Ahora debo partir. Me conviene hallarme lo más lejos posible cuando Laffemas se lance en mi búsqueda.

Julie se separó de él y se acercó a la ventana. Hasta el momento había permanecido en silencio. Louis temía que se echase a llorar, lo que le haría la marcha aún más difícil. La joven miraba hacia el jardín, que aún estaba nevado. Fuera reinaba la calma, la fuente estaba cubierta de hielo, unos pocos pájaros buscaban alimento en vano. El silencio se prolongaba. Eran los últimos momentos que pasarían juntos.

Bruscamente, Julie se giró con el rostro demudado pero la voz firme:

—Me voy contigo.

Si en ese momento el techo de la habitación se hubiese desplomado sobre sus cabezas, Louis no quedaría tan sorprendido. Estupefacto, balbució:

—¡Es imposible, es muy peligroso! Y además... no es lugar para ti.

Por toda respuesta, Julie le hizo una seña para que la siguiese. Salieron del saloncito y la muchacha se dirigió hacia la cámara azul. Por el camino se cruzaron con un ayuda de cámara.

—¿Podéis pedirle al marqués, a Julie y al señor Pisany que se reúnan con nosotros en las dependencias de la marquesa? —le dijo.

El hombre hizo una respetuosa inclinación y se alejó.

Cuando llegaron a la puerta del famoso salón, Julie llamó, la entreabrió y, tras recibir un consentimiento, que fue imperceptible para Louis, entró en la estancia. La marquesa de Rambouillet leía tumbada en un sofá. Dirigió a la joven una franca y confiada sonrisa, pero Louis tuvo la impresión de que estaba preocupada por verlos entrar juntos.

Julie se acercó a la marquesa para sentarse respetuosamente a sus pies en un escabel. La marquesa le tomó las manos afectuosamente.

—¿Quieres hablarme, Julie —la animó—, de algo que concierne también al señor Fronsac?

—Sí, señora, pero lo que voy a decir concierne a toda la familia. Le he pedido al marqués, a mi primo y a Julie que vengan también, si ello no os molesta.

—Claro que no... —replicó Catherine de Vivonne enarcando ligeramente las cejas.

Empezaba a alarmarse.

El marqués entró el primero, seguido unos segundos más tarde por sus hijos. Inquisitivos e intrigados, se acercaron a la marquesa. Julie se levantó y empezó a hablar, serena pero firme:

—El señor Fronsac está a punto de dejarnos y va a explicaros por qué. Deseo que estéis todos aquí para oír lo que tiene que decirnos.

Louis se sintió incómodo con todos pendientes de él. Decidió empezar el relato desde de la visita de Mazarino. Sobre ésta, la marquesa parecía informada, sin duda por el propio Mazarino. Continuó por los acontecimientos de aquel día. Los otros parecían no saber nada del asunto. Para terminar, Louis añadió que partía enseguida con los papeles de Cinq-Mars para reunirse con la única persona que podía protegerlo en Narbona: Mazarino, el italiano.

Cuando hubo finalizado, el marqués de Rambouillet se ofreció complaciente a ayudarlo en lo que fuese. Dijo con un tono desabrido y suficiente:

—Es inútil que os vayáis, iré a ver al rey. ¡Laffemas no puede hacer nada contra vos!

—El rey no está en París —replicó la marquesa impasible—. ¿Y creéis que podéis contarle todo esto? ¿Y os recibirá él a solas? No olvidéis que no tenéis ningún cargo en la Corte.

—Yo iré a ver a Enghien —aseguró el marqués de Pisany por su parte—. ¡Prohibirá a Laffemas que os persiga!

—Enghien también está lejos, en el ejército. Y no hará nada contra el cardenal, que ahora es pariente suyo —siguió la marquesa imperturbable—. Respecto a Laffemas, no olvidéis que es lugarteniente civil. En ausencia del preboste de París, él tiene plenos poderes.

Mientras hablaba no apartaba los ojos de su sobrina.

Se produjo un largo silencio. Todos eran conscientes de que Louis iba a arriesgar su vida. ¡Y ellos, los Rambouillet, la «Corte de la Corte», ellos a cuya casa aspiraba a ser invitado todo aquel que era alguien en Francia, no podían hacer nada para ayudarlo!

Louis quería marcharse enseguida, pero Julie de Vivonne volvió a tomar la palabra. Con una voz fría e impersonal, que Louis desconocía, declaró:

—Louis debe marcharse, es la única solución, y vos lo sabéis. Voy a acompañarlo. Si me lo impedís, tendréis que meterme en un convento. Y si Louis muere, me mataré.

Los presentes se quedaron atónitos y desconcertados, salvo la marquesa de Rambouillet, que los miró a todos de uno en uno. Esperaba aquellas palabras, pero fue Julie d'Angennes quien intervino la primera, con autoridad:

—Bromeáis, Julie —le dijo con tono contrariado—. No podéis marcharos con un hombre que apenas conocéis y que no es vuestro esposo ni pariente vuestro. ¿Y vais a atravesar toda Francia en tales condiciones? Nadie querrá casarse con vos después de semejante promiscuidad. Reflexionad. ¡Es to-tal-men-te imposible!

—Sobre todo, es extraordinariamente peligroso y arriesgado —ponderó Pisany, más práctico—. El país está infestado de bandas armadas. Una mujer no puede viajar si no es con escolta. Louis es valiente, pero no es un soldado. Mi hermana tiene razón, ¡es inconcebible!

—No autorizaré ese viaje de ninguna manera. Mi cuñada delegó en mí su autoridad. Sí, ¡es inconcebible! —recalcó el marqués de Rambouillet adhiriéndose a la opinión general.

Aquella afirmación de su autoridad no impresionó a nadie. Pero la oposición del marqués de Pisany y de Julie d'Angennes no tenían el mismo peso. Únicamente la marquesa no había dicho nada. Julie los miró a todos, luego se acercó a Louis y le cogió la mano.

—En efecto, no estoy casada, pero soy su mujer ante Dios. Me iré con él digáis lo que digáis. —Los miró desafiante—: Os quiero y os respeto a todos, ¡pero si queréis impedírmelo, tendréis que usar la fuerza!

La señora de Rambouillet se levantó e hizo un gesto para que su hija, que iba a protestar, se callase.

—Autorizo a mi sobrina. Si Julie quiere partir, debemos respetar su decisión. Si fuese más joven, yo haría lo mismo que ella. Así actuaría mi madre, la princesa Savelli. Os confieso que incluso la admiro y la envidio.

Volviéndose a su esposo, añadió:

—Su madre me la ha confiado a mí. Asumiré la responsabilidad. Y lo que debemos hacer es ayudarlos y no dificultarles la marcha.

Sofocada, Julie d'Angennes se desplomó en un sillón. Así que se oponían a su voluntad. ¡Ya estaba oyendo los comentarios! ¡Los Angennes deshonorados! No le quedaba más remedio que entrar en un convento, como sus tres hermanas. Se desentendió de la conversación y cogió la cabeza entre sus manos fingiendo un profundo dolor. Pero no perdió ni una palabra de lo que se dijo a continuación.

—Os acompaño, Louis —decidió el marqués de Pisany, entusiasmado finalmente por la aventura—. He de reunirme con Turenne en Narbona para el sitio de Perpiñán. Haré el trayecto con vosotros. Llevaré a Bauer, a quien todavía no conoces; es mi criado y edecán: ¡con sus siete pies de alto y sus doscientas libras, no correremos ningún peligro!

Pisany ya estaba dispuesto al combate. En cuanto al marqués de Rambouillet, no volvió a abrir la boca. Miraba a Louis tratando de comprender. Todo aquello lo superaba... de todos modos, si su hija no se oponía al viaje...

—Diremos que Julie se ha ido a casa de su madre, cerca de Poitiers —sugirió la marquesa a su hija—. Louis la acompañará para velar por su seguridad. Así no será Julie quien siga a Louis. Con esta treta nuestro honor quedará a salvo. Querido mío —prosiguió dirigiéndose a su esposo—, escribid unas cartas de recomendación para el viaje. Conocéis a mucha gente que puede ayudarlos. Y además, tienen que ir preparados para el frío del invierno. Mi hija y yo tenemos ropa de abrigo para dejarle

a Julie, pero ¿dispone Louis de lo necesario? Seguramente podréis prestarle alguna ropa.

—Sí, desde luego. No sé dónde tengo la cabeza. Mientras fui chambelán del guardarropa real, Su Majestad me dio en muchas ocasiones ropa que él ya no utilizaba, algunas que incluso no había estrenado. Me viene ahora a la memoria un equipo completo para la caza del lobo: hay botas forradas, manoplas, abrigos... Todo ello le vendrá de perlas al señor Fronsac, que tiene más o menos la misma talla que el rey.

Louis, muy conmovido, balbució:

—Os doy las gracias a todos. Respecto a vos, marqués —dijo dirigiéndose a Pisany—, no podéis viajar con nosotros. Nos arriesgamos a ser detenidos por la policía del cardenal y no hay necesidad de que os veáis involucrado en esto. En cambio, podéis seguirnos a alguna distancia y ayudarme del modo siguiente...

Lo que hablaron los dos hombres el lector no lo sabrá hasta más adelante...

La carroza partió hacia las tres. En el interior, Julie y Louis iban sentados el uno junto al otro. Julie había mandado cargar un maletín de viaje y llevaba el traje de amazona bajo un abrigo de lana escarlata muy grueso. Louis había ordenado que guardasen la indumentaria real en un baúl.

La marcha había sido triste. En el patio del palacete, Julie d'Angennes, hecha un mar de lágrimas, dio un fuerte abrazo a su prima, a la que, pese a todo, quería mucho. Sabía lo peligroso que era un viaje de aquellas características y, sobre todo, estaba confusa por su actitud y secretamente envidiosa del valor de Julie de Vivonne. ¿Habría sido ella capaz de hacer lo mismo por Montausier? ¡Seguramente no!, se acusaba, y ello la humillaba y la mortificaba a la vez, a ella a la que tanto le gustaba hablar de su cuna y su grandeza.

El señor de Rambouillet, emocionado, se llevó a Louis aparte.

—¡Velad por ella, señor!

La marquesa se acercó a ellos y, a su vez, le recomendó:

—Cuidad de ella como de una hija mía, Louis, rezaré por vos, y también por mi hijo...

Por fin, Pisany consiguió quedarse algunos segundos con Louis.

—No olvidéis la *camisa* que os he dado. ¡Ponéosla esta noche y no os la quitéis para nada!

Habían acordado detenerse en Gentilly hacia las cinco porque poco después se haría de noche.

La segunda etapa los llevaría a Fontainebleau, donde Pisany se reuniría con ellos en el albergue del *Courrier du roi*.

Con la emoción de la partida, nadie advirtió al merodeador que vigilaba el hotel acompañado de dos escuálidos espadachines. Armados con grandes espadas y gigantescas espuelas y tocados con sombreros de fieltro desmesurados, se hallaban de pie junto a sus recios caballos.

En lugar de subir hacia los puentes, Louis decidió tomar la barcaza, abajo en la calle de Saint-Thomas. Aquel atajo les evitaría el penoso itinerario por las calles estrechas y llenas de nieve de la capital, pues el barco los llevaría directamente al umbrío Préaux-Clercs y, desde allí, hacia el burgo de Saint-Germain.

Para llegar allí, debían cruzar el portillo del Louvre y rodear la orilla del Sena. Una vez pasados los restos de las murallas en ruinas, se encontraron en el embarcadero de madera delante de las Tullerías.

La embarcación estaba llena. En otra carroza había varios paisanos y algunos burgueses, así como algunos monjes de Saint-Germain y unos cuantos caballeros. Entre estos últimos se encontraban los tres matasietes que los vigilaban cerca del palacete de Rambouillet. Louis no los vio, miraba pensativamente el río, que no sólo arrastraba porquería sino también enormes trozos de hielo.

Por fin llegaron a la otra orilla.

Un camino de tierra, por suerte congelado, orillado ya por numerosas casas, discurría a lo largo de las fortificaciones de la Torre de Nesle y, más adelante, por las murallas en ruinas y en parte destruidas del antiguo recinto. La calzada llevaba hasta la puerta de Saint-Michel.

A continuación subieron por el barrio de Saint-Jacques, siguiendo la antigua vía romana, rodeada de monasterios y abadías. Cuando llegaron al camino del Infierno, torcieron a la izquierda por el de Gentilly (la actual calle de la Santé), dejando atrás el gran edificio del convento anexo de Port-Royal-des-Champs construido veinte años antes.

El frío y lo avanzado de la hora limitaban la circulación por aquellos caminos — no se podía hablar de calles, aunque se veían numerosas viviendas—, y como el rey, el cardenal y la Corte habían dejado la ciudad, el bullicio parisino había disminuido considerablemente. Así pues, avanzaban con bastante rapidez.

Los caballos no estaban cansados, y Nicolás conducía la carroza con habilidad. Louis y Julie hacían planes para el futuro, pese a lo incierto de éste, y así lograban olvidar por un momento todos los riesgos que estaban a punto de correr.

Llegados al Bièvre, se encontraron ya en pleno campo y siguieron un caminito que atravesaba el río. La noche caía cuando alcanzaron Gentilly.

En ningún momento se dieron cuenta de que los iban siguiendo.

La hostería *La Fleur de Lys* no era la más grande de Gentilly, pero sí la más limpia y la más cara. Louis lo sabía, pero como pagaba con el dinero de Mazarino podía permitirse ese lujo.

El edificio era pequeño, pero disponía de grandes cuadras. A pesar del tamaño del albergue, pudo conseguir un aposento grande y bien caldeado para Julie y otro,

bastante espacioso también, para él y Nicolás. Les sirvieron la comida en la misma sala que al resto de los viajeros, que no eran muchos por cierto. Hambrientos y muertos de frío, comieron con apetito sin observar nada fuera de lo normal. Sus perseguidores habían bajado a un albergue de posta que tenía precios mucho más económicos.

Capítulo 14

Sábado 8 de febrero de 1642

La carroza emprendió la marcha antes del amanecer. A pesar de la escasa luz, se podía adivinar el cielo completamente despejado. Hacía un frío atroz. La luna y las estrellas iluminaban lo suficiente el camino que serpenteaba ante ellos, cuyo final se perdía en la noche. Los campos, a ambos lados, estaban totalmente blancos, cubiertos de nieve o hielo.

Antes de salir, habían encendido la rejuela. Pero aun así, el coche estaba helado. Louis y Julie llevaban puestos sus abrigos, las manos enfundadas en gruesos guantes y se habían calzado botas forradas. Louis le había dado a Nicolás una gruesa capa, pero no lo abrigaba bastante, y el chico tuvo que cubrirse con una manta y calarse el sombrero para proteger las orejas del frío.

Nicolás conducía con prudencia, intentando esquivar las placas de hielo y los baches. Pero no siempre lo conseguía, y muchas veces Louis y Julie se veían obligados a bajar del coche. Cuando esto sucedía, los dos jóvenes tenían que sujetar los caballos mientras franqueaban un trecho especialmente resbaladizo o una ciénaga cubierta de hielo.

Cinco horas después de salir, se disponían a guiar de nuevo a las bestias cuando las ruedas se metieron en una zanja. No era demasiado profunda, pero el vehículo se hundió poco a poco, arrastrando a uno de los caballos. Louis tuvo el tiempo justo de saltar para no ser aplastado. Afortunadamente, Julie había bajado del coche unos minutos antes.

Nicolás soltó al sofocado caballo que, por suerte, no se había roto nada. Sin embargo, tras varios intentos infructuosos para enderezar el vehículo, admitieron que sin ayuda no podrían sacarlo de allí.

Agotados por el esfuerzo, se sentaron en un talud.

Necesitaban ayuda.

El pueblo más cercano era Soisy. Louis le pidió a Nicolás que se acercase a la población en uno de los caballos. Mientras, Julie y él lo esperarían al borde del camino.

Nicolás se fue. Julie y Louis —que se había armado, por seguridad— llevaban unos minutos esperando, caminando arriba y abajo para entrar en calor, cuando oyeron acercarse un vehículo. Una enorme carroza de seis caballos se detuvo ante de ellos en medio de un gran estruendo.

El vehículo iba seguido por cuatro lacayos armados. Dos hombres bajaron de la berlina. El mayor era gordo y seboso. Tenía la mirada apagada, los párpados caídos y su rostro denotaba astucia. Sin embargo, vestía con refinamiento.

El desconocido les dirigió una mirada desagradable, fijándose sobre todo en la

muchacha. El otro hombre se le parecía extraordinariamente, pero era mucho más joven y más delgado. Llevaba el pelo largo y rizado, a la moda de la Corte. Louis dedujo que debía de tratarse del hijo del primero.

—Nuestro coche ha volcado, ¿podrías decirles a vuestros lacayos que nos echasen una mano? —les dijo, al ver que los hombres no se ofrecían a ayudarlos.

—Lo siento. No tenemos tiempo —respondió el más viejo con tono triste y contrariado. Luego añadió, dirigiendo una mirada lasciva a Julie y señalándola con el dedo—: La joven se viene con nosotros, no vaya a coger frío. Os enviaremos ayuda en cuanto lleguemos.

Soltó una carcajada, a la que se sumó su hijo.

—Ni hablar —replicó Louis. Ayudadnos a levantar el coche, que es muy ligero y no os llevará más de un minuto.

—Bah, bah, bah, haremos tal como os he dicho. Es inútil que os neguéis.

El que parecía el hijo tenía la mano en la empuñadura de la espada. Estaba a punto de desenvainar el arma, cuando Louis, adelantándose, puso la pistola, que llevaba oculta en el abrigo, en la sien del supuesto padre.

—Yo que vos no sacarías esa espada —dijo.

Los lacayos se acercaron, amenazantes. No se habían bajado de los caballos y uno de ellos gritó en tono seco:

—¡Dejad al conde!

La situación se había complicado, pero no podía quedar en tablas. Louis no sabía qué hacer, cuando de repente se oyeron los cascos de unos caballos. Dos jinetes se aproximaban a galope tendido. Louis vio cómo se acercaban sin dejar de apuntar al conde.

Los dos hombres cabalgaban hacia ellos con los abrigos abiertos al viento; ambos llevaban coseletes de acero damasquinado y bacinetes de visera que no permitían verles las caras. Cuando llegaron a donde estaban los vehículos, el de menor estatura se descubrió.

Era Pisany.

—¿Qué ocurre? —dijo secamente.

Habían convenido en que, si se encontraban, haría como si no se conociesen.

—Es sólo una disputa de amigos —replicó Louis, dirigiendo una mirada torva a los dos hombres, supuestos padre e hijo, y bajando despacio el arma—. El conde va a ayudarnos amablemente.

—¡De ninguna manera! —replicó el aludido con voz temblorosa a causa del miedo—. ¡Luc! ¡Vámonos!

El compañero de Pisany se había quedado observando la escena. Louis se fijó en que era altísimo y en el tamaño de su montura, que por lo menos superaba en un pie a las otras. De uno de los flancos de aquella formidable bestia colgaba un espadón, un montante de los lansquenets suizos y alemanes que hay que esgrimir con ambas manos y que no se utilizaba desde la época de las guerras de religión.

El gigante abrió su abrigo una cuarta. Con una sola mano sostenía un arcabuz de cuádruple cañón con doble mecanismo de rueda. Se trataba de una rueda de canto espoleado sujeta por un resorte. Cuando se soltaba el resorte retenido por un trinquete, la rueda giraba a toda velocidad provocando una melena de chispas sobre la pólvora cebo de la cazoleta y luego en la culata. Este mecanismo, inventado por Leonardo da Vinci, era muy complicado pero eficaz. No obstante, había sido superado por las llaves de sílex, más sencillas, pero que disparaban más tiros. Sólo las llaves de sílex, utilizando un encendedor a la francesa, perfeccionado en 1616 por Marin le Bourgeois, se consideraban seguras.

Louis conocía bien los arcabuces de rueda. Éste, con sus cuatro bocas de acero fijadas por bandas de cobre en espiral a una caja de madera recortada del tamaño de un tronco pequeño, era un artefacto mortal, prodigioso y terrible.

El gigante empezó a hablar con un furioso acento bávaro:

—Señores, esto es un arcabuz de rueda cuádruple. Los cañones giran por turno disparando cada uno su granalla. Hay dos ruedas para aumentar la velocidad. Es un artefacto mortífero.

Guardó silencio durante un instante y prosiguió en tono doctoral.

—Este arcabuz arrasa con todo lo que encuentra a su paso: carrozas, caballos, lacayos y gentileshombres.

Se interrumpió de nuevo. Había dicho *señorres* en lugar de «señores», *argabusen* en lugar de «arcabuz» y *ganone* en lugar de «cañón». Pero nadie se había reído. Entonces, con cara de pocos amigos, ordenó:

—¡A trabajar, rápido!

Aterrorizados, pálidos como la cera, los lacayos saltaron al suelo para arrastrar el vehículo volcado. El conde, muerto de miedo y de rabia, permanecía inmóvil. Pisany se acercó a él a caballo y le hizo una señal imprecisa para que fuese a ayudar a sus criados.

El otro abrió la boca para protestar, pero, tras recibir una patada del marqués, fue a reunirse con sus lacayos. Su hijo lo siguió tembloroso.

Rápidamente el coche de Louis fue enderezado y puesto en el camino. El hijo se metió enseguida en su carroza. Pisany saludó entonces al conde y le dio las gracias cínicamente. El gordo murmuró algo sobre futuras venganzas, o amenazas, y subió a su vez al vehículo. A continuación, los lacayos subieron a sus monturas.

Nuestros amigos los vieron alejarse, irónicos pero aún con cierta preocupación. Julie se acercó entonces a su primo.

—Gracias, marqués, pero creo que no hemos hecho nuevos amigos.

Desembarazados de la tensión provocada por el enfrentamiento, estallaron todos en carcajadas de alivio. Bauer, que era como se llamaba el gigante que acompañaba a Pisany, soltó semejante risotada que los caballos, asustados, relincharon varias veces escarbando el suelo con sus cascos. Louis tuvo que acariciarlos para que se tranquilizasen.

Para evitar otro contratiempo, Pisany les propuso quedarse con ellos hasta que Nicolás regresase. Por fin, el muchacho volvió al cabo de una hora acompañado por un labrador y su mula. Louis le dijo al paisano que ya no lo necesitaba y le dio unas monedas por su amabilidad.

Se pusieron otra vez en camino, con Pisany y Bauer siguiéndolos de lejos.

Llegaron a Fontainebleau hacia las cuatro de la tarde. Gruesas nubes de nieve se acumulaban en un cielo cada vez más oscuro. Nuestros viajeros estaban fatigados y ateridos de frío. A la entrada de la villa una mujer de rostro arrugado, con prisa por llegar a su casa, les indicó el albergue que buscaban.

Debían buscar el *Courrier du roi* a la salida de la ciudad. El establecimiento se lo había recomendado Guillaume Bouvier, que lo conocía de sus años de soldado. «En el *Courrier du roi* —le había dicho a su sobrino— preguntas por el tabernero. Se llama maese Lavandier, y le dices quién eres. Si puede, te ayudará». El albergue era un gran edificio de tres pisos, apartado del camino, con grandes caballerizas adosadas en su parte izquierda. La mayor parte de ellas estaban ocupadas por decenas de caballos, porque la hostería servía también de posta para los viajeros con prisa.

Nicolás se quedó en la cuadra para ocuparse de las monturas y los equipajes con los criados y los palafreneros. Louis y Julie se dirigieron a la entrada de la taberna, tratando de evitar los charcos de lodo más o menos helados. Penetraron en una amplia sala con bancos y mesas corridas, donde ya había mucha gente sentada bebiendo.

Una joven de unos veinte años se acercó a ellos y les hizo una señal para que la siguiesen. A la derecha de la puerta de entrada había otra que daba a una segunda sala, algo más pequeña, donde también había viajeros; esta pieza, más limpia que la anterior, parecía reservada a los viajeros de más categoría. La joven criada les preguntó:

—¿Pasaréis aquí la noche? ¿Deseáis varias habitaciones? También tenemos algunos cuartos con chimenea.

—Una habitación con un buen fuego para la señora, y para mi criado y para mí otra al lado de la suya —respondió Louis—. ¿Podéis acompañarla? Está muy cansada. Servidle una tisana en su habitación.

Se volvió hacia Julie.

—Haré que os lleven el equipaje, amiga mía, y luego subiré para comprobar que estáis bien instalada.

La joven se limitó a hacer una señal con la cabeza. Louis estaba algo inquieto. El viaje había sido difícil, mucho más de lo previsto; sólo llevaban un día fuera y todavía faltaban doce jornadas. Preocupado, fue a buscar a Nicolás al coche, por lo que tuvo que atravesar la primera sala.

La pieza principal del albergue era una especie de taberna campestre con tablas colocadas sobre unos caballetes y algunos barriles con bancos alrededor.

Al fondo había una bodega, donde se distinguían unas barricas enormes. Sentados a la mesa había algunos campesinos y jornaleros, junto con unos cuantos mendigos

que gastaban allí lo poco que ganaban. En algunas mesas se jugaba a los dados o a las cartas; en otras, se hablaba de negocios, se ajustaban precios, se compraba y se vendía. Louis vio incluso a una persona principal, un notario probablemente, preparando un escrito para un paisano que estaba frente a él. Esto no le sorprendió, porque sabía que en el campo las tabernas y hosterías hacían en muchas ocasiones las veces de despachos. Por fin vio a Nicolás hablando con un hombre que supuso el hospedero. Era una persona de más de cincuenta años, corpulento, con el pelo y las cejas muy negros y poblados. Un rostro cuadrado, lleno de cicatrices, en el que destacaba una nariz que le habían partido varias veces. Sin duda, se trataba del viejo soldado, el camarada de los Bouvier, imaginó Louis mientras se acercaba a ellos.

La boca desdentada del tabernero, abierta en una amplia sonrisa, mostraba su alegría por recibir noticias de los hermanos Bouvier.

—Mi amo, Louis Fronsac —anunció Nicolás, con orgullo, señalando al notario, al tiempo que daba sal ti tos y se agarraba los brazos para entrar en calor.

Lavandier saludó ceremoniosamente al joven notario sin dejar de observarlo bajo sus gruesos párpados.

—Si necesitáis cualquier cosa, pedídmela. Estoy a vuestra disposición —dijo con una inclinación que era casi reverencia.

Su voz sonaba cálida y grave.

—Gracias, maese Lavandier. Esta noche cenaremos los tres en la sala. Mañana nos iremos antes del amanecer.

El hospedero miró hacia la puerta, frunciendo el ceño, preocupado.

—El tiempo ha enfriado y va a nevar —advirtió—. Os aconsejo que no salgáis.

—Estamos al servicio del rey —se inclinó Louis—. Desgraciadamente, no podemos esperar.

Maese Lavandier hizo un gesto de desaprobación pero no insistió. «Después de todo, no es asunto mío», pensó. Los jóvenes creen saberlo todo. Saludó con una nueva inclinación y volvió a la cocina. En ese momento, regresó la criada.

—Venid conmigo, os mostraré vuestro alojamiento —les dijo con su voz clara.

Nicolás cogió las maletas y la siguieron. En el primer piso, cruzaron un largo pasillo de madera de pino encerada. Las paredes eran blancas, sin ningún adorno. Su habitación era la penúltima y no tenía chimenea, pero las piezas contiguas estaban calientes, les aseguró la joven. Aquello bastaba para no morir de frío.

La siguiente habitación era la de Julie. Louis entró en la pieza con las maletas de la señorita de Vivonne. Las estancias parecían limpias y las paredes, encaladas, como las del pasillo. La habitación tenía una cama con unas cortinas no demasiado mugrientas, una mesa con jofaina y aguamanil, un banco y un taburete, un orinal e incluso —¡todo un lujo!— una silla retrete. La ventana cerraba, cosa poco corriente, y tenía postigos. El fuego crepitaba alegremente en la chimenea. Julie estaba sentada al amor de la lumbre, donde hervía una tetera en una rejilla. Las mejillas sonrosadas de la joven revelaban que había entrado en calor. Julie se encontraba mucho mejor.

—Louis, estoy muy contenta de hacer este viaje. Aquí estaremos muy bien. Presiento que todo irá bien.

Le dio la mano y él la besó.

—Mañana debemos salir temprano —dijo Louis con tono preocupado—. Te dejo tus maletas. Sería mejor que te cambiases, pues debes de estar mojada. Mandaré que te suban vino caliente. Cenaremos dentro de una hora, aproximadamente. Abajo, si quieres. Debemos acostarnos temprano.

—Por supuesto. Hasta luego, amigo mío.

La joven sonrió, feliz. Para ella el viaje era una aventura digna de *La Astrea*.

Louis salió. Nicolás no estaba en el cuarto que compartían, de modo que bajó para echar un vistazo por la hostería. Después se sentó a una mesa en la primera sala y, tras pedir vino, observó a los demás viajeros que empezaban a llegar.

Un grupo formado por tres jaques con largos mostachos, erguidos insolentemente, cubiertos con grandes hopalandas y tocados con sombreros adornados de penachos multicolores, atrajo la atención de Fronsac. ¿Dónde los había visto antes? Recordaba vagamente las descomunales espadas, los jubones de búfalo acolchados para parar las estocadas y aquellas enormes espuelas.

La llegada de Pisany, acompañado del gigantesco Bauer, al que sólo había visto a caballo, lo distrajo.

El alemán medía más de siete pies de alto, lo que provocaba que la gente que se encontraba a su alrededor se escapase. Semejante coloso, acompañado por un chepudo bajito, podría haber sido el hazmerreír de la concurrencia, pero la actitud agresiva del marqués de Pisany y la altura desmesurada de su compañero impedían cualquier broma.

Además, Bauer era una armería ambulante: su arcabuz de rueda, su montante, dos dagas, tres facas, una espada tan grande como él, una pistola de arzón y un mosquetón de mano. Ni que decir tiene que a nadie se le pasaría por la cabeza burlarse de ellos.

Como habían convenido en que no se conocían, Pisany y Bauer pasaron delante de Louis sin dirigirle la palabra. Sin embargo, el joven notario advirtió que los tres jaques arrogantes hablaban en voz baja, mirándolos de reojo.

Nicolás volvió para reunirse con su amo. Louis le hizo un sitio a su lado, pero el chico tenía aspecto grave y preocupado, y habló con el notario en un susurro, casi sin despegar los labios:

—Señor, tengo que hablar con vos. —Luego añadió, más alto—: Creo que deberíamos ir a cenar a la sala pequeña, señor.

Algo sorprendido, Louis se levantó. Faltaba media hora para la cena. Salieron de la pieza y fueron a la de al lado. Allí, Nicolás se dirigió a la escalera que conducía a su habitación. Louis lo seguía silencioso. Cuando entraron en su cuarto, Nicolás cerró la puerta, tras echar una última ojeada al pasillo.

—Maese Lavandier vino a verme cuando estaba en la cuadra limpiando la

carroza. No sé si habéis visto a los tres sujetos de abajo. Llegaron un poco después que nosotros. Le preguntaron a la camarera a qué hora nos íbamos mañana. Y la chica fue enseguida a contárselo al posadero.

De pronto, Louis se acordó: los tres bribones —sin duda lo eran— estaban en la barcaza que iba a Saint-Germain. Los había visto al subir a la carroza después de haber bajado del barco. Era evidente que aquellos hombres los seguían. ¡Mira que no darse cuenta! ¿Para quién trabajaban? Desde luego, no para la policía de Laffemas. Fuese para quien fuese, de aquellos tres no podía esperarse nada bueno.

Reflexionó un momento. ¿Serían hombres de Fontrailles? ¿O tal vez de Vendôme?

—Si vienen por nosotros, no podremos hacer nada contra tres espadachines armados hasta los dientes.

Nicolás dio con la solución.

—¡Vayámonos mañana muy temprano! —propuso. Louis puso mala cara.

—Nos cogerán de todas formas, pues van a caballo.

—Vayamos por otro camino.

—¡No seas necio! Enseguida se darán cuenta de que cogimos otro camino. No, déjame pensar... Sí... ¡eso es!, que nos sigan... pero, cuando vengan por nosotros, no estaremos.

Nicolás miró a Louis con cara de no estar enterándose de nada. El joven notario lo agarró por los hombros.

—Escucha, encárgate de conseguir otra carroza, pero no aquí en el albergue. En el pueblo las venden, seguro. Cómprala al precio que sea. Tú te vas mañana en nuestro coche, solo. Julie y yo salimos dos horas antes que tú, en el coche que compres, y nos vamos por otro camino. Cuando te cojan, porque te cogerán, les dices que nos quedamos en el albergue: que tu ama enfermó y tuvo que volver a París. Que tú te encargas sólo de llevar los documentos. Cuando den media vuelta, vas al albergue más cercano y esperas unos días, luego vuelves a París. Toma dinero para comprar el coche.

—¡Pero no os podéis ir solos! —protestó Nicolás—, ¡es muy peligroso!

—No, iremos solos hasta Malesherbes; una vez allí, buscaremos a uno o dos hombres que nos escolten hasta Orleans, y ya nos las arreglaremos. Malesherbes está como máximo a cinco leguas de aquí: serán unas seis horas de camino. Saliendo pronto y con un guía, llegaremos a mediodía.

A Nicolás aquello no le gustaba, de modo que sugirió:

—¿Por qué no habláis de ello con el señor Pisany?

Louis dudó un instante. Era cierto, ¿en qué estaba pensando?, debería advertirlo.

—Tienes razón. Tú ve a buscar un vehículo y un guía, y yo iré a ver al marqués.

—Está en el piso de arriba, en el segundo cuarto a la derecha.

Nicolás se fue. Louis subió a la habitación de Pisany, en el segundo piso. El marqués estaba jugando a las cartas con Bauer delante de un jarro de vino. Louis les

contó lo que ocurría y lo que había planeado para resolver la situación. Pisany puso cara de preocupación y tardó algo en responder. Se sirvió un vaso de vino y lo miró durante un buen rato. Al cabo de un instante, se dirigió a su compañero:

—¿Qué opinas tú, Bauer?

—Puede ser una solución... —reconoció el gigante—... Aunque el problema puede arreglarse aquí mismo. Sería más rápido. Esta noche puedo colarme en su cuarto y degollarlos. O esperarlos en el camino... y no quedará rastro de ellos...

—Es demasiado peligroso —dijo Pisany—, tendríamos que dejar aquí a Julie. Imagínate si la cogen. ¿Y si matan a Louis en la refriega? Recuerda que no es un soldado. Y las pintas de éstos son de asesinos, seguro.

—¡Pues los liquidamos aquí mismo y listo! —dijo el bávaro encogiéndose de hombros y componiendo una expresión angelical.

—Ya, claro, y mañana nos detiene el preboste. No tenemos ninguna prueba contra ellos, no nos han hecho nada.

—Entonces, acompañamos a Louis. Si vamos con ellos, no se atreverán a atacarnos —sugirió el bávaro, empezando a ponerse nervioso.

—Encontrarán una banda de facinerosos que se una a ellos. Ya habrán previsto algo así.

—De acuerdo, lo haremos como ha planeado el señor Fronsac —suspiró Bauer—. Pero, al menos, podemos seguir de lejos a Nicolás para que no le ocurra nada. Esos bribones pueden matarlo para vengarse.

Pisany miró a Louis, que permanecía callado.

—Llevaremos a cabo tu plan, Louis, pero para ti lo más complicado es el trayecto hasta Malesherbes. Intenta llegar cuanto antes. Una vez allí, contrata a tres o cuatro mozos fornidos para ir a Orleans, y en cuanto llegues, ve a ver al marqués de Querasque. Es un compañero del ejército con el que hice amistad en Arrás. Creo que conoce al caballero de Vivonne, el padre de Julie. Os ayudará y os proporcionará una escolta para continuar. La ventaja de seguir ese itinerario es que despistará también a los hombres del cardenal, en caso de que hubiese mandado algunos en tu persecución.

Estudiaron juntos los últimos detalles de la empresa y Louis fue otra vez al cuarto de Julie para prevenirla del plan. Acordaron partir a las tres de la mañana. Luego bajaron a la segunda sala para cenar.

Los viajeros estaban sentados alrededor de las tres grandes mesas. El menú consistía en pollo, pichón y ternera, regados con vino moscatel. Todos evitaron mirar a los tres individuos de la mesa vecina.

Horas más tarde, de noche, Louis y Nicolás dormían y no vieron llegar al albergue a un hombre bajito vestido de negro.

A las tres de la mañana, el posadero, que había sido advertido, despertó a Louis. Nicolás y él estuvieron listos enseguida, pues se habían acostado completamente vestidos. Luego Louis despertó a Julie y avisó a Pisany. Unos minutos más tarde, dejaban juntos el albergue. Pisany y Bauer los acompañaban con los equipajes.

Hacía más frío que la víspera y el cielo estaba completamente oscuro. Nicolás llevaba una lamparita de aceite que le había prestado maese Lavandier. Al cabo de unos minutos llegaron a unas caballerizas donde Nicolás había comprado el segundo vehículo. El único disponible en el pueblo. Era una carroza pequeña de dos plazas, como las de hacía veinte años. Las portezuelas carecían de cristales y dejaban los vanos al aire libre, el peor vehículo que podían tener para viajar en invierno. A la luz de un farol, dos palafreneros se ocupaban de enjaezar y enganchar una pareja de caballos asmáticos.

—Esta expedición no tiene muy buena traza —refunfuñó Louis examinando la carroza.

Colocaron sus equipajes en los baúles que había bajo los asientos y se despidieron. Louis subió al pescante después de abrigar a Julie lo mejor posible y cubrir las portezuelas con sendas mantas.

Su guía era un hombre taciturno de cincuenta años de edad y manos sarmentosas. Iba montado en una mula. Nicolás le dijo a su amo que se trataba del dueño de las caballerizas y que era de confianza. Emprendieron la marcha. Y como las cosas nunca salen según lo previsto, nada más dejar atrás las últimas casas del pueblo empezó a nevar.

Capítulo 15

Del domingo 9 al martes 11 de febrero de 1642

El guía enganchó un pequeño pabilo de aceite al arzón de la mula, que avanzaba lentamente, vacilando a cada paso. A la pobre bestia no le gustaba nada estar fuera a aquellas horas y con aquel tiempo. Louis seguía a la mula. O, para ser precisos, los que seguían a la mula eran la pareja de caballos que tiraban del vehículo. Louis conducía, sentado en el pescante. Julie, en el interior, iba arropada con varias mantas, porque las portezuelas, como hemos dicho, carecían de cristales. La nieve, que se arremolinaba, entraba ahora en el vehículo, colándose por cualquier rincón, donde se congelaba rápidamente.

Dejaron atrás las últimas casas del pueblo. Era de noche, pero una luna muy brillante iluminaba por momentos el camino, pues no había nubes que la ocultasen. La luz del astro se reflejaba en los campos cercanos, que estaban completamente blancos, silenciosos y hostiles.

No se oía ningún sonido salvo el rodar monótono de los ejes; los cascos de los caballos y las ruedas de hierro se hundían sin hacer ruido en la nieve, que ya alcanzaba medio pie de altura.

En el cruce de caminos hacia Nemours y Orleans cogieron a la derecha. Louis, con los ojos llenos de nieve, no distinguía ninguna referencia que lo guiase —estaba todo completamente blanco—, pero su guía vivía en la región desde hacía tantos años que conocía señales que los forasteros ignoraban y sabía muy bien por dónde tenía que pasar y cómo. A veces, la luna desaparecía durante un buen rato, oculta por los nubarrones negros que cruzaban el cielo. Siniestras y gruesas nubes de nieve.

La preocupación de Louis iba en aumento. ¿Habría tomado la mejor decisión? ¿Qué ocurriría si caía una nieve más abundante y espesa? Aquel hombre había prometido guiarlos hasta el alba. Pero ¿y después? Sabía que el próximo pueblo era Malesherbes, que quedaba a cuatro o cinco leguas. Pero con semejante tormenta empezaba a dudar si llegarían hasta allí. Ahora estaba todo completamente cubierto de nieve, y cada vez con mayor frecuencia tenía que sacarse el sombrero y sacudirlo.

Al cabo de dos horas —a Louis no le parecía haber avanzado mucho— el guía se detuvo y se dio la vuelta.

—No es prudente continuar —dijo, mirando al cielo—. La nieve es más espesa. Creo que deberíamos volver, aún estamos a tiempo.

—¿Tenéis miedo de perderos?

El hombre se encogió de hombros.

—No, yo conozco el camino y la mula pasa por cualquier sitio. Es por vos y, sobre todo, por la dama. El tiempo va a empeorar.

Miró de nuevo el cielo. Louis inclinó medio cuerpo hacia la portezuela para

preguntarle a Julie:

—¿Tú que opinas?

—Si quieres, seguimos —decidió temeraria.

—¡Ya lo habéis oído... seguimos! —le ordenó Louis al guía.

El hombre lo miró extrañado, luego se encogió de nuevo de hombros y prosiguió su marcha suspirando. Después de todo, eran ellos quienes decidían. Allá ellos y sus vidas.

Ahora el frío era insoportable y la nieve que se arremolinaba y se les metía en los ojos dejaba a Louis completamente ciego. Los copos caían delante de él desde algún punto invisible y se introducían con furia en el coche, como queriendo atacarlos. No veía el camino ante sí, ni siquiera las orejas de los caballos.

Girándose, vio algo de luz procedente del este. El sol estaba saliendo y aquello le dio confianza. Pero la luz hacía que los copos pareciesen más gruesos, más espesos y más pesados.

Debían de haber hecho un tercio del camino cuando el guía se detuvo de nuevo.

—Señor, ya es de día. Hemos cruzado el bosque. No puedo seguir más. Ahora hacer el camino hasta Malesherbes será muy fácil. Es todo recto.

Se detuvo y miró los campos cercanos; luego prosiguió en tono persuasivo:

—Pero os aconsejo que deis media vuelta conmigo. Va a nevar más y os arriesgáis a quedaros aislados en medio del campo.

«Tal vez —pensaba Louis— no lleguemos a Malesherbes, pero es nuestra única posibilidad. Si volvemos, nos arriesgamos a que nos maten o nos encarcelen». Reiteró su decisión:

—Gracias por el consejo, pero debemos seguir. Cuando lleguéis, no olvidéis que no sabéis ni quiénes somos ni a dónde hemos ido.

El guía, al que habían pagado con generosidad, asintió con la cabeza, saludó con la mano y, rodeando el vehículo, se alejó en la dirección contraria. Louis lo siguió un instante con los ojos. Después fustigó a los caballos para que continuasen la marcha.

Ahora avanzaban más despacio; el camino sólo era visible porque formaba una especie de línea entre una zanja y un seto. De este modo pudieron seguir durante una hora de un modo regular. Pero la zanja y el seto desaparecieron de pronto. Louis detuvo el coche y bajó. Horrorizado, descubrió que la nieve le llegaba a las rodillas. Se acercó a la portezuela y levantó un poco la manta que cubría la ventana. Vio a Julie pálida, aterida de frío, pasándolo realmente mal.

—Iré delante para guiar a los caballos de manera que encuentren el camino.

La joven asintió con la cabeza en silencio, pero él leyó la inquietud, e incluso la locura en sus ojos. Cuando pasó delante de las bestias, cogió el roncal de uno de los caballos y, apoyándose en una rama que había arrancado de un árbol seco, se puso en marcha, buscando una referencia estable.

Esta búsqueda silenciosa duró menos de una hora. Sudaba pese al frío gélido que lo obligaba a cerrar los ojos. Sentía correr el sudor por su espalda y luego helársele en

todo el cuerpo. Los campos estaban desiertos, no se oía ningún ruido, y tampoco había ningún animal a la vista. Ninguna señal de vida. Sólo unos cuervos volando en el cielo, acechando a una musaraña o a un conejo extraviado. O a ellos.

La nieve caía ahora violentamente y apenas se veía. De repente, una rueda se hundió por completo en un agujero. El coche resbaló y la caja cayó suavemente en la nieve. Louis volvió a la carroza con gran dificultad. Espantado, comprobó que la nieve le llegaba a los muslos. Julie, inquieta, sacó la cabeza por la ventana para ver qué ocurría. El coche se había hundido de tal manera que al joven le pareció inútil intentar sacarlo de allí; estaba claro que no serían capaces de moverlo.

Y cada vez nevaba con más intensidad.

Louis abrió la portezuela y subió a la carroza.

—Estamos bloqueados —explicó a Julie—. El coche no podrá reanudar la marcha. Esperaré aquí contigo a que pase la tormenta y luego iré a buscar ayuda. Soltaré a los caballos; si no se mueven, morirán de frío.

Julie asintió débilmente. Louis salió y se ocupó de las bestias; luego se metió en el coche. En su interior había dos bancos, uno enfrente del otro, que al mismo tiempo hacían las veces de portaequipajes. Se sentó junto a la joven y, abriendo el banco que estaba frente a él, sacó una enorme pieza de lana con la que la tapó. Después miró la nieve que había penetrado en el interior y fijó el débil cierre de tela de las ventanas. Cuando hubo terminado, se apretaron uno contra el otro. Sólo podían esperar. El sueño los fue venciendo paulatinamente.

Al cabo de un tiempo, ya no sentían ni frío ni hambre. Entonces, poco a poco, el silencio y la insensibilidad los fueron arrastrando insidiosamente a la muerte.

De repente, ¿se trataba de un sueño?, en algún punto remoto y oscuro de su cerebro Louis tuvo la certeza de que iban a morir. Tenían que reaccionar. Se obligó a moverse y sacudió a Julie, que también estaba entumecida.

—No podemos dormirnos, Julie, ¡comamos, movámonos un poco!

La joven abrió los ojos y sacudió la cabeza.

Sacó algunas provisiones del baúl y comieron sin ganas pan y queso, que habían tenido la precaución de llevar. La comida estaba dura y congelada. Julie tenía frío de nuevo y empezó a toser. Louis le hablaba y le decía que en París todos los años se morían de frío docenas de desgraciados. Que tenían que permanecer despiertos hasta que vinieran a socorrerlos. De todos modos, una tempestad así no podía durar mucho tiempo. Cada poco abría una de las portezuelas para tranquilizarse, pero la nieve seguía cayendo. Y cada vez era más espesa.

El tiempo pasaba, el cielo se oscureció y llegó la noche. Louis comprendió que tendrían que esperar al día siguiente en el coche con aquel frío.

La noche fue terrible. Louis había sacado de las maletas toda la ropa que había podido encontrar y le había pedido a Julie que se pusiese unas por encima de las otras. También se había puesto cinco pares de medias.

—Debo de estar ridícula —musitó. Tenía los labios agrietados.

—¿Sabías que Malherbe, el que escribió el poema que está grabado en la fuente de los Rambouillet, era muy friolero? En invierno también se ponía cinco pares de medias. Para cerciorarse de que tenía el mismo número de medias en cada pierna, encargó que le cosiesen una letra en cada par. Un día particularmente frío le dijo a su tía: «¡Este frío es terrible, ya voy por la letra L!».

Louis consiguió hacer reír a Julie y así gozaron de un momento de tranquilidad.

Pero aunque hacía todo lo posible para que la muchacha se calmase, en realidad estaba más inquieto de lo que parecía. Apenas durmió, velándola con ansiedad. La joven no paró de toser en toda la noche y Louis a cada poco tomaba sus manos, que ardían a causa de la fiebre.

De madrugada, el hielo matutino fue todavía más terrible.

Al intentar separar la manta de una de las portezuelas, el tejido se rasgó. Por suerte, la nieve había dejado de caer. Tenía que encontrar una solución para salir de allí. Y tenía que hacerlo rápidamente.

Con las primeras luces del alba intentó salir. La nieve llegaba ahora a la parte inferior de las portezuelas. Comprendió que si intentaba salir se hundiría en la nieve y quedaría totalmente inmovilizado. No obstante, había otra salida: podía encaramarse al techo del coche, cosa que hizo, y, desde allí, deslizarse con cuidado hasta el pescante.

La maniobra fue difícil. El techo estaba cubierto de nieve y tuvo que retirarla antes. Los campos estaban blancos hasta donde alcanzaba la vista y ellos eran unos naufragos. Vio también que los caballos habían desaparecido. ¿El instinto los habría llevado hasta las caballerizas?

Reinaba el silencio. No se trataba de un silencio tranquilo o sereno. ¡Quia! Era un silencio terrible, siniestro, mortal. De tarde en tarde los cuervos se posaban, aquí y allá, sobre los árboles sin hojas, a modo de centinelas. ¿Acecharían su muerte? Su comida, sin duda... las siniestras aves tenían, en efecto, el aspecto famélico de pájaros de mal agüero.

Había que dejar aquel vehículo a toda costa o acabaría convirtiéndose en su tumba. Pero ¿cómo harían para no hundirse en la nieve? Observó un momento a algunos cuervos que caminaban sobre un campo. Sus patas los llevaban con facilidad. ¿Por qué no podían hacer ellos lo mismo? Si pudiesen calzar los pies sobre un soporte más ancho que una suela, podrían desplazarse. Pero ¿qué? Miró a su alrededor. No tenía ningún instrumento a mano para bajar de la carroza y cortar algunos trozos del vehículo.

De pronto se fijó en que el asiento del coche podía servirle: eran dos sillas con dos respaldos separados, calados, con gruesas varillas entrelazadas para dejar correr el agua de la lluvia. Cada silla y cada respaldo eran del mismo tamaño y forma: aproximadamente de unos dos pies de largo. ¡Y había cuatro!

Primero intentó separar los respaldos, sin éxito, porque estaban sólidamente unidos. «Necesito una escoda»^[32], pensó. Entonces recordó las herramientas que

normalmente se guardaban en una caja, en la parte trasera de los coches, bajo el eje, sobre todo las palancas para sacar las ruedas. ¿Pero aquel viejo vehículo llevaría todavía la caja de las herramientas? La idea de tener algo que hacer le dio ánimos y se subió de nuevo al techo, dejándose caer acto seguido en la nieve. La caja estaba muy hundida y la sacó con mucha dificultad, escarbando la nieve que había a los lados. Por fin la abrió: las herramientas estaban allí, viejas, estropeadas y herrumbrosas, pero cumplirían su cometido.

Cogió una palanca, se encaramó de nuevo al techo y a continuación saltó a la silla. Con ayuda de la palanca, arrancó fácilmente las cuatro partes de la silla. No era un trabajo muy fino, pero bastaba para sus propósitos. Cogió los trozos de madera y volvió dentro. Julie se había despertado, sin duda, a causa del ruido que había hecho, y lo miró sorprendida con los ojos brillantes de fiebre.

—Voy a unir estas tablas, las pondré bajo mis pies e iré a buscar ayuda —le explicó.

Desató las correas de cuero de los baúles y las usó para atar las tablas bajo sus pies. Luego, con dificultad, se deslizó al suelo. Todavía se hundía un poco, pero podía caminar, aunque muy despacio.

—¡Funciona! Tardaré sólo un momento y dentro de una hora estaré aquí de nuevo. No te preocupes.

Julie asintió con la cabeza, pero estaba tan cansada que no respondió. Louis se fue.

La marcha era más difícil de lo que creía, pero avanzaba. Decidió encaminarse hasta un pequeño cerro que había a su derecha. «Desde allí —pensó— tendré una vista completa de los alrededores». La ascensión fue penosa y le llevó unos veinte minutos. Cuando llegó a la cima, miró a su alrededor y no vio nada, ni una casa ni humo saliendo de ninguna chimenea. Durante un momento cayó en el desaliento, cuando, de repente, vislumbró una pequeña construcción cubierta de nieve a un cuarto de legua aproximadamente. No se trataba de una granja ni una casa. Sin duda, era una choza. Pero estarían mejor que en el coche. Tendría que llevar a Julie hasta allí.

Cuando volvió al coche, le explicó su plan. A continuación cubrió sus botines con trozos de lana y ató a ellos muy fuerte las piezas de la segunda silla. Luego cogió las maletas menos pesadas. El resto quedaría en el coche. También cogió las últimas provisiones. Metió todo en un bolso de cuero. No se olvidó de llevar una daga, una pistola y el mosquete de aire de Richelieu.

Se fueron.

Louis sostenía a la joven para evitar que se cayera, durante un trayecto que duró cerca de dos horas. Estaban agotados. Ya veían más cerca la cabaña, que parecía abandonada. Al parecer, todavía conservaba el tejado, cubierto de nieve, y también la puerta. Cubrieron los últimos tramos parándose a cada rato, vencidos por la fatiga. Ya no sentían el frío. Por fin, llegaron.

La puerta estaba cerrada a cal y canto. Louis hizo saltar la cerradura con la daga. El interior de la cabaña parecía un establo: una única pieza de pequeñas dimensiones con paja y herramientas agrícolas de madera. No había chimenea ni leña para hacer fuego, ni siquiera muebles o sillas. Tampoco había ventanas. El techo era de madera recubierta de tejas. Las paredes no estaban encaladas. Se sentaron en la paja para recuperar el aliento. Luego comieron un poco, sentados en el suelo de tierra. «Después de aquella comida, ya no quedarían más provisiones», pensó Louis.

Hacia el mediodía, la nieve empezó a caer otra vez.

La pequeña construcción estaba helada. Louis había tenido la precaución de meter un encendedor de yesca en una de las maletas casi vacías que había llevado, pero no había leña en la choza ni tampoco salida de humo. Sin embargo, lo más urgente era instalar a Julie. Juntó toda la paja seca que encontró y la envolvió en su abrigo. De ese modo, Julie podría tumbarse y dormir tapada con su propio abrigo.

Cuando hubo acabado aquellos mínimos preparativos, Louis salió a buscar leña. Naturalmente, era imposible recogerla del suelo, pero algunos árboles muertos de los alrededores alzaban sus ramas secas al cielo, como implorando piedad al dios de los bosques. Cerca sólo había alguna raíz seca. El joven empleó varias horas yendo y viniendo de la cabaña a los árboles más cercanos. Tenía que quitarse las tablas que había fijado a sus pies, intentar trepar al tronco —a veces era imposible—, romper algunas ramas y volver de nuevo con ellas a la cabaña.

Después del primer viaje, hizo una pequeña hoguera cerca de la puerta, dejando ésta entreabierta. Así saldría parte del humo. El fuego apenas calentaba, pero mantenía un poco la temperatura. También les permitía secar mínimamente sus ropas.

Por la tarde, Louis hizo acopio de leña. Sólo podía cargar unas cuantas ramas en los brazos y cada viaje era agotador. Por fin, se hizo de noche. Julie estaba tumbada, acosada por la fiebre, tosiendo cada vez más. El joven durmió un poco, alimentando el fuego en los momentos de vela. No habían comido nada, ya que las provisiones se habían agotado.

El martes por la mañana la nieve volvió a caer con fuerza. Louis no pudo salir por la mañana. Temblaba de frío, estaba muerto de hambre y se hallaba agotado. Julie seguía durmiendo, pero ardía de fiebre. De cuando en cuando Louis le daba de beber un poco de nieve derretida en un cubilete de cuero.

Por la tarde las nubes se disiparon y el cielo apareció de un bonito color gris, aunque tristón. Louis pudo entonces salir a buscar algo de leña. Su estómago protestaba a causa del hambre.

Tenía que desplazarse cada vez más lejos, y por la tarde aún no había reunido suficiente leña con que calentarse un poco hasta medianoche. En una ocasión intentó disparar a un conejo, pero el disparo fue fallido porque el cebo estaba húmedo.

La noche transcurría lentamente. Julie no se movía y respiraba con dificultad, jadeando ruidosamente. Louis se dio cuenta de que no podrían pasar otro día y otra noche sin fuego. La joven moriría aquí, como una pordiosera, sin calor ni comida. Y

él tampoco resistiría mucho. Era preciso encontrar una solución a toda costa. Vio que Julie abría los ojos. Lo miraba en silencio y comprendió que ella sentía como él la muerte acechándolos.

La noche fue glacial y peor que las precedentes. La nieve había dejado paso al frío. El fuego se había apagado por falta de leña. Despierto, Louis esperaba el alba velando a Julie. Lloraba en silencio, sabiendo que sería su último día.

Capítulo 16

Del miércoles 12 al miércoles 26 de febrero de 1642

Por los postigos de madera de la cabaña empezó a filtrarse algo de luz. Julie estaba profundamente dormida. Ya no tosía, aunque respiraba con dificultad. Louis decidió salir. Tenía que tomar una decisión rápidamente. Otra noche en aquellas condiciones sería fatal para la joven.

Le costó mucho trabajo abrir la puerta bloqueada por la nieve caída durante la noche. Fuera, el cielo todavía estaba gris, y una lluvia menuda y helada taladraba el manto blanco. El tiempo había mejorado pero todavía hacía frío. Quizás podría acercarse al pueblo más cercano.

Con ayuda de una tabla mal desbastada retiró la nieve que estaba delante de la puerta y volvió a cerrar enseguida. Ató como pudo los trozos de la silla del coche a sus pies porque las tiras de cuero se habían congelado.

Así pertrechado, y en medio de un silencio impresionante, dio unos pasos en la espesa capa de nieve, dudando sobre qué dirección seguir. El cielo y el suelo se confundían en una especie de enorme capullo blanco y gris. En el cielo no se veía ni un pájaro. Hacia el este, la luz del sol se abría paso muy débilmente entre la bruma. Poco a poco fue distinguiendo una mancha negra que se acercaba, de la que no apartó la vista en ningún momento.

Al cabo de diez minutos, reconoció la silueta de un hombre a caballo. ¿Quién podía pasearse a semejante hora y con aquel tiempo? Aquella visita no presagiaba nada bueno.

Louis volvió a entrar, cogió el mosquete de aire y, antes de salir, comprobó que funcionaba.

Carfour era un espadachín temible y por tal se tenía. Jefe de una banda de facinerosos, era pérfido, cruel y carecía de piedad, virtudes estas muy necesarias para el oficio que ejercía. Desde los trece años sembraba el terror no sólo en París sino en toda la provincia, atacando casas aisladas o mal protegidas, y a veces simplemente a los caminantes. Nunca daba cuartel.

Era un bribón respetado por sus iguales y temido por la gente de bien. Y aun así, no estaba muy satisfecho consigo mismo.

En efecto, atacar a los burgueses era una tarea difícil, y en ocasiones azarosa, porque a veces las víctimas se defendían. Y luego estaba la policía de Laffemas, cada vez más eficaz y más severa. Por último, en muchas ocasiones el botín era escaso. Además, al ir haciéndose mayor, Carfour había decidido dejar el bandidaje por libre para trabajar sólo por encargo.

Ciertos personajes situados en las altas esferas sabían dónde y cuándo encontrarlo. Entonces, mediante una suma que iba desde las diez hasta las cincuenta libras, según la dificultad, aceptaba apalear, mutilar o incluso hacer desaparecer a un marido, una esposa, un amante, una madrastra, un rival o un competidor.

Carfour nunca hacía preguntas. Tomaba el dinero y aseguraba resultados; al cabo de dos días, con total discreción, la víctima había recibido su castigo o desaparecía. Si no, reembolsaba el dinero al que le había encargado el trabajo.

A su manera, Carfour se había convertido en un honrado negociante, casi un burgués.

La taberna *Deux Anges*, en la calle Saint-Honoré, no lejos del palacete de Vendôme, era su cuartel general. Allí era donde se reunía con su banda y reclutaba nuevos miembros. Allí recababa información sobre las casas que iban a saquear e incluso recibía a sus clientes.

Unas semanas antes, un abominable jorobado —un engendro, horrible, pero seguramente noble, por su vestimenta y su modo de expresarse— le había pedido que siguiese a un joven. El contrahecho lo había llevado a la casa en la que vivía su futura víctima y le había explicado quién era: un notario, pero la profesión de sus presas a Carfour lo traía al paio.

—No lo perdáis de vista. Si se va de París, matadlo, pero sólo después de haber conseguido ciertos papeles que debe llevar encima y que vos me entregaréis. Si va acompañado, matadlos a todos. Acudiré cada semana a la *Deux Anges*. Si no puedo ir personalmente, enviaré a alguien. Mi emisario sabrá cómo encontraros. Aquí tenéis trescientas libras; os daré otras trescientas más cuando reciba los documentos.

Le había dado cien escudos de plata. ¡Cien escudos por un trabajo tan fácil! Los notarios no son gente de armas, pensaba Carfour cabalgando por la nieve, y éste no opondría resistencia. Y seguramente llevaba encima mucho dinero. ¡Le vendría de perlas esa propina!

Acompañado de dos compinches, había seguido al hombre y a la mujer desde París. Les habían perdido el rastro en Fontainebleau y luego habían seguido un coche vacío hasta Nemours. Bien, aquello significaba que el notario era más hábil de lo que había pensado. Pero lo encontrarían. No habían conseguido hacer hablar al conductor de la carroza porque en el camino aparecieron otros viajeros. Por suerte, una vez llegados a Fontainebleau, averiguaron que el notario se había marchado por la noche a Malesherbes. Cuando la tormenta de nieve hubo amainado, regresaron allí, pero descubrieron que no había llegado ningún viajero.

Así pues, el notario y la joven se habrían escondido en algún lugar del camino, donde habrían muerto sepultados por la nieve.

Carfour y sus compinches habían pasado por varias aldeas interrogando a los lugareños. Nadie había visto a los viajeros. Ahora exploraban todas las granjas, cabañas o barracas aisladas. A pie, en medio de la nieve, aquellos dos no podían estar lejos, ya que sus caballos habían vuelto a la hospedería y su coche, vacío, había sido

encontrado dos leguas más lejos.

Con aquel tiempo, probablemente habrían muerto o estarían a punto de morir. Lo peor es que, si estaban sepultados por la nieve, les sería difícil encontrarlos.

Sus compinches y él se habían dividido para explorar el lugar. ¡Con un simple notario no corrían peligro alguno! Y la joven sería la recompensa para quien la encontrase. Y ella, asimismo, desaparecería. Sin testigos.

Entonces vio la cabaña.

«¿Por qué aquí?», pensó Carfour guiando a su caballo hacia la construcción. El animal avanzaba muy lentamente y daba la impresión de saltar en la nieve, en la que se hundía hasta el pecho. Al acercarse, el bribón distinguió a Louis Fronsac, de pie delante de la pequeña construcción de piedra. El notario parecía esperarlo. Carfour sonrió.

Fronsac lo había reconocido enseguida como uno de los jaques de la hospedería del *Courrier du roi* y estaba preparado.

«¡Ese bobo cree que vengo a ayudarlo!», se dijo el malvado riéndose para su mostacho congelado. Decididamente, iba a ser mucho más fácil de lo que pensaba. ¡Demasiado fácil, incluso! Un juego de niños. Seiscientas libras ganadas sin mover un dedo, ¡y la moza para calentarme!

Ya pensaba en cómo gastar aquella fortuna. Quizás podría comprar una tienda o una hospedería. La bruma se había transformado en una lluvia menuda. Al acercarse, vio que el notario llevaba un arma en la mano: un mosquete o una pistola larga. ¡Qué iluso! ¡Ni siquiera debía saber que con aquel tiempo húmedo las armas de fuego no funcionaban! Verdaderamente, tenía la impresión de estar robando por su trabajo, cosa, por lo demás, harto curiosa en un ladrón. De todas formas, eso no le impidió desenvainar su espada. Sería un trabajo rápido.

Cuando llegó ante la cabaña, se llevó la mano izquierda al sombrero, en un gesto de cortesía irónica. Con un tono que pretendía ser amable preguntó:

—El señor Fronsac, supongo.

Le gustaba jugar con sus víctimas antes de darles matarile.

—¿Qué queréis de mí? Venís siguiéndome desde París, ¿no es cierto?

Aquellas palabras molestaron a Carfour. El notario no parecía asustado y hablaba con una voz muy tranquila. El truhán sacó la espada y puso la punta del arma en el cuello de Louis, que seguía apuntándolo impertérrito.

¿Sería una trampa?

Carfour echó un rápido vistazo a su alrededor. Ningún peligro... Suspiró y sonrió de nuevo mostrando unos dientes podridos. Prosiguió en tono indolente:

—Señor, quiero ciertos papeles que vos tenéis. O me los dais o tendré que quitároslos a la fuerza. Y no esperéis ningún auxilio del arma con la que me apuntáis. Con este tiempesito no lograréis disparar. La pólvora está mojada y no puede hacer

fuego. Pero, aunque dispare, el ruido alertará a mis compañeros y...

Carfour no terminó la frase. El disparo se produjo en medio de un silencio mortal.

Así fue como el más afamado bribón de París dejó este mundo casi sin darse cuenta. La primera bala le atravesó el ojo izquierdo y la segunda le reventó la cabeza como una calabaza. Pese a que no hubo ruido, su caballo se espantó y Louis tuvo que hacer denodados esfuerzos para cogerlo.

El cuerpo de Carfour rodó suavemente en la nieve. La sangre caliente brotaba de su cabeza rota formando un gran charco rojo. Al entrar en contacto con la nieve ésta empezó a derretirse.

Louis arrastró con mucho esfuerzo el cadáver hasta el rincón del que había retirado la nieve. Dedicó los siguientes minutos a registrarlo concienzudamente.

Primero cogió sus armas: una daga de Brandeburgo, de hierro colado y cincelado, y un arcabuz de serpentín de acero pulido, que llevaba en bandolera.

A continuación cogió la espada de filo esmaltado y puño calado. Finalmente, vació las alforjas del caballo, que contenían dos pistolas de sílex con culata de nogal, y lo más necesario: una hogaza de pan y un jamón. Cogió asimismo una manta que estaba atada a la silla.

También despojó al cadáver de una bolsa que contenía cerca de doscientos escudos de plata, fruto de diversas rapiñas. Por último, le quitó su grueso capote.

Hecho esto, colocó el cuerpo del truhán sobre la nieve y lo tapó con sumo cuidado hasta que no quedó rastro de él. También borró las manchas de sangre.

El caballo no se había movido. De todos modos, Louis lo ató a la argolla dispuesta en un muro de la cabaña para amarrar las caballerías; no quería perderlo.

Una vez concluida la operación, miró atentamente a su alrededor: no había nadie a la vista. Sólo silencio y un paisaje totalmente blanco.

Cuando entró en la cabaña, vio que Julie se había despertado y tosía.

—Tengo frío —susurró. En efecto, temblaba.

—Nos vamos —le dijo—. Si no, moriremos aquí.

En breves palabras resumió los sucesos que acababan de producirse.

—Ponte el capote de ese hombre sobre tu abrigo. Está sucio, pero es grande y abriga. Y échate la manta por encima. ¿Crees que podrás montar a caballo?

—Lo intentaré —dijo la joven con un hilo de voz.

—Antes, comeremos algo.

Le dio un trozo de pan y cortó una loncha de jamón.

—No —rechazó, tosiendo—. Me encuentro muy mal.

—¡Haz un esfuerzo! Tenemos que llegar a Malesherbes esta noche y debes conservar las fuerzas.

Julie permaneció un momento en silencio. Luego tendió la mano hacia la comida con una débil sonrisa.

Comieron en silencio, roto de vez en cuando por la tos de Julie. Louis se sentía impotente, culpándose de la situación. No debía de haberla llevado. La muchacha lo

miró y adivinó sus pensamientos.

—Todo esto es culpa mía. Pero llegaremos allí. ¡Tendré la fuerza necesaria, estoy seguro!

Ahora, Julie sonreía.

Louis cogió sus cosas y salió fuera para colocarlas a lomos del caballo.

Carfour venía del este. Sin duda, había comprobado que ellos no habían llegado a Malesherbes, lugar del que probablemente procedía. Así pues, Louis decidió seguir las huellas del caballo en sentido inverso. Así no tendrían que buscar un camino. Además, a los compinches de ese bribón les sería difícil comprobar que habían seguido el mismo trayecto en sentido contrario, porque las huellas estarían mezcladas.

Partieron. Louis llevaba el caballo de la brida. Había vuelto a atar a sus pies los trozos de madera que tan útiles le habían sido y le impedían hundirse en el suelo. Julie, arropada en la manta y cubierta con el abrigo del muerto que con tanto asco se había enfundado, dormitaba sobre el caballo.

Había dejado de llover. El caballo era muy vigoroso y avanzaba sin dificultad aparente y sin fatiga; sólo el vapor que le salía del belfo y ollares daba pruebas del inmenso esfuerzo que estaba haciendo. La bestia podría avanzar así durante muchas horas, pensaba Louis. Cada poco, se volvía para ver si divisaba algún jinete, pero el campo seguía desierto. Todo estaba en silencio, ahogado y oculto por la nieve. De vez en cuando, algún árbol se alzaba, centinela del camino. Sin duda, iban a campo traviesa, lo que significaba que antes o después llegarían a un poblado.

Julie tosía mucho y sufría. Louis era consciente de que su estado empeoraba, y él también se sentía agotado. Al cabo de una hora alcanzaron un altozano de donde partían muchas huellas de cascos de caballos en diversas direcciones. Sin duda era allí donde los cómplices del truhán se habían separado. No parecía que hubiesen vuelto sobre sus pasos. La huella más ancha llevaba la misma dirección que ellos. Louis se propuso estar especialmente vigilante. Cuando se detuvieron un instante para tomar aliento, cambió el cebo de las pistolas de sílex y enseñó a Julie a utilizarlas.

Y reemprendieron la marcha de nuevo.

Pasaron dos horas antes de que hiciesen otro alto cerca de un seto. La nieve era menos espesa allí y a veces el suelo, en parte protegido por el seto, quedaba al descubierto. Comieron un poco. El sol estaba alto en el cielo pero completamente cubierto por la bruma. Seguía haciendo frío. Louis no sentía los pies pese a que llevaba puestas las gruesas botas del señor de Rambouillet. «Debía de estar helando de nuevo», pensó.

Estaba terminando de comer cuando advirtió de pronto un ligero movimiento en la línea del horizonte. Arrimó el caballo al seto y se puso un dedo en la boca mirando hacia Julie. A través de las ramas observó durante mucho rato el punto que había atraído sus miradas. Era un jinete.

Louis sintió un tic nervioso en la espalda y su corazón empezó a latir con fuerza. Sacó las pistolas de sus fundas. El desconocido se acercaba, pero parecía ir por un camino paralelo al suyo. Al cabo de un momento, lo reconoció: era uno de los tres hombres del albergue. El espadachín avanzaba prudentemente, mirando a su alrededor. Louis rezaba para que no los viese. En un momento determinado se dio cuenta de que estaba agarrando las dos pistolas con tanta fuerza que le hacían daño en los dedos.

Inopinadamente, su caballo relinchó. El bribón miró hacia el lugar de donde procedía el ruido y condujo al caballo en su dirección. Louis vio cómo sacaba su pistola de arzón. Había visto el seto e intentaba rodearlo. Louis tendió la espada a una aterrada Julie.

Desde lo alto del caballo el asesino podía verlos en ese momento. Louis también: el truhán tenía una barba hirsuta, amarillenta y gris, y una larga cicatriz le recorría la frente. Sonrió de un modo torvo al ver a Julie y disparó en el acto a Louis. La bala se perdió a lo lejos.

Louis disparó casi inmediatamente después, pero el ruido del primer disparo asustó al caballo del bribón, que empezó a cocear. La bala de Louis alcanzó al animal en el pecho y resbaló sobre el flanco, cayendo sobre la nieve y arrastrando al jinete, cuya pierna quedó presa debajo del animal. Sin duda, se había roto la pierna, o por lo menos se había hecho alguna herida. El hombre empezó a aullar de miedo y rabia a la vez.

Louis se acercó despacio al herido hundiéndose en la nieve. Temblaba y apenas conseguía dominarse. El caballo no se movía pero aún respiraba. El hombre intentaba liberarse. A su memoria acudió la advertencia de los hermanos Bouvier: «Si un día te ves obligado a pelear, no olvides nunca que en las batallas no hay honor. Cualquiera medio es bueno. Procura matar tú primero; si no, te matarán a ti».

Louis disparó con la segunda pistola apuntando a la cabeza del asesino, pero el disparo no se produjo. Se quedó indeciso un segundo, lo que fue su perdición. El bribón había conseguido liberarse en parte y le agarró la pierna con la mano, tumbándolo en la nieve. Hundido profundamente en ella, el joven notario vio de repente la cabeza del matón aparecer por encima de él con una expresión horrible, acentuada por la casi total ausencia de dientes. Sintió que un musculoso brazo lo agarraba y vio el cuchillo. Aterrorizado, comprendió que estaba perdido.

La última imagen que vio fue el mango de un cuchillo de caza de hoja ancha: una cabeza de perro plateada. «Debió de robarlo», pensó absurdamente. El hierro lo golpeó en medio del pecho con extrema violencia.

Sin embargo, no perdió la consciencia y después de aquel terrible golpe todavía miraba a su asesino.

Lentamente, el rictus de placer del espadachín se transformó en una mueca de estupefacción y luego de dolor. De su boca y su nariz brotó un chorro de sangre que salpicó a Louis, sin darle tiempo a cerrar los ojos.

Luego el bruto cayó sobre él. Un líquido caliente y viscoso cubrió su rostro y sintió un dolor espantoso en el pecho. Dejó de respirar y se hundió profundamente en la nieve.

«Voy a morir», se dijo.

Aterrorizado, intentó moverse para llenar los pulmones de aire, y finalmente consiguió apartar el cuerpo que lo ahogaba. Por fin pudo levantar ligeramente la cabeza apoyándose en un brazo.

Entonces vio a Julie delante de él. Inmóvil, pálida, con una expresión feroz en su rostro. Llevaba en la mano la espada que le había dado. El arma chorreaba sangre.

Comprendió lo que había ocurrido: Julie acababa de matar al truhán atravesándole los pulmones.

Con esfuerzo, consiguió levantarse, agarrándose el pecho. El lugar de la lucha parecía un matadero. Había sangre por todas partes, mezclándose con la nieve, que se fundía rápidamente, soltando un vapor cálido y repugnante.

Se dio la vuelta y vomitó. A continuación, se esforzó por respirar lentamente. Tenía que volver en sí. ¿Cómo era posible que siguiese con vida? Pasó la mano por donde el jaque le había asestado la cuchillada. Bajo la tela desgarrada, sintió el frío de las mallas de metal. Entonces recordó el regalo de Pisany, que llevaba puesto desde que salieron de París: una brigantina, es decir, un coselete ligero formado por launas de acero imbricadas alrededor de una camisa de finas mallas labradas. La túnica estaba cubierta de seda.

Aquella cota de mallas, una extraordinaria pieza de arte que la marquesa había traído de Alemania, le había salvado la vida.

Se volvió hacia Julie, que permanecía inmóvil, parecía paralizada y no había soltado la espada. Se acercó a ella y le habló con dulzura:

—Debemos irnos, es probable que el tercer espadachín haya oído los disparos.

De repente, la joven empezó a sollozar y Louis la llevó hasta el caballo. La ayudó a subir a la silla y después recuperó el cuchillo de caza que casi le cuesta la vida.

Se pusieron en marcha, siguiendo el seto en silencio. Al cabo de un momento, el joven la miró pensativo y le dijo: «Gracias...».

Julie sonrió débilmente.

Llevaban una hora de marcha cuando Louis vio el humo. Debía de haber algún pueblo cerca. Se dirigieron hacia el lugar de donde procedía la fuente de calor. Todavía había esperanza.

Llegaron a Malesherbes hacia las dos, en el momento en que la nieve comenzaba a caer. A la entrada del pueblo se erigía un gran edificio rodeado de muros de dos toesas de altura. Aquella granja fortificada debía de servir también de posta o de hospedería para los viajeros de paso. Louis se dirigió hacia ella. Si los dejaban pasar, allí estarían seguros.

¿Pero los recibirían de aquella guisa? Louis se miró y examinó a Julie. Él, siempre tan elegante con sus negros lacayos perfectamente anudados... Vestía ropas reales, era cierto, pero estaban hechas trizas, cubiertas de lodo, sangre y nieve congelada. Se pasó la mano por la cara maquinalmente. Sus mejillas lucían una barba de tres días empapada de sangre y sudor.

El aspecto de Julie no era mucho mejor. Pálida por la fiebre, el rostro contraído, ojerosa. Su vestimenta consistía en varias capas de ropas informes y mugrientas: el pelo, grasiento y pegado a la cabeza, le caía sobre la frente y los hombros. «Podrían pedir limosna en cualquier lugar con éxito», pensó Louis con cierto humor todavía.

Julie, a su vez, lo miró desconsolada.

—Si Chapelain nos viese, se moriría de envidia de nuestra indumentaria — bromeó Louis débilmente.

Consiguió hacer sonreír a la muchacha.

Ahora estaban ante el edificio. Por un gran portal de roble se entraba a un porche y en la fachada no se veía ningún otro acceso a la casa. Sin embargo, en un ángulo de la muralla, en una torre puntiaguda, había una aspillera en la que se distinguía claramente a un hombre encargado de vigilar los alrededores, porque en invierno eran frecuentes las bandas de merodeadores que saqueaban las granjas.

Louis dejó su caballo y a Julie delante del porche y, hundiéndose muchas veces en la nieve, se encaminó hacia la torre. El vigilante lo observaba desafiante. Cuando llegó al pie de la atalaya, el paisano le gritó en tono brusco:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? No recibimos a nadie. Seguid vuestro camino y largaos.

—Unos viajeros extraviados —replicó Louis con autoridad—. La dama que me acompaña está enferma. Es la sobrina del camarlengo del rey (en realidad, Rambouillet, que siempre andaba necesitado de dinero, había vendido su cargo diez años antes). Abridnos, pagaremos nuestra estancia con lises y escudos.

El hombre desapareció. Louis volvió junto al caballo y esperó. Cada vez nevaba más. Luego, impaciente, se puso a golpear el portal con el mosquete. Súbitamente, la sólida puerta de roble se entreabrió un poco: un hombre, acompañado por un criado de alquería armado con una guadaña, los miró de mala manera.

—Entrad —les dijo—, pero no podéis quedaros. No tenemos nada, ni comida ni fuego. La gente del cardenal se lo ha llevado todo.

Dejaron el caballo en manos del criado para que se ocupase de él, y Louis y Julie siguieron a su huésped. Sin duda era el amo, porque llevaba un grueso traje de lana mientras que los otros hombres vestían con simples telas de cáñamo. Todos llevaban zuecos de madera sin otro calzado debajo.

Louis examinaba el lugar: estaban en un espacioso patio limpio de nieve y con sólidas construcciones contiguas. Delante de ellos se levantaba el edificio principal hacia el que se dirigían. A la izquierda, las caballerizas y los graneros para el forraje. A la derecha, junto al establo, toneladas de leña apiladas.

Otros lugareños, armados de guadañas y horcas, estaban delante de la puerta de la granja. Tenían cara de pocos amigos. Con un gesto, su huésped les indicó que se fueran.

Louis y su compañera entraron en una enorme pieza común que hacía las veces de cocina y comedor. El suelo era de piedra irregular cubierto de una mezcla de paja, nieve y lodo. Por suerte, una gran chimenea desprendía un agradable calorcillo. El lugar olía a humo y a establo.

Louis sonrió para sus adentros al recordar que el paisano les había dicho que no tenían nada. Junto a la chimenea había un bargueño sobre el que estaban los utensilios de cocina: calderos, marmitas de hierro, sartenes. «En el interior del mueble debe de estar la vajilla de estaño», pensó. En medio de la sala, una mesa de madera maciza con muchos surcos y huellas. Cuatro hombres y una mujer se sentaban en torno a ella. Otras tres mujeres se afanaban en torno a la chimenea. La mesa estaba limpia. Sin duda, ya habían comido. Julie se dejó caer en un banco que estaba libre, se apoyó contra la pared y empezó a toser.

A continuación, entró uno de los hombres que estaban fuera. Todas las miradas se centraron en ellos, unas hostiles, otras con lástima. En aquellos parajes no debían de sentir mucha simpatía por los extraños. Pero los visitantes también traían información de lo que ocurría en el resto del mundo, y sentían curiosidad.

Louis se dirigió al hombre que los había llevado hasta allí y que, por las trazas, era el dueño.

—Mi compañera está enferma, ¿hay algún médico por aquí?

—¡Un médico! —bromeó el paisano—. Esto no es la ciudad, aquí no hay médico.

Miró a Julie, postrada en el banco, con cara de fastidio. Una de las mujeres se acercó a ella con un cuenco de sopa caliente. El hombre añadió, confundido y huraño, en tono de excusa:

—Al final del pueblo... el herrero es curandero. Sabe mucho de hierbas. Puedo mandar a buscarlo...

Louis asintió con la cabeza.

—Escuchad, estamos agotados... Hemos estado tres días atrapados en la tempestad, después fuimos atacados por unos salteadores. Los matamos...

La gente reunida allí escuchaba estupefacta. Eran hombres duros, fieros, pero nunca habían matado a nadie. Louis siguió hablando, entrecortadamente.

—En esta bolsa hay aproximadamente seiscientas libras —tendió la bolsa que le había cogido a Carfour—. Dadnos vuestra mejor habitación. Calentadla. Id a buscar al curandero y que traiga sus hierbas. Este dinero es para vos. Sólo nos quedaremos el tiempo suficiente para recuperar las fuerzas.

El hombre nunca había visto tanto dinero junto. ¡Seiscientas libras! Es decir, ¡seis o siete bueyes o un centenar de ovejas! Con la granja ganaba tres mil libras al año. Pero después de pagar todos los gastos, no le quedaban más de doscientas libras. Y aquel desconocido le ofrecía tres veces su renta anual. Se dirigió a uno de los mozos

de la granja, que escuchaba, fascinado:

—Jeannot, ¿estás dormido o qué? ¿No has oído al gentilhomme? Corre a casa del tío Tronchain. Explícale lo que pasa. ¡Que venga enseguida!

Se volvió hacia las dos mujeres que trajinaban con los pucheros.

—Annette, arregla nuestra habitación. Ve a encender fuego, ¡rápido! Louise, prepáralas algo de comer. Lo mejor que tengas. Y vosotros, ¡a trabajar!

Cogió la bolsa y se la metió rápidamente en la cintura. La pieza quedó vacía. Louis ayudó a Julie a sentarse a la mesa. Les pusieron una escudilla llena de sopa a cada uno, pan, queso y vino. Los dos jóvenes comieron en silencio. El granjero los observaba como quien no quiere la cosa, y Louis, por su parte, miraba de cuando en cuando a su alrededor. Julie no tomó más que un cuenco de sopa, y después se quedó quieta con un aspecto lastimoso. Una vez entrado en calor, Louis se dirigió al granjero.

—Nuestros atacantes no iban solos, sus compañeros pueden buscar venganza. No abráis a nadie y avisad a vuestra gente. Nadie debe saber que estamos aquí. ¿Entendido?

—Así lo haré, monseñor.

—Señor a secas.

La mujer a quien el granjero había llamado Annette había salido de la pieza. Cuando volvió, miró a Julie con compasión meneando la cabeza.

—Vuestro cuarto está listo, os llevaré allí.

La siguieron, pasaron por una puerta que había al fondo de la cocina y desde allí subieron por unas escaleras de madera. Era casi una escala. Por el olor, Louis dedujo que los establos estaban debajo. Una galería de maderas irregulares bordeaba el piso. La primera puerta era la de la habitación, que todavía estaba helada. El granjero no debía calentarla habitualmente, pero tenía una chimenea en la que crepitaba alegremente el fuego. Una cama con unas mugrientas cortinas ocupaba la mayor parte de la estancia. Julie se tumbó en el lecho y Louis la tapó con varias mantas. Luego le dijo a Annette:

—¿Podéis traerme un jergón? Lo pondré aquí —dijo, señalando un rincón de la pieza—. Hacedme otro favor: su ropa está completamente mojada, —aseguró señalando a Julie—. ¿Podrías llevárosela y secarla? Yo no sabría hacerlo.

La mujer asintió con la cabeza y luego sonrió socarronamente.

—Salid, que voy a desnudarla. Hay ropa en el arca. Yo me ocuparé de ella.

«Estamos salvados —pensó Louis—, al menos por ahora». Bajó de nuevo a la cocina, donde estaba el granjero hablando con otro paisano más joven y más bruto.

—Éste es mi hermano Jean —se lo presentó a Louis—. La granja es de los dos. ¿Cómo está vuestra esposa?

—Desgraciadamente, no es mi esposa —respondió Louis con pesar. Los dos hombres se miraron azorados—. Va a reunirse con su familia y yo la acompaño —explicó el joven evasivamente.

Se sentó y se sacó las botas; luego, disfrutando del momento, acercó los pies al fuego.

—Lo hemos perdido todo en este viaje —añadió—, ¿podrías prestarme una camisa seca y unos calzones, mientras se seca la ropa?...

—No tengo más que una camisa de tela y unos zuecos —explicó el granjero—. Y mi camisa no está muy limpia. No hacemos la colada hasta la primavera...

—Me servirá, no os preocupéis.

Fueron interrumpidos por la llegada del individuo más fascinante y estrambótico que Louis había visto en su vida.

Era un hombre mayor, y, a pesar de los años, no estaba en absoluto encogido, sino al contrario, era fibroso y musculado. Tenía el pelo largo y rojo, anudado en trencitas atadas por cintas multicolores. En su rostro, moreno y curtido, refulgían, como en el fondo de un joyero, unos ojos vivos, claros y extrañamente risueños. Una poblada barba rojiza que le llegaba hasta la cintura cubría su rostro. En las orejas llevaba unos gruesos aros de cobre cincelado. Se cubría con una piel de búfalo acolchado, por encima de un enorme zamarrón de piel de lobo, y llevaba una bolsa de cuero en la mano.

El hombre los miró uno por uno, deteniéndose en Louis, al que tendió una mano desmesurada, toda cubierta de vello rojizo. Louis también le dio la mano y el pelirrojo se la estrechó hasta aplastarla.

—Tronchain, nuestro herrero y curandero —dijo el granjero, riéndose.

¿Aquel individuo un curandero? Louis no las tenía todas consigo. El granjero le hizo una señal para que lo siguiese y subieron a la habitación donde descansaba Julie. Annette los hizo entrar. Había cambiado a Julie, que dormía inquieta. Se acercaron a la cama. Louis examinó con más detenimiento la pieza: las paredes estaban encaladas y sus únicos muebles eran la cama, un escabel y la tradicional arca esculpida que debía contener toda la ropa de cama y que también servía de mesa. El olor a establo, procedente de abajo, era asfixiante e insoportable.

El herrero se sentó en el escabel junto a la cama y tomó la mano de Julie con enorme dulzura. Louis le contó su historia:

—Nos quedamos atrapados por la tormenta durante dos días. Cogió frío y no deja de toser. Creo que tiene mucha fiebre. ¿Podrías ayudarnos?

El hombre no respondió enseguida. Su rostro era de preocupación. Al cabo de un momento, soltó la mano y le tocó la frente. A continuación, ordenó:

—Desnudadla.

Se dirigió a Annette.

—¿Cómo? —se indignó Louis—. ¡Ni hablar...!

El curandero se levantó y, con una mirada triste, le dijo a Louis, separando las manos.

—En ese caso, no puedo hacer nada. Necesito saber...

Annette miró a Louis, esperando una respuesta. Se produjo un largo silencio. Por

fin, cedió, asintiendo con la cabeza. Annette le quitó a Julie la parte superior del vestido y luego la camisa, dejando al descubierto los senos. El herrero alzó uno y después otro, examinando los pliegues de los pezones; luego cogió su brazo derecho, lo levantó y examinó la axila. Por último, repitió la misma operación con el brazo izquierdo.

—Bien —murmuró—. Ponedla boca abajo, quiero verle la espalda.

Annette dio la vuelta a Julie. Tronchain la examinó con detenimiento.

—Pero ¿qué es lo que buscáis? —preguntó Louis, intrigado.

—Bubones. Ha estallado una epidemia de peste en el campo. Ayer vi tres casos. Habrán muerto antes del fin de semana.

Annette retrocedió, aterrorizada. ¡La peste! Es decir, la muerte. Para todos.

Tronchain los miró y sonrió.

—Tranquilizaos... La joven no tiene nada. Por ahora... Pero los síntomas son los mismos de un resfriado. Podéis vestirla.

—¿Se pondrá bien? —murmuró Louis.

—No lo sé —respondió el curandero mirando atentamente a Julie, que respiraba emitiendo unos rápidos y ruidosos silbidos pese a estar dormida—. Os dejo unos jarabes. Que tome una infusión cada hora. También os daré unas hierbas para que le baje la fiebre. Mantened caliente el cuarto día y noche. Está en manos de Dios. Rezad. Vendré a verla todos los días.

Así se hizo. Y transcurrieron tres días más.

El curandero pasaba todos los días por la mañana y por la tarde, y a veces cambiaba el tratamiento. Poco a poco la fiebre disminuyó y la tos desapareció. Entretanto, Louis se había recuperado. Le dolían algunas zonas del cuerpo que se habían congelado, y las heridas a consecuencia de la tremenda cuchillada en la brigantina.

Paseaba por el patio y visitaba las dependencias, pero no se asomaba afuera. La granja era bastante grande; en ella trabajaban muchos criados y sirvientes, y también vivían tres familias. Por la noche cenaba en la mesa comunal donde se reunían todos.

Louis fue aceptado enseguida. Les habló de su vida en París y de sus viajes. Los lugareños, cuyo único horizonte era la campana de la iglesia y que vivían y morían en un espacio de una legua cuadrada, escuchaban maravillados pero con cierta desconfianza. ¿Era posible que París fuese tan grande? En el fondo de sus corazones lo dudaban. Julie permanecía en su habitación.

En otras ocasiones Louis charlaba a solas con el granjero. Un día le confesó que era notario y el hombre aprovechó para hacerle unas preguntas. Tenían muchos problemas con los vecinos, con los pastos, las serventías, los derechos de paso, sobre todo porque las lindes y las servidumbres no estaban bien definidas. Louis le explicó sus derechos. Los procesos de derechos de uso se ganan normalmente, le dijo. Pero era necesario tener un buen abogado.

Incluso le redactó algunos borradores de escrituras y le recomendó a un notario de

Orleans que podría ayudarle en un conflicto de pastos comunales. También le escribió una carta. El granjero estaba ahora contento de haberlos acogido. Y a Louis empezaba a agradecerle aquella vida tranquila y sosegada. El cambio de régimen alimenticio le sentaba bien. En la ciudad hacían una cantidad tremenda de comidas. Aquí los días eran cortos, y las sopas y los guisos abundantes. Pero sabía que tendrían que marcharse, y cuanto antes. El último compañero de Carfour no había dado señales de vida. Sin dinero y sin órdenes de su jefe, probablemente habría vuelto a París. Por lo menos, eso esperaba.

Al sexto día, Julie se levantó. La fiebre y la tos habían desaparecido por completo, pero la joven aún estaba débil y no podrían dejar la granja tan pronto. Todos los días dormía una buena siesta. Las veladas eran muy largas. Las mujeres hilaban o cosían, hablando en voz baja, intercambiando recetas y saberes femeninos. Julie se hizo enseguida amiga de ellas. Había recibido una buena educación y les enseñó los preceptos de higiene elemental y de medicina práctica. A cambio, las mujeres le explicaban los usos de algunas plantas medicinales y las recetas tradicionales para salar el jamón o hacer pan. Los hombres reparaban las herramientas y tallaban almadreñas. A veces, Tronchain los visitaba y se unía a ellos. Louis se sorprendía de sus múltiples conocimientos, sobre todo de medicina. Había viajado mucho, pero era parco en palabras. Los niños jugaban tirados por el suelo, entre el heno, con espadas de madera y muñecas de trapo.

El duodécimo día Julie se sintió restablecida del todo y lista para marchar. Decidieron que dejarían la granja al cabo de dos días. La nieve se había derretido por completo. Pithiviers estaba cinco leguas de allí y hacía buen tiempo, frío pero seco. El granjero se ofreció a llevarlos en una carreta con dos mozos de la granja. Ese día hicieron todos fiesta. El dueño de la granja le regaló a Julie un tupido gabán, fruto del trabajo de todo el invierno de las criadas con la lana de las ovejas. Antes de irse, Julie le dio a Annette una sortija de oro en agradecimiento por sus cuidados.

Corría el 26 de febrero. Hicieron el viaje en la carreta, bien pertrechados con sus abrigos. Dos grandes bolsas contenían su equipaje. El granjero conducía, y, junto a él, un muchacho de la granja. Otro chico cabalgaba el caballo que había pertenecido a Carfour. El camino nevado y lleno de lodo apenas era visible, e iban muy despacio.

Pese a ello, recorrieron las cinco leguas en ocho horas. A primera hora de la tarde llegaron a Pithiviers. El granjero les indicó la única hospedería donde podrían encontrar habitación. Louis fue enseguida a negociar la compra o el alquiler de un coche. Julie se quedó descansando, vigilando el poco equipaje que habían podido conservar y su ropa, que ahora estaba limpia.

La posta estaba al lado de la hospedería. Louis pudo cambiar allí su caballo por el importe del transporte en coche hasta Orleans. El dueño de la posta salía ganando, pero a Louis le daba igual. Todavía tuvieron tiempo de ir a una tienda pequeña que vendía de todo, desde quincalla hasta pasamanería. El joven compró pólvora para las armas, un vestido de lana de quince libras y calzas, y también un sombrero de piel de

castor. Julie compró un vestido, medias y un cuello de encaje, además de unos puños y un par de zapatos.

Al día siguiente, salieron hacia Orleans, que estaba a diez leguas, en una enorme carroza conducida por dos mozos fornidos. Cuatro caballos tiraban del pesado vehículo. Sin embargo, era amplio y confortable, lo que sirvió de poco, porque en varias ocasiones el vehículo se metía en el lodo que formaba la nieve derretida. Los tres hombres se veían obligados a desenganchar todo el tiempo los caballos y a sacar las ruedas de las carrileras.

De modo que el viaje duró un día entero y no llegaron a la posta principal de Orleans hasta la noche. La posta hacía las veces de hospedería y estaba casi vacía. Consiguieron dos habitaciones confortables.

Una vez instalados, pidieron algo de comer. Mientras comían, el jefe de posta les pidió sus pasaportes, que ya habían tenido que presentar ante los oficiales de justicia cuando entraron en la ciudad. Aquella medida, poco frecuente, la había impuesto la policía del cardenal.

Algo más tarde, cuando todavía no habían acabado la cena, se presentaron dos guardias. Venían acompañados de un hombre gordo, bajito y coloradote. Se anunció como el preboste de la ciudad. Con tono autoritario y suficiente les dijo que estaban arrestados.

Por orden de Su Eminencia.

Capítulo 17

Del 27 de febrero al viernes 18 de abril de 1642

El hombre vestido de negro, llegado a Fontainebleau la misma tarde que Louis y Julie, era un oficial de Laffemas. El lugarteniente civil había sido, pues, más rápido de lo que Louis había imaginado. El joven notario ignoraba que el lugarteniente civil de París vigilaba la casa de Marion de Lorme, razón por la cual se enteró de la visita de Louis Fronsac.

Por ello ese mismo día se presentó en el estudio a las tres de la tarde. Contrariado al comprobar que Louis se había ido, encargó a su mejor oficial que lo persiguiese. El hombre era portador de una orden que le daba plenos poderes de policía en nombre de Su Majestad.

A la mañana siguiente de su llegada al albergue, el policía comprobó a su vez que el joven notario había huido. Después, se dirigió al posadero para preguntarle qué camino había tomado Fronsac. Maese Lavandier fue presa de una gran confusión, era un exsoldado que no sabía mentir, de modo que respondió torpemente con evasivas para ocultar la verdad.

El hombrecillo de negro estaba cansado. Delgado, con las ropas arrugadas y en desorden, su rostro reflejaba la fatiga y el desgaste a que lo sometía su terrible oficio. Llevaba treinta años persiguiendo, arrestando, torturando y mandando dar tormento en la rueda a los culpables o supuestos culpables. Sabía perfectamente que la mayoría de sus víctimas sólo eran pobres gentes a las que la miseria había empujado al crimen. Pero aquél era su oficio, y él no sentía placer o gusto al ejercerlo, pero tampoco experimentaba ningún temor, remordimientos o dudas.

De modo que le dijo a su huésped en un susurro:

—Señor, sabéis más de lo que pretendéis, así que ahora mismo llamo al preboste de la villa y le pido, conforme a mis órdenes, que seáis sometido en el acto a la «cuestión previa», que llevará a cabo un interrogador jurado.

Tras decir esto, hizo una pausa y aguardó, sin dejar de mirar al posadero. El patrón del *Courrier du roi* no era un cobarde, pero no veía necesidad de meterse en líos. Al fin y al cabo, aquel peligroso individuo era oficial de policía. No hizo falta que insistiese para que se lo contase todo.

Cuando el posadero terminó de hablar, el hombre de negro dio media vuelta y fue hacia la ventana. Los copos de nieve caían, duros y pesados. Debía de haber una capa de más de un pie. Empezó a hablar en tono suave:

—¿Dónde creéis que se encuentran ahora?

—A fe mía, que si no han encontrado un sitio donde refugiarse y sigue nevando de este modo, carece de importancia: habrán muerto —respondió secamente el posadero.

La respuesta no alteró los planes del hombre de Laffemas. Aunque el notario hubiese muerto, debía recuperar los papeles que llevaba encima. Así pues, prosiguió:

—¿Creéis que puedo alcanzarlos?

—Si salís ahora, los alcanzaréis seguro... en el más allá —se mofó maese Lavandier.

Se produjo un silencio. El hombre de negro no tenía sentido del humor. Se volvió y miró al posadero con aire de reprobación durante buen rato, dudando si hacerlo torturar. Luego, se marchó de la estancia sin más ni más.

Se quedó en el albergue durante los dos días que duró la tormenta sin dirigirle ni una sola vez la palabra al dueño de la posada. Se pasaba las horas escribiendo. Tan pronto como dejó de caer la nieve, envió por correo las cartas a los prebostes de Orleans, de Sens, de Montargis y de Chartres pidiéndoles que arrestasen a todas las personas que respondiesen a las señas de los fugitivos. Louis y Julie debían ser registrados, sus papeles confiscados y enviados a la cárcel por alta traición.

Así fue como el preboste de Orleans fue prevenido.

Volvamos, pues, al albergue de Orleans al que nuestros amigos acababan de llegar. Cuando oyeron la orden del preboste, Louis se levantó, mortalmente pálido.

—¿Por qué motivo? —protestó.

—Alta traición. La carta del señor Laffemas precisa que debéis ser registrados y encarcelados. Y se os confiscarán los papeles que lleváis encima.

Louis, mirándolo de arriba abajo, exclamó:

—Soy notario, y la señorita es la sobrina del marqués de Rambouillet, camarlengo mayor del guardarropa del rey. ¡Detenedla y acabaráis en La Bastilla!

Desconcertado por estas declaraciones, el preboste los miró vacilando. No le habían dicho nada de aquello. Era una situación embarazosa, pensaba. Pero, por otro lado, no podía hacer caso omiso de una orden del cardenal. ¡Desobedecer a Su Eminencia! No sería en La Bastilla donde acabarían, sino en el patíbulo.

Se pasó la mano por los cabellos y prosiguió, con un tono algo más amable:

—Estoy desolado, pero tengo órdenes. De todas formas, no creo que sea necesario encarcelar a la señora. ¿Qué proponéis...?

Julie lo cortó con autoridad.

—¿Conocéis al marqués de Querasque?

El preboste se volvió sorprendido hacia la joven.

—¡Por supuesto! Es uno de los personajes más ricos y con más feudos de estas tierras.

—Llevadme a su casa —le ordenó la muchacha—. Allí esperaré a que el señor Fronsac quede libre. Si lo deseáis, podéis registrar mi equipaje, aunque no toleraré que se registre mi persona. Pero os doy mi palabra de que no llevo encima ningún papel secreto.

El hombre dudaba todavía. Por último, aquella solución le pareció honesta y razonable. Se volvió hacia uno de los oficiales.

—Bien. Vosotros dos, coged sus maletas e id a la prisión con el señor Fronsac, que os seguirá sin protestar. Mientras tanto, yo acompañaré a la señora a casa del marqués de Querasque. Le explicaré la situación.

Hizo una inclinación a Julie y añadió:

—Señora, cuando gustéis.

Julie hizo caso omiso y tendió su mano a Louis.

—No temas, yo me ocuparé de todo y no estarás preso mucho tiempo —le aseguró la joven.

—Toma, llévalo tú, no quiero tener todo este dinero encima —le susurró Louis.

Al mismo tiempo, le dio la bolsita que contenía el dinero de Mazarino. Sólo se quedaba con algunas pistolas. El preboste advirtió el gesto y cogió la bolsa en el instante en que Julie tendía la mano. La abrió, pero al ver que sólo tenía monedas de oro, se la devolvió sin decir palabra, aunque asombrado por la cantidad de dinero que contenía.

Entonces le hizo una seña a Julie de que debían marcharse. La joven obedeció. Louis los vio alejarse, desalentado. Pero no todo estaba perdido, pensó. Le quedaba una última carta que jugar. A una señal de los oficiales, cogió a su vez su abrigo y los siguió. Uno de los dos hombres fue a hablar con el posadero, sin duda para ordenar que enviasen su equipaje a la prisión y efectuar un concienzudo registro.

Salieron. Sus guardianes, con sendos mosquetes, lo flanqueaban estrechamente, precaución inútil, puesto que no pretendía huir.

La prisión era un viejo edificio situado detrás de la catedral de la Santa Cruz, a un tiro de piedra del albergue. La puerta de entrada era muy baja y tuvieron que agacharse para entrar. El vestíbulo consistía en una salita donde había dos guardias, que debían de conocer a los oficiales porque, sin mediar palabra, uno de ellos abrió una puerta todavía más baja que la anterior. Así llegaron a una segunda celda de pequeñas dimensiones, abovedada con una cúpula de piedra, que aparentemente se utilizaba como escribanía. En un rincón, sobre un taburete, estaba sentado un obeso carcelero de aspecto embrutecido que los miró con aire ausente. Junto a él, sentado a una mesa, un escribano forense, que, al contrario que el carcelero, era flaquísimo, escribía en un libro enorme a la luz de una vela. Levantó unos ojos parpadeantes al oírlos entrar. Uno de los dos arqueros se dirigió secamente al que tenía la pluma.

—Este hombre debe ser enviado a una celda, registrado y aislado. Alta traición, ningún contacto, ninguna visita.

El escribano dejó la pluma y miró pensativo a Louis, calculando lo que podría reportarle. Luego se dirigió al joven esforzándose por adoptar un tono solemne, poco compatible empero con su traje mugriento.

—Veamos, vuestra situación es la siguiente: las celdas están en los sótanos, sin aire ni luz; la comida es escasa y hay mucha humedad; la vecindad del río —bromeó

—. Y además, pululan las ratas famélicas. Por dos escudos de plata al día podéis conseguir una celda en el primer piso, con una ventana y una hermosa chimenea. Por un escudo más, la pieza estará caliente y podréis pedir que os traigan la comida del albergue, por vuestra cuenta naturalmente. ¿Qué elegís?

Louis se daba perfecta cuenta de que el hombre le estaba robando. ¡Un escribano debía de ganar una libra al día y le pedía nueve! Pero no tenía elección. Sacó la bolsa sin discutir y contó el dinero.

—Aquí tenéis un luis de oro de veinte libras. Será suficiente para una semana, comida y vino incluidos.

El otro hizo una mueca; no le salían las cuentas, pero veinte libras era mejor que nada.

—De acuerdo. Pero cada semana... —le advirtió, apuntándolo con un dedo amenazador.

Louis asintió con la cabeza. El escribano estaba por fin satisfecho. Si aquel cliente se quedaba unos meses, sería rico, incluso si tenía que darle una parte al guardián. Se volvió hacia él.

—Dufort, llévalo arriba. Y regístralo. Déjale sólo el dinero. Y vos —dirigiéndose a Fronsac—, cubrid el registro indicando la cantidad de dinero que lleváis encima. Vosotros dos seréis testigos.

Cuando hubieron terminado con las formalidades del encarcelamiento, Louis fue conducido por el gordo al interior de una pieza oscura, triste y que apestaba a moho. En una esquina, un jergón de paja tirado sobre dos tablas, y enfrente una chimenea apagada. Un banco y un jarrón desportillado completaban el mobiliario del sórdido calabozo. ¿Así que era allí donde iba a vivir? ¿Y durante cuánto tiempo? Se acordó de la celda de Morgue Belleville en el Grand-Châtelet. Comparada con ésta, le pareció mucho más acogedora. Sacó todo lo que llevaba en los bolsillos; luego el guardia lo registró concienzudamente y salió sin decir palabra. La puerta se cerró con un siniestro chirrido cuando echó el cerrojo. Estaba solo.

Louis se sentó en el jergón y reflexionó. Su única esperanza era Julie. Pero ¿qué podía hacer la joven?

Su desaliento no duró mucho. Se levantó y fue hasta la ventana reforzada con sólidos barrotes. Echó un vistazo a la calle, mirando distraídamente la escasa actividad que reinaba en ella. La solución era muy simple: tenía que avisar a Mazarino de que había sido encarcelado. ¿Pero cómo?

Una hora más tarde, el guardia volvió con unos troncos de leña y le dio permiso para encender fuego. Disponía de una remesa de veinte troncos diarios. Le subirían la comida dos veces al día. Todas las mañanas, hacia las diez, debería bajar su orinal al patio. Y también podría recibir la visita del capellán si lo deseaba. Tras este discurso, el hombre se fue.

Pasaron dos días, plenos de aburrimiento e incertidumbre. Luego, el martes por la mañana, se abrió la puerta y entró mucha gente en la celda: Louis reconoció al

preboste, acompañado de un individuo que debía de ser el escribano. Había también un guardia y un hombre enlutado, bajito y melancólico, visiblemente cansado y con la ropa arrugada.

El preboste empezó señalando al hombre de negro.

—Éste es el señor La Guérinière, oficial de policía a las órdenes del lugarteniente civil de París, que será el encargado de interrogaros.

La Guérinière tomó la palabra y, con un tono monocorde, recitó sin entonación alguna:

—Señor, os vengo siguiendo desde París. Traigo una orden de Isaac Laffemas de deteneros y pedir los documentos que tenéis en vuestro poder. Dichos papeles están relacionados con un complot contra Su Majestad. No han sido hallados en vuestro equipaje, y al parecer tampoco los lleváis encima. Os ruego me digáis dónde están. Si os negáis, el preboste aquí presente ordenará que os apliquen ahora mismo la cura del agua. Ya sabéis, los cuatro litros de la cuestión previa.

Louis palideció y se levantó sin decir nada. Sus piernas apenas lo sostenían, pero intentó dominar su miedo. Miró uno por uno a los cuatro hombres, tragó saliva con dificultad y, dirigiéndose al preboste, anunció:

—Hablaré. Levantaréis un atestado de lo que voy a decir y estoy dispuesto a repetir bajo juramento.

Se detuvo un momento para buscar las palabras adecuadas y calmarse; luego esperó a que el escribano forense estuviese dispuesto y, finalmente, prosiguió en tono solemne:

—Me llamo Louis Fronsac y soy notario juramentado del Grand-Châtelet. Uno de mis clientes —una clienta, para ser preciso— me ha dejado en depósito unas cartas que su amante le escribió. Se trata de cartas anodinas, pero el cardenal Richelieu las quiere para comprometer a un adversario. En dichas cartas, que en la actualidad se hallan en lugar seguro, no se hace mención de ningún complot. No obstante, estoy dispuesto a devolvérselas en persona a Su Eminencia cuando recupere mi libertad.

Desde luego, Louis no mentía. ¡Mazarino también era cardenal!

—Debo añadir que el viaje que estoy haciendo tiene como objeto acompañar a la señorita Vivonne, sobrina del marqués de Rambouillet. Y vos tendréis que rendir cuentas ante él y ante el rey.

Louis tomó asiento de nuevo.

El preboste miró a La Guérinière, que estaba abrumado. Torturar a un notario era un problema. Después de todo, aquel hombre estaba prisionero y no podía huir. ¿No sería mejor pedir instrucciones más detalladas y por escrito?

El oficial de Laffemas dio unos pasos por la pieza acariciándose distraídamente el bigote. Luego se dirigió al escribano forense:

—Dadme un ejemplar del atestado una vez que el señor Fronsac lo haya firmado.

—Y volviéndose al preboste añadió—: Regreso a París. Pronto tendréis noticias mías. Que este hombre permanezca en prisión hasta mi vuelta.

El preboste asintió con la cabeza. Prefería aquello. No pudo evitar una mirada de cierta admiración a Fronsac: un hombre que no temía a Richelieu no era una persona cualquiera.

—Una cosa más, señor Fronsac —prosiguió La Guérinière—. ¿Dónde habéis estado? Hace un mes aproximadamente que salisteis de Fontainebleau.

Louis dudó si responder. Pero no tenía nada que ocultar. Se limitó a ser evasivo.

—Nos perdimos. La señorita de Vivonne enfermó y estuvimos hospedados en una granja.

La respuesta pareció satisfacer al oficial y la tensión que reinaba en el ambiente desapareció.

—¿Siempre viajáis con semejante arsenal? —preguntó a su vez el preboste en tono de broma—. Entre vuestras pertenencias he tomado nota de tres espadas, dos dagas, un mosquete, un arcabuz, seis pistolas, un cuchillo de caza y una especie de fusil cuya utilidad no se me alcanza.

Se trataba por supuesto de la pistola de aire.

—Vos mejor que nadie sabéis que los caminos son muy inseguros... —replicó Louis en tono grave.

El preboste y La Guérinière se miraron, algo perplejos, pero se guardaron sus reflexiones para sí mismos y salieron.

Dos horas más tarde, el escribano forense volvía con un guardia para que Louis firmase varias copias de su declaración. Y de nuevo el prisionero se quedó solo.

Transcurrió una semana, marcada invariablemente por la rutina de las comidas, la llegada de los troncos de leña para la chimenea, la visita al pozo negro. Louis recibía frecuentes visitas del capellán, la única persona con la que podía hablar.

Unos días más tarde, Isaac Laffemas recibió a La Guérinière, quien le dio un informe detallado de los hechos que habían tenido lugar.

«¡Hum! Este asunto huele mal», se dijo el lugarteniente civil de París. En primer lugar, encausaba a un notario honorable, y Laffemas, que había estado casado dos veces, y las dos con hijas de notario, no quería enemistarse con una profesión con la que estaba íntimamente relacionado. En segundo lugar, sabía a Richelieu en una posición difícil. Si el rey se desembarazaba del cardenal, sería él quien se quedaría en el escenario. Solo. Y él debía su cargo al rey. En resumidas cuentas, en el fondo de aquella historia había una lucha por el poder que no le concernía. Tras una larga reflexión, decidió no hacer nada y pedir a su vez al cardenal instrucciones por escrito.

El 9 de marzo escribió una carta a Charpentier, el secretario del cardenal, en la cual explicaba que Louis Fronsac estaba en prisión, pero que no había conseguido los papeles preceptivos. Pedía instrucciones:

Os escribo estas líneas para suplicaros nos hagáis saber cuáles son mis

obligaciones...^[33]

Exactamente una semana más tarde de su primera visita, el preboste de Orleans, con el rostro contraído y preocupado, volvió a ver a Louis. En esta ocasión el guardia se quedó fuera.

—¿Cómo os encontráis, señor? —preguntó el preboste algo nervioso.

—Muy bien, señor. Esta habitación es muy agradable y soleada. Las horas, quizás, pasan un poco lentas... —replicó Louis mordaz.

Si al preboste le sorprendió el sarcasmo, por no decir la insolencia, de su prisionero, no lo dejó traslucir. Un silencio largo y penoso invadió la pieza mientras la recorría de un lado a otro, con las manos a la espalda, mirando de cuando en cuando a Louis. Luego prosiguió bruscamente.

—Acabo de recibir una respuesta del lugarteniente civil de París.

Louis no pudo ocultar su ansiedad.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que propone?

—¡Nada! ¡No propone nada! —exclamó enfadado—. Me manda solicitar instrucciones del cardenal y me pide que permanezcáis en prisión. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?

—¡Hmm! Estáis autorizado a recibir visitas de la señorita de Vivonne. En presencia de un guardia, por supuesto —precisó con un gesto de advertencia.

Louis no disimuló su alegría. Se levantó y tendió la mano al preboste, que se la estrechó a su vez.

—¡Gracias, señor!

—No tenéis que agradecermelo a mí —aseguró encogiéndose de hombros—, que no tengo nada que ver con esto, os lo confieso. La señorita de Vivonne ha escrito al señor de Rambouillet, que ha mediado ante Laffemas, quien ha interrogado a vuestro padre, que confirmó vuestras declaraciones. Esta situación es enojosa para todos. Y sobre todo para mí. —Hizo una mueca—. Deseo permanecer a las órdenes del cardenal, pero no quiero que me reproche haberos tratado mal. La señorita de Vivonne vendrá a veros hoy por la tarde —añadió en tono desabrido pero sin animadversión.

Y, sin esperar respuesta, dio media vuelta.

Evidentemente, Louis no podía conocer la evolución de los acontecimientos recientes. Así que los resumiremos aquí. Desde enero, bajo la nefasta influencia de Cinq-Mars, las relaciones entre Luis XIII y Richelieu se habían agriado repentinamente. En febrero, durante el viaje al Languedoc, Luis XIII se enfureció con su ministro. Entonces, Cinq-Mars le sugirió lo siguiente en presencia del capitán de la guardia, el señor de Tréville: «El camino más corto y más seguro es ordenar su asesinato. Aquí, en las dependencias de Vuestra Majestad...».

Estupefacto, el rey no respondió inmediatamente. Por fin, tras un largo silencio, murmuró: «Es un sacerdote. Y podrían excomulgarme». ¡Extraña respuesta, que no excluía categóricamente el espantoso plan! Cinq-Mars y Tréville habían llegado a la conclusión de que el asesinato de Richelieu, con el acuerdo tácito del rey, era posible, de modo que el señor de Tréville sugirió al rey que podría ir a Roma, después del crimen, para que lo absolviesen.

Tréville y tres de sus capitanes —Tilladet, Des Essarts y La Salle— lo organizaron todo en Lyon, el 17 de febrero. Sin embargo, en el último momento, ninguno se había atrevido a levantar su arma contra el Gran Sátrapa.

Pues bien, Richelieu acababa de saber todo esto, cuando su secretario Charpentier le envió el 15 de marzo dos correos: uno de Isaac Laffemas, solicitando órdenes para Fronsac, y otro de Rochefort, que seguía a Fontrailles por España. En este último se le ponía al corriente de que el tratado que relacionaba a los conjurados —Bouillon, Cinq-Mars, Gaston d'Orleans y la reina— acababa de ser firmado el 13 de marzo con el rey de España.

Desde entonces, el Gran Sátrapa dudaba sobre el camino que debía seguir. Finalmente, decidió esperar a su vez. Fronsac estaba preso en la provincia y no podía escapar. Torturarlo era peligroso: Rambouillet todavía tenía influencia. Si el marqués prevenía al rey en la situación precaria en que se hallaba, el ministro podría ser destituido. Y una vez destituido de su puesto, estaba seguro de que sería llevado a La Bastilla y acabaría bajo el hacha. Sin contar con que aquel demonio de Fronsac era capaz de no hablar.

Le pidió a Charpentier que no respondiese al lugarteniente civil.

Como el preboste había prometido, Julie fue conducida a la celda de Louis por la tarde. El guardia, que asistió a la entrevista, debía verificar que no se le entregase nada al prisionero, salvo las ropas necesarias para cambiarse.

Julie le contó que estaba hospedada espléndidamente en casa del marqués de Querasque, que la cuidaba como a una hija, y añadió:

—El preboste me ha comunicado que soy libre, pero evidentemente me quedaré aquí hasta que salgas. He escrito al señor de Rambouillet, que se ocupa de nuestro asunto entre sus relaciones. He avisado a tus padres para tranquilizarlos. Por último —le explicó en voz baja—, he enviado un correo a Gaston de Tilly rogándole que advirtiese a Mazarino de tu suerte.

Louis tomó a Julie entre sus brazos. ¡Por fin veía un rayo de esperanza! Mazarino haría lo necesario para sacarlo rápidamente de allí. Tranquilizados acerca de su futuro inmediato, los dos amantes hablaron durante una hora de cosas que sólo tenían importancia para ellos. El guardia estaba sentado en el banco, que había trasladado al otro extremo de la pieza, y dormitaba.

Cuando Julie se fue, la moral de Louis había subido. Ahora sólo era cuestión de

esperar. Sin embargo, los días fueron pasando, interminables y monótonos, sin que se produjese cambio alguno. Julie tenía permiso para ir a verlo cada dos días, y no faltó ni uno. Pero no le llevaba ninguna noticia. Con el tiempo, la desesperación, el cansancio y el desánimo hacían mella en él.

La mañana del jueves 20 de marzo estaba en la ventana, como de costumbre, mirando el bullicio de la calle. Era su única distracción. De pronto, fue violentamente proyectado hacia atrás, sintió un repentino dolor en el torso y perdió el conocimiento.

Cuando recuperó la consciencia, estaba tumbado en su jergón. A su alrededor se hallaba el preboste, con el rostro más sombrío que nunca, Julie, que lloraba, y otra persona vestida de negro. El joven murmuró:

—¿Qué ha ocurrido?

—Ocurre que han querido mataros —replicó el preboste colérico—. Este médico —señaló a la tercera persona— acaba de sacaros una bala del hombro. ¡Decididamente, no me dais más que disgustos! No me habíais dicho que quisiesen mataros. ¿Quién? ¿Y por qué?

—Vos no me lo preguntasteis —replicó Louis débilmente.

Y no dijo nada más.

Louis guardó cama durante unos días. Un guardia estaba permanentemente en la pieza y, durante el día, Julie no abandonaba la cabecera de su cama. En la ventana habían colocado gruesos postigos y sólo se filtraba una débil luz. El día 25 de marzo, el joven pudo al fin levantarse. La herida no le molestaba.

Cuando Julie no se encontraba allí, el notario reflexionaba: ¿Quién había querido atentar contra su vida? ¿Cómplices de Carfour? Aquello parecía poco probable. Lo que quería aquella gente, ante todo, eran los dichosos papeles. ¿El cardenal? Muy poco probable, ya estaba a su merced. ¿Quién, entonces? Por fuerza, el que había torturado y matado a Belleville, el que había registrado su apartamento.

El sábado 29 de marzo Louis salió de su celda para ser conducido ante el preboste, que disponía de un amplio despacho en el edificio de la prisión. Estaba todavía más confundido y nervioso que de costumbre. El servidor de la justicia caminaba inquieto con las manos a la espalda por toda la pieza, sin hablar. Esta actitud le permitía ponerse en condiciones de explicarse. Por último, suspiró y se dirigió bruscamente a Louis, que esperaba con resignación.

—Me he enterado por un correo llegado esta mañana de que el cardenal está muy mal...

En efecto, desde el 18 de marzo, los pantanos de Narbona habían conseguido lo que Cinq-Mars no se había atrevido a hacer. Aquejado de una fiebre terrible, Richelieu estaba muriéndose y Mazarino ejercía de hecho todas las funciones de primer ministro.

El preboste prosiguió:

—Como comprenderéis, mi situación es particularmente delicada: vuestro padre ha hecho intervenir a un procurador del rey, el señor Boutier, ante el canciller Séguier.

La señorita de Vivonne tiene también protectores en las altas esferas. Me indican que el príncipe de Condé, en persona, podría interceder en vuestro favor y que en realidad no tengo ninguna razón para manteneros en prisión. Ni siquiera dispongo de una orden escrita. He hablado de ello con el procurador de Orleans y con el lugarteniente criminal, que me han dicho que no quieren mezclarse en un asunto tan feo.

Suspiró:

—Si el cardenal llegase a... en fin, vos me comprendéis, mi posición sería difícil... incluso insostenible...

El preboste se calló, esperando un estímulo que no llegaba; luego, bruscamente, se decidió:

—Os propongo, señor, que os *encerréis* en el albergue en el que habéis decidido hospedaros, a la espera de nuevas instrucciones. Dadme solamente vuestra palabra de honor de que no os iréis de la ciudad.

Louis, naturalmente, estaba dispuesto a todo para recobrar su libertad y dejar aquella infame celda en la que vivía recluido desde hacía tres semanas. Lo prometió, y una hora más tarde estaba instalado en el albergue con libertad de circular por la ciudad. Esa misma noche fue invitado a casa del marqués de Querasque en su palacio de la calle Real y pudo narrar, de viva voz, todas sus aventuras.

En París, Isaac Laffemas también estaba inquieto. No había recibido respuesta ni al primer correo ni al segundo, que había enviado con el mismo asunto. Entonces le escribió a Charpentier, esta vez para informarse sobre la salud de su amo:

Señor,

Al no recibir respuesta a las diversas cartas que os escribí para conocer el estado de salud de monseñor, me encuentro muy alarmado, y no tengo tranquilidad de espíritu...^[34]

Los días pasaron. Y volvió el buen tiempo.

Estaban ya en primavera. Louis y Julie daban un paseo diario a lo largo del Loira haciendo planes para el futuro. Louis había escrito a sus padres, al señor de Rambouillet y a Gaston.

El 3 de abril, a última hora de la tarde, el preboste fue en persona hasta el albergue. Louis estaba en su habitación desmontando el fusil de aire que tantas veces le había salvado la vida. El arma le había sido confiscada y luego devuelta. El preboste entró solo. Esta vez el gesto autoritario había desaparecido de su rostro y, con tono comprensivo y temeroso, le dijo a Louis:

—Señor, acabo de recibir esta carta de Narbona:

Se la tendió a Louis, que leyó en voz alta:

Nos, Julio Mazarino, cardenal, ejerciendo funciones de presidente del Consejo del Rey durante la indisposición de monseñor el cardenal Richelieu, ordenamos la puesta en libertad inmediata del señor Louis Fronsac y las personas que viajan con él. Las autoridades civiles y militares le ofrecerán la asistencia necesaria para que pueda presentarse ante nos lo más rápidamente posible.

Narbona, a 29 de marzo de 1642.

Julio Mazarino, cardenal.

—Espero —añadió el preboste, inclinándose en señal de humillación y respeto— que comprendáis, señor, que había recibido órdenes. Una cosa más, señor, el mensajero de Su Eminencia el cardenal Mazarino os espera abajo.

Louis no respondió de inmediato. Inclinó a su vez la cabeza, indiferente a los problemas del preboste. Mas, pese a todo, respiró aliviado y al fin le dijo:

—No tengo nada que reprocharos, señor. E informaré en consecuencia. Ahora bajo a reunirme con el mensajero.

¿Podríais conseguirme una carroza confortable? La señorita de Vivonne y yo partiremos mañana por la mañana hacia Narbona como nos ordena monseñor Mazarino.

Bajaron juntos a la gran sala. La primera persona a la que vio Louis fue Gaston de Tilly. Corrió a su encuentro.

—¿Eres tú el mensajero, Gaston?

—Mazarino me pidió que viniese personalmente a buscarte, ¡tiene un miedo terrible a perderte! ¡Te espera impaciente!

El preboste se alejó inquieto, pero aliviado. «Incluso, aquel hombre conocía al mensajero personal de Mazarino», pensaba. ¡En qué historia lo había metido el maldito Laffemas! ¡Menos mal que había sido prudente!

El resto de la tarde lo dedicaron a los preparativos de la marcha y a contar la aventura de Louis y de Julie. Gaston estaba estupefacto, maravillado y desconcertado a un tiempo. Siempre había considerado a su amigo más un hombre de letras que de armas. Y en esta ocasión la pluma había sido más fuerte que la espada. Bueno, no del todo. La pistola de aire también había cumplido su función. Pero, a pesar de todo... ¡Louis y Julie habían matado a dos hombres sin pestañear! ¡Dos temibles espadachines! ¡Dos bestias feroces! Gaston nunca los habría creído capaces de semejante cosa. Hasta donde podía recordar, Louis no había dado muestras de combatividad en el colegio. El antiguo policía descubría en su amigo un poder, una voluntad y un valor insospechados.

Fueron juntos al palacio del marqués de Querasque. Recibido de inmediato, Fronsac anunció su marcha al marqués, dándole sinceras gracias. Sí, se irían al día siguiente al amanecer y Julie tendría el tiempo justo para preparar sus cosas. Pero el

señor de Querasque era más realista que ellos.

—De aquí a Narbona tenéis un largo viaje por delante, el camino real no es muy seguro —masculló sacudiendo la cabeza—. No podéis viajar con Julie sin escoltas y sin guía.

Preocupados, los dos amigos se miraron indecisos.

—¡Cuánta razón lleváis! —convino finalmente Gaston— pero ¿dónde encontrar gente en tan poco tiempo?

—Podría proporcionaros unos lacayos —sugirió el marqués—, pero no conocen el camino y no son soldados. Sólo se me ocurre una solución, que vayáis a la salida de la ciudad, allí hay una taberna frecuentada por guías y soldados de fortuna; id allí y seguro que encontraréis algunos hombres bien templados.

Siguieron el consejo del marqués y en menos de una hora nuestros amigos entraban en la taberna, una vieja casucha con una única sala, sombría y gélida. Louis y Gaston se sentaron en un banco y el tabernero acudió a servirles.

—Una botella de vino —pidió Louis con aire indiferente.

Se pusieron a observar a los presentes en la sala. No había mucha gente: algunos parroquianos bebían en un rincón y, en el otro extremo de la gran pieza, un anciano estaba sentado, solo. Gaston, con todo, advirtió que iba armado: sobre la mesa descansaba una larga y pesada espada española. El arma de un espadachín. El tabernero volvió:

—¿Quién es ése? —le preguntó Gaston, señalando al viejo.

—No sé. Está aquí desde ayer. Y no es muy locuaz. Se va mañana.

El dueño se alejó. Si sabía algo, era muy discreto.

Gaston hizo una seña a Louis. Se levantaron para ir junto al desconocido. De cerca, no tenía tantos años como aparentaba. Eran la barba y el bigote canos los que le daban el aspecto de anciano inofensivo. Una impresión inmediatamente desmentida si uno se fijaba en el rostro cosido a cicatrices y si se cruzaba con su mirada dura y despiadada. El reitre, pues indudablemente lo era, los miró y les soltó insolente:

—¿Qué queréis de mí?

—Buscamos a alguien para completar una escolta —dijo Gaston.

—¿Dónde vais?

—A Narbona. ¿Os interesa? ¿Conocéis el camino? —preguntó Louis a su vez.

—Conozco todos los caminos de Europa —se rió el hombre.

—El tono no le gustó a Louis.

—¿Estáis libre? —preguntó Gaston.

—Quizás... depende, ¿cuánto pagáis?

—Diez escudos de plata, y debéis ir armado.

El hombre pareció dudar un instante, pero enseguida dijo:

—Acepto. ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana, a las cinco, delante del albergue. Por cierto, ¿cómo os llamáis?

—Gaufredi.

No dijo nada más y se sirvió un vaso de vino.

Gaston y Louis lo saludaron y volvieron a casa del marqués.

—Ese individuo no me inspira confianza —dijo Louis por el camino—. ¿Estás seguro de que hemos obrado bien?

—Si hubieras estado tanto tiempo como yo entre la hez de la población y del ejército, reconocerías una joya como ésa —le replicó Gaston—. Créeme, hará el trabajo.

La noche la dedicaron a los últimos preparativos. El preboste había conseguido una carroza que envió al albergue, conducida por un cochero. El coche era estrecho y elegante, su interior estaba forrado de terciopelo negro, y los asientos, recubiertos de cuero verde con gruesos clavos dorados. En la parte posterior llevaba un amplio cofre, perfecto para el equipaje, y una pequeña escala que permitía subir a bordo. Louis tuvo que pagar doscientas libras por el vehículo y otro tanto por los dos caballos de tiro.

La presencia de Gaufredi no le pareció al marqués suficiente para un viaje semejante. Se confió al preboste. Éste, encantado de ser útil —y de verlos marcharse por fin—, les ofreció a dos de sus soldados. Uno de ellos incluso podría conducir la carroza. Los dos hombres pidieron diez libras para los diez días que aproximadamente duraría el trayecto.

Dejaron Orleans el primer viernes de abril. Gaufredi cabalgaba delante abriendo el camino. Uno de los oficiales conducía, como habían previsto, y el otro iba de retaguardia. Llegaron a Bourges por la tarde. Luego las etapas se sucedieron. No hacían etapas muy largas, pero eran interminables porque el camino se hallaba en un estado deplorable: sólo estaba pavimentado en las cercanías de las ciudades, el resto estaba mal empedrado o carecía de adoquinado, por lo general no había puentes en los arroyos y tenían que vadearlos.

Louis, Gaston y Julie estaban habitualmente en la carroza y podían conversar y descansar. Sus caballos iban atados por un ronzal detrás del vehículo. Formaban así una pequeña tropa y los merodeadores con los que se cruzaban no se atrevían a atacarlos.

Un día en que iban charlando los tres en el coche, la conversación desembocó en la nueva lugartenencia que ocupaba Gaston.

—¿Sabes?, añoro mi trabajo en París —decía—; es cierto que tengo que bregar con el vicio, el fango y el crimen, pero la vida militar es todavía peor. Estoy al mando de una compañía de brutos, mitad pillos, mitad víctimas; desgraciados, ladrones, asesinos, y además tan mal pagados que viven de los vecinos. El rancho es horroroso, los cuidados a los heridos inexistentes o temibles y la disciplina férrea.

—¿Veis a mi primo Pisany con frecuencia? —preguntó Julie.

—Sí, por suerte. Es uno de los pocos oficiales que aprecio. Honesto, franco, valeroso e inteligente. Me presentó a Enghien, que oyó hablar de nuestros problemas

con el Gran Sápata y debido a ello parece que gozo de su estima.

—¿Qué pensáis realmente de Enghien? —preguntó Julie.

—No lo sé... en realidad, me da miedo. Está por encima de nosotros. ¿Sabíais que a veces afirma que es superior a Dios? Es un hombre de una inteligencia y una cultura fuera de lo común. Y en el arte militar también es un genio. Es valeroso e intrépido, sin por ello dejar de ser perspicaz y astuto.

»Es Aquiles y Ulises a la vez. Sus hombres lo adoran y lo seguirían al fin del mundo. Por desgracia, es colérico, carece por completo de escrúpulos y no tiene piedad. Desea poseerlo todo y no sabe por qué. Quizás esté llamado a ser nuestro rey, pero ¿realmente lo desea? Y si no es coronado rey, compadezco al que ocupe el trono de Francia, porque en su día será para él un terrible adversario.

Louis escuchaba. Años más tarde recordaría las palabras de Gaston, en un París sitiado por el joven rey Luis XIV, mientras Beaufort y Enghien —convertido en príncipe Condé— derramaban la sangre de los parisinos.

El domingo 7 fueron a Monferrand y durmieron en el *Écu de France*. Tras dos días de viaje a través de Auvernia, llegaron a Saint-Étienne.

A lo largo del trayecto, se cruzaban con fortalezas en ruinas, a veces arrasadas, y pueblos incendiados y abandonados desde hacía años. Testigos mudos de guerras civiles y religiosas que se sucedían desde hacía cincuenta años.

A partir de Saint-Étienne, Gaufredi aconsejó encaminarse por el valle del Ródano, que era el itinerario más largo y más seguro. Desde hacía varios años, les explicó, bandas que se decían de la religión reformada, pero que en realidad saqueaban y masacraban a los viajeros fuese cual fuese su rito, cruzaban las altas montañas del Languedoc.

Tres días más tarde entraron en Valence. El tiempo seguía siendo bueno y el camino era agradable. Después de haber recorrido cien leguas por pésimos caminos, atravesado ríos sin puentes, franqueando pasos hundidos, encontraban por fin un camino desahogado, bien conservado con puentes de piedra y, cada siete millas aproximadamente, albergues limpios y bien instalados.

En contrapartida, el camino real del valle del Ródano era muy frecuentado y, cada vez que se cruzaban dos vehículos, se veían obligados a detenerse, lo que retardaba su paso. Pese al buen estado del camino, no avanzaban más rápido que antes. El 11 pernoctaron en Pont-Saint-Esprit y, siguiendo el camino del correo, llegaron a Nimes al día siguiente.

Aquel día, en el albergue de la *Croix Blanche* donde se alojaban, Gaufredi le señaló a Louis muy discretamente dos individuos.

—Esos de ahí nos siguen desde hace tres días.

Louis y Gaston no habían advertido nada. Decidieron reforzar la vigilancia.

Al día siguiente, los dos amigos cabalgaban y Julie viajaba sola en la carroza. El grupo seguía ahora la antigua vía Domiciana y habían pasado Uchaud y el albergue de *La Couronne*. El ataque tuvo lugar en las proximidades del puente de Lunel.

En ese momento Louis iba delante con Gaufredi, algo alejado de la carroza; el viejo soldado le explicaba para qué servían los miliarios con los que se cruzaban a cada tanto. De repente, el reitre le dio un fuerte empujón en los hombros para hacerlo caer del caballo. Simultáneamente, sonó un tiro y Gaufredi partió a galope tendido. Gaston acudió de inmediato a socorrer a su amigo, mas Louis ya se estaba incorporando, contusionado pero sin heridas.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Gaston enloquecido.

La carroza se había reunido con ellos, y Julie se había bajado, precipitándose hacia Louis.

—No es nada, Gaufredi me atacó. Oí un disparo, pero no estoy herido. El muy traidor ha huido.

Unos ruidos de lucha pusieron fin a la discusión. Procedían de la misma dirección hacia la que se había dirigido Gaufredi. Gaston picó espuelas, seguido de un guardia a caballo. Treparon a un altozano que los ocultó durante un momento. Louis, mientras tanto, había sacado un mosquete y, con la ayuda del cochero, vigilaba los alrededores.

Gaston y el guardia reaparecieron, seguidos de... Gaufredi. Este último, sin duda herido, se agarraba un hombro.

—Louis, puedes darle las gracias a nuestro guía, le debes la vida —gritó Gaston.

Entonces, Louis comprendió su error. ¡Gaufredi lo había empujado para impedir que lo alcanzase el tiro! Y en efecto, aquello fue lo que el gigantón le explicó mientras lo curaban.

—Cuando estaba hablando con vos vi al hombre en la colina. Era uno de los dos que estaban en el albergue. Os apuntaba con un arcabuz. Os empujé e intenté atraparlo. Su cómplice huyó, pero a él pude cogerlo. Con todo, me ha hecho unos rasguños.

Gaufredi soltó el arcabuz que todavía tenía en la mano y Louis lo examinó: era un fusil alemán de culata ancha, uno de esos modelos que había que apoyar en la mejilla para disparar. El mecanismo era de serpentín y exigía una pericia terrible porque a veces había que esperar unos segundos después de haber encendido la mecha. Un arma pasada de moda, desde luego, pero tremendamente eficaz en el disparo de precisión. Louis había tenido suerte.

La herida de Gaufredi era leve. Y el agresor estaba muerto. De modo que, al no tener nada que hacer allí, reemprendieron el camino de Narbona. Llegaron a Montpellier por la tarde. Gaston se encargó de avisar al preboste del accidente.

Al día siguiente durmieron en Saint-Thibery, cerca del puente de peaje, y aquella fue su última etapa. El martes, día 15, por la tarde, divisaron al fin la magnífica catedral con sus dos recias torres fortificadas dominando la ciudad. El sol iluminaba el monumento y el espectáculo era prodigioso. Tardaron todavía cuatro horas en llegar a la antigua capital de la región narbonesa. La última parte del viaje no hicieron el camino solos: con la presencia del rey, Narbona se había convertido en una pequeña capital de Francia. El camino estaba lleno de gente: continuamente pasaban

o se cruzaban con caballeros, carros de abastecimiento y carrozas.

Tan pronto como llegaron a la ciudad, Louis despidió a su escolta, entregando a Gaufredi las treinta libras prometidas, más una gratificación extra de veinte libras, y pagó a los guardias con veinte libras a cada uno. Fueron muy bien pagados y los dos soldados parecieron satisfechos; luego se alejaron muy contentos por la noche de francachela que les esperaba con mujeres y comida en abundancia.

Gaufredi no se movía; con el sombrero en la mano, el reitre dudaba en hablar.

—¿No era eso lo que habíamos convenido? —le preguntó Louis, sorprendido por tan curioso comportamiento.

—Es que... tengo que preguntaros algo —dijo Gaufredi en un tono dubitativo poco habitual en él.

—¡Animo, camarada! —lo animó Gaston—. ¡Hay confianza entre compañeros de armas!

Más tranquilo, Gaufredi se explicó:

—Veréis, señor Fronsac, soy viejo, no tengo familia ni hogar, y con esta pinta de matamoros no puedo ir a ningún sitio. A mis años, nadie me necesita, aunque todavía puedo ser útil. Vos vais a París y sé que allí tenéis enemigos. Puedo ayudaros. Me contento con un jergón y comida. Por favor, llevadme con vos...

Gaston y Louis se miraron algo desconcertados. Luego, Gaston dijo:

—Acepta, Louis, es muy buen trato.

Y así fue como Gaufredi entró al servicio de Louis Fronsac.

Gaston, que conocía bien Narbona, los llevó rápidamente al despacho del notario Causurac, adonde Louis quería ir por razón que sólo él conocía. La notaría se hallaba cerca de la iglesia de Saint-Sébastien. Cuando llegaron, Gaston los dejó.

—Louis, he cumplido mi misión. Todavía tengo que reunirme con Su Eminencia para contarle nuestro viaje. Nos veremos más tarde.

El despacho se hallaba encajonado entre altas paredes cubiertas de hiedra. Una sólida reja de hierro daba a un porche con un jardincillo protegido del sol. La construcción del edificio databa del siglo anterior: la fachada tenía una galería abierta con ajimeces. A la derecha, una torrecilla a la que se subía por una escalera de caracol, que comunicaba la galería y el piso. La construcción era elegante, con encantadoras esculturas en puertas y ventanas. A ambos lados se hallaban minúsculos establos.

Un guarda o jardinero, que estaba delante de una de las caballerizas, les abrió la reja para que la carroza pudiese pasar. El ruido hizo que un hombre se asomase a la galería: rechoncho, calvo, con una abundante sotabarba. Tendría unos sesenta años, la mirada burlona y, cosa rara, movía los brazos sin parar como una veleta.

—¿Qué deseáis, amigos míos? —les preguntó con amabilidad, gesticulando mucho.

Louis advirtió que, bajo aquella apariencia afable y campechana, el hombre los observaba sin perder detalle de su comportamiento o actitud.

—*Micer* Causurac —empezó Louis adivinando que era el notario—, venimos a buscar unos documentos que el marqués de Pisany os debió de entregar hace unas semanas.

—¿Cómo os llamáis, joven? —preguntó Causurac, entrecerrando los ojos y mesándose la barba con los dedos separados, saltando en uno y otro pie.

—Louis Fronsac, y también soy notario, e hijo de Pierre Fronsac, notario en París en el Grand-Châtelet. Mi padre me aconsejó que me dirigiese a vos. Me dijo que fuisteis amigos de jóvenes. Y ésta es Julie de Vivonne, sobrina del marqués de Rambouillet.

El hombre asintió como si ya supiese todo aquello.

—Os esperaba. Pero, sin duda, traéis papeles que justifiquen lo que afirmáis. Si sois tan amables, subid para que pueda verlos.

Y de nuevo movió los brazos aparatosamente.

Subieron las escaleras y siguieron a su huésped a un amplio y fresco escritorio, decorado con grandes jarrones de Anduze. Louis le enseñó los documentos que llevaba en un portafolios y añadió:

—El señor Gaston de Tilly, teniente en un regimiento de Su Majestad y antiguo oficial de policía en París, nos ha acompañado hasta aquí. En este momento está con monseñor Mazarino y podrá responder por nosotros si lo creéis necesario.

Causurac examinó los papeles y levantó la cabeza.

—Bien, os creo, aguardad un instante. Y sentaos, mandaré traer unas bebidas—. Diciendo esto, se levantó y dejó la pieza por una puertecilla situada detrás de su mesa.

Julie y Louis intercambiaron impresiones un momento en voz baja.

Al cabo de unos minutos el notario volvió con una cajita de hierro que colocó sobre la mesa y abrió a continuación. Sacó una cartera de cuero y se la tendió a Louis sonriendo.

—Éstos son vuestros papeles, podéis verificar que están todos. No he abierto la cartera, de acuerdo con las instrucciones del marqués de Pisany.

De modo que Louis nunca había llevado encima los preciosos documentos. Antes de marcharse, y siguiendo los consejos de su padre, se los había dado a Pisany, quien se encargó de entregárselos a un notario de Narbona.

Louis cogió los documentos y se levantó, igual que Julie, pero Causurac rodeó la mesa y, con una agilidad inusitada en una persona entrada en carnes, se interpuso entre Louis y la puerta y les dijo, agitando las manos, para impedir que se fueran:

—¡Esperad! ¡No os vayáis tan rápido! Tenéis que beber algo. Un vinito dulce de mis viñedos; y además, ¿dónde os alojaréis?

—Encontraremos un albergue —respondió Louis, sorprendido.

El notario sacudió la cabeza.

—No encontraréis ninguno, todas las habitaciones de la ciudad están ocupadas. La gente se aloja en casas particulares. No hay ni una sola cama disponible en los albergues. Me sentiría muy honrado de recibirlos en mi casa. La señorita de Vivonne debe de estar muy fatigada; podrá descansar a placer.

Louis dudó, mirando a Julie, que le pareció dispuesta a aceptar.

—*Micer Causurac*, me resulta algo violento, pero acepto. ¡Aceptamos gustosos vuestra hospitalidad!

—Enseguida daré órdenes para que suban vuestro equipaje y preparen vuestras habitaciones.

Una mujer entró en la pieza con dos cubiletes y una botella de vino ambarino, que sirvió el propio notario. Terminada la operación, los aseteó a preguntas: ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo estaba el padre del señor Fronsac? ¿Qué les había parecido Narbona? No esperaba a oír las respuestas, cosa muy oportuna, porque Louis, agotado, no estaba en disposición de dárselas. Al cabo de un tiempo, que Louis consideró suficiente para no exceder los límites de la cortesía, preguntó a su huésped:

—¿Puedo confiaros a Julie? Ahora debo ir a palacio.

—Por supuesto, mi esposa se ocupará de ella enseguida.

Y volviéndose a la joven, Louis añadió:

—Intentaré ver al cardenal y volveré lo antes posible.

Julie lo acompañó hasta el patio. Los criados ya habían subido el equipaje y Louis, acompañado por Gaufredi, que había permanecido todo el tiempo junto a la carroza, se fue andando a palacio.

Las jornadas de Mazarino transcurrían entre el cuartel general del rey en Perpiñán y Narbona, donde guardaba cama Richelieu. Aquel día se hallaba precisamente en Perpiñán y lo único que pudo hacer Louis fue dejar su dirección a un secretario. Luego regresó tranquilamente a la notaría de Causurac. Por lo que respecta a Gaston, no volvió a verlo, pues debía permanecer en palacio a la espera de órdenes.

Al día siguiente, la mañana del jueves 17 de abril, un arquero llamó a la puerta del despacho con un mensaje: Louis debía reunirse con Mazarino a las diez en el claustro de la catedral. Se personó allí de inmediato.

Tomó el pasaje del *Áncora* que separaba el palacio de la iglesia y penetró en el claustro a la hora convenida. Dos mosqueteros negros lo dejaron pasar y volvieron a cerrar la puerta tras él con sumo cuidado.

Mazarino estaba solo, esperándolo. Su figura dibujaba una sorprendente mancha púrpura en el claustro.

Louis se acercó e hizo una reverencia mirando a su alrededor. El claustro había sido una hábil elección. Aquí no habría espías que pudiesen oír la conversación, y Richelieu, en el lecho del dolor en un castillo cercano, nada sabría.

Mazarino se dirigió a Louis en tono frío:

—He sabido que fuisteis arrestado, señor. También me he enterado de que no lleváis encima ciertos documentos y estoy francamente molesto.

—Aquí los tenéis, monseñor.

Louis le tendió el portafolios sonriendo.

A Mazarino se le dulcificó el rostro, cerró los ojos como un gato y murmuró:

—*Bene, bene...* ¿Cómo habéis conseguido el prodigio?

—Muy sencillo, sabía que me seguirían para arrebatarme los papeles, de manera que se los confié al marqués de Pisany, que se unía al ejército en Perpiñán, con el encargo de que se los entregase a un notario de Narbona, donde quedarían a buen recaudo. Al llegar aquí, los recuperé.

Se produjo un largo silencio. El italiano lo miraba pensativamente, acariciando su corta barbita. Finalmente, movió la cabeza de arriba abajo.

—¡Muy hábil, señor, muy hábil! Yo no lo habría hecho mejor. Sabéis... me asombráis: habéis conseguido engañar a las dos personas más poderosas del reino. Y, por cierto, ¿por qué habéis decidido darme esos papeles?

—En primer lugar, porque necesitaba un protector.

Louis se inclinó.

Mazarino se inclinó a su vez y le dijo en voz baja:

—Lo tenéis.

Abrió entonces el portafolios y, frunciendo el ceño, sacó un único papel y leyó:

El señor de Cinq-Mars, sintiendo una estima inimaginable por la señorita de Lorme, desea ardientemente desposarla. Por la presente, da su palabra de matrimonio, que ya considera celebrado ante Dios. Cualquier otro proyecto que tuviere quedaría anulado.

En París, a 26 de noviembre de 1640.

Henry de Ruzé d'Effiat.

Mazarino alzó la cabeza y dirigió una severa mirada a Fronsac.

—¿Eso es todo? ¿No había otros documentos, unas cartas...?

Louis sostuvo su mirada y le dijo en un tono entrecortado por la emoción:

—No necesitáis...

Se produjo un breve silencio. Louis prosiguió:

—Monseñor de Richelieu quería esas cartas para pasárselas al rey por las narices y Cinq-Mars las quería para destruirlas. Vos no tenéis ninguno de esos propósitos. Richelieu va a morir, según dicen. Quiere matar a Cinq-Mars para que lo acompañe en su último viaje. El cardenal ya no piensa en el futuro de Francia. Vos, sí. Cinq-Mars no os interesa, o, más bien, *ya no os interesa*.

Se interrumpió de nuevo, dudando si continuar.

—Proseguid —le ordenó Mazarino fríamente, cruzando los brazos para escuchar

mejor tan audaz discurso.

—Vos no queréis perjudicar al marqués de Effiat ni pretendéis hacer sufrir atrocemente al rey. Estas cartas son muy poca cosa comparadas con el futuro de Francia. ¿Qué ocurrirá si el rey y el cardenal desaparecen? ¿Una reina española de regente, comprometida con los conspiradores? ¿El duque de Orleans, que los ha traicionado a todos, de regente? He comprendido lo que pretendéis. Me he acordado del tono que utilizasteis para calificar la actitud de Marie de Gonzague cuando arrastró a la reina a la conjura. *Sólo la promesa de matrimonio era importante*. Y tenéis razón. Es el segundo motivo de mi decisión de entregaros este documento.

—¿Qué es lo que habéis comprendido? —replicó Mazarino, con tono impaciente y ligeramente irritado.

—Que el único modo de salvar al país de una guerra civil y del yugo español era apartar a la reina de los grandes del reino y, sobre todo, de ese complot. Pero ¿quién podría convencer a la reina de ello? La reina sólo escucha a sus amigas, y todas odian al rey y a Richelieu. ¡Así que necesitabais una *palanca*!

»Como Arquímedes, recordad, vos me lo dijisteis. Con una palanca podríais influir en ella. Y esa palanca será Marie de Gonzague, la mejor amiga de Ana de Austria. Cuando Marie de Gonzague descubra esta promesa de matrimonio, comprenderá que Cinq-Mars se ha burlado de ella, buscará consuelo en su amiga la reina y la convencerá de que no pueden confiar en el marqués de Effiat. Entonces, la reina abandonará el complot en el que está implicada con el botarate de Cinq-Mars y, sin duda, lo denunciará al cardenal, que aceptará que en un futuro sea reina regente. Y el rey volverá a confiar en ella. Es en eso en lo que trabajáis. Lo importante no es impedir un nuevo complot. *Lo importante es que la reina se pase al bando de Richelieu*. Es decir, el vuestro. Es la única solución para que Luis Dieudonné reine y sobre todo para que tenga plena autoridad sobre el reino. Si vos lo conseguís, estaréis siempre detrás de la reina para sostener al rey.

El silencio se produjo de nuevo. Mazarino parecía una estatua de piedra. Por fin esbozó una leve sonrisa. Animado, Louis prosiguió:

—Sabéis que los días del cardenal están contados y que su obra no está todavía acabada. Vos sois el único que podéis acabarla. Si algún día la reina llega a convertirse en regente, seréis vos quien gobierne este país... con ella...

El italiano no respondió, pero se volvió de repente. Dio unos pasos hacia una de las gárgolas que adornaban el claustro, sin duda para disimular el tiempo de tomar una decisión. Meditaba: Así que Fronsac lo había comprendido todo. Había puesto fin a aquella aventura, a su manera, y había hallado todas las soluciones. Y ahora ¿qué hacer con él?

Finalmente, se volvió de nuevo a Louis y le habló con amabilidad:

—Señor Fronsac, vuestras deducciones tal vez sean acertadas algún día. El futuro nos lo dirá. A partir de ahora, podéis contar conmigo. Idos de Narbona, que es una ciudad peligrosa para vos mientras Richelieu se encuentre aquí. Regresad a la capital

con la señorita de Vivonne, pero no os apresuréis. No quiero veros en París antes del mes de julio. Poneos en contacto con mi secretario, que os entregará una cantidad suficiente de dinero para sufragar vuestra vuelta. Os acompañarán cuatro guardias del cardenal. No debéis contarle esto a nadie. Más adelante recibiréis otras instrucciones.

Louis se inclinó y Mazarino prosiguió:

—No me lo habéis contado todo. He oído que han intentado mataros. Dos veces...

Louis se encogió de hombros.

—No tiene importancia... pero ¿cómo lo sabéis?

—Lo sé. ¿Sabéis quién ha querido asesinaros?

Louis no respondió pero asintió, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Veo que lo habéis adivinado. Decidme su nombre.

—No puedo acusar a nadie, monseñor. Simplemente deduzco que no se trata de Cinq-Mars ni de Richelieu. Así que el único que queda es... ¿Vendôme?

—Vendôme, en efecto. Mató al librero Belleville, y también quiere mataros a vos porque sois el único que sabíais que quería, que podía, presionar a Cinq-Mars. Y no desea que el rey se entere. Muerto vos, sólo le quedaría eliminar a Marion Belleville.

Louis no respondió. Ya había deducido todo aquello.

—Y eso no es todo; vuestro amigo Gaston me ha contado lo sucedido en el puente de Lunel con el intendente de justicia militar. Tras una rápida investigación llevada a cabo en todos los albergues de la ciudad, hemos encontrado al que intentó mataros. A las preguntas de los interrogadores, lo confesó todo. Fue él quien torturó a Belleville por orden del duque.

»Vendôme quería cogeros en ese momento, pero no sabía si todavía teníais las cartas y dudaba en cometer un nuevo crimen que podía perjudicarle. Hasta el día en que, en la taberna de los *Deux Anges* —tal vez no lo sepáis, pero es el cuartel general de su hijo, Beaufort—, se enteró de que Fontrailles hacía que os siguiese un truhán llamado Carfour. Entonces decidieron registrar vuestro apartamento. En ese momento desaparecisteis.

Por suerte, si puede decirse así, uno de los espías del Châtelet supo enseguida que estabais preso en Orleans. Vendôme tuvo miedo de que hablaseis y finalmente decidió mandaros asesinar.

La preocupación era visible en el rostro de Louis. Así pues, Vendôme seguiría persiguiéndolo. ¿Cómo escapar de esta trampa?

—Pero tranquilizaos. De un modo discreto, he advertido al duque de que yo estaba informado. Y que guardaría su secreto, por amistad hacia él, si os dejaba tranquilo. Me creerá. Prometer no cuesta nada, y yo no soy avaro. Por otra parte, tengo mucha influencia sobre él: su hijo Beaufort está comprometido con Cinq-Mars y Bouillon. Como llegue a oídos del rey, Beaufort puede ir despidiéndose de su cabeza. Me encargaré de que el duque se entere de que puedo evitarlo si se olvida de vos. Ahora idos.

Esa misma tarde, Louis, Julie y Gaston estaban sentados a la mesa en casa de *micer* Causurac cuando anunciaron una visita: era Vincent Voiture, que había seguido, recordémoslo, al duque de Orleans y acababa de enterarse de la llegada de su amigo a la ciudad. Louis le contó lo mismo que al notario, que debía marchar al día siguiente por la mañana. Voiture estaba harto de Narbona. Le gustaba viajar y les propuso acompañarlos hasta Montpellier.

Louis salió al día siguiente para Montpellier, donde un primo del notario Causurac podría alojarlos durante unos días. Dejaban a Gaston, pero se llevaban con ellos a Vincent Voiture. Gaufredi los escoltaba con cuatro arqueros de Mazarino. Al final, se quedaron en Montpellier hasta fin de mes y después volvieron a París, pero dando un largo rodeo por Vivonne, donde permanecieron hasta julio.

Louis conoció así a la madre de Julie, que lo acogió como a un hijo. Aprovechó aquella estancia para estudiar la situación financiera de aquella rama menor de los Vivonne. No era tan mala como había creído, pero había una cantidad de hipotecas inútiles, antiguos préstamos que no habían sido cubiertos, y los granjeros pagaban rentas ridículas. Tras dos meses de trabajo, había enderezado un poco la situación. Vendió tierras y bosques poco rentables para adquirir granjas más productivas, pagó los atrasos de las deudas y prometió a la señora de Vivonne que en adelante se ocuparía de sus bienes.

Y allí les comunicaron, a finales de julio, el arresto del señor de Cinq-Mars. Louis ardía en deseos de saber más y, a finales de agosto, volvieron a la capital, donde el joven notario se reencontró con sus padres, con la consiguiente alegría que se supone, y donde fueron recibidos por todo lo alto en el palacete de Rambouillet.

Allí conocieron la noticia de la boda reciente de Geneviève de Borbón con el viejo duque de Longueville. También les esperaban muchas cartas de Voiture, que había vuelto junto a monseñor.

En una larga epístola, que se conserva, el poeta contaba el arresto de Cinq-Mars. Después, en las siguientes, ya le asaltaban las dudas y los temores: Voiture sospechaba que el marqués de Effiat no había actuado solo. En sus últimas cartas el poeta estaba aterrorizado: habían acusado a su mentor, Gaston d'Orleans, de ser uno de los instigadores del complot de Don Mayor.

«Monseñor está perdido, él y toda su gente; una pérdida, a mi juicio, infalible y segura», escribía.

El poeta se refería al exilio y la ruina para él y su mentor Gaston d'Orleans, a quien creía incapaz de una mala acción.

Pero nos hemos adelantado en el relato. Volvamos atrás, poco antes de la partida de Louis de Narbona.

Epílogo

Mazarino esperó seis semanas.

Sabía que Richelieu, pese a estar a las puertas de la muerte, asestaba golpes muy duros a Ana de Austria, a la que el rey había encerrado en Fontainebleau.

El Gran Sátrapa, entre otros refinados castigos, había incitado a Luis XIII a amenazar a su esposa con llevarse a sus hijos. Angustiada y aterrada, la reina, en su defensa, suplicó por escrito al cardenal y ¡fue el propio Mazarino quien aconsejó a un Richelieu conmovido, pese a todo, que no respondiese!

La promesa de boda de Cinq-Mars sería el tiro de gracia. El italiano sabía que en caso de éxito ese documento lo haría tambalear todo, pero sólo serviría una vez. No podía permitirse hacer disparos de largo alcance con semejante arma.

El 27 de mayo Richelieu dejó Narbona y se fue a Tarascón. Sabía que había perdido el favor del rey, que sólo veía por los ojos de su favorito, y Armand du Plessis consideró inútil permanecer más tiempo en aquella ciudad insalubre.

Mazarino supo entonces que su hora había llegado y que podía actuar libremente.

Al día siguiente de la marcha del ministro, un correo partió de Narbona en dirección a París. Marie de Gonzague recibió el 4 de junio —de manera anónima— la promesa de boda de Don Mayor. El documento iba acompañado de una misteriosa carta en la que se le pedía que fuese a ver a Marion de Lorme, que le haría otras revelaciones de más interés.

La princesa de Gonzague estuvo postrada todo el día sin querer salir de casa ni recibir a nadie. Finalmente, abatidísima, decidió ir a visitar a la cortesana para tratar de entender todo aquello.

La entrevista entre las dos mujeres fue cruel y dolorosa: ambas habían creído poseer a Cinq-Mars. Marie mostró la promesa de matrimonio y Marion no le ocultó nada: ni las promesas ni los embustes del marqués o incluso el futuro de duquesa con el que la había seducido Don Mayor. Marie de Gonzague, mortificada y traicionada, escuchó la confesión en silencio.

Sin embargo, no esperaba lo que le dijo la cortesana a continuación:

—Señora de Gonzague, no sé cómo habéis conseguido este documento, pero estaba junto con otros papeles muy comprometedores que había escrito el marqués de Effiat. Si el rey llegase a leer esas cartas, el señor de Effiat estaría perdido y *todos sus seguidores caerían con él...*

Al salir de casa de la cortesana, la princesa de Gonzague había tomado una decisión: se vengaría. ¡Traicionar de ese modo a la primera y más antigua familia de Francia era intolerable!

Pero, antes de vengarse, Marie de Gonzague debía apartar a la reina del complot,

tanto para salvar a la augusta persona como para salvarse a sí misma, porque ella también estaba comprometida.

En realidad, Marie no estaba verdaderamente implicada en el complot. Lo conocía solamente a grandes rasgos, pues había aconsejado a Ana de Austria que apoyase a los conjurados. Ella sólo servía de intermediaria entre la reina y Cinq-Mars. Aquel peligroso papel le preocupaba muchísimo. Dos días más tarde escribió a su amante para prevenirlo de los fastidiosos rumores que circulaban sobre su conjura:

«... Todo París sabe lo vuestro. Es tan conocido como que el Sena pasa bajo el Puente Nuevo», afirmaba la princesa.

La carta había llegado a Narbona y el marqués, a la sazón en el sitio de Perpiñán, no la leería hasta el 11 de junio.

El 5 de junio, Marie de Gonzague se fue a Fontainebleau para reunirse con Ana de Austria, allí confinada. Igual que había apoyado la participación de la reina en el complot, ese día no tuvo reparos en pedirle que se convirtiese en acusadora pública de la conspiración.

Le contó todo a la reina de Francia y le explicó que si Cinq-Mars la había engañado, engañaría también a la futura regente. Por otra parte, le demostró hasta qué punto Effiat era un botarate peligroso e irresponsable, por haberse expuesto de un modo estúpido y quién sabe si por haber comprometido a otras personas en unos escritos sediciosos e imprudentes que en cualquier momento podían caer en manos del rey. Si lo arrestaban a él, todos sus cómplices caerían con él.

La única solución para la reina era dejar el complot, y, mejor todavía, ¡denunciarlo!

Ésta escuchó a su amiga en silencio. Ana de Austria era superficial, frívola e inconsciente, pero aquel día comprendió que tenía que elegir entre los conspiradores, en los que ya no podía seguir confiando y que no dudarían en abandonarla, y sus hijos, a los que adoraba, y tal vez algún día ser regente de Francia.

El 6 de junio escribió un correo anónimo al cardenal que éste recibió tres días más tarde en Arlés, donde acababa de llegar procedente de Narbona.

Richelieu estaba convencido de que Luis XIII, muy enfermo, volvería a París siguiendo los consejos de Cinq-Mars, y el cardenal quería llegar antes para preparar su defensa. Las relaciones entre el rey y su ministro nunca habían sido tan tirantes.

El Gran Sátrapa estaba convencido de haber perdido la partida cuando abrió el misterioso correo que no había pasado por las manos de Charpentier. El documento contenía la lista de los conjurados —¡salvo la reina!— y una copia del tratado concertado con España.

La concatenación de los hechos es ahora perfectamente conocida. El más sorprendido fue el cardenal, que ignoraba por completo las maniobras de Mazarino.

Cuando recibió aquella carta, cuyo remitente desconocía, fue presa de violentos temblores. En ese momento estaba rodeado por la mayoría de sus ministros^[35]. Les pidió a todos que abandonasen la sala, a excepción de su secretario Charpentier, a quien rogó que echase el cerrojo a la puerta. Luego, alzando las manos al cielo, exclamó:

—¡Oh, Dios! ¡Vela por este reino y por mí!

A continuación, dirigiéndose a su secretario, le ordenó:

—Leed esto y haced dos copias.

El 12 de junio, el secretario de Estado Chavigny, miembro del Consejo Real, salió para Narbona al amanecer, acompañado del señor de Noyers, secretario de Estado de guerra. Don Mayor se encontraba allí y salió de muy mala gana cuando Chavigny solicitó quedarse a solas con Su Majestad.

Entonces, Chavigny y Noyers mostraron a Luis XIII el terrible tratado y la lista de conjurados. El amo de Francia reaccionó violentamente.

—¡Es un invento del cardenal, a mí no me engaáis! —les dijo.

Pero en su fuero interno confiaba en su ministro, de modo que finalmente consintió que Cinq-Mars y los otros conjurados fuesen arrestados. El único que no debía ser preso era su hermano.

Durante todo el día salieron correos de Narbona. Cinq-Mars no sospechó nada hasta la noche. Sin embargo, tanto trasiego en los alrededores del palacio alertó a Fontrailles, que vivía en casa del marqués. Se informó y dedujo enseguida que el complot había sido descubierto. Entonces fue a advertir al caballero mayor.

—¡No corro ningún peligro, amigo mío! —replicó este último con tono suficiente—. ¡El rey está de mi parte!

—Bueno —se burló el enano, harto de tanta necedad—, pero permitidme que os diga algo: vos sois grande, y lo seguiréis siendo cuando os separen la cabeza de los hombros, ¡pero yo soy demasiado pequeño!

Y, disfrazado de capuchino, huyó a Inglaterra con la ayuda monetaria de su amigo el príncipe de Marcillac^[36].

Cinq-Mars meditó la respuesta y se informó. Finalmente, al anochecer, se refugió en casa de una amiga, en la famosa Casa de las Tres Nodrizas, que todavía se conserva en Narbona. Esa misma noche se anunció por toda la ciudad que lo buscaban y que debía ser preso. Al amanecer del día siguiente fue entregado por sus huéspedes.

A partir de entonces, Richelieu se consagraría a su venganza con auténtica fruición. Mazarino, que no deseaba los acontecimientos que tuvieron lugar a continuación, fue testigo y, muy a su pesar, protagonista de ellos.

Gaston d'Orleans fue avisado por Chavigny, por supuesto, siguiendo órdenes de Richelieu, de que el rey estaba enterado de la conspiración: «El único modo de salvaros es haciendo una confesión sincera de la falta que habéis cometido», le aconsejó que dijese.

No era la primera vez que lo hacía, y el de Orleans se deshonró una vez más confirmando la lista de sus cómplices. A continuación desveló los detalles del tratado: él mismo esperaba recibir mil doscientos soldados de infantería, seis mil caballeros y cuatrocientos mil escudos por la leva de tropas en Francia. Felipe IV destacaría una guarnición en Sedán y le abonaría una pensión a él, al duque de Bouillon y a Cinq-Mars. A cambio, la paz sería firmada entre los dos países a condición, evidentemente, de que Francia devolviese todas sus conquistas.

El duque de Bouillon, que en ese momento dirigía el ejército de Italia, fue advertido y consiguió huir del cuartel general donde se encontraba para esconderse en una granja de la que tuvo que salir de un modo vergonzoso, oculto entre unos haces de heno. El 20 de junio fue encarcelado en Pignerol.

Cuando su hermano Turenne, al mando de las tropas en Perpiñán, se enteró de que su hermano mayor estaba perdido, le suplicó a Mazarino que interviniese. El prelado, contentísimo de hacer un servicio que le costaba muy poco, se fue a Lyon, al castillo de Pierre-en-Scise, donde acababan de trasladar a Bouillon: «Vuestro tratado ha sido descubierto», le explicó, y, para convencerlo, le leyó unos capítulos.

A cambio de su cabeza, el duque de Bouillon firmó dos confesiones y también denunció a sus cómplices. En particular, debía acusar a Cinq-Mars y a Thou de ser los cabecillas de la conspiración. Era la condición de Richelieu para perdonarlo.

Mazarino no estaba demasiado interesado en la venganza de Armand du Plessis. Tenía miras más altas: a cambio del perdón —concedido ya de hecho— consiguió del duque de Bouillon una capitulación por la entrega de Sedán, su propia ciudad. Cuando la obtuvo, acompañado de algunos jinetes, galopó en persona hasta las Ardenas para tomar posesión de la plaza fuerte en nombre del rey de Francia y expulsar de allí a la guarnición española. De este modo, Francia se anexionó definitivamente Sedán.

La reina se libró de la quema porque no aparecía en ningún documento. Tranquilizado el rey a este respecto, le envió una carta muy dulce, que su esposa recibió el 15 de junio, en la que le recomendaba que se quedase con sus hijos. La reina escribió a su vez al cardenal una carta en la que le expresaba su eterno agradecimiento: «Nada en el mundo podrá cambiar eso», decía orgulloso Richelieu a su entorno, aunque no entendiese aquel cambio.

Ana de Austria acababa así de dar un paso decisivo en el camino de la regencia.

Richelieu podía al fin ensañarse a placer con Cinq-Mars y sus amigos. Se dedicó con furor a la terrible tarea. En un primer momento, el marqués de Effiat y el consejero De Thou lo negaron. Por suerte —para Richelieu, se entiende—, Gaston d'Orleans confirmó el papel que había desempeñado el favorito en la conspiración. Pero tuvo que acusar falsamente a Thou por orden del cardenal.

El duque de Beaufort también fue invitado a testificar. Sin embargo, y a pesar de las órdenes expresas del rey, el hijo de Vendôme se negó a deshonrarse testificando contra su amigo Cinq-Mars. Sospechoso de connivencia, tuvo que huir a Inglaterra a

reunirse con su padre.

El señor de Thou no confesó nada; debemos decir que nunca participó directamente en el complot —sólo lo conocía—, y que fue su amigo Effiat quien lo traicionó. El favorito confesó sus faltas e inventó algunas más, porque estaba convencido de que el rey lo salvaría.

Pero Luis XIII había cambiado: «El corazón del señor de Cinq-Mars es tan negro como su culo, es un mal chico», declaró.

Cinq-Mars estaba perdido. Lo comprendió y pronunció las siguientes palabras: «¡Ah, tener que morir a los veintidós años!».

El proceso de los conjurados fue una caricatura de la justicia, no porque el caballero mayor no fuese culpable, sino porque los jueces sabían lo que quería el cardenal: «A más muertos, menos enemigos». La justicia, como en anteriores venganzas del ministro, fue ignorada o ridiculizada. El rey y Richelieu intervinieron directamente para asegurarse de que los dos inculpados fuesen condenados a muerte. Mazarino en persona intervino también a disgusto en ese sentido.

La ejecución pública de los dos amigos tuvo lugar en septiembre de 1642 en presencia de un público numeroso. El verdugo, que se había roto una pierna, tuvo que ser sustituido por un mozo de cuerda.

Cinq-Mars conservó su insolencia hasta el final. Increpó al verdugo, que se mostraba inseguro, con estas palabras: «¡Eh, tú!, ¿a qué esperas?».

La operación fue una carnicería: después de asestar la primera estocada, la cabeza del marqués estaba todavía sobre su cuello y tuvieron que cortársela. Con el señor de Thou, la espada resbaló, y víctima y verdugo chapoteaban en un mar de sangre. Tuvieron que intervenir dos ayudantes para darle la puntilla al condenado cortándole el cuello.

Avisado de las muertes, Richelieu mostró una profunda satisfacción: «Me he quitado un buen peso de encima», confesó.

Perpiñán fue tomada el 9 de septiembre de 1642 gracias a los Corneta Blanca, los mil quinientos gentileshombres voluntarios del duque de Enghien, entre los cuales se encontraba el marqués de Pisany, y los veintiséis mil soldados de los diferentes regimientos, entre los cuales se encontraba Gaston de Tilly.

Francia se anexionó el Rosellón. Nadie agradeció nada al cardenal, que tras la muerte del marqués de Effiat fue conocido como el «Nuevo Minotauro». Por otra parte, para el Gran Sátrapa la muerte de su enemigo no era suficiente para saciar su sed de venganza, de modo que continuó persiguiendo a Cinq-Mars hasta arrasar su castillo.

Nadie supo quién había enviado la copia del tratado. Richelieu estaba convencido de

que había sido la reina, pero se guardó esta idea para sí y nunca tuvo la certeza de que hubiese sido ella. Otros estaban convencidos de que había sido el rey de España, so pretexto de no confiar en los conjurados.

Todavía hoy el remitente del misterioso correo que Richelieu recibió el 9 de junio y que sin duda salvó el reinado de Luis XIV sigue siendo desconocido. Salvo para vosotros, queridos lectores.

Mazarino había concluido su tarea, pero su futuro era incierto. Si bien admiraba a Richelieu, amaba a Francia ante todo, y día a día constataba cómo se iba deteriorando la salud del cardenal: estaba fatigado, muy enfermo y, digámoslo claramente, moribundo. A finales de noviembre, el Gran Sátrapa se vio obligado a guardar cama.

¿Qué ocurriría si moría, lo cual era muy probable? ¿Qué ocurriría con Francia y el delfín, Luis Dieudonné? Mazarino estaba convencido de que sólo él podía gobernar el país y proseguir la obra diplomática de Richelieu. Sin embargo, era evidente que, tras la muerte de Armand du Plessis, sería barrido como una brizna de paja porque no era más que el protegido del Gran Sátrapa. Para permanecer en el poder necesitaba un apoyo. Decidió entonces jugarse el todo por el todo y solicitó ver al rey en audiencia privada.

El 1 de diciembre, después de la misa, Mazarino fue recibido en privado por Luis XIII. El rey estaba cansado, había perdido peso tras los últimos seis meses de guerra y los largos viajes que había tenido que hacer. Su voz era febril, pero seguía mostrándose enérgico.

—Monseñor, habéis pedido verme a solas. Os escucho.

Su rostro inexpresivo no reflejaba ningún sentimiento.

Luis XIII estaba acostumbrado a disimular, pero aquel día consideró que sería inútil. Mazarino no era nadie para él. Un protegido de Richelieu, otro más. Aquel individuo no contaba. Sin embargo, él era el rey y su deber era escuchar al hombre de confianza de su ministro.

—Majestad, en primer lugar tengo una preocupante noticia que anunciaros: esta mañana el cardenal Richelieu ha tenido que meterse en cama, aquejado por una fiebre muy alta. Los médicos están muy inquietos...

El rey meneó lentamente la cabeza y permaneció callado y pensativo un largo rato. Luego emitió un suspiro y preguntó:

—¿Tan grave es?

—Su Eminencia me ha pedido que reúna todos los documentos correspondientes a su testamento. Su médico, en privado, me ha dicho que no había esperanza...

Luis XIII dudó un momento. ¿Iban a acabar así veinte años de colaboración y confianza? Tomó una decisión:

—Iré a verlo mañana.

Esperó un instante y prosiguió, después de observar a Mazarino durante un buen

rato:

—Pero ése no es el motivo que os trae aquí, ¿verdad?

—No, señor, tengo una confesión terrible y difícil que hacer a Vuestra Majestad.

—¡Hablad! —ordenó el rey, que se había quedado de piedra—. Gozáis de mi estima y mi confianza.

Pero su mirada y la tensión que se leía en su rostro desmentían por completo sus palabras: en cuanto pudiese, se libraría de aquel despreciable comparsa de Richelieu.

—Majestad, he dudado mucho antes de confesaros lo que voy a deciros. Incluso el cardenal Richelieu lo ignora. Pero si Su Eminencia muere, debéis saberlo.

Y Mazarino contó toda la verdad: las cartas de Cinq-Mars a Marion, el papel que habían desempeñado Vendôme y la señora de Rambouillet, lo que Richelieu había querido hacer, y cómo el notario Fronsac se había enfrentado a él, y, sobre todo, lo que él, Mazarino, el siciliano, había tramado para manipular a la reina porque estaba convencido de que debía abandonar el bando de los conjurados. Finalmente, cómo había utilizado a Marie de Gonzague de instrumento para aquel fin, pues ella era la única que podía convencer a Ana de Austria.

Si con esta confesión Mazarino reconocía y denunciaba la culpabilidad de la reina, también imploraba su redención por su buen comportamiento, probando de este modo que era digna de reinar.

El rey, estupefacto y fascinado por la historia, escuchó la perorata con los ojos cerrados. ¡Así que lo que siempre había temido era cierto y su esposa había sido cómplice de sus enemigos! ¡Y era aquel italiano, el hijo de una criada, el que con una artimaña diabólica había conseguido que cambiase de bando! ¡Y a espaldas de Richelieu, que se jactaba de saberlo todo!

Colmarduccio dejó de hablar para echarse a los pies de Luis XIII y pedirle perdón. Y esta vez era sincero.

El rey estaba terriblemente afectado. Nunca habría imaginado una estratagema tan perversa, semejante maquinación. Y todo su entorno, sus parientes, sus amigos, estaban comprometidos en el complot: ¡Cinq-Mars, Vendôme, Beaufort! ¡Se habían burlado de él! ¡Y ni siquiera su ministro, Richelieu, había entendido nada! El único que había sabido actuar estaba frente a él. El único que había pensado en primer lugar en Francia, en su hijo y en su rey. ¡Y ni siquiera era francés (Mazarino, sin embargo, estaba nacionalizado desde hacía cinco años), ni noble (era, sin embargo, un gentilhomme ordinario y maestresala del rey)!

Luis XIII miró entonces al italiano con otros ojos: aquel prelado que él consideraba insignificante y superficial era en realidad terriblemente hábil y retorcido. Acababa de salvar el trono de su hijo sin tratar de obtener nada a cambio.

¡Y, sobre todo, aquel hombre le era fiel!

Lo hizo levantarse. El golpe había sido tan duro que no pudo evitar tartamudear, como le ocurría cuando sufría emociones muy fuertes.

—Señor Mazarino, habéis actuado bien. Mejor que... nuestro... nuestro primo

Richelieu. Y con más inteligencia. Confío en vos.

Dejó de hablar para no seguir tartamudeando. Se mesó la barba buscando las palabras, y después prosiguió lentamente y en voz baja como si hablase consigo mismo:

—Habéis ganado a la reina para la causa de Francia. ¡Nos no lo conseguimos en veinte años! Ni nuestro primo el cardenal...

Sus palabras transmitían pesar y también remordimiento. ¿Había sido un buen esposo? Sin duda, no. ¿Y no era demasiado tarde para eso? ¡No! Ahora tenía a Mazarino; el prelado lo ayudaría y sabría influir en la reina para guiarla por el camino recto. Tenía que conservarlo cerca de él, cerca del trono.

¡Qué ironía! ¡Él, que había empezado su reinado matando a un italiano, Concini, y resulta que era otro italiano, Mazarino, quien salvaba su corona! Las lágrimas rodaron por sus ojos y se volvió para continuar:

—Monseñor Mazarino, si nos ocurriese algo, nos gustaría que fueseis un padre para mi hijo. Nos damos cuenta de que sois la única persona en nuestro entorno en quien podemos confiar.

Se levantó para acercarse a la ventana. Miró un instante hacia la calle. El silencio invadió la estancia durante un largo rato. Luego, de repente, añadió, y no era Luis el Tartamudo quien hablaba sino Luis el Justo:

—Quiero que seáis su padrino. Sólo vos lo merecéis.

Mazarino vaciló estupefacto: él, un extranjero, el hijo de una criada, ¿podía ser el padrino del rey de Francia?

Luis volvió junto a él y le cogió la mano.

—Es mi deseo. Soy el rey y lo ordeno.

Añadió sonriendo y en un tono más ligero:

—¿Y si ese Fronsac se hubiese vendido a Richelieu? ¿O hubiese fracasado y la entrega de documentos hubiese sido fallida?

—En ese caso, yo habría perdido... la reina habría perdido... ¡Francia habría perdido! —murmuró Mazarino.

Se produjo otro silencio. El rey había recuperado su sangre fría habitual. Se tranquilizó, cogió una pluma y escribió largo y tendido. En la sala sólo se oía el rasgar de la pluma en el papel. Cuando hubo terminado, miró al prelado y luego le entregó la carta diciéndole solemnemente:

—Es la justicia la que hace reinar a los reyes, yo se la debo a mis súbditos.

El miércoles 3 de diciembre de 1642 Louis Fronsac trabajaba en su despacho cuando entró su padre.

—Louis —balbució, muy emocionado—. Tienes una visita. Ven rápido...

Louis había visto muy pocas veces a su padre en tal estado, así que lo siguió inquieto.

El cardenal Mazarino, vestido de rojo púrpura, se hallaba ante el escritorio del notario. Louis lo saludó respetuosamente y Julio Mazarino se puso a hablar enseguida, articulando suavemente, como en tono de excusa:

—Señor Fronsac, el asunto de Cinq-Mars está cerrado. Sabéis que yo no deseaba la muerte del marqués ni la de Thou. Sigo pensando que no eran necesarias. —Meneó la cabeza tristemente—. El marqués de Effiat era un auténtico fatuo, lo ha demostrado con creces. Ninguna ley debería condenar a muerte a un tonto, pero ha muerto con valentía y nobleza. En cuanto a quienes lo han traicionado, han perdido su honor. Nadie debe saber el papel que he desempeñado en este asunto, y mucho menos el vuestro. La señorita de Gonzague me ha devuelto la promesa de matrimonio de Cinq-Mars a cambio de las cartas que ella le había enviado.

Louis puso cara de sorpresa.

—La señorita de Angennes y la duquesa de Aiguillon han actuado de intermediarias. Por vuestra parte, destruiréis las cartas de Cinq-Mars que obran todavía en vuestro poder, la señorita de Lorme os dará permiso para ello. No debe quedar ninguna pista de esta historia. ¡Ninguna! Pero, cuidado, el marqués de Fontrailles, que ha escapado de las garras del cardenal, no ve la hora de vengarse de vos, ¡desconfiad de él! Siempre podréis contar conmigo, pues me habéis ayudado y habéis salvado a Francia.

Se detuvo un instante para indicar que lo que iba a decir era especialmente solemne.

—Muy poca gente sabrá lo que el delfín Luis os debe. Sin embargo, era necesario que cierta persona lo supiese. He hablado con el rey, a solas, para confesárselo todo. Todo, ¿entendéis? Su Majestad recordó su juventud y aprecia lo que habéis tenido que soportar. El rey me ha entregado esto.

Tendió al señor Fronsac un documento sellado. El notario lo abrió, lo leyó y, con mano temblorosa, visiblemente emocionado, se lo pasó a su hijo, que lo leyó a su vez.

Era una ejecutoria de nobleza, firmada por Luis, rey de Francia, por la que se hacía a Louis Fronsac caballero de Saint-Michel. La ejecutoria precisaba que el rey le ofrecía el señorío de Mercy, perteneciente a la Corona, ubicado al norte de París, cerca de Chantilly.

Louis pasaba a formar parte de la nobleza y entraba en ella por la puerta grande: una ejecutoria real.

—Ahora sois gentilhombre, señor, haced buen uso de vuestra condición —añadió Mazarino.

Dejó transcurrir unos segundos, el tiempo que le llevó a Louis hacerse cargo de su nueva situación, y luego concluyó en tono grave:

—No os vanagloriéis de ello. La condición de noble os ayudará. También me ayudará a mí, pero no os olvidéis de esto: la nobleza no tendrá sitio en la Francia del futuro. Los últimos palatinos, los Soissons, Bouillon, Beaufort y demás, han hecho un daño terrible a vuestro... a mi país.

Corrigió, sonriendo, su lapsus.

—La Francia del futuro la construiréis vos, la burguesía, los artesanos, los comerciantes. Yo no soy noble y la nobleza es sólo un medio para llegar a un fin. La verdadera nobleza es la del corazón. Aplicad mi divisa: «Cuando se tiene corazón, se tiene todo».

Se detuvo un instante, como si lamentase haber dado rienda suelta a sus sentimientos. De repente, cerró los ojos y cruzando las manos prosiguió precipitadamente:

—¡Señor! ¡Lo olvidaba! ¡No estáis solo! He visto esta mañana al preboste de París. Al comisario de policía de Saint-Germain-l'Auxerrois se le confiará otra tarea. Será reemplazado por el señor Gaston de Tilly, que dejará su lugartenencia para convertirse así en comisario con puesto fijo^[37]. El marqués de Pisany recibirá un regimiento. También le he hablado al rey del difunto caballero de Vivonne y del estado de pobreza al que se ha visto reducida su familia después de su muerte al servicio de Su Majestad. Se concederá una pensión de cuatro mil libras a la señorita de Vivonne. La tierra de Vivonne será elevada a marquesado, *con transmisión posible al esposo de su hija*. Así la señorita de Vivonne ya no estará sin dote.

Y al decir esto, el rostro de Mazarino expresaba una mezcla de dulzura y gravedad. Louis no sabía cómo interpretarlo y se quedó mudo mientras el italiano lo observaba. Por fin logró balbucir:

—Gracias, yo...

—Es suficiente —ordenó Mazarino mirándolo fríamente a los ojos. Servidme, señor Fronsac, servid al rey. Y yo os serviré.

Quien hablaba ahora era el ministro austero y peligroso, el que pronto gobernaría Francia. La máscara había desaparecido durante un breve espacio de tiempo.

El fallecimiento del cardenal Richelieu se produjo dos días más tarde, el 4 de diciembre de 1642. ¡Los franceses emitieron un gran suspiro de alivio!

Dejemos, pues, que Vincent Voiture diga la última palabra^[38]:

*Y qué poca cosa es, Dios mío,
un semidiós si no está vivo.*

Personajes Principales

Julie d'Angennes, hija de la señora de Rambouillet
Louis d'Astarac, marqués de Fontrailles, amigo de Cinq-Mars
Jean Bailleul, primer oficial de los Fronsac
Morgue Belleville, librero
Philippe Boutier, procurador del rey
Nicolás Bouvier, criado de Louis Fronsac
Jacques Bouvier, guardián, padre de Nicolás
Jeannette Bouvier, cocinera
Guillaume Bouvier, hombre para todo y portero, hermano de Jacques
François Causurac, notario de Narbona
Jean Chapelain, hijo de notario y escritor
François Collet, criado de Julie de Angennes, asesinado
Marion de Lorme, cortesana
Julio Mazarino, colaborador de Richelieu, después cardenal
Louis de Borbón, duque de Enghien, hijo del príncipe Condé
Louis Fronsac, hijo del notario Pierre Fronsac
Pierre Fronsac, notario
Gaufredi, reitre al servicio de Louis Fronsac
Luis XIII, rey de Francia
Antoine Mallet, criado de los Fronsac
Señora Mallet, criada de los Fronsac, esposa de Antoine
Jean de Mas, notario, sucesor de Sébastien Chapelain
Charles de Montausier, gobernador de la Alta Alsacia
Marqués de Pisany, hijo de la señora de Rambouillet
Catherine de Vivonne-Savelli, marquesa de Rambouillet
Señor de Rambouillet, su esposo
Armand du Plessis, cardenal Richelieu, jefe del Consejo Real
Claude Richepin, administrador de los Fronsac
Rochefort, agente secreto y espadachín de Richelieu
Henry de Ruzé d'Effiat, marqués de Cinq-Mars, favorito de Luis XIII
Gaston de Tilly, oficial de la policía municipal
François de Thou, amigo de Cinq-Mars
Julie de Vivonne, prima de Julie de Angennes

Breve relación de precios, medidas y salarios

¿Cómo vivían nuestros antepasados hace trescientos años? Demos cuenta aquí de algunas cifras y valores que permitan hacerse una idea de las condiciones de vida financieras y monetarias en 1640. Los datos son aproximados, varían en función de la especulación ligada a las cosechas y la calidad de los productos. Las variaciones de 1 a 3 son normales; en los precios, de 1 a 10 son posibles.

Medidas

Las medidas del Antiguo Régimen variaban con frecuencia de una ciudad o de una provincia a otra. Helas aquí de mayor a menor.

Moneda imaginaria:

1 libra o franco = 20 perras chicas/1 perra chica

1 *sou* = 4 ochavos = 12 denarios

1 *sol* (o 1/2 perra chica) se llama 1 blanco.

Moneda:

Escudo de plata = 3 libras o 3 francos; pesa 27 gramos aproximadamente.

Doblón = 10 libras; a menudo es una moneda extranjera.

Luis de oro = 20 libras; pesa 7 gramos aproximadamente.

Hay gran cantidad de monedas diferentes de oro (un escudo de oro...), de plata (1/2 escudo...) y de cobre.

Longitud:

Pie (parisino) = 30 cm o 12 pulgadas.

Pulgada = 12 líneas.

Toesa = alrededor de 12 metros o 6 pies.

Legua (de posta) = 4 km o 2.000 toesas.

Estas medidas son variables: el pie de Aix-en-Provence equivale a 9 pulgadas y 9 líneas; también son locales el paso, la cuerda (de 20 pies), la verga (de 26 pies), la vara (de 9 pies y medio), la espita, la hexápoda, etc.

De superficie son conocidas el arapende: 1/2 hectárea, y el arapende parisino: algo más de 1/3 de hectárea.

Peso:

Libra (de París) = 16 onzas o 2 marcos (489 gramos).

Onza = 8 gros.

Gros = 3 denarios.

Denario = 24 granos.

¡Ojo: existe también la libra de 12 onzas!

Los sueldos

El salario diario de un obrero era de 50 cents., es decir, alrededor de 100 libras al año. El de un peón era de 25 cents. El de un obrero muy cualificado podía alcanzar una libra.

El rendimiento de una hectárea de trigo era de una tonelada, y el precio de una tonelada de trigo era de 200 libras.

Una familia modesta vivía con 300 libras al año; los burgueses, con 1.000 o 2.000 libras.

Los precios

Un kg de pan valía 2 perras chicas. Un hombre que comiese 1 kg de pan al día (lo mínimo para sobrevivir) gastaba entre 30 y 40 libras al año. Un kg de carne costaba 1/2 libra; la mayoría de la gente no la comía. Veamos otros precios:

1 caballo, un buey... 100 libras.

1 cordero... 10 libras.

1 gallina... 1 libra.

1 botella de vino... 3 perras chicas.

La dote del matrimonio pequeño burgués... 5.000 libras.

1 camisa... 2 libras.

1 sombrero... 1 libra.

1 traje completo... 10 libras.

El alquiler anual de una casa ascendía a 300 libras, y el de un palacio costaba de 1.000 a 5.000 libras. Su adquisición suponía multiplicar por 100 el precio de un alquiler.

Bibliografía recomendada

La mayor parte de los hechos descritos en esta novela son verídicos, excepto, claro está, la correspondencia de Cinq-Mars con Marion (aunque...) El lector curioso podrá saber más consultando las siguientes obras.

ARONSON, N., *Madame de Rambouillet ou la magicienne de la Chambre Bleue*, Fayard, 1988.

BATIFFOL, L., *La vie de Paris sous Louis XIII. L'existence pittoresque des Parisiens au XVII^e siècle*, Calmann-Levy, 1932.

BATIFFOL, L., *La duchesse de Chevreuse, une vie d'aventures et d'intrigues sous Louis XIII*, Hachette, 1924.

BATIFFOL, L., *Richelieu et le roi Louis XIII, les véritables rapports du souverain et de son ministre*, Calmann-Levy, 1934.

BERCÉ, Y. M., *La vie quotidienne en Aquitaine au XVII^e siècle*, Hachette.

BERTIÈRE, S., *La vie du cardinal de Retz*, Edition de Fallois, 1990.

BOURNON, F., *Paris: Histoire, monuments, administration*.

BROGLIE DE I., *Le duc de Beaufort*, Fasquelle, 1958.

BROSSOLETTE, L., *Paris et sa région a travers l'histoire*, Delagrave, 1938.

CARMONA, M., *Richelieu, l'ambition du pouvoir*, Fayard, 1983.

CHEVALIER, P., *Louis XIII*, Fayard, 1979.

CORNE, H., *Le cardinal Mazarin*, Hachette, 1867.

CROUSAZ-CRÉTET DE P., *Paris sous Louis XIV*, Plon, 1922.

ERLANGER, P., *Richelieu*, Librairie académique Perrin, 1969.

FONTRAILLES, *Relations (incorporées dans les Mémoires du comte de Montrésor)*.

GOURNERIE, E., *Histoire de Paris et de ses monuments*, Mame, 1883.

GUTH, PAUL, *MAZARIN*, Flammarion, 1972.

HOFFBAUER, M. F., *Paris a travers les ages*, Inter Livres, 1993.

MAGNE, E., *La vie quotidienne au temps de Louis XIII*, Hachette, 1942.

MAGNE, E., *Voiture et l'hôtel de Rambouillet*, Editions Émile Paul, 1930.

MONGRÉDIEN, G., *Le bourreau du cardinal de Richelieu*, Isaac de Laffemas, Bossard éd., 1929.

LA ROCHEFOUCAULD, *Mémoires*, La table Ronde, 1993.

TALLEMANT DES REAUX, *Historiettes*, Bibliothèque de la Pléiade, édition établie et annotée par A. Adam, 1960.

WILHELM, JACQUES, *La vie quotidienne au Marais au XVII^e siècle*, Hachette, 1966.

Agradecimientos

Quiero dar las más expresivas gracias a Chantal Brevier y a Pierre por haber aceptado con tanto entusiasmo efectuar el ingrato trabajo de relectura de mi manuscrito.

Expreso también mi profundo reconocimiento a los librereros que distribuyen mis obras y, sobre todo, a mis fieles lectores.

La inestimable ayuda recibida de D. Philippe Ferrand, conservador de la biblioteca Méjanes (en realidad, la de todo el personal de tan bien dotada biblioteca), me ha permitido evitar los más graves errores históricos. Si alguno queda, soy el único responsable.

En fin, gracias a todos cuantos me han aportado sus valiosas enseñanzas sobre los lugares y la historia de Provenza. Y a mi esposa, mi madre y mi hija pequeña, mis primeras lectoras, y las más severas jueces de las primeras versiones de mis obras.



JEAN D' AILLON, es el seudónimo utilizado por Jean-Louis Roos, escritor francés nacido en 1948.

Doctor en ciencias económicas, ha sido profesor universitario de Historia Económica y Macroeconomía y ha trabajado para la Comisión Europea como hasta 2007.

Pero su verdadera pasión es desde siempre la escritura. Es autor de una quincena de novelas policíacas e históricas, a las que dedica un amplio tiempo para documentarse con precisión y apasionamiento sobre todos los pormenores sociales de la época en cuestión.

Es el creador del notario de París, Louis Fronsac, personaje que pone sus habilidades investigadoras al servicio primero del Cardenal Richelieu y después a las órdenes del Cardenal Mazzarino.

Notas

[1] Vincent Voiture, poeta de Corte, 1597-1648 (*N. de las T.*) <<

[2] Sobrenombre de Enrique IV. En castellano, «viejo verde». <<

[3] Louis de Mercoeur, futuro gobernador de Provenza. A él se debe el pabellón de Vendôme en Aix. (*N. de las T.*) <<

[4] La calle del Temple. (*N. de las T.*) <<

[5] Llegará a ser coadjutor de París, y luego cardenal bajo el nombre de cardenal de Retz. (*N. del A.*) <<

[6] La guerra de los Treinta Años. (*N. del A.*) <<

[7] Chaterine de Vivonne, marquesa de Rambouillet, era llamada “la incomparable Arthénice”, que, además de ser el nombre de una ninfa, muy de moda en la literatura preciosa, compone anagrama de «Catherine», nombre al parecer ideado por Malherbe, según uso muy en boga en la moda literaria de la época (su hija Julie fue Mélanide, y su yerno Montausier fue Ménalidus). Desde la alcoba de su «salón azul» recibía recostada en un lecho, tal y como era costumbre recibir en el siglo xvii, a las más ilustres mentes de su época. (*N. de las T.*) <<

[8] La expresión francesa *prince de sang* se utiliza en el siglo xvii para calificar a los miembros de los linajes descendientes de San Luis, que pertenecen, pues, al linaje real francés y son aptos para suceder en la Corona en caso de extinguirse la rama reinante según el orden de la Ley Sállica. Sustituye a la expresión *princes des fleurs de Lys*. En el siglo xvii los linajes de los príncipes de sangre son: Valois (duques de Alcençon, duques de Orleans, condes de Angulema), Borbones (duques de Borbón, condes de Montpensier) y duques de Vendôme (condes de Saint-Pol, príncipes de Condé y duques de Montpensier). (*N. de las T.*) <<

[9] El cuadro puede verse en el museo de Estrasburgo. (N. del A) <<

[10] *La guirnalda de Julia* es un célebre manuscrito poético francés del siglo XVII. El duque de Montausier, enamorado de «la incomparable Julia», solicitó a los asiduos al salón de su madre que escribiesen poemas ensalzando la figura de Julia. El texto fue caligrafiado por Nicolás Jarry, y la flor citada en cada poema, pintada por Nicolás Robert. El resultado fue uno de los manuscritos más extraordinarios del siglo y uno de los momentos culminantes del preciosismo. El duque de Montausier se lo regaló a Julie en 1641, que aceptó casarse con él cuatro años después. (N. de las T.) <<

[11] Se terminaría cinco años más tarde. (*N. del A.*) <<

[12] La denominación *Chausse d'Hypocras*, es decir, «Manga de hipocrás», era debida a que el calabozo tenía la misma forma que la manga utilizada para filtrar el hipocrás (vino especiado) con el fin de clarificarlo. (*N. de las T.*) <<

[13] Se trata de la Galerie Mercière. Felipe el Hermoso (1285-1314) creó el puesto de guarda y administrador del Palacio (3.000 personas componían la guardia y los funcionarios de Palacio). El guarda estaba autorizado a alquilar los emplazamientos del Palacio a comerciantes (tal es el origen de la Galerie Mercière). (*N. de las T.*) <<

[14] Título que se daba en Francia a los príncipes de la familia real. En este caso, el hermano del rey. (*N. del A.*) <<

[15] La futura Academia francesa. (*N. del A.*) <<

[16] Muerto en 1623. (*N. del A.*) <<

[17] Su hermano menor, Turenne, que debía redimir sus faltas, aunque algo más tarde, bajo la Fronda, también traicionaría a su país. (*N. del A.*) <<

[18] Los Rohan-Montbazon formaban una rama lateral de los Rohan. (*N. del A.*) <<

[19] Novela río de Honoré de Urfé (1557-1625), bucólico-pastoril, de más de cinco mil páginas. (*N. de las T.*) <<

[20] En realidad, es uno de los muchos sobrenombres con los que se refiere a él Richelieu, que también le llama su *Nunzicardo*, «su caro pequeño nuncio», y su *Colmarduccio*, palabra cuyo sentido ignoraríamos si el cardenal no se hubiese molestado en dejarnos su traducción para la historia: Fray Machete. (*N. de las T.*) <<

[21] Eufemismo de tortura. Se llama a esta tortura *cuestión* porque, a medida que se hace sufrir al acusado, se le hacen preguntas sobre sus cómplices. (*N. de las T.*) <<

[22] Uno de los tres o cuatro juegos de ingenio más frecuentes en el salón de la marquesa de Rambouillet: *le coeur volé* (que consistía en buscar a la ladrona del corazón); *la chasse à l'amour* (encontrar lo que se oculta en los ojos de la dama); *du corbillon* (amo a tal o cual por tales cualidades o tales defectos); *de la lettre* (todas las respuestas deben comenzar por la letra convenida). (N. de las T.) <<

[23] El primer regimiento de la caballería francesa (*N. de las T.*) <<

[24] Y fue en escena, en la misma sala donde fue representada la mediocre pieza de Richelieu, donde Poquelin hallaría la muerte. (*N. del A.*) <<

[25] François de la Rochefoucauld. (*N. del A.*) <<

[26] Se refiere al duque Enrique de Guisa, apodado *Balafré*, «Caracortada», líder de la facción ultracatólica de la Corte francesa, a la que organizó en la llamada Santa Unión o Liga, en 1576, que forzó al rey Enrique III a retirar el edicto de Beaulieu por el que se instituía una cierta tolerancia religiosa. El duque sería asesinado, a instancias del rey, en los propios aposentos reales. (*N. de las T.*) <<

[27] Ana María Luisa de Orleans fue la nieta de Enrique IV. Hija de Gaston de Orleans y de la duquesa de Montpensier, era prima hermana de Luis XIV. La historia la conoce como *Grande Mademoiselle*, título que utilizó siempre. *Mademoiselle* por parte de su padre, llamado *Monsieur*, monseñor, en tanto que hermano menor del rey Luis XIII. Gaston fue llamado el *Grand Monsieur*, por oposición al hermano de Luis XIV, el *Pequeño Monsieur*; por extensión ella fue la *Grande Mademoiselle*. (N. de las T.) <<

[28] Desde el momento en que se vuelve obligatorio firmar las escrituras privadas (bajo el reinado de Francisco I), y dado el número tan elevado de ellas, los soberanos encargan este trabajo a un secretario hábil y de confianza, capaz de imitar su firma a la perfección. Son los secretarios de *la main*, a los que daban poderes. Es el caso de Denis Charpentier, que desde 1609 hasta su muerte en 1647 no dejó de transcribir las cartas e informes de Richelieu imitando su escritura. (*N. de las T.*) <<

[29] ¡Verídico! (*N. del A.*) <<

[30] «Orgullosa como Artabán», frase hecha, sinónimo de orgullo extremo y nombre de un héroe de la novela *Cleopatra*, escrita por Gautier de Costes, señor de la Calprenède, novelista y dramaturgo francés (1609-1663), contemporáneo de los hechos que se narran. (N. del A.) <<

[31] Desde el primero de junio de 1641, Laffemas informó regularmente a Richelieu de los avances de esta instrucción. (*N. del A.*) <<

[32] Especie de martillo. (*N. del A.*) <<

[33] Carta citada por Mongrédien en su obra sobre Isaac de Laffemas (*N. del A.*) <<

[34] Carta reproducida por Mongrédien en su obra sobre Isaac de Laffemas. (*N. del A.*)

<<

[35] Todo esto es auténtico. (*N. del A.*) <<

[36] Auténtico.(*N. del A.*) <<

[37] El comisario de barrio era propietario de su oficio y podía transmitírselo a sus hijos o venderlo, lisiaba, además, libre de impuestos. (*N. del A.*) <<

[38] En realidad, estos dos versos son los que cierran *la Epístola a Monseñor el Príncipe a su vuelta de Alemania*, que el poeta Voiture escribió al Gran Condé en 1643, sobre su enfermedad, recomendándole cuidarse. (N. de las T.) <<